Luisa Sigea

Sátira sotádica

LUISA SIGEA

Sátira sotádica

Sobre los arcanos de Amor y Venus

—

Traducción española de

Francisco Gracia

—

En los talleres de
Francisco Gracia
MADRID
MMXX

Primera traducción española íntegra y directa de la obra apócrifa latina

Aloisiae Sigeae,
toletanae,
Satira sotadica
de arcanis Amoris et Veneris.

que apareció en Francia en el ultimo cuarto del siglo XVII. Su autoría se atribuye a Nicolás Chorier (1612-1692). Posteriormente gozó de fama adicional en todo el mundo bajo el título, también apócrifo, de

Iohannis Meursii
Elegantia latini sermonis.

La numeración sobrevolada intercalada en el presente texto permite conciliarlo fácilmente con la edición latina de M. Reynolds y F. Gracia (*Aloisiae Sigeae Satira sotadica (erudita).pdf*), de la que deriva y en la que pueden encontrarse numerosas referencias y notas aclaratorias.

Copyright © 2020 Francisco Gracia

Permission is granted to copy, distribute, and/or modify this document under the terms of the Creative Commons Attribution-NonCommercial 3.0 Unported License, which is available at `http://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/`.

0.1.0 Aviso al lector

0.1.1

HACE CIENTO TREINTA *años todavía vivía Luisa Sigea, dama española natural de Toledo. Destacó por su ingenio, por su erudición y su belleza y sobresalió por las muchas virtudes que la adornaron, las más encomiables y las que tan propias son de las mujeres nobles*.

0.1.2 *Pero no dedicaba tales facultades a distracciones vanas y necias ni a preocupaciones relativas a los sórdidos asuntos cotidianos o al vulgar estudio de fruslerías.* 0.1.3 *Lo que consideraba más digno y lo que propugnaba era aplicar el esfuerzo a las disciplinas liberales, procurarse*

fama imperecedera mediante sus escritos y aspirar a la mayor sabiduría posible, no a la mayor riqueza, cosas todas ellas que muchas mujeres descuidan por ligereza y que muchos hombres desprecian por torpe y atolondrada necedad.

0.1.4 *Por todo ello amaba la verdad e increpaba sin tapujos a las malas. Manifestaba abiertamente sus opiniones y ejercía una especie de censura de las costumbres, como si ocupase una magistratura. Esto hacía que todo el mundo la tuviese respeto y bajase la mirada ante ella.*

0.1.5 *Se mostraba especialmente ofendida por las costumbres viciosas e indignas de las mujeres nobles y se esforzaba mucho por lograr su reforma, al menos avergonzándolas.* 0.1.6 *No podía soportar, según decía, que mujeres de gran belleza y de envidiable linaje se entregasen a la ignominia por la persecución o el disfrute de goces momentáneos, como si estuviesen enajenadas. Añadía que tan digno y glorioso como es que la virtud se manifieste desnuda ante la mirada de*

los seres humanos así es de ignominioso que lo hagan los vicios. 0.1.7 *Por tal razón quiso hacer salir de los burdeles en que se agazapaban a las que vivían como putas, sacándolas desnudas al escenario de la vida humana para que sirviesen como prueba documental de que las mujeres no pecan impunemente, por muy altivos que sean sus apellidos o sus semblantes y rancia su alcurnia.*

0.1.8 *Pues a las que llama Tulia, Octavia, Sempronia o Victoria fueron esposas o hijas de duques, marqueses y condes.* 0.1.9 *No cuenta de ellas nada que no sucediese realmente y, como era completamente ajena a todo tipo de mentira y disimulo, lo describió todo en el tono más desenvuelto, que resultaba el único adecuado.*

0.1.10 *Llamó a su obra, que se compone de siete coloquios*, Sátira sotádica *y se la dedicó a Leonor Margarita, esposa del marqués Rodrigo, que era compañera suya y a cuyas instancias la compuso, terminándola en un solo mes ante la prisa que*

ella le metía, como manifiesta en una carta que le dirigió.

0.1.11 *Poco tengo que decir de Sotades, pues a nadie se le oculta que fue libérrimo escritor sobre temas amorosos. Tampoco debería sorprender que una mujer se aplique a tratar estos asuntos, pues Elefantis era mujer y alcanzó fama por este género de escritos, como también lo hicieron algunas otras.*

0.1.12 *Además las mujeres están más capacitadas para exponer estos temas, siempre que su desenvoltura sea razonable y no desaforada, ya que ellas mismas son el campo en el que nacen todos los deseos, en el que florecen, en el que alcanzan su plenitud y en el que, para decirlo de una vez, despuntan y se extinguen los más seductores goces y las travesuras más amenas.*

0.1.13 *Puede que ella no fuese tan insensible que no se dejase influir por las sensaciones placenteras con vistas a libar las dulzuras de la vida e incluso pienso que pudiera haber participado*

personalmente en algunas de las aventuras que relata.

0.1.14 *La escribió en español. Un docto varón de Leyden, Jan van Meurs, lumbrera destacada de la Academia holandesa, muy joven por entonces y apenas salido de la adolescencia, la tradujo al latín y probablemente añadió por su cuenta algunas cosas que me cuesta creer que se le ocurriesen a la propia Luisa.* 0.1.15 *Pero el libro de Luisa pereció, mientras que un manuscrito con la paráfrasis o, si se quiere, el comentario de Meursio ha llegado hasta mí; no me atrevo a asegurar nada.*

0.1.16 *Sea como fuere, estos diálogos no son el producto de un ingenio desmañado ni el parto de una erudición ramplona, de modo que ni aburrirán a quienes los lean ni repugnarán a los verdaderos sabios.* 0.1.17 *Damos a la luz los cinco primeros de los que por fortuna han llegado a nuestras manos, pues hubiese sido imperdonable privar de ellos a esta época tan dada a las buenas*

letras, así como una grave pérdida para quienes cultivan la dificultosa sabiduría.

0.1.18 *Se dice que los dos restantes superan con mucho a éstos en arte e ingenioso atrevimiento. El sexto, más que describirlas, pone ante los ojos las posturas; el séptimo deleita de modo admirable mediante cuentos e historietas relacionados con este tema, suministrando a los espíritus una especie de manjar aliñado con especias áticas para que nunca se harten de él. Muy pronto serán del dominio público gracias también a mis esfuerzos.*

0.1.19 *Pues quien se viese privado de preceptos tan sabrosos, tan divertidos e incluso tan útiles para la buena vida ¿cuán insensible y romo no habría de ser para no tomarlo a mal ni ofenderse?* 0.1.20 *Bien está que el orador Tulio alabe las buenas costumbres y que las enseñe el filósofo Platón, pero resultarán más convincentes las farsas de Publio Siro y de Laberio.* 0.1.21 *Impresiona*

la mente y la conmueve lo que reúne en sí la utilidad con la dulzura, cosa de la que distan mucho el recargado orador y el enjuto filósofo. El médico competente aumenta la eficacia del medicamento, al tiempo que disminuye el horror y la repugnancia que se le tiene, cuando hace de él una golosina. [0.1.22] *Tal fue la idea de Luisa. Y habrá de reconocerse que lo consiguió quien de manera tan ingeniosa y tan alegre mezcló lo útil con lo agradable. Salud.*

1.1.0 COLOQUIO PRIMERO

La escaramuza

Tulia, Octavia.

TULIA. 1.1.1 ¡Cuánto me alegra, prima, más grata para mí que la luz, que por fin ya esté fijada la fecha de tu boda con Caviceo! Pues, créeme, la noche que pasarás entre sus brazos cuando te haga mujer te proporcionará un placer que supera con mucho a todos los demás. ¡Que Venus te sea tan propicia como se merece este aspecto celestial que tienes!

OCTAVIA. 1.1.2 Al comenzar el día me ha dicho mi madre que mi boda con Caviceo se celebrará mañana. Y veo que en casa se prepara con gran esmero todo lo relacionado con el boato de la ceremonia, como la cama, la habitación, etc. La verdad es que todo esto me causa más miedo

que alegría, pues no tengo ni idea de qué pueda ser ese placer de que me hablas, prima más querida que todos los placeres, y ni siquiera logro imaginármelo.

Tulia. [1.1.3] Que lo ignores a tu edad y siendo tan joven, pues acabas de cumplir quince años, no es nada sorprendente, puesto que yo misma, que era mayor que tú cuando me casé, también desconocía cuáles fuesen esas delicias que me prometía Pomponia, que las degustaba hacía ya tres años, y que tanto me ensalzaba.

Octavia. [1.1.4] Pues que tú no supieses nada de ello (permíteme que hable sin tapujos en este momento de plena libertad en que ahora me encuentro) me sorprende mucho. Ya que, si no por práctica, de la que sin duda carecías, tus múltiples conocimientos hubiesen debido aclararte muchas cosas al respecto. [1.1.5] Constantemente escucho que se te pone por las nubes con grandes elogios por el hecho de que hayas cultivado tu ingenio con las lenguas latina y griega y con casi todas

las disciplinas liberales, de tal modo que se diría que no quedase ya nada que ignorases.

Tulia. [1.1.6]La mayor parte del mérito corresponde a mi padre, que, mientras que casi todas las demás mujeres tratan de destacar en el cuidado de su hermosura y de sus atractivos, me convenció de que sería mejor para mí que se me comparase a una virgen erudita. Y dicen quienes prefieren adular que decir la verdad que no perdió por completo su tiempo.

Octavia. [1.1.7]También dicen quienes no quieren adular que aquellas de nosotras que se volvieron eruditas difícilmente conservaron el recato y las costumbres honestas al conquistar tales laureles.

Tulia. [1.1.8]¿Me tacharán de impúdica porque tengan que reconocer mi cultura?

Octavia. [1.1.9]Todo lo contrario; has conseguido la admiración de todo el mundo por el hecho de que tu sabiduría no haya atentado contra tus costumbres buenas y castas, sino que las haya destacado como a contraluz.

[1.1.10] ¿Cómo podría nadie considerar que las Musas, que se dice que son vírgenes, sean hostiles a que las veneren otras vírgenes? ¿Cómo sería posible que quienes son como antorchas de los espíritus, con las que tanto hombres como mujeres nos inflamamos en pos de las cosas grandes y encomiables, fuesen motejadas de contaminadoras de las almas femeninas? [1.1.11] Cuando los varones nos niegan con malignidad arrogante y estúpida los méritos de que ellos se enorgullecen, están añadiendo la envidia a la maledicencia. [1.1.12] No rehuyen más el acónito y los venenos los varones de lo que los rehuímos nosotras, a quienes llaman el sexo débil, pues lo que puede acarrear la ruina a nuestras almas también lo hace a la de ellos. [1.1.13] Si nuestro saber tuviese algo de pernicioso y de enfermizo, según aducen, ¿cómo sería posible que cosa tan dañina se transmutase instantáneamente en algo beneficioso para los varones, pues no discuten que a ellos les resulte beneficiosa? [1.1.14] Si, conforme a su

idea, la erudición es para nosotras como una especie de fuente de todos los males y vicios, ¿cómo es posible que ellos beban de la misma fuente jugos nectarinos que les proporcionan gloria inmortal, mientras que nosotras, infelices y míseras, obtenemos aguas que se dirían provenientes del averno, sulfúreos incentivos para que nuestros espíritus se entreguen a los vicios a los que ellos mismos nos obligan por la fuerza o nos arrastran con el ejemplo?

1.1.15 Recuerdo que así te expresaste tú el otro día cuando discutías sobre estos temas con mi Caviceo. Hasta ahora puedes enorgullecerte de haber conservado intacta la fama de honesta junto a esa belleza con la que incendias incluso a los más insensibles y junto a la erudición con la que cautivas incluso a quienes no resulten afectados por la belleza.

Tulia. 1.1.16 Quien así habla, quien sabe que los corazones humanos se inflaman de amor, no está tan verde como yo creía.

Octavia. [1.1.17] ¿Habré de ignorar acaso lo que los ojos, la frente, incluso el rostro entero de Caviceo me dicen tan de continuo aunque él se mantenga callado? Es más, cuando la semana pasada se comportó conmigo de manera harto desenvuelta, me quedé asombrada de la violencia con que reaccionó a mis besos, pues ignoraba lo que pudiesen significar tal violencia y tal agitación.

Tulia. [1.1.18] ¿Había salido tu madre? ¿Estabas sola? ¿No temías nada de él?

Octavia. [1.1.19] Mi madre había salido. ¿Y qué podía temer de él? Claro que no temía nada.

Tulia. [1.1.20] ¿No te pidió nada más que besos?

Octavia. [1.1.21] E incluso esos me los arrancó sin que yo le provocase, moviendo enloquecido su inquieta lengua por el interior de mis labios.

Tulia. [1.1.22] ¿Qué sentiste tú entonces?

Octavia. [1.1.23] Te confieso que me invadió no sé qué sofoco que nunca había experimentado hasta entonces; todos mis miembros se enardecieron. Creyó él que el pudor se había apoderado

de mi rostro y contuvo un tanto su locura y la petulante mano.

TULIA. [1.1.24] Sigue.

OCTAVIA. [1.1.25] ¡Odiaré por siempre aquellas manos huroneadoras; tan atormentada y fatigada me dejaron con tal acaloramiento!

TULIA. [1.1.26] ¡Fantástico!

OCTAVIA. [1.1.27] ¿Cómo era posible tal cosa? Me metió la mano en el pecho, me manoseó una y otra teta y, al tiempo que palpaba los pezones, estrujándolos entre sus dedos, me tumbó boca arriba a pesar de mi resistencia.

TULIA. [1.1.28] Te sonrojas; la cosa se llevó a término.

OCTAVIA. [1.1.29] Con la mano izquierda colocada sobre mi pecho (te lo estoy contando tal como pasó) contrarrestaba fácilmente todos mis esfuerzos. Mientras tanto metió la derecha bajo mi falda. Me avergüenzo; me da vergüenza continuar.

TULIA. [1.1.30] Prescinde de tan ridículo pudor. Piensa que te dices a ti misma lo que a mí me cuentas.

Octavia. [1.1.31]Al punto, tras levantarme las faldas por encima de las rodillas, me toqueteó los muslos. ¡Ah, si hubieses visto cómo le brillaban los ojos!

Tulia. [1.1.32]¡Qué feliz serías al llegar ese momento!

Octavia. [1.1.33]Metiendo su mano más arriba invadió la zona que, como se dice, nos distingue del otro sexo y de la que desde hace un año a mí me suele manar durante unos cuantos días al mes una cierta cantidad de sangre.

Tulia. [1.1.34]¡Animo, Caviceo! ¡Ja, ja, ja!

Octavia. [1.1.35]¡Qué hombre tan infame! [1.1.36]«Esta parte» me dijo «me proporcionará muy pronto un goce enorme. ¡Déjame hacer, Octavia mía!». [1.1.37]Poco faltó para que me volviese loca al decirme eso.

Tulia. [1.1.38]¿Qué hizo él entonces?

Octavia. [1.1.39]En esa parte, no lo creerías, yo tengo una rajita muy pequeña …

Tulia. [1.1.40]… pero ardiente, trémula …

Octavia. [1.1.41]Allí metió el dedo. Al ocupar con él dificultosamente el sitio, no dejé de

sentir un dolor agudo. Pero él se limitó a decir [1.1.42]«Tengo una virgen» [1.1.43]y, nada más decirlo, me abrió las piernas a la fuerza, a pesar de que yo las apretaba una contra otra todo lo que podía, y se tumbó sobre mí.

TULIA. [1.1.44]¿Te callas? ¿No metió allí más que el dedo?

OCTAVIA. [1.1.45]Sentí … Pero ¡qué desvergonzada soy! ¡Qué cosas digo!

TULIA. [1.1.46]También yo, de quien tan buen concepto tienes, pasé por semejante trance. No hay nada más audaz que un esposo, a quien toda demora atormenta de modo increíble en tanto no destroce esa flor de la esposa.

OCTAVIA. [1.1.47]Pronto sentí entre mis muslos una cosa dura y caliente. Apretábase él contra mí y dirigía esa cosa hacia mi cuerpo y hacia esa hendidura con impulso vehemente. Pero yo, haciendo acopio de fuerzas, me deslicé hacia un lado y, metiendo mi mano izquierda entre nuestros

cuerpos, la apliqué al sitio en que se desarrollaba tan encarnizada lucha.

Tulia. [1.1.48] ¿Y pudiste desplazar con una sola mano tan sólida catapulta?

Octavia. [1.1.49] Pude. [1.1.50] «¡Malvado!» le decía «¿por qué me maltratas tan cruelmente? Déjame en paz, si me amas. ¿Qué delito he cometido para merecer este suplicio?» [1.1.51] Y me caían lágrimas de los ojos, pero estaba tan trastornada que no me atreví a abrir la boca ni a gritar para pedir ayuda.

Tulia. [1.1.52] Pero parece que Caviceo no te atravesó con su lanza ni superó tu parapeto.

Octavia. [1.1.53] Metí la mano y aparté lo que agarré. Pero, ¡qué bochorno!, enseguida sentí que una especie de bálsamo templado a la lumbre caía sobre mí y, desnuda como estaba hasta el ombligo, me mojaba por todas partes. Volví a llevar hacia allí la mano, pero la retiré asustada y horrorizada cuando fue a dar con ese licor pegajoso con el que el enajenado me había empapado.

TULIA. [1.1.54] O sea, que ni venció él ni venciste tú, al faltar un tanto para que pudiese cantarse una victoria clara.

OCTAVIA. [1.1.55] Desde entonces Caviceo se ha vuelto mucho más atento y mi alma se agita impotente con deseos que no sé lo que son. No sé lo que quiero ni podría expresarlo. Lo único que sé es que Caviceo es para mí el más agradable de los mortales con mucho. [1.1.56] Sólo de él espero la suma dicha, que no comprendo y que ignoro si se producirá y cómo. No deseo nada en concreto y sin embargo deseo.

TULIA. [1.1.57] Pero has dado conmigo, que te serviré de Edipo en estas confusiones mentales tuyas. Se te puede aplicar muy adecuadamente lo que el maestro e intérprete del amor, Nasón, escribió de Biblis:

La verdad es que ella al principio no creyó
que hubiera fuego alguno,

ni consideró pecado besarle en la boca
tantas veces …
No se entiende a sí misma todavía y bajo tal
fuego no hace ningún voto, aunque arda
por dentro …
Pero a dar esperanzas obscenas a su corazón
no se atreve cuando está despierta; relajada
en el descanso plácido
a menudo ve lo que ama; contempló incluso
su cuerpo unido al de su hermano
y enrojeció, aunque estuviese dormida.
El sueño se marcha. Queda callada un tiempo
recordando del descanso
las visiones y confusa profiere:
«Desgraciada de mí, ¿qué pretende esta
imagen de la silenciosa noche?
¡Ojalá no suceda! ¿Por qué he tenido tales
sueños?»

1.1.70 Se avergüenza de su sueño, pero le agrada. Y mientras el alma se entretiene con las apariencias de voluptuosidad, los sentidos desfallecen de

gusto. [1.1.71] ¿Te sonrojas? Confirmas lo que digo y me parece oírte decir:

«Mientras no intente acometer despierta
nada parecido,
ojalá se repita muchas veces semejante sueño.
El sueño carece de testigos, como el soñado
placer.
¡Por Venus y su alado Cupido acompañante,
qué gran goce sentí, qué placer
tan avasallador
experimenté! ¡He quedado saciada hasta
la médula!
¡Qué grato es el recuerdo, aunque fuese breve
el placer
y la noche se apresurase, envidiosa de lo que
nos sucedía!»

Octavia. [1.1.80] No voy a negarlo: día y noche se aparece Caviceo ante mis ojos y la esperanza de un goce increíble ocupa mi pensamiento. Y desde entonces he deseado muchas veces

que Caviceo volviese a tener una oportunidad parecida a la que tan tontamente desperdicié con brusquedad y poco seso.

TULIA. 1.1.81 ¿Qué hubieses hecho en ese caso?

OCTAVIA. 1.1.82 Ya te lo puedes imaginar. Yo sería ya más sabia y él más feliz.

1.1.83 Apenas había vuelto a arreglarme, haciendo caer el vestido hasta los pies, y él había vuelto a meterse la camisa, que se le había salido de la cintura, cuando entró mi madre.

TULIA. 1.1.84 ¡Ay de ti! Ya conozco su carácter y su severidad.

OCTAVIA. 1.1.85 Pues no nos dijo nada desagradable ni a Caviceo ni a mí. Nos preguntó sonriendo de qué hablábamos y quién estaba más enamorado.

1.1.86 «Pues quién merezca más ser amado» dijo «no necesito preguntarlo: tú eres, Caviceo, y no creo que tú, Octavia, lo discutas. Y puesto que en breve os unirá Himeneo, lo

que oro por que suceda con auspicios favorables, deseo que tú, Caviceo, ames a esta Octavia mía y tuya no por sus méritos, que son muy escasos, sino por tu natural generoso. Y ambos viviréis años felicísimos en esa conjunción de espíritus».

TULIA. [1.1.87] Pero ¿qué pasó luego, cuando Caviceo se marchó?

OCTAVIA. [1.1.88] Se puso a interrogarme sobre qué era lo que con sus propios ojos había visto de ambos. Yo me disculpaba, pero ella insistía en que le dijese la verdad. Yo me quejé de que él se había abalanzado sobre mí, sin que yo supiese qué buscaba o intentaba, pero que yo no había pecado, hasta donde sabía. [1.1.89] Siguió interrogándome y tratando de enterarse de si se había violado mi integridad corporal. Le dije que no. Me advirtió de que me guardase de tal cosa en el futuro y me amenazó con castigos para que no lo hiciera.

1.1.90 «Pues» me dijo «te unirás a él dentro de pocos días, hija mía, pero ten por seguro que, si antes de esa fecha hubiese recibido plena satisfacción de ti, o bien te abandonaría al punto o bien, si prefiriese que se le alabase por su constancia, te despreciaría. Ya ves a qué alternativas habría de enfrentarse una joven de alcurnia; sería preferible la muerte».

1.1.91 Desde aquel día mi madre me vigiló más estrechamente para que Caviceo no me encontrase nunca sola ni pudiese hablar a solas conmigo.

Tulia. 1.1.92 Es cierto que, a quien en la primera adolescencia (y un completo adolescente es Caviceo) le acontece disfrutar hasta la saciedad del cuerpo de la amada, una vez terminada la cosa le sobreviene un odio contra ella tanto mayor cuanto más grande fuese el amor con el que previamente se consumía, como no se le escapó al Estagirita.

1.1.93 Pero quiero que sepas, Octavia, que aprecio en lo que vale tu franqueza y que por mi parte

haré todo lo que pueda para que no dudes de la mía contigo. Tu propia madre me pidió que te desvelase todos los secretos más recónditos de las nupcias y que te enseñase cómo debas comportarte con tu marido y cómo vaya a comportarse él en aquellos aspectos que sacan de quicio a los hombres. [1.1.94] Para que pueda hablarte con más tranquilidad de todo ello, esta misma noche nos acostaremos juntas en mi cama, a la que podría denominar con justeza mi dulcísima palestra de Venus. Luego sabrás lo que es un compañero de cama más satisfactorio de lo que yo pueda serlo.

Octavia. [1.1.95] Te estás burlando de mí, Tulia. No digas esas cosas, que ofenden al amor que te tengo de una forma que el tuyo no soportaría, si de verdad me amases.

1.2.0 COLOQUIO SEGUNDO

Gestas femeninas

Octavia, Tulia.

OCTAVIA. 1.2.1 Bueno, ya nos encontramos en este lecho tuyo en el que tantas veces has querido que pasase las noches, no ya contigo sino en tus mismísimos brazos, cuando se ausenta Calias, tu marido.

TULIA. 1.2.2 Noches que yo he pasado en vela, pues, al recorrer mis venas el avasallador amor que sentía por ti, me consumía como en un incendio.

OCTAVIA. 1.2.3 ¿Sentías? Entonces ¿ya no me amas?

TULIA. 1.2.4 Te amo, prima, y muero por ello de mala manera.

Octavia. [1.2.5] ¿Es posible que perezcas tú, a quien preservaría incólume más que a mi propia vida? ¿Qué significan esas melancolías? Pues todas las apariencias indican que tu cuerpo goza de excelente salud.

Tulia. [1.2.6] Lo que a ti te pasa con Caviceo, eso me pasa a mí contigo.

Octavia. [1.2.7] Habla con claridad. ¿A qué vienen estos acertijos?

Tulia. [1.2.8] Para empezar, aleja de ti, que eres tan encantadora, tan bella, tan juvenil, cualquier tipo de pudor.

Octavia. [1.2.9] Cuando quisiste que me metiese en tu cama desnuda, y así lo hice, tal como me dijiste que habría de entrar en ella cuando me entregase al goce de Caviceo, ¿no arrojé ya suficientemente lejos de mí todo pudor?

Tulia. [1.2.10] Efectivamente, como dijo en otro tiempo la reina de los lidios, *me despojé del pudor al tiempo que de la túnica*.

Octavia. [1.2.11] Pidiéndomelo tú, vencí mi timidez; siguiendo tu ejemplo, me sobrepuse a mí misma.

Tulia. [1.2.12] Dame un tierno beso, virgen tiernísima.

Octavia. [1.2.13] ¿Por qué no? Tantos cuantos quieras y como quieras.

Tulia. [1.2.14] ¡Qué boca tan divina! ¡Qué ojos, más radiantes que la propia luz! ¡Qué cuerpo tan seductor!

Octavia. [1.2.15] ¿Y ahora retiras las sábanas? No sé lo que temería que me sucediese, si no fueses Tulia. Ya me tienes desnuda, ¿qué más quieres?

Tulia. [1.2.16] ¡Santos dioses! ¿Por qué no me concedéis que me convierta en Caviceo, como querría?

Octavia. [1.2.17] ¿Pero qué es esto? ¿Acaso Caviceo me cogerá ambas tetas como lo haces tú ahora? ¿Me dará tal cantidad de besos? ¿Me recorrerá los labios, el cuello y las tetas con estos mordisquitos?

Tulia. [1.2.18]Todo esto, corazoncito, no serán más que los prolegómenos de la batalla y los aperitivos del pleno festín venéreo.

Octavia. [1.2.19]¡Basta! Recorres todo mi cuerpo con tus manos, me las metes por los bajos. ¿Por qué palpas mis muslos? ¡Ja, ja, ja, Tulia! ¿Por qué me haces cosquillas en ese sitio, por favor? ¿Por qué tienes tan fija en él la mirada?

Tulia. [1.2.20]Con placer y curiosidad contemplo este campo venéreo, ni amplio ni espacioso, pero lleno de encantos agradabilísimos, en el que la insaciable Venus agotará las fuerzas de tu Marte.

Octavia. [1.2.21]No estás bien de la cabeza, Tulia. Si fueses Caviceo, ya no me sentiría segura. ¿Por qué recorres con tus ojos, por delante y por detrás, todas las partes de mi cuerpo tumbado mientras que tú estás sentada? [1.2.22]No tengo yo nada que aventaje tu belleza. Mírate a ti misma, si quisieses ver algo que puedas amar y que debas alabar.

TULIA. [1.2.23] Sería presunción y no modestia que yo negase poseer cierta belleza, [1.2.24] pues estoy en lo más granado de mi vida, habiendo cumplido apenas veintiseis años. Hice padre a Calias mediante un único parto. Si tus sentidos pueden obtener de mí algún placer, gózalo, Octavia; no pondré ningún reparo.

OCTAVIA. [1.2.25] Tampoco yo. Obtén de mí todo el goce que puedas; te lo consiento. Pero sé que de una virgen, como yo soy, tú no podrás obtener ningún placer, ni yo de ti, aunque seas una especie de huerto maravilloso que contiene todos los encantos y atractivos.

TULIA. [1.2.26] Tú sí que tienes un huerto cuyos delicadísimos frutos aplacarán la lujuriosa lujuria de Caviceo.

OCTAVIA. [1.2.27] No tengo yo ningún huerto que tú no tengas también, rebosante de los mismos frutos. Pero ¿a qué llamas *huerto*? ¿Dónde está? ¿Cuáles son esos frutos?

Tulia. [1.2.28] Veo tu mala intención. Estoy segura de que, por lo que dices de mi jardín, el tuyo te resulta tan familiar como a mí el mío.

Octavia. [1.2.29] ¿Utilizas quizá esa palabra para designar la zona que abarca ahora la palma de tu mano derecha, la que sobeteas con los dedos y a la que rascas con el borde de las uñas como si me picase?

Tulia. [1.2.30] La misma, prima, cuyo uso ignoras, tontuela. Pero yo haré que lo sepas.

Octavia. [1.2.31] Si lo supiese antes de haberme casado, no sería buena persona ni digna de tu amor, al parecerme tan poco a ti. Muy bien, enséñame cuál sea su uso futuro, pero vuelve a tumbarte en la cama, pues la postura sentada que tienes ahora resulta incómoda para ambas.

Tulia. [1.2.32] Te complaceré. Y ahora empina las orejas. ¡Que con tanta facilidad y frecuencia se empine Caviceo como tú agudices las orejas para esta charla! ¡Quiéralo Venus! Jura conmigo, Octavia.

Octavia. [1.2.33] Lo juro. ¿Te ríes? No capto la travesura que se esconda tras estas palabras.

Tulia. [1.2.34] Pero ya sentirás las delicias que por este conjuro se le desean a tu huerto.

Octavia. [1.2.35] Le hablas a una sorda.

Tulia. [1.2.36] Quiera Venus que oigas y que entiendas.

[1.2.37] Ese huerto tuyo, al que deseo que no falten las flores y los frutos de Venus ni en las épocas estivales ni en las invernales, es ese sitio, prima, que cubre el vello en la protuberancia del bajo vientre, vello que tú tienes tan suave. Se llama *pubis*. Cuando ese vello empieza a crecer en una joven, sirve de prueba documental de que ya es apta para el varón y de que su virginidad ya está madura para Venus. [1.2.38] *Cumba* barquilla, *navis* nave, *concha* concha, *saltus* prado, *clitorium* clitorio, *porta* puerta, *ostium* entrada, *porcum* cerdo, *interfemineum* entrepierna, *lanuvium* puertas de la ciudad de Lanuvio, *virginal* doncellez, *vagina* vaina, *sacandrum* saco, *ager* campo, *sulcus*

surco, *larva* máscara, *anulus* anillo lo llaman los latinos; y los griegos *αἰδοῖον*[1] y *δέλτα*[2] y *χοῖρος*[3] y *ἐσχάρα*[4]. [1.2.39] Julia, la hija de Augusto, decía, al comentar que sus hijos se pareciesen muchísimo a su marido, Agripa, que ella nunca admitía pasajeros en su nave más que cuando ya estaba llena. Ἐσχάρα[5] es el fuego del hogar y el horno; χοῖρος[6] es cerdo, δέλτα[7] es la letra griega de tal nombre; pero su forma difiere bastante de la de nuestro jardín. Quiero que esta noche, prima mía, salgas de mis brazos más docta que si hubieses dormido en el Parnaso, para que puedas follar incluso en griego. Ya recuerdas a Juvenal.

---

1 *aidoion*, pudendo; *lo que no debe verse*, pero también *lo venerable*.
2 *delta*
3 *choiros*
4 *eschara*
5 *eschara*
6 *choiros*
7 *delta*

Octavia. [1.2.40] Preferiría ser sabia como tú eres, prima, que saciarme de voluptuosidad. Cuando te veo tan joven y tan docta, te cambiaría por Caviceo. ¡Con qué alegría te ofrecería todos los dones de mi cuerpo!

Tulia. [1.2.41] Abrázame, querida virgen, que enloquezco de amor por ti. Tolera todos mis caprichos, mientras se limiten a miradas y a toqueteos. Ni Caviceo ni tú perderéis nada con ello. ¡Oh, vanos esfuerzos míos! ¡Qué pretendo, pobre de mí! ¡Con qué pasión me consumo por ti!

Octavia. [1.2.42] Satisface tu amor y da rienda suelta a esa pasión que te domina. Lo que tú quieras, lo quiero yo también al máximo.

Tulia. [1.2.43] Regálame entonces este huerto tuyo para que sea su dueña, aunque no me sirva de nada, pues ni tengo llave con la que abrir sus puertas ni aldaba con la que golpear ni pie con el que penetrar.

Octavia. [1.2.44] Te lo doy al punto, pues soy toda tuya. ¿Hay algo en mí que no te pertenezca? Te echas sobre mí … ¿qué significa ésto?

Tulia. [1.2.45] No te retires, por favor. Abre las piernas.

Octavia. [1.2.46] ¡Ay! Has tomado completa posesión de mí. Te aprietas contra mí boca con boca, pecho con pecho, pubis contra pubis. Te abrazaré pues como tú me abrazas.

Tulia. [1.2.47] Levanta más las piernas, coloca tus muslos sobre los míos. Te enseñaré una forma novedosa de goce venéreo, a ti que eres novata. ¡Qué bien respondes! ¡No podría yo mandar tan bien como tú obedeces!

Octavia. [1.2.48] ¡Ah, ah, Tulia mía, mi señora, mi dueña! ¡Cómo me sacudes y te agitas! Preferiría que apagásemos los cirios, pues me avergüenza que su luz sea testigo de mi condescendencia.

Tulia. [1.2.49] Ocúpate de hacer bien lo que haces. Cuando yo embista, tú replica; agita las trémulas nalgas cuando yo las muevo; levántalas

todo lo que puedas. ¿Temes que te falten las fuerzas?

OCTAVIA. [1.2.50] Cierto es que me fatigas con estas acometidas tan rápidas, que me oprimes. No aguantaría violencia tan desatada de ninguna otra persona.

TULIA. [1.2.51] Aguarda, abrázame, Octavia, resiste. ¡Ay, ay, me corro! ¡El pecho me estalla, ah, ah, ah!

OCTAVIA. [1.2.52] Tu huerto incendia el mío; bájate.

TULIA. [1.2.53] Ya está, mi diosa. Te serví de varón, esposa mía, mi cónyuge.

OCTAVIA. [1.2.54] ¡Ya quisiera yo que fueses mi marido! ¡Qué esposa tan amante tendrías! ¡Qué marido tan amado tendría yo! La verdad es que has lanzado un aguacero sobre mi huerto; estoy anegada. ¿Qué porquería me has echado encima, Tulia?

TULIA. [1.2.55] Es cierto que he llegado a la meta y que de las oscuras sentinas de mi nave el amor

ha proyectado con ímpetu ciego el humor venéreo sobre tu virginal barquilla. ¿No has sentido tú en lo íntimo de tu ser ningún tipo de placer?

Octavia. [1.2.56] No he notado, así me ame Venus, que lo que has hecho me haya proporcionado el más mínimo placer. Me he trastornado un poco, al sentirte a ti tan trastornada, y algunas chispas de tu ardor fueron a dar en esa parte que molías con tus muchos empujones. [1.2.57] Pero fueron más bien alarma de fuego que incendio. Dime la verdad, Tulia, ¿este desarreglo tuyo afecta también a las mentes de otras mujeres haciéndolas que amen y aborden a las chicas?

Tulia. [1.2.58] Las aman y las abordan, salvo que sean estúpidas e insensibles, pues ¿qué puede haber más agradable que una joven hermosa y pura, como lo eres tú? Así se consumía Ifis, cuando todavía no era chico, por Yante:

Ifis ama a quien desespera de poder gozar,
aumentando

de ese modo las llamas y consumiéndose
la virgen por otra virgen.
Pudiendo apenas retener las lágrimas
«¿Qué salida me queda» se pregunta
«a mí, a quien una ignota, prodigiosa y nueva
forma de amor domina? Si los dioses
hubiesen querido salvarme,
deberían habérmelo evitado; si no, si querían
perderme,
deberían haberme dado un mal vulgar y
natural.
¡Ni mi padre se opone ni ella se niega
a mis deseos!
A pesar de lo cual no gozarás de ella ni,
aunque todo se llevase a cabo,
podrás ser feliz, por más que se lo propongan
dioses y hombres.
Nada se opone a mis deseos;
los dioses me han sido favorables y me
han concedido todo lo que quería;

lo que yo quiero lo quieren también mi padre,
ella misma y mi futuro suegro.
La única que no quiere es la naturaleza,
más poderosa que todos ellos,
y que se empeña en perjudicarme. Ya llega
el momento ansiado,
ya se acerca el día de la boda y Yante
se entregará a mí.
¡Pero nada de esto me sucederá; moriremos
de sed en medio de las aguas!
¿Para qué venís, Juno pronuba e Himeneo,
a estas
ceremonias en las que falta quien abra el
cortejo, donde ambas portamos el velo?»

1.2.78 Reconozcamos, Octavia mía, que la mayoría de nosotras somos muy libidinosas. ¿Recuerdas lo que decía la Cuartila de Petronio?

1.2.79 «Que Juno me castigue si recuerdo haber sido virgen alguna vez. Pues ya de niña hacía guarrerías con los de mi edad y luego,

conforme fueron pasando los años, me dediqué a chicos mayores, hasta llegar a la edad que tengo ahora».

Octavia. [1.2.80]Hasta ahora, Tulia, y tú lo sabes bien, yo soy pura y no sólo de cuerpo sino también de espíritu. Tendrás pues que llamarme estúpida y fatua. Pero siento que ya me van alcanzando la concupiscencia y el deseo venéreo. Se acerca el día de mis nupcias, de modo que me alegro de tener este ardor venéreo, pues supongo que sólo al acostarnos con los hombres podemos alcanzar el goce entero y verdadero a través de sus abrazos.

Tulia. [1.2.81] Y supones bien, como comprobarás la próxima noche a poco que te sea favorable el ágape lampsaceno. Pero, cuando los hombres nos manejan a su gusto y nos prodigan [1.2.82]*las sacudidas de su congestionado rabo*, suelen seguirse la hinchazón del vientre, el embarazo y el parto. [1.2.83]La Venus que incita e impulsa a las jóvenes al coito pleno sin estar casadas está

plagada de peligros y de desgracias. Todo resulta desenfadado y alegre, por el contrario, bajo Himeneo. Cuando se tapa la cabeza de la recién desposada con el flamígero velo, se están ocultando también todos los desmanes de su concupiscencia; bajo ese velo se eluden eficazmente los perspicaces ojos de las leyes y del populacho. 1.2.84 Por tanto, Octavia, las vírgenes y las que llevan una vida célibe tienen que agenciarse el placer por una vía distinta de la que ves que 1.2.85 *todos los linajes de seres vivos*, como dice Lucrecio, han de seguir con un empuje que nada puede apaciguar, si no es el empuje venéreo mismo. No es pues de extrañar que las vírgenes se amen entre sí, sobre todo teniendo en cuenta que ya los héroes más grandes del pasado hallaron en personas de su propio sexo incentivos para su concupiscencia.

Octavia. 1.2.86 Pero como tú no eres virgen, puesto que has conocido varón, tienes libertad

de gozar plenamente. ¿Qué es lo que puede hacer entonces que me ames, que busques a Venus por la vía que utiliza cuando quiere engañarse a sí misma?

TULIA. [1.2.87] Fue mi Pomponia (pues no quiero que ignores ninguno de mis asuntos) quien primero empezó a juguetear conmigo de este modo, hace ya algunos años, ya que éramos muy amigas desde pequeñas, siendo, como es, ingeniosa, al tiempo que procaz y libidinosa como ninguna, pero también cauta como ninguna. [1.2.88] Mi mente aborrecía inicialmente este asunto, pero poco a poco me fui acostumbrando a estas, como me decía a mí misma, *molestias*. En lo que me daba ejemplo Pomponia, que no solo permitía que yo gozase de su cuerpo a mi antojo, sino que era ella misma quien así lo disponía, haciendo de puta dulcísima para mí y de alcahueta de sí misma. Luego he practicado durante tanto tiempo este tipo de satisfacción que no tengo ninguna gana de

privarme de él. [1.2.89] Pero cuando tú bombardeaste mi corazón con tus innúmeros rayos, Octavia mía, me inflamé con tu amor de tal manera, y así sigo, que, comparado contigo, lo despreciaría todo, incluso a mi Calias, y me consideraría pagada de todo tipo de goces con tus abrazos.

[1.2.90] Y no me juzgues por ello excesivamente desvergonzada, pues esta conducta se prodiga por casi toda la tierra. Las mujeres italianas, las españolas, las francesas se aman entre sí y, si no fuese por el pudor, se lanzarían al punto excitadas unas sobre otras. Este vicio, al que Safo puso nombre e incluso ennobleció, fue muy habitual en otro tiempo para las de Lesbos. [1.2.91] ¡Cuán frecuentemente no fatigaron sus lomos las enamoradas Andrómeda, Atis, Anactoria, Mnais y Girino! A las heroínas de este tipo los griegos las llamaron *tribadas*, los latinos *frictrices* y *subagitatrices*. [1.2.92] La misma Filene, que se entregaba en cuerpo y alma a este goce y era mujer de alcurnia,

pasa por ser su descubridora y por haber difundido su uso entre las mujeres y las chicas de su país, que lo desconocían por aquellas épocas. Las llamaron tríbades porque frotaban y eran frotadas, frictrices por la refriega de los cuerpos, subagitatrices por los meneos excitantes. [1.2.93] ¿Qué más puedo contarte, Octavia mía? *Hacer y dejarse hacer* es propio de mujeres despabiladas y que tienen sangre en las venas.

Octavia. [1.2.94] Por Hércules, que cuentas cosas sorprendentes, al tiempo que divertidas y ridículas. Tú misma te has llamado tríbade y frictriz y subagitatriz. ¿Cómo me llamarías a mí?

Tulia. [1.2.95] Te llamaría seductora Cípride mía, dulce, refulgente. Pues no he hecho nada que haya disminuido tu integridad, que echase abajo esa puertecita tuya, que se apropiase de esta floreciente virginidad tuya.

Octavia. [1.2.96] ¿Pero qué es lo que hubieses podido hacer?

Tulia. 1.2.97 Las milesias se procuraban carajos de cuero de ocho dedos[1] de largo y otro tanto de gruesos. Aristófanes afirma que las mujeres de su tiempo solían servirse de ellos. Y todavía hoy en día las italianas o las españolas sobre todo, pero también las mujeres asiáticas, consideran que este instrumento es parte esencial del mundo femenino y de su ajuar más preciado, por lo que cuesta muy caro.

Octavia. 1.2.98 No entiendo lo que sea ni para qué pueda servir.

Tulia. 1.2.99 Pronto lo entenderás, pero ahora nuestra charla se orienta hacia otros temas.

[1] Unos 15 cm.

1.3.0 COLOQUIO TERCERO

Anatomía

Octavia, Tulia.

OCTAVIA. 1.3.1 ¡Ja, ja, ja! ¡Cómo te has abalanzado sobre mí, Tulia! ¡Oh, si los dioses te convirtiesen en hombre!

TULIA. 1.3.2 Pues así es como se abalanzará sobre ti tu marido cuando estés tumbada de espaldas y despatarrada. Tomará posesión de tu boca con sus besos, chupará ese par de abombadas tetas tuyas, apretará su pecho contra el tuyo, te oprimirá y te sacudirá toda entera, pero mucho más y con más fuerza de lo que yo haya podido hacerlo, puesto que él es mucho más fuerte y vigoroso que yo. Te zarandeará con tales embestidas que el lecho en el que estaréis tumbados se moverá

de un lado para otro e incluso lo harán las paredes de la habitación. [1.3.3] La primera noche que Calias atacó mi decencia con su vigor movió y sacudió su cuerpo contra el mío con tal violencia que quienes celebraban la vigilia de las bodas en una habitación cercana oyeron cómo chirriaba mi cama. Toma nota, por favor, de cómo se me trató en esa justa, de la que sin embargo salí victoriosa.

Octavia. [1.3.4] ¿Qué será de mí si voy a dar con un atleta tan desconsiderado y bruto? Pues, cuando se te entregó al disfrute de Calias, tú eras mayor que yo y tenías el cuerpo más formado. Ya estoy viendo el largo suplicio que se me avecina.

Tulia. [1.3.5] No voy a negarte, Octavia, que habrás de soportar muchas fatigas; si lo hiciese, estaría abusando de tu ignorancia. Así es como se desarrollarán las cosas.

Octavia. [1.3.6] Enséñame bien todo lo que me convenga saber. ¿Cómo es ese dolor que sentiré? ¿Cómo es de agudo y cuánto dura? Yo preferiría

sin duda un dolor breve y más intenso que otro menor y más largo.

TULIA. 1.3.7

Y a ti no te sucederá de otro modo.
La primera noche sufrirás.
Todo lo malo que tiene el amor, si se
soporta, resulta llevadero.

OCTAVIA. 1.3.10 Claro que lo soportaré y confío en que con ánimo valeroso y firme, pues ¿qué otra cosa puedo hacer? Pero, dime la verdad, ¿qué es lo que tendré que soportar?

TULIA. 1.3.11 A esa parte de nuestro cuerpo de la que ya hemos hablado los latinos y nuestros hombres la llaman vulgarmente vulva[1], coño[2], raja[3], higo[4], pilón[5]. 1.3.12 *Vulva* es como si quisiesen

---

1 *vulva*
2 *cunnus*
3 *fregna*
4 *ficus*
5 *pota*

decir *valva*, puerta de hojas; *cunnus* viene de *cuña*, la que hubiese de introducirse en ella con gran fuerza en los primeros encuentros; o tal vez de la palabra griega *κυνός*[1], perro, como si el olor que suele exhalar la boca de un perro se pareciese al que a menudo se produce en esa ínfima boca de nuestro cuerpo; o bien del griego *κόννος*[2], que quiere decir *barba*, porque los chuscos dicen en broma que nosotras tenemos barba en ese sitio, pues llaman barba al vello que recubre el pubis; o puede que provenga mejor de *ἀπὸ τοῦ κοννεῖν*[3], que significa *entender*, 1.3.13 pues se dice que, del mismo modo que *mentula*[4] viene de *mente*, así

---

1 *kunos*

2 *konnos*

3 *apo tou konnein*

4 Aparece aquí por vez primera en el texto original la palabra *mentula*, significante básico, aunque no necesariamente neutro, del pene masculino en lengua latina, que luego se repite otras 135 veces a lo largo de la obra. No existe un término español que pueda considerarse la justa correspondencia suya. El diccionario de la Academia no recoge el

coño viene de *inteligencia*. Pues al igual que la pija se rige por sus propias razones, como si estuviese dotada de inteligencia, desobedeciendo a menudo las órdenes de la mente que reside en la cabeza, así también éste actúa y entiende por su

---

vocablo *méntula*, que algunas veces se ha usado en nuestra literatura (López Barbadillo *La academia de las damas*, *passim*; C. J. Cela *Diccionario secreto* II.3: 182), pero que no solo es un cultismo vergonzante utilizado como último recurso sino que carece de toda vigencia en el habla hispana contemporánea. En esta traducción se hacen corresponder con *mentula* los vocablos *picha* (que parece estar cayendo rápidamente en desuso, a pesar de que el diccionario de la Academia lo albergue con todos los honores y de que no hace mucho fuese una de las designaciones más habituales de tal adminículo, como lo demuestra que fuese la que Slaby y Grossmann ofrecieron en 1937 en su monumental diccionario alemán-español como única traducción del correspondiente término alemán, *schwanz*, p. 935; los alfareros de Salvatierra de los Barros, Badajoz, llaman *piche* al pitorro del botijo destinado a la salida de líquidos), *pijo*, *polla* y *carajo*, entre otros muchos, de manera habitual y bastante indistinta.

cuenta, rebelándose contra las normas de la razón como si no pudiera secundar sus intereses sino sólo los de la polla. [1.3.14] Nosotras lo llamamos *pudendo*[1], con palabra más honesta, cuyos labios, que lo cierran, he leído en un gramático antiguo que se llaman *papillos de la natura*[2], *belfos*, *morros* o *postigos*[3]. Tal sitio es contra el que Caviceo blandirá inicialmente su enorme lanza con todas sus fuerzas. En ese momento te aplicará grandes

---

[1] *pudendum*

[2] Valverde de Hamusco *Historia de la composición del cuerpo humano* declaración de las figuras del libro III, tabla quinta, figura XXVIII ττ 3.3.8.237.2.

[3] *cadurda*; el original utiliza aquí esta rara palabra latina, si bien con el precedente de Juvenal VI 535; el autor la tomó casi con seguridad de Riolan (*Opera anatomica* Liber I cap. XXXV p. 185), quizá porque la designación de la entrepierna como bisagra (*horcajadura* la llamaría Don Quijote en I XXX), *charnière*, muy utilizada luego por Mirabeau (*Ma conversion*: 44, 62) y por otros autores obscenos (*Art de foutre en quarante manières*), fuese ya común en el francés de aquella época.

tormentos, pero pronto serán todavía mayores los goces que te aplicará.

Octavia. [1.3.15] Los goces harán olvidar a toda prisa los dolores.

Tulia. [1.3.16] Observa la manera admirable en que está dispuesto. Lo primero que aparece es este bulto que sobresale y que en tu caso está recubierto por un suave vello. Y no vayas a creer que se encuentre ubicado entre los muslos por resultar vergonzoso, que no hay tal cosa, sino para facilitar su uso. A tal prominencia se la llama *monte de Venus* y quien lo escale una vez, Octavia mía, lo preferirá ya para siempre a los montes sagrados Parnaso y Olimpo.

Octavia. [1.3.17] ¡Que mi escalador sea tan agradable como lo eres tú! No tendré yo nada que envidiar al Parnaso con su Apolo ni al Olimpo con su Júpiter.

Tulia. [1.3.18] Este montículo presenta dos simas, situadas una dentro de la otra, por las que se logra un acceso pleno a su interior. A la primera la

llaman *mayor*; la otra está más adentro. La primera es adecuada para el parto, pues nosotras, Octavia, somos como una especie de obrador para la forja del género humano. Si fuese más estrecha, no podría dilatarse sin horribles dolores cuando el feto transitase hacia los aires de la vida, pues es necesario que se distienda y se dilate. 1.3.19 Los jovencitos, cuando empieza a permitírseles que merodeen por esos andurriales, suelen imaginarse que el acceso más recóndito de doncellas y mujeres estará tan abierto como el portón exterior y sé de algunos que quedaron en ridículo al espantarse, pues el orificio interior es más pequeño.

1.3.20 Ya te he dicho que los abultamientos que flanquean la oquedad mayor se llaman *papillos* o *belfos*. También la más escondida tiene rebordes, que en mi caso incluso sobresalen de los otros; su nombre es el de *ninfas*[1]. Pero en el caso de

[1] *nymphae*

las vírgenes, como lo eres tú, y en la parte inferior interna de estas aletas se distinguen cuatro excrecencias carnosas, a modo de lengüetillas o tapitas, que obstaculizan el paso hacia las entrañas, paso que el varón no deja expedito a su deseo más que tras mucho esfuerzo y dedicación en los primeros encuentros.

Octavia. [1.3.21] Lo veo venir; el enorme dolor del que me hablabas deriva por completo de esos esfuerzos.

Tulia. [1.3.22] Déjame que acabe la descripción que había comenzado.

[1.3.23] Como estas cuatro membranitas están también unidas entre sí, forman una especie de cáliz o embudito, como la cabezuela de un clavo de olor. Pero no cierran por completo el paso hacia las entrañas, como taponándolo, sino que se proyectan tiesas hacia la puerta exterior del jardín, al tiempo que se entreabren un poco por su

parte superior, via por la que precisamente se eliminan los excrementos que la propia naturaleza expele de nuestro cuerpo.

1.3.24 Pero ya es hora de que te hable del *clítoris*[1]. Casi al final del pubis tenemos un burujo membranoso que parece un rabito. Se endurece con el acaloramiento, como si fuese un pene. A las mujeres de naturaleza un poco viva les produce unos cosquilleos tan mortificantes que, a poco que provoquen a Venus colocando allí su propia mano, lo normal será que culminen por sí solas, sin necesitar el concurso de escalador alguno.

1.3.25 Y en verdad que, cuando Calias me envilece con sus travesuras, cuando acaricia y toquetea, eso es lo que a mí me sucede muchas veces. Cuando se propasa al juguetear con sus manos por esos lugares, mi huerto se las empapa con abundante rocío. 1.3.26 Esto le da pie para tomarme el pelo y hacerme muchas bromas. Pero ¿qué

---

1 *clitoris*

puedo hacer yo? Se pone a reir y yo también me río. Le reprocho su atrevimiento, él me reprocha mi lascivia. Nos reímos el uno del otro y, mientras intercambiamos estas bromas, se lanza sobre mí de veras, me tumba despatarrada, quiéralo o no, se la mete a la sojuzgada y, bromeando, repone impetuosamente, procedentes del suyo, los humores que mi jardín soltó, para que no pueda quejarme de haber perdido nada por culpa suya.

Octavia. [1.3.27] ¡Qué vida tan feliz llevais ambos y tan llena de delicias! Sois fuente recíproca de gran felicidad.

Tulia. [1.3.28] Para terminar, el camino que lleva de la entrada del huerto a su zona más profunda se llama *vaina*[1], aquella en la que se enfunda el pene mientras percute a la mujer. Los médicos lo llaman unas veces *uteri collum*, cuello del útero, otras *cervix*, cuello, e incluso *sinum pudoris*,

[1] *vagina*

refugio de la vergüenza o seno del pudor. Abraza, constriñe y succiona perfectamente el miembro viril que a tal vaina se aplica vigorosamente y en la que se introduce. Es, Octavia, una especie de conducto por el que el género humano transita desde las brumas remotas de la nada a la luz de la vida.

Octavia. [1.3.29] Lo pintas de tal modo que me parece estar contemplando todas estas cosas, que se ocultan en lo más recóndito de mis entrañas, como si las tuviese ante los ojos.

Tulia. [1.3.30] No cabe duda, prima, de que esa abertura interior y la hondonada que la sigue resultan mucho menos evidentes en ti que en mí. Ven; me entran ganas de observar minuciosamente todas estas cosas. Separa las piernas todo lo que puedas sin que te resulte incómodo.

Octavia. [1.3.31] Ya me tienes abierta. ¿Por qué tus ojos se clavan tan fijamente en mí? Separas esos labios con los dedos, ¿qué ves adentro?

Tulia. [1.3.32] ¡Virgen encantadora! Veo esta flor tuya, que quien la vea preferirá al resto de las flores y de las fragancias juntas.

Octavia. [1.3.33] ¡Ay, Tulia! Detén, te lo ruego, esa lasciva mano; retira ese maldito dedo que estás metiendo. Me has hecho daño de verdad cuando lo tenías más adentro.

Tulia. [1.3.34] ¡Me compadezco de ti, concha preciosa, más adecuada para la concepción de Venus de lo que lo fue aquélla de la que dicen que salió Venus! ¡Bajo qué augurios tan favorables tuviste que nacer, Caviceo, para quien renacerá Venus en esta concha!

Octavia. [1.3.35] Y sin embargo dices que te apiadas de mí.

Tulia. [1.3.36] Sí, porque ya te veo descuartizada de modo lamentable.

Octavia. [1.3.37] ¿Cómo así? ¿Con qué me amenazas?

Tulia. [1.3.38] Dado lo poco entreabierta que está la puerta de tu huerto y lo difícil que parece el

acceso, mucho me temo que el esfuerzo que Caviceo habrá de realizar le resulte más molesto que agradable, por muy agradable que sea. ¿No viste acaso su catapulta, con la que habrá de derruirse esta empalizada tuya?

Octavia. 1.3.39 No la ví, pero, voto a bríos, sí que la sentí: como representan la maza de Hércules, gruesa, rígida y bien larga.

Tulia. 1.3.40 Dice tu madre que está muy bien armado, de lo que se alegra profundamente. No cree que ninguno de nuestros conciudadanos la tenga mayor. Ante su petulancia le respondí que la daga de Calias, mi marido, tiene más de ocho dedos de largo[1]. 1.3.41 «No tiene nada que hacer ante Caviceo» me respondió. Lamenta tu suerte al tiempo que la envidia y se alegra mucho de lo que te ha tocado, pues dice que el pene de Caviceo tiene once dedos de largo[2] y que es tan gordo como tu brazo, donde se junta con la mano.

---

[1] Unos 14 cm.

[2] Unos 20 cm.

Octavia. [1.3.42] ¡Qué monstruosidad! ¿Y meterá a la fuerza toda esa mole en mi cuerpo? ¿Podré soportarlo? Ya me duele el alma cuando pienso en todos los sufrimientos que me esperan, mísera de mí.

Tulia. [1.3.43] No te desanimes. Caviceo gana a Calias en longitud, pero no le vence en grosor, pues ¿ves este brazo mío?

Octavia. [1.3.44] Claro que lo veo. Estaría ciega, si no lo viera.

Tulia. [1.3.45] Su polla se infla hasta adquirir el mismo tamaño cuando me sacude con ella. Y sin embargo tal espada se adapta perfectamente a mi vaina.

Octavia. [1.3.46] ¿Cómo es entonces esa vaina tuya vencedora, aniquiladora? Querría saberlo.

Tulia. [1.3.47] No se diferencian tanto las pulgas de los pollos como tu vaina de la mía. Ea, aquí la tienes: mira, observa, explora.

Octavia. [1.3.48] Túmbate en la cama y colócate boca arriba, pues no puedo ver nada si estás sentada.

Tulia. [1.3.49] Ya estoy tumbada. Obsérvalo todo con detalle. Para ti será útil y para mí agradable.

Octavia. [1.3.50] Veo una sima como la que se tragó a Curcio, que iba completamente armado y montado a caballo, haciéndole desaparecer; eso es lo que veo. Voy a aplicar la mano, separaré los batientes. Podría meter tranquilamente la mano entera, si quisiese. Hagamos que mi dedo, ya que tiene algo de venéreo, se introduzca y deambule por toda la extensión de este campo, por grande que sea, y me informe de cómo es de ancho, de largo, de conveniente para la picha. [1.3.51] ¡Toma! ¡Le vendría bien al mismo Príapo, ja, ja, ja, e incluso a quien la tuviese todavía mayor! Pero me llega a las narices una exhalación maloliente:

… Tal era el hálito de las oscuras
fauces proveniente que al olfato ofendía.

[1.3.54] ¡Qué flores tan pestilentes cría este jardín tuyo! ¡Mal lo pasaría Venus si se hiciese con ellas una guirnalda o una corona!

TULIA. [1.3.55] ¡Qué ingeniosa eres, virgen querida, y con qué gracia hablas! También tú serás dentro de pocos meses, cuando hayas parido, como yo soy ahora. Presentarás una entrada inmensa, como me ves presentarla a mí, y se te mantendrá abierta esa parte inferior del vientre igual que está abierta la mía. Y la exhalación que ahora emite ese sitio, que es tan pura como la de la boca, inundará luego mis narices con un olor molesto, al igual que mancharías mi mano, si te tocase. [1.3.56] Estos son los inconvenientes de las nupcias; estas son las gabelas que nuestros goces llevan aparejadas. No lo dudes, así sucederá.

OCTAVIA. [1.3.57] ¿Cómo sucederá? Me gustaría saberlo.

TULIA. [1.3.58] Una vez que ese miembro varonil alcanza su plena magnitud, se mete en nuestro

cuerpo con tal furor que lo mancha, lo contamina y lo ensucia todo.

Octavia. [1.3.59] Pero no te olvides de lo prometido.

Tulia. [1.3.60] Ya sé lo que pretendes; voy a ello.

[1.3.61] A esa parte tan viril, tan feroz y tan ingobernable la ensalzan de múltiples maneras las que la aman, las que la han probado. Ninguna que la haya probado deja de amarla.

Octavia. [1.3.62] También yo la amaré apasionadamente cuando la pruebe.

Tulia. [1.3.63] Sin ninguna duda. Carajo[1], picha[2], pene[3], falo[4], toro[5], espada[6], cerrojo[7], peculio[8],

---

1 *veretrum*
2 *mentula*
3 *penis*
4 *phallus*
5 *taurus*
6 *machaera*
7 *pessulus*
8 *peculium*

equipo[1], vasito[2], frutal[3], tendón[4], lanza[5], viga[6], estaca[7], polla[8], cipote[9], reja de arado[10], cojones[11], lanzadera[12], troncho[13], vara[14], dardo[15], sortilegio[16], rabo[17], insurgente[18], buho[19], columna[20],

---

1 *vasa*
2 *vasculum*
3 *pomus*
4 *nervus*
5 *hasta*
6 *trabs*
7 *palus*
8 *muto*, cambiante
9 *verpa*
10 *vomer*
11 *coleus*
12 *scapus*
13 *caulis*
14 *virga*
15 *pilum*
16 *fascinus*
17 *cauda*
18 *mutinus*
19 *noctuinus*
20 *pilar*

designaciones en parte propias y en parte traducidas, lo llaman los latinos. 1.3.64 Los griegos también usan diversos vocablos, pues φλέψ[1], καυλός[2], γονίμη οὐρά[3], κριθή[4], πέος[5], σάθη[6], ἔμβολον[7], στῆμα[8], σῦριγξ[9], κάπρος[10], τύλος[11], κωλῆ[12], ῥάφη[13], ἀναγκαῖον[14] lo llaman, así co-

---

1 *flebs*, vena
2 *kaulos*, tallo
3 *gonime oura*, rabo fecundo
4 *krithe*, cebada
5 *peos*, pene
6 *sathe*, cipote
7 *embolon*, cuña
8 *stema*, tronco
9 *surinx*, caña
10 *kapros*, jabalí
11 *tulos*, clavija
12 *kole*, miembro
13 *rafe*, nabo
14 *anankaion*, necesario, imprescindible, irresistible

mo ἀφῖδος[1]. 1.3.65 El tendón varonil cuelga inerte mientras no se ocupa de asuntos venéreos, pero al tratarse de ellos arrecha inmediatamente, se hincha, enloquece y adquiere tal tamaño que al principio nos infunde gran temor; luego infiere un agudo dolor a las vírgenes, pero, una vez desvirgadas, les proporciona un goce extraordinario, que sobrepasa con mucho al miedo y al dolor.

Octavia. 1.3.66 No sé nada del placer y del dolor preferiría no saberlo. En cambio sí que siento el miedo.

Tulia. 1.3.67 En la parte de abajo y en la raíz de tal instrumental se encuentra adherido un saquito al que llaman *escroto*[2]. Está recubierto y oculto por una multitud de pelos ensortijados y un tanto recios. En él residen los garantes de la virilidad,

---

1 *afidos*, variante de ἀφεῖδος *afeidos*, lo que no debe verse ni mostrarse pero atrae la mirada, el *fascinus* romano; o quizá ἀφειδής *afeides*, desconsiderado, brutal

2 *scrotum*

que también nos sirven de benéficos testigos del amor varonil.

Octavia. 1.3.68 Ni he visto ni he oído hablar de esos testigos. Explícame de qué se trata.

Tulia. 1.3.69 Son dos pelotitas, que ni son demasiado pequeñas ni exactamente redondas, siendo en cambio un tanto duras. Cuanto más duras son, más aptas para la lujuria. Por ser en número de dos, los griegos las llaman *didymos*[1], lo que ha constituido el nombre de muchos grandes hombres. 1.3.70 Ha habido algunos a los que la generosidad de la naturaleza ha proporcionado una más, de modo que tengan tres. Entre ellos estaba Agatocles, el tirano de Siracusa, a quien por tal razón apodaron Triorqueo[2]. Con tal nombre es famosa entre nosotros la noble familia de los Coleone, a la que pertenecía Bartolomeo Coleone, gran capitán de las guerras itálicas. Todos

---

1 δίδυμος, doble, gemelos

2 τρίορχιν *triorxin*

los varones de esa familia se presentan a las justas de Venus con tres testigos, igual que lo hacen con valentía descollante a las de Marte. ¡Felices sus esposas!

1.3.71 Pues en los retorcidos tubos de esos testículos se encuentra el obrador de la ambrosía que nos lubrifica de manera tan benéfica y nos cura maravillosamente los destrozos que hizo el insurgente al penetrar en nuestro cuerpo, de modo que no duelan. A ella le debo mi hijita y el resto de mis alegrías; a ella se debe la perpetuación del género humano. 1.3.72 Vulgarmente se le llama *semen* y *esperma*[1], la primera palabra de origen latino y la otra griego. Cuando se le derrama en los surcos femeninos, pronto se transforma en ser humano. El hombre es el que mayor cantidad de semen emite de todos los animales. Y quienes tienen tres operarios dedicados a esa tarea, como le sucede a Fulvio, el hermano de mi

[1] *sperma*

Pomponia, pueden, gracias a tal refuerzo, regar a las mujeres con un chaparrón más abundante que el de quienes no tienen más que dos. La cosa sucede como te la digo.

Octavia. 1.3.73 Quizá Caviceo también tenga tres. Por eso su rociada se extendió de tal manera que me llegó hasta el ombligo y me empapó la enagua.

Tulia. 1.3.74 Siendo un doncel vigoroso y ansioso de tus encantos, prima, sería intolerable que pretendiese honraros a ti y a tu Venus con las ánforas vacías. Continuaré con lo que falta.

1.3.75 Ese licor espumoso, blanquecino, pegajoso, escupido por la polla, es llevado del lugar en que se recuece a lo más alto de la cabeza de la verga, desde donde se le proyecta con tanto ímpetu que quien eyacula llegue a expulsarlo a más de tres pies[1] de sí. 1.3.76 De modo que, cuando la cosa se aproxima a su final, tras muchas sacudidas, se

[1] 1 m aproximadamente.

le lanza con tal fuerza en lo profundo de las entrañas femeninas que las mujeres cuya sensibilidad no está completamente embotada perciben el golpe y el modo en que son irrigadas interiormente por la ardiente lluvia, lo que les causa una gran sensación de placer. [1.3.77] Me faltan las palabras, Octavia, para poder describir lo suficientemente bien ese goce. Tú te las dirás a ti misma dentro de pocas horas.

Octavia. [1.3.78] ¿Es posible que estos ríos lácteos fluyan de la punta de la cabeza de la verga? No negaré por cierto que tenga cabeza Príapo, quien, dotado de una polla enorme, renunció a vivir entre las gentes de Lámpsaco para estar más próximo a las diosas, como te he oído decir. Pero ignoraba que también ese miembro de los hombres tuviera cabeza; no sabía, tonta de mí, que cualquier hombre tiene dos cabezas.

Tulia. [1.3.79] Y serían felices al instante, afortunados, glorificados al máximo y contados entre

los héroes quienes tuviesen tres *pies*[1]. 1.3.80 Al extremo del pene, que tiene forma oblonga, lo llaman *cabeza*[2], *balano*[3] y *glande*[4]. Si lo toqueteas con las yemas de los dedos, no temas producir ningún dolor; lo que producirás será una agradable excitación. 1.3.81 No hay incluso vía más fácil ni rápida para que logres tu satisfacción cuando te consuma el deseo lacerante, arrancando así a Caviceo de las reflexiones más ajenas a estos goces. Y esta cabeza de Príapo se cubre con un gorrito, al que llaman *prepucio*[5]. La soberbia picha no se lo quitará casi nunca, salvo cuando esté saludándote y se aproxime a la corte de su dueña con la testa descubierta.

---

1 Es decir, una polla que también les llegase hasta el suelo.
2 *caput*
3 *balanus*
4 *glans*, bellota
5 *praeputium*

Octavia. [1.3.82]Eres maravillosa. Nunca me cansaría de oírte. ¡Que tampoco lo haga Calias cuando esté acostado contigo!

Tulia. [1.3.83]Los ojos se me cierran ya de sueño, pues aguanto mal las largas vigilias. Por eso dices lo que has dicho, viéndome parlotear somnolienta la charla que mantengo contigo sobre todos estos temas.

Octavia. [1.3.84]Pues no retengas al Sueño, por favor, y entrégate a quien te seduce de modo tan agradable.

Tulia. [1.3.85]Por tu Venus y la mía y también por la de Caviceo, necesitas tú el sueño más que yo, pues la noche próxima ni lo verás en medio de los abrazos de Caviceo, de sus besos, sus achuchones, sus meneos y furores. Repón ese cuerpo tan tierno, tan seductor. Prepárate para acudir al certamen llena de vigor.

Octavia. [1.3.86]Haré lo que deseas. La verdad es que me preocupa más tu bienestar que el mío propio. Duerme ya; no hablaré más.

Tulia. [1.3.87] Dame un beso, que me sirva de viático hacia el descanso.

Octavia. [1.3.88] Te doy la boca y los labios y el cuerpo entero. Coge de mí los frutos que desees; soy tuya.

Tulia. [1.3.89] ¡Oh besos que Júpiter me envidiaría! ¡Oh abrazos agradables! ¡Oh caricias seductoras! Permíteme que, colocando mi cara entre tus tetas, una mano puesta sobre tu jardín y la otra sobre estas nalgas duras y compactas, me duerma así, como Marte suele dormir con su Cípride. Cuando me libere del sueño, continuaré contándote lo que falta, como prometí, retomando el discurso, dulce virgen, señora mía.

Octavia. [1.3.90] Estás más parlanchina de lo conveniente. Cállate y duerme. Haz lo que tienes que hacer.

1.4.0 COLOQUIO CUARTO

El duelo

Tulia, Octavia.

TULIA. 1.4.1 No puedo decir lo bien que me ha sentado este sueño tan largo, que ha señoreado mi cuerpo durante siete horas seguidas. ¿Cómo te ha ido a ti, Octavia?

OCTAVIA. 1.4.2 Pues yo no he vuelto a pegar ojo desde el momento en que una horrenda pesadilla me ha despertado atemorizada y trémula.

TULIA. 1.4.3 Cuéntame ese sueño, si te place.

OCTAVIA. 1.4.4 Me parecía estar con Caviceo, Tulia. Paseábamos por la orilla sombreada y verde del Po bajo las ramas de los sauces, que nos protegían del calor del sol. Caviceo me regalaba los oídos y el espíritu con los tiernos requiebros a que le impelía su amor. Me pedía un beso y yo se

lo negaba. Tú me persuadiste para que se lo diera y se lo di; él lo tomó. [1.4.5] Cuando luego metió una mano en mi pecho y con el otro brazo me estrechó, me escabullí con dificultad de su abrazo gracias a tu ayuda y colaboración. Una vez liberada me di a la fuga, pero él me perseguía. Ya casi me había alcanzado cuando volví la cabeza. ¡Santo dios, Tulia! ¿Qué portento es el que veo?

Tulia. [1.4.6] ¿Los lobos habían caído sobre Caviceo y descuartizaban a tu amor? ¿Se había atravesado con su propia espada?

Octavia. [1.4.7] ¡Qué graciosa! Antes me atraviese él a mí con su daga.

Tulia. [1.4.8] ¡Qué pico tan travieso y qué chica tan salada!

Octavia. [1.4.9] Le veo transmutado en un animal muy desagradable, en un sátiro, como los que se ven en los cuadros; se parecía mucho más a uno de ellos que a sí mismo. Todo su cuerpo estaba erizado de pelos; le salían de la frente dos cuernos caprinos y su cabeza terminaba en punta.

Pero las orejas, la frente, los ojos, la nariz, el rostro todo eran sin duda los de Caviceo. [1.4.10] Su venablo apuntaba hacia mí, el doble de largo y de grueso de lo que convenga a hombre alguno que se encuentre al servicio de Venus. El resto de su cuerpo era el de un macho cabrío. Se precipitaba sobre mí, intentaba forzarme, acercaba su rostro al mío. ¿Qué más puedo contarte? Esta escena tan inusual me aterrorizó. Tú, que eres tan sabia, podrás decirme qué desgracias son las que me anuncia.

Tulia. [1.4.11] Puedo decírtelo, prima, y te lo diré a su tiempo, pues por el momento no te conviene nada saberlo.

Octavia. [1.4.12] No dejes que me atormenten por más tiempo mis ganas de saberlo, dueña mía, esposa mía,

> *… si algo mío fue de tu agrado.*

Tulia. [1.4.14] A ti, esplendorosa y tierna joven, el sueño te anuncia los dulces frutos del amor

ajeno y a Caviceo no tanto el sufrimiento cuanto la ofensa del lecho profanado.

Octavia. [1.4.15] ¡Manténgase bien lejos de mí tal ignominia!

Tulia. [1.4.16] De los maridos cuyas deshonestas y lujuriosas mujeres se dejan zarandear por otros hombres se dice vulgarmente que pertenecen al rebaño de los cabrones y de los cornudos.

Octavia. [1.4.17] Ya lo sabía. Pero ¿habré de incurrir yo en tal perfidia? ¿No entregaré el uso de mi cuerpo exclusivamente a Caviceo? Prefiero la muerte antes que admitir en mí tal lacra. ¿Acaso tú te has sometido a la concupiscencia ajena? No puedo creerlo ni que concibas de mí algo parecido.

Tulia. [1.4.18] Ya hablaremos de esto, virgen querida, en momentos más oportunos, una vez que hayas perdido tu virginidad y que Caviceo te haya vapuleado, molido y trabajado día y noche durante algunos meses. Serán otros tiempos y, estoy segura, otras ideas.

Octavia. [1.4.19] Para que pienses así de mí es preciso que tu mente haya cambiado por completo y que tus ideas actuales no sean las que tenías cuado te casaste con Calias.

Tulia. [1.4.20] ¿Quién reprocharía a la invicta necesidad el hecho de que los hados te infundiesen tal enajenación o el de que me la hubiesen infundido a mí, una furia de la que ni la misma Minerva podría librarse? Pero ¿qué más viste en tu sueño de Caviceo?

Octavia. [1.4.21] Apenas nada. Una vez desvelada, y mientras tú continuabas durmiendo, he estado repasando en mi cabeza todo lo que expusiste en tu charla sobre los secretos del amor.

Tulia. [1.4.22] Esta tela se teje para tu Caviceo, no para la madre que te entregó a mí para que te adoctrinase. Cuanto más instruida pases de mis abrazos a los achuchones de Caviceo, más agradables serán los frutos que él coseche de tu Venus. [1.4.23] Pero ya es hora de que conozcas cuáles son todos esos frutos y de que yo te cuente la

increíble dulzura que obtendrás de ellos tras esta noche. Ya sabes que a través de esas dos hendiduras que se encuentran entre tus piernas, como te he explicado, meterá en tu cuerpo la lanza con la que te penetrará hasta la séptima costilla.

Octavia. [1.4.24] Bromeas, Tulia. ¿Cómo sería posible tal cosa? Estás burlándote de mí.

Tulia. [1.4.25] Sea como fuere, esa espada suya que le hace varón irrumpirá en esa parte de tu cuerpo que te hace mujer. Un sexo desaparecerá en el otro, de modo que así unidos podáis ser tomados por uno quienes en realidad sois dos. Es exactamente así como te sucederá todo el asunto.

Octavia. [1.4.26] Deseo saberlo y temo saberlo. Tengo ganas de entregarme a los abrazos de Caviceo, pero temo por mí misma cuando me entregue.

Tulia. [1.4.27] Primero te rodeará con sus brazos como si fuesen cinchas, para que no puedas escaparte, y hará que vuestros cuerpos desnudos se aprieten fuertemente uno contra otro.

Octavia. [1.4.28] Habla más bien de Calias, hermana, de cómo ejercitase contigo sus prerrogativas cuando le fuiste entregada como esposa, pues de Caviceo no puedes decir nada seguro.

Tulia. [1.4.29] Satisfaré tu deseo. Y serías de piedra si no vieses claramente por el juego que jugó conmigo Calias cuando me despojó de la virginidad cuál sea el que tú habrás de jugar con Caviceo. No se me olvidarán nunca los escarceos de tan agradable noche.

Octavia. [1.4.30] Todos los demás de la casa siguen dormidos. El sol, ojo de la naturaleza, padre de los días, está empezando a entreabrir sus pesados párpados sobre la tierra. Los ojos mortales siguen sumergidos en la paz por el silencioso y sensual sueño. Un profundo silencio reina por doquier. Todo favorece que nosotras charlemos y hagamos lo que nos apetezca.

Tulia. [1.4.31] Muy bien. Una vez que mi madre me hubo metido desnuda en la cama, puso un pañuelo bajo la almohada en que descansaba

mi cabeza, nos dio un beso a Calias y a mí, le ordenó a él que me diese otro en su presencia, a mí, que estaba acostada y llena de vergüenza, y salió de la habitación. Cerró sus puertas y se llevó consigo la llave a su cuarto, en el que se encontraban muchos de nuestros parientes y entre ellos mi Pomponia.

Octavia. [1.4.32] Hablas de la que tiene una edad parecida a la tuya y con la que has tenido una gran intimidad, de la que fue siempre la preferida entre todos tus amigos.

Tulia. [1.4.33] Si conocieses el encanto, las gracias y el ingenio de esta mujer, amarías a Pomponia como yo la amo. Pocos meses antes se había casado con el joven Lucrecio, que destacaba tanto por sus facultades espirituales como por sus dotes corporales. Sobre este tema me lo explicó todo con claridad; me enseñó lo que tendría que soportar en los primeros ataques, lo que convenía que yo hiciese, lo que debería decir. Hizo en suma que no ignorase ni los menores detalles de

los asuntos venéreos. [1.4.34]Hizo grandes elogios de estos goces nuestros que, por mi Juno, superan a todos los demás por un largo trecho. Así preparada e instruida esperaba yo a mi igual no menos animosa que él, aunque mis fuerzas fuesen menores, siempre que me lo permitiese el pudor.

Octavia. [1.4.35]Pero ¿para qué servía ese pañuelo colocado bajo tu almohada?

Tulia. [1.4.36]Ya lo verás.

Octavia. [1.4.37]No me sorprende que esa noche te acostases desnuda con Calias, pues mi madre se acuesta desnuda con mi padre todas las noches.

Tulia. [1.4.38]Refrena un poquitín ese ardor tuyo por saber lo que sin duda te interesa tanto conocer. Te lo contaré todo, pero por su orden.

[1.4.39]Cuando mi madre hubo salido y Calias vió que me tenía por completo a su merced en esta liza venérea, se quitó la ropa con tal premura que, antes de que pudiese imaginarme que lo hubiese hecho, ya se encontraba desnudo al otro lado de la cama. [1.4.40]La habitación refulgía como si fuese

mediodía, pues había velas y candelabros distribuidos por todas partes. Vi entonces su cuerpo, egregio, refulgente, lleno de vigor. Al bajar los ojos simulando recato, vi cómo su pene pendía de modo igualmente egregio y magnífico; su testa se iba alzando por momentos, como si se irguiese en mi honor en calidad de ministro de mis placeres. [1.4.41] Pronto echó hacia atrás las sábanas que me cubrían en el lecho, pues celebramos nuestras bodas a principios del mes de junio. Quedé desnuda ante sus ojos. Tapándome con una mano las tetas y con la otra el huerto yo trataba de protegerlos de su mirada y de ocultarlos a la luz, pero él me las retiraba con empeño, me sobaba las tetas y con la palma de su mano derecha tomaba posesión de la hondonada en la que pronto iba a hincar el arado.

[1.4.42] Mientras tanto recorría con mirada penetrante todos los detalles de mis encantos venéreos, en cualquier parte del cuerpo en que se encontrasen, y me cubría de apasionados besos

los ojos, la boca, las mejillas, el cuello, las tetas y el vientre. Luego metió su dedo corazón en mi huerto, para que su dictamen (como él mismo no negó posteriormente en pleno revolcón) le ratificase mi virginidad, pues consideraba más fiable al dedo que a la tranca, dados el tamaño y el grosor de ésta.

Octavia. [1.4.43] ¡Fíjate qué malpensado!

Tulia. [1.4.44] Todos son iguales en lo que a esto se refiere. Todos son igualmente curiosos; tú misma lo has experimentado con Caviceo. Las cosas como son; hay que perdonarles esta desconfianza. [1.4.45] Es indudable que a las doncellas castas les causa gran alegría comprobar que se les ha encontrado la flor intacta. Tal descubrimiento deleita también sobremanera al marido. Pues, hablando claramente, virgen querida, las que son verdaderamente vírgenes, como tú lo eres, como yo lo era, siempre tienen la prueba indubitable de su virginidad en esa zona en la que reside. [1.4.46] Esa flor del pudor, a la que los antiguos

llamaron *himen*[1] y *virgo*[2], demuestra la virginidad de aquélla en la que se manifiesta. Es más, la doncella a la que le falte y en la que resulte imperceptible dista mucho de ser virgen. Si no se ha sometido al varón, ella misma ha servido indudablemente de hombre a su lubricidad; la virgen se desvirgó a sí misma, se forzó a sí misma.

Octavia. 1.4.47 Me has hecho entender cómo sea posible que una virgen se desflore a sí misma.

Tulia. 1.4.48 Podría añadir muchas más cosas, pero vayamos por orden.

1.4.49 Cuando Calias se dio cuenta de que mi puerta presentaba un acceso tan angosto y comprendió que nunca hombre alguno había transitado ese camino, se echó en la cama abrazándome y empezó a excitar mi sensualidad con palabras muy agradables y a encandilarme con gratísimas travesuras.

---

1 *hymen*.
2 *eugium*.

Octavia. 1.4.50 ¿Y tú permanecías muda, hecha un tocho, un peñasco, tú que eres tan alegre, tan traviesa, tan ingeniosa?

Tulia. 1.4.51 Los suspiros que salían de mi agitado pecho sustituían a las palabras. Le rechazaba, le reclamaba; le rehuía, me aproximaba a él. El pudor apaciguaba mi lascivia al tiempo que me enardecía:

> *… la contención enfurece*
> *y hace crecer la rabia …*

1.4.54 Calias notó que me estaba poniendo al rojo involuntariamente.

> 1.4.55 «Vamos, Tulia mía,» dijo «no te muestres hostil a mi felicidad, que depende toda de ti y está toda en ti. Permíteme, señora mía, que penetre en este amenísimo jardín; ábreme tú misma este domicilio que tienes de Venus y Cupido. ¡Mira la llave!»

1.4.56 decía sonriendo, mientras llevaba mi mano izquierda hacia su pene. Me pedía que se lo cogiera; yo me negaba.

1.4.57 «¿Qué temes?» decía. «Si atendieses a mis ruegos tendrías mi favor, tú, que eres toda mía y, lo que es más importante, que quieres serlo».

1.4.58 «Sin duda quiero serlo» le respondí «pero no quiero que me mancilles con estas porquerías para continuar siendo digna de tu aprecio. ¿Qué tipo de amor es este tuyo, si es que alguna vez me has amado, para que me envilezcas? Tu amor se parece más al odio que al amor. Ten misericordia de mí. Que estas lágrimas ablanden tu corazón».

Octavia. 1.4.59 ¿Vertías lágrimas?

Tulia. 1.4.60 Me caían algunas lagrimillas de los ojos.

1.4.61 «Pues, Tulia,» dijo «si me amas, da una tregua por esta noche a ese pudor tuyo tan inoportuno. ¿Estando ambos desnudos te atreves a seguir alabando tu recato? A partir de ahora nunca serás más recatada que cuando demuestres que en este lecho nuestro

matrimonial no queda ningún lugar para un recato tuyo que se oponga a tus obligaciones y a mi satisfacción. Pues mi goce debes considerarlo como tu mayor obligación. Frente a todos los demás quiero que seas más frígida que la nieve, pero respecto de mí has de ser más viciosa que un pájaro. Es decir, lo que tengo el derecho de pedirte, quiero que lo hagas voluntariamente».

1.4.62 Entre tanto su vicioso rabo se había desarrollado de manera sorprendente y se removía inquieto golpeteando uno de mis muslos.

Octavia. 1.4.63 ¡Ay, temo por ti! Tiemblo ante tus heridas.

Tulia. 1.4.64 Déjate de bobadas, tonta. Escucha con seriedad las cosas serias, como debes, si sabes lo que te conviene.

Octavia. 1.4.65 ¡Ja, ja, ja!

Tulia. 1.4.66 Sin más preámbulos, comenzó por insertar uno de sus muslos entre los míos, como si metiese una cuña, de modo que se abrió

camino y terminó colocando todo su cuerpo entre mis piernas. Se montó sobre mí y aplicó pecho contra pecho. Entonces, ¿por qué habría de negarlo?, me entró un gran temor a causa de tan nuevo y desacostumbrado peso. [1.4.67] Mientras él domeñaba el furor de Príapo con una de sus manos, aplicó el ariete a mis puertas, insinuó la cabeza de Príapo entre mis virginales belfos y con un golpe súbito, como si cayese de lo alto, se apretó contra mí con gran fuerza. [1.4.68] A pesar de lo cual no consiguió nada, puesto que la empalizada era de construcción muy sólida y el parapeto muy resistente. Ni a la primera ni a la segunda embestidas logró penetrar ni un pelo en la fortaleza, pero a la tercera o cuarta sentí que Príapo, dejando escapar su espíritu, se daba por vencido y se desmoronaba. [1.4.69] Pues es el espíritu de Príapo lo que constituye ese semen que tiene carácter sacrosanto tanto para la prole como para el goce. Como si el dique hubiese reventado, lo vomitó a bocanadas ante mi puerta.

[1.4.70] Esto no fue pues más que una especie de escaramuza, no una justa en serio. A pesar de lo cual sentí un agudo dolor en tal parte ante aquellos empujones, que fueron tanto más vehementes cuanta mayor resistencia encontraba el chuzo a su avance.

Octavia. [1.4.71] ¿Contuviste la voz, no prorrumpiste en gritos?

Tulia. [1.4.72] Pegué un grito e incluso bastante fuerte.

Octavia. [1.4.73] Pero, al ver que finalizaba tan apresuradamente lo que tan bien había comenzado, ¿no clamabas por ambas razones?

Tulia. [1.4.74] Al punto me callé. Y Calias, desmontando también de inmediato, se tendió a mi lado alegre y risueño. Pero colocó uno de sus muslos encima del mío, situando de tal modo al desvergonzado rabo que casi me llegaba al ombligo y, como goteaba, poco a poco me puso perdida toda esa zona. [1.4.75] Entonces, tal como me había dicho mi madre, cogí el pañuelo que había puesto bajo mi almohada y primero limpié la polla de

Calias, luego mi huerto y por fin toda la parte del vientre que me había regado.

1.4.76 Mientras le limpiaba, Calias me besaba, se enardecía tremendamente y amenazaba con nuevos desmanes. Pero la mayor parte del licor que vertió en los alrededores de mi doncellez fue a parar a las sábanas y formó unas manchas que no pude quitar. Al dia siguiente hizo muchas bromas sobre tan abundante riada, como si se tratase de su propia efusión virginal, cuyos chorros se hubiesen dispersado por las ropas.

Octavia. 1.4.77 Pero acabas de decir que esa vez apenas se te clavó la daga de Calias.

Tulia. 1.4.78 ¡Tú querrías que te la clavasen más a fondo! También yo, una vez quedó clavada y de la herida salió gran cantidad de sangre. Pero tras esta escaramuza Calias descansó un poco.

1.4.79 «Que me muera, Tulia mía,» decía «si no te amo más que a mis ojos, más que a mi vida; nunca podrá verse nada más hermoso

entre los mortales. ¿Eres diosa o mujer? ¡Cómo resalta la moderada turgencia de tus tetas, qué duras son, qué espacio tan adecuado las separa!»

1.4.80 Al mismo tiempo las manoseaba; luego daba besos a los pezones, los pinzaba entre sus labios, los mordisqueaba suavemente, los chupeteaba. Con ello excitaba mi lujuria más de lo que hubiese podido imaginarme, me inflamaba con un deseo que me trastornaba por completo. 1.4.81 Luego metió la mano entre mis muslos y sus dedos juguetearon con el vello púbico. Pronto pasó a toquetear los labios del coño, a estirarlos, a meter los dedos uno tras otro, llenándome de deseo libidinoso.

1.4.82 «Retira» le decía yo «esa mano tuya incendiaria. Apártate. ¿Por qué me martirizas?»

1.4.83 Regocijábase él de que yo reconociese que me estaba poniendo caliente. Cogió mi mano izquierda.

1.4.84 «Te inflamo con esta antorcha venérea,» dijo «la misma con la que extinguiré el incendio que provoca».

1.4.85 Me pidió que le cogiese su antorcha. Esta vez, habiéndome vuelto más audaz, por estar más ávida, se la cogí. Apenas podía abarcarla con la mano. Me horroricé de su dureza, de su rigidez, de su ardor.

1.4.86 «Con esta cuña» dijo «hendiré esa puerta tuya tan estrecha, tan compacta y angosta. Ten valor, ninfa mía. Con esa esperanza te entregó a mí tu madre para que te poseyese. Si, cuando vuelva con nosotros, te recibiese de mí tan íntegra como te dio, reprocharía al yerno su torpeza y negaría que fuese su yerno, puesto que no sería tu marido».

1.4.87 «No podré soportarlo» le repuse. «Me matarás si quieres meter entera en mi cuerpo una lanza tan grande».

1.4.88 «Sé tú misma» dijo «el árbitro del combate. Dirige con tus propias manos este venablo, tal como está, hacia la atrayente diana que le han fijado el Amor y Venus».

1.4.89 Me ruega que no lo deje escapar de mis manos. Le complazco. Me monta entonces y yo lo aplico a mi puerta para que penetre bajo mis auspicios. Con una de sus manos levanta uno de mis muslos, entre los que se había colocado. Yo sostengo el ariete contra la puerta y él comienza a golpear con gran fuerza. 1.4.90 Aguanto con valentía los empellones, algunos muy violentos. Con las yemas de tres dedos mantengo la estaca firme y estable, para que no se aparte del buen camino que conduce al huerto. Pronto comenzó Calias a embestir más agitado y aplicó contra mí la tranca con tal fuerza que al fin penetró en mi vientre como un par de dedos[1].

Octavia. 1.4.91 ¿Y no sentiste ningún dolor?

[1] Unos 4 cm.

TULIA. [1.4.92] Sentí uno intolerable.

[1.4.93] «Me matas, Calias» le dije, gritando con voz desgarrada.

[1.4.94] No fue un clamor, sino un alarido. Como a pesar de ello no cejaba, yo retiré el venablo. Se enfadó mucho y me increpó por lo que llamaba mi insensato e insolente atrevimiento. Volví pues a colocarlo en el sitio del que lo había retirado. [1.4.95] Pero al momento sentí cómo de aquel caño fluía hacia mi huerto la láctea aspersión, el dulce linimento para la herida que había inferido. Aquella pieza, que poco antes se mostraba desenfrenada e intratable, ahora se desmoronaba y languidecía. Se me concedió una breve tregua.

OCTAVIA. [1.4.96] ¿Cayó dentro de tu huerto ese chubasco?

TULIA. [1.4.97] Nada en absoluto, virgencita, ni la más mínima gota. Tal lluvia no roció más que la parte exterior de la entrada. Cuando Calias se retiró, me pidió que se la limpiase. E inmediatamente se puso a sermonearme.

1.4.98 «Si me amases, Tulia,» decía «no me negarías, como lo haces, mísero de mí, que ardo de amor por ti, los verdaderos frutos de tu amor».

1.4.99 «Te amo» le respondí «y de manera apasionada, pero, ¡pobre de mí!, ¿qué quieres que haga ante esta carnicería?»

1.4.100 «¿Ignoras» repuso «que esta parte de tu cuerpo ya no es tuya, sino mía, con derecho pleno e indiscutible? ¿Cómo es que me prohibes gozar libremente de mis cosas? ¿Y acaso es propio de una persona instruída en la mejor literatura, como lo eres tú, cónyuge mía, delicias mías, afrontar tan descuidadamente sus obligaciones? Pues es deber tuyo no escatimarme estos servicios venéreos».

1.4.101 «¡Ah, Calias!» le contesté «si supieses cuán intenso es el dolor que me causas, te apiadarías de Tulia, si es que amas a Tulia».

1.4.102 «Ese dolor te resulta decoroso y honesto» añadió él. «Cuanto más fuerte te parezca, más honesta parecerás tú. Pero pronto ya no habrá nada que duela; pronto ya no habrá más que lo que te deleite al máximo en lo sucesivo».

1.4.103 «Cometes además otra falta al no recibir en de tu surco toda esta cantidad de prolífico semen, que sin duda podría haberme hecho padre. Es un crimen de los más abominables, créeme; tú misma matas a tus hijos y a los míos antes de que hayan nacido; les privas del alma que no tienen. Esta falta de aguante tuya es depravada y criminal».

1.4.104 Yo le respondí:

1.4.105 «No voy a discutírtelo, dulcísimo esposo. Me declaro culpable. Perdóname. Seré más complaciente en adelante. Aguantaré todas las penalidades con cuerpo y ánimo firmes para complacerte a ti».

1.4.106 «Pero ¿cuál no será tu descaro, niña mía,» repuso «para que pienses poder escaparte a lo que aguantan cotidianamente tantas mujeres de toda condición que se casan, incluso mucho más jóvenes que tú? Nada puede librarte de esta tasa. ¿Eres versada en los saberes griego y latino y te comportas como si pertenecieses al grupo de las bobas y las inútiles?»

1.4.107 Yo dije entonces riendo:

1.4.108 «¡Diosa Pertunda, dame fuerzas! Cualquier cosa que me pidas para satisfacer tus deseos la aguantaré con entereza, aunque, como Pertunda atienda a mis plegarias, ya me veo completamente taladrada».

1.4.109 Soltó Calias tal carcajada que mi Pomponia la oyó desde la habitación de al lado. Una vez pasada la risa,

1.4.110 «Ahora» dijo «prepárate para el próximo intento; mi carajo empieza a enloquecer por ti. Cuando me eche sobre este pecho

amado, estréchame con tus brazos de tal modo que nada te haga separarlos. Haz puntualmente lo que te digo, si me consideras como marido, y lo que te pido y te ruego, si lo haces como amante. Levanta las rodillas todo lo que puedas, de modo que los talones de tus encantadores pies besen tus suavísimas nalgas».

1.4.111 Así prometí hacerlo.

Octavia. 1.4.112 ¿Y mantuviste la promesa?

Tulia. 1.4.113

1.4.114 «¡Animo!» dijo. «Afrontaría la muerte por ti y ¿va a desafiar tu inconstancia a mi amor? En este asalto se pondrá a prueba tu amor por mí; puedes conseguir una victoria completa y así debes hacerlo».

1.4.115 «Preferiría tener enojada a Venus que a ti» le dije.

1.4.116 Me cerró la boca a besos y volvió a colocarse alegre sobre mí. Yo levanté las piernas todo lo que pude y le abracé con todas mis fuerzas.

Entonces él aproximó su antorcha a la puerta del pajar, separó los labios interiores de la vulva con los dedos, colocó dentro el ariete, se apretó contra mí con todas sus fuerzas y empujó la garrocha hacia la parte hendida de mi cuerpo. 1.4.117 La punta penetró a las primeras sacudidas, pero noté que esta vez se introducía mucho más que antes. Creí que me partían en dos. Pegué un gran grito y de mis ojos cayeron abundantes lágrimas. Calias se detuvo un momento.

1.4.118 «Te concedo esta pausa, Tulia mía» dijo; «ya he recorrido casi la mitad del camino; compruébalo tú misma».

1.4.119 Llevó allí una de mis manos para que comprobase que no mentía. Me advirtió que lo que faltaba podía introducirse sin mayor esfuerzo, si yo colaboraba. Quedaba fuera como media pija, pero era la parte más gruesa. Entonces me metió la lengua en la boca y la removió al tiempo que impulsaba con más fuerza el venablo para

mi perdición. Yo grité, vociferé y de mis ojos manaron ríos de lágrimas.

1.4.120 «¡Ay de mí!» decía; «me matas. Apacigua un poco ese ímpetu tan cruel y tan desaforado».

1.4.121 Pero no aflojé el abrazo ni estiré las piernas; al contrario, favorecía la entrada de quien visitaba esa parte de mi cuerpo. Con un último empujón él alcanzó sus objetivos, de manera que el enemigo rebasó por completo mi empalizada; nunca recibí empellón comparable. 1.4.122 La cama crujió de tal manera con el envite que los de la habitación de al lado pensaron que se había desvencijado. Entonces dí un grito tan grande como el que daría quien hubiese recibido en sus entrañas la punta de una lanza.

1.4.123 «De castísima virgen te has convertido en mi castísima mujer» dijo. «Ya no tienes nada que temer. Ya ha quedado practicable tanto para ti como para mí el camino por el que ambos transitaremos hacia el goce».

1.4.124 Diciendo esto comenzó a moverse, pero ya no me dolía tanto como para tener que quejarme. Enseguida sintió que se aproximaba la culminación de su goce.

1.4.125 «Atenta, Tulia,» dijo «que enseguida voy a regar el interior de este huerto tuyo con el agua venérea; te daré un beso cuando empiece a fluir».

1.4.126 Apenas había terminado de decirlo cuando me dió un beso y sentí que una sangre caliente y abundante se difundía por mis entrañas. Pero, a excepción de un ligero cosquilleo, no hubo nada que me resultase agradable en toda la operación. 1.4.127 Sus apasionados besos, sus temblores y sus murmullos demostraban que él estaba experimentando un goce maravilloso, que se originaba allí donde había penetrado su vicioso rabo.

1.4.128 Una vez concluido el asunto no por ello se bajó del caballo.

1.4.129 «Me resarciré ahora de mis esfuerzos, dulcísima Tulia mía,» dijo «con el botín que supone haber conquistado la fortaleza de tu pudor. Haré lo que suelen hacer los vencedores».

1.4.130 Yo le dije:

1.4.131 «¿Y qué suelen hacer los vencedores? Dímelo, por favor, Calias mío. Puesto que me has vencido, estoy a tu merced. Considérame tu esclava, si lo hiciste por la recompensa; devuélveme la libertad, si lo que te movió fue la gloria».

1.4.132 «Esta fortaleza que tanto me ha costado conquistar y por la que tanta sangre he tenido que derramar no la abandonaré tan rápido como pensabas. Quiero que sepas que he vencido y que ese coño tuyo hendido y desgarrado reconozca la soberanía de la picha victoriosa».

1.4.133 «No dudo» le dije «que se encuentre completamente desgarrado y miserablemente hendido, puesto que has convertido su angosta entrada en un antro tan enorme. 1.4.134 ¡Pobre de mí! Parezco un portón abierto de par en par».

1.4.135 «Pues para que no lo parezcas tanto» dijo «me dejaré ver yo más en él».

1.4.136 Mientras decía ésto, sentí que la picha de Calias se inflaba dentro de mi víscera, cuando poco antes, tras soltar su veneno, parecía una parte insignificante de su cuerpo, flácida y lánguida. 1.4.137 Me recomendó que fuese animosa y me preguntó cómo me encontraba. 1.4.138 Le respondí que ya no quedaba nada que me pudiera doler. 1.4.139 Dijo que se alegraba mucho de ello y me dio un beso.

1.4.140 «¿En qué medida participaste tú de mi goce?» me preguntó.

1.4.141 «No participé en ninguna» le contesté. «¿Qué placer podría encontrar en este cruel ataque tuyo? ¿Qué atisbo de goce podría haber?»

1.4.142 «Pronto cambiarás de opinión, Tulia mía, y reconocerás que para los mortales no hay nada más agradable que el placer sexual» añadió. «Pero de momento concédeme tu colaboración; cuando yo dé golpes con mis caderas hacia abajo, empuja tú hacia arriba y muévete con tanta vehemencia como puedas. Podrás sin duda, pues tienes un cuerpo joven, vigoroso, fresco y robusto como la que más».

1.4.143 Yo manifesté mis dudas de que supiese realizar movimientos tan desacostumbrados. 1.4.144 Me pidió que empujase hacia arriba, hacia su tronco; empujo. Me pide que lo repita con más fuerza; hago lo que quiere. 1.4.145 ¿Qué más puede contarse? Hizo que mi culo terminase siendo

más saltarín que el suyo y, cuando me vió suficientemente instruida, me rogó que no escatimase las caderas. Se puso a sacudir con más ímpetu y yo a responderle con más energía, rechazando a empellones al agresor. Se abalanzaba sobre mí con todas sus fuerzas; yo, por mi parte, respondía con todas las mías a quien así se me venía encima. Yo brincaba, percutía él y entre ambos parecía que fuésemos a demoler la habitación a golpes de entrepierna. 1.4.146 Ni que decir tiene que la cama se zarandeaba tan estrepitosamente que el ruido se percibía a gran distancia en todas direcciones.

1.4.147 «¡Alma mía, Venus mía» decía «qué feliz me haces! ¿Qué mortal habrá más feliz que yo? ¡Ah, ah, alma mía, me corro, me viene el goce supremo!»

1.4.148 «¡Ay, también yo lo siento!» dije. «¿Qué es esto que siento, Calias mío?»

Octavia. 1.4.149 Me matas con lo que dices; me muero ya de ansia de tanto placer.

Tulia. 1.4.150 El abrazo de Calias se hizo más estrecho e impulsó su ardiente cola con tal ímpetu hacia mis bajos que no parecía sino que quisiera meterse entero dentro de mí. 1.4.151 Me cayó entonces una lluvia deliciosa y yo también sentí que me licuaba al mismo tiempo, pero con un placer tan grande y tan increíble que, dejando de lado todo recato en este paroxismo venéreo, fuese yo misma quien acuciase a Calias, quien le zarandease vigorosamente y le rogase que continuara. 1.4.152 Así fue como nos desplomamos ambos al unísono, como derrengados. Y creo que, aunque la mismísima Venus hubiese actuado como árbitro de la lid, hubiese dudado sobre a quién habría debido otorgar los laureles.

1.4.153 Apenas habíamos recuperado el aliento, que casi habíamos perdido en la reñida lucha que sostuvimos durante esta larga cabalgada, cuando oímos que se aplicaba la llave a la cerradura, se

abrían las puertas y penetraban alegres en la habitación mi madre y Pomponia, quienes las cerraron tras de sí, asegurándolas con el pestillo para que no entrase nadie más.

Octavia. 1.4.154 ¡Que no sería como el que había utilizado Calias para obturar tus puertas, ja, ja, ja! ¿Y no peleaban entre sí tu madre y Pomponia por apropiárselo? Ja, ja, ja.

Tulia. 1.4.155 ¡Qué simpática! ¡Ya verás cómo cierra las hojas de tu puerta dentro de pocas horas una tranca de dos libras[1]!

Octavia. 1.4.156

Pues aquí está el valor que desafía a la pija y tal
que considere bien pagado con el coño
el amor al que aspira.

1.4.159 Así modificaste tú misma estos dos versos de Virgilio. Creo que yo también obtendré el amor de Caviceo gracias a mi angelical coñito, así

[1] Unos 0,65 kg.

como los placeres correspondientes. Pero sigue con tu historia.

TULIA. 1.4.160 Rápidamente cubrí mi cuerpo y el de Calias con las ropas que él había echado inicialmente a los pies de la cama, para no ofender la vista de mi madre, pues Pomponia me preocupaba menos, ya que me conocía tan bien como yo a ti. Mi madre corrió a abrazar a Calias.

> 1.4.161 «¡Hijo mío, cuán valientemente has peleado! Los gritos de mi Tulia han testificado que eres el vencedor. Te felicito y la felicito a ella por tal victoria. Si no hubieses vencido, ya sería viuda de recién casada».

1.4.162 Pomponia en cambio me abrazaba con fuerza y humedecía mi rostro con sus lágrimas.

> 1.4.163 «¡Qué brutalmente te ha tratado ese matarife!» decía en voz baja. «Cuando te he oído gritar, hermana, no he podido evitar proferir maldiciones contra la desenfrenada lascivia de este don nadie. ¿Cómo te han ido las cosas?»

1.4.164 «Magníficamente» le dije. «Sin duda logré la satisfacción que buscaba por un camino muy áspero. Pero a través de mortales tormentos he alcanzado la plenitud de la vida y los goces supremos».

1.4.165 «¿Ya eres mujer?» preguntó.

1.4.166 «Lo soy indudablemente y, cuando pienso en los goces que ya he obtenido por primera vez a cambio de la difunta virginidad, me admiro de que puedan adquirirse tantos bienes por tan poco precio. A partir de ahora preferiría que pasasen mis días sin ver la luz del sol que mis noches sin actividad venérea».

1.4.167 «Así se habla; no puede expresarse mejor» dijo. «Yo también pienso que la joven que no degusta los frutos de Venus no vive aun estando viva».

1.4.168 Se dirigió entonces hacia Calias, le aplicó un beso y le llamó su emperador, por el hecho de que, bajo sus enseñas, Venus hubiese conseguido tan rápidamente el triunfo sobre una virgen

tan pura y tan hostil y por haber aniquilado a sus enemigos, Eugio, Ninfas e Himen. Ya sabes que Pomponia está muy versada en los saberes literarios.

1.4.169 Mi madre le dio a beber a Calias un vino aromático en una gran copa de plata.

1.4.170 «Esto te reanimará y repondrá tus fuerzas, hijo mío» le dijo; «pero, si me hicieses caso, descansarías un poco. Ya has cosechado gloria suficiente por esta noche al haber liberado a Tulia de su virginidad con tu denuedo».

1.4.171 A mí me mandó comer tres nueces confitadas[1] de las que había traído y me susurró al oido que procurase que mi marido descansase durante algunas horas, pues convenía a su salud que

[1] Trozos de turrón, mazapanes o almendras garrapiñadas, que la medicina tradicional consideraba reconstituyentes y afrodisíacos infalibles; al-Nafzâwî *Prairie parfumée* VII, XIII, XVII, XXI (Khawam: 112, 159, 167, 185).

durmiera y se alejase del campo de operaciones. Luego ambas se marcharon.

1.4.172 Pomponia, al despedirse de Calias, nos deseó a él nuevos ánimos y ganas de jugar y a mí paciencia en la labor y firmeza indomable. 1.4.173 En tanto hablaban mi madre y Pomponia y la primera arreglaba las sábanas y las colchas, Calias había echado hacia mí su mano por debajo de ellas, deslizándola por mi pecho, por mi vientre y por todo el campo de Venus en el que tan valientemente había luchado. Recuperó inmediatamente sus fuerzas e increpó a Pomponia cuando se marchaba:

> 1.4.174 «Quiero que tú misma, hermana,» le dijo «presencies la manera en que trato a mi dueña y hermana tuya, yo, que soy un don nadie».

1.4.175 Y, mientras ella miraba, se lanzó sobre mí y aplicó su imponente lanza a la raja de mi

vientre. Se reabrieron las vivas heridas que había inferido y gemí traspasada por un grandísimo dolor.

1.4.176 «¡Ay, Pomponia mía,» grité «ayúdame, vuela en mi auxilio!»

1.4.177 Pero sus enormes sacudidas me zarandeaban a mí y hacían temblar la cama. Ante tal estado de cosas, Pomponia y mi madre se apresuraron a marcharse de la habitación riendo. 1.4.178 Tras unas cuantas embestidas bastante vehementes me desapareció todo dolor y ocupó su lugar un cosquillero intenso que no había imaginado. Empecé a mover el culo, imitando a mi jinete Calias. Ante tales movimientos, con los que yo contribuía voluntariamente al zarandeo, me dio un beso de agradecimiento por hacer una cosa que le resultaba tan grata. 1.4.179 Esta carrera fue un poco más larga que las anteriores. Luego sentí que su leche inundaba las profundidades de mi vientre y al mismo tiempo percibí que salía de mi interior un no sé qué, que me hacía estremecerme

con una especie de picor agradabilísimo. Todos mis sentidos me anunciaron que nada podría añadirse ya a este goce para hacerlo más intenso ni más placentero.

1.4.180 Terminada la cosa, retiró de mi concha el derrotado amuleto, cuya testa se doblegaba. Quise limpiárselo con el pañuelo.

1.4.181 «No hace falta» dijo Calias. «Mi polla está tan seca y limpia como si no hubiese nadado en esa voluptuosa laguna».

1.4.182 Entonces echó mano a mi barquilla, metió dentro su dedo medio y halló mis entrañas secas en vez de encharcadas.

1.4.183 «Quieran los dioses» dijo Calias «que de esta cópula quede preñado tu vientre, alma mía, como no dudo que así sea. Esa matriz tuya, que me proporcionará hijos, ha absorbido toda la simiente, tanto tuya como mía. Reconoce ahora, corazón mío, que el goce que has experimentado es mayor que todos los que habías tenido en tu vida».

1.4.184 «Lo reconozco» dije. «Pero lo que verdaderamente convierte en tan increíble este placentero cosquilleo es la idea, que por sí sola ya me llena de gozo, de que provenga de ti, de que sean delicias que fluyen de tu cuerpo hacia el mío».

1.4.185 Me besó y dijo:

1.4.186 «Descansa un poco, Tulia mía, hasta que vuelva a provocarte a nuevas contiendas y a llenar tu navecilla de nuevos goces».

1.4.187 Un sueño benéfico nos invadió a ambos, fatigados como estábamos, y nos retuvo y confortó durante tres horas seguidas.

1.4.188 Calias se despertó primero y me dio muchos besos, pero ni aun así pudo despertarme; tan profundamente me había sumido en el sopor. Echó las ropas hacia los pies de la cama, me vio tumbada boca arriba y con las piernas abiertas, mostrando el circo en el que él ya había corrido cinco carreras con las ruedas echando humo.

1.4.189 Admiró los encantos de mi cuerpo, pues

los cirios no se habían apagado, y contempló sonriente las puertas de mi coño, abiertas de par en par. Excitado por tal espectáculo se lanzó sobre mí e introdujo su inflada picha en mi seno del pudor, cuando alarmada abrí los ojos.

1.4.190 «Me alegro de que vivas, esposa,» dijo «pues ya temía tener que habérmelas con una muerta, como cuentan que hizo el tirano corintio Periandro».

1.4.191 «Ya me sentirás vivir» le repliqué.

1.4.192 «Haz que lo sienta; nunca podrás hacerme nada más agradable» repuso besándome.

Octavia. 1.4.193 ¿Y qué hiciste para que te sintiese vivir? La verdad es que ya me imagino lo que sería.

Tulia. 1.4.194 Veamos cuál sea esa opinión.

Octavia. 1.4.195 Empezaste a moverte con tanta vehemencia como pudiste.

Tulia. 1.4.196 Tú lo has dicho. Lanzando las nalgas al aire respondí tan bien a los movimientos

de Calias con mis propios movimientos incesantes que, cuando él echaba su cerrojo a mis puertas, yo empujaba hacia arriba. Pubis contra pubis y pecho contra pecho es como se desarrollaba esta disputa, de modo que, si Calias hubiese tenido su fuente seminal en lo más alto de su cabeza, no por ello hubiese dejado yo de hacérsela brotar.

Octavia. [1.4.197] ¿Duró mucho esta pelea?

Tulia. [1.4.198] Medida por el reloj, unos tres cuartos de hora; si lo hicieses por el placer, dos siglos.

Octavia. [1.4.199] ¡Ojalá pueda yo también experimentar con frecuencia tales siglos voluptuosos!

Tulia. [1.4.200] Gracias a ellos es sin duda como se eternizan todas las estirpes de seres vivos. Cansada de la desaforada actividad, no pude seguir con la labor.

[1.4.201] «Me declaro vencida» dije. «Deja que recupere un poco el aliento».

1.4.202 «¿Te rindes? ¿Depones las armas, Tulia?» repuso. «¡Qué vaga! ¡Venga, arriba ese ánimo!»

1.4.203 «Solicito la paz» contesté «o al menos una corta tregua. Tú tienes más fuerza y vigor, pero no más valor, no te engañes».

1.4.204 Mientras yo hablaba así, él, que continuaba montado sobre mí,

… introduce la lanza con todas sus fuerzas

1.4.206 y llena mi vientre de rocío fecundo; también yo destilé el humor blanquecino. No pudiendo aguantar ninguno de los dos tanto gozo, nos desplomamos el uno en los brazos del otro.

Octavia. 1.4.207 ¿Ya no te dolía esa parte, el escenario de tales guerras intestinas? Te lo pregunto con gran curiosidad, pues, al tiempo que me consumo de anhelos venéreos, estoy acobardada por miedo al dolor. Oscilo

… entre la esperanza y el miedo.

Tulia. [1.4.209] ¡Venga ya, tonta! Las molestias no son nada frente a los goces.

Octavia. [1.4.210] Me parece que ya me has convencido y que el coño me cosquillea de manera tremenda.

Tulia. [1.4.211] Puedes rascártelo entre tanto. O te lo rascaré yo, ¿qué lo impide?

Octavia. [1.4.212] Me has puesto al rojo vivo con tus relatos. ¡Ah, ah! ¿Qué es lo que haces? ¡Me enloqueces! Retira ese dedo adúltero, te lo ruego, hermanita. ¿Qué más te hizo Calias hasta que amaneció?

Tulia. [1.4.213] Durante un par de horas estuvo sumido en un sueño profundísimo mientras que yo no podía dormirme, aunque mucho lo desease. Los cirios continuaban ardiendo y se me ocurrió abrir la ventana que daba al jardín.Me levanté desnuda y la abrí sin que Calias se despertase. [1.4.214] Apagué las velas y, como me entrasen ganas de mear, cogí el orinal y lo acerqué a mi raja. Cuando el líquido empezó a fluir me causó un

punzante dolor, que apenas podía aguantar. Proferí una exclamación y el quejoso sonido sacó a Calias de su sueño. Me vio, pero no se movió sino que se quedó mirándome, de modo que yo no me dí cuenta de que ya estaba despierto.

OCTAVIA. [1.4.215] Sí que es sorprendente lo que cuentas. ¿La orina te hacía sufrir?

TULIA. [1.4.216] Calias me había desgarrado de tal modo que la hendidura interior, la que conduce al bien supremo, presentaba ahora una abertura de más de un dedo[1], que los pétalos de mi flor estaban hollados y hechos añicos y destrozado el cáliz en el que residía mi virginidad, quedando por dentro crueles heridas. [1.4.217] El escozor que provocaba la orina en las heridas de la vulva era tan grande como si frotases con sal disuelta en vinagre un corte que te hubieses hecho casualmente con un cuchillo. Meaba a borbotones, no

[1] Unos 2 cm.

de manera continua. Mientras estaba así ocupada en contener unas veces la fuerza con que salía y otras en dejarla correr, Calias me preguntó de improviso:

1.4.218 «¿Todavía te duele, Tulia mía?»

1.4.219 Yo dejé inmediatamente el orinal en el suelo, llena de vergüenza.

1.4.220 «Creía que estabas dormido, corazón» le respondí. «Disculpa mi imprudencia y mi descoco; me avergüenza que haya podido ofender tu vista con esta acción indigna. ¿Me has visto acaso en tratos con el orinal?»

1.4.221 «No llames indigno a algo que, siendo necesario, no puede ser tal» me respondió.

1.4.222 Luego volví a la cama, tras haberme secado por encima la entrepierna con un paño. Calias me recibió con los brazos y las piernas abiertos. Al punto me besó en la boca y me palmeó cariñosamente las cachas. 1.4.223 Me rogó que yo misma incitase a su pija a una nueva contienda, cogiéndola con la mano, que le hiciese ese favor,

a lo que no me negué. Enseguida empezó a hincharse dentro de mi mano y, riendo, Calias aplicó repetidamente la inflamada y rígida picha contra mi ombligo.

1.4.224 «¿Qué quieres ahora?» le pregunté. «¿Tan cruel eres que pretendes abrir una nueva vía a tu lascivia pasando tu lanza a través de mi vientre? ¿Me quieres tan perforada como el ánfora de las Danaides?»

1.4.225 Se rió Calias ante estas palabras y, colocando una de sus manos bajo mi muslo izquierdo, tumbada de lado como estaba, lo pasó por encima del suyo derecho.

1.4.226 «Ahora voy a penetrarte de una nueva manera,» dijo «reclinada y de lado como estás».

1.4.227 Aplicó su carajo a las puertas de mi jardín y lo metió con fuerza. Como no entrase entero, dijo:

1.4.228 «En estos temas eres una ignorante, Tulia mía. Déjame que te enseñe».

1.4.229 Le respondí que nadie mejor que él podría ilustrarme en este arte; que continuase, que tendría en mí una discípula dócil. 1.4.230 Me pidió que acercase mi pubis al suyo, que mi crica besase la cabeza de su polla, para que tuviese fácil entrada hasta el fondo, y que levantase todo lo que pudiese la pierna que tenía sobre su costado. Le obedecí en todo y de un golpe metió su cipote entero en mi vientre hasta los cojones.

Octavia. 1.4.231 Y ya no te dolía.

Tulia. 1.4.232 Los abundantes restregones habían embotado ya cualquier sensación dolorosa. 1.4.233 Quiso que le acariciase el escroto. Aplicó con cuidado mi mano a sus testículos y los palpé uno tras otro con las yemas de mis dedos. Enseguida lanzó una gran bocanada de leche hacia la sentina de mi nave, produciéndome un gusto que me arrastró también a mí al efluvio. Obtuvimos el uno del otro el máximo goce.

1.4.234 La mañana se encontraba ya bastante avanzada como consecuencia de estos jugueteos y mi madre había prometido venir a vernos a primera hora. Mientras charlábamos de cosas diversas, mientras nos besábamos y frotábamos nuestras entrepiernas nos llegaron voces que se aproximaban.

1.4.235 «Ya puede venir quien quiera,» dijo Calias «que no conseguirá que renuncie a saciar mi deseo entre tus brazos. Me he propuesto, goce mío, someter ese jaco tuyo» y apuntaba al coño «a siete carreras. Ya hemos corrido seis, de modo que queda la séptima para que me dé por satisfecho».

1.4.236 Al percibir que mi madre se acercaba a la puerta, se montó sobre mí y dijo, al tiempo que ella metía la llave en la cerradura,

1.4.237 «También yo meto esta llave mía en tu cerradura».

1.4.238 Empezó a menearse y a querer que yo moviese mis cachas. Mi madre había entrado entre tanto, asombrándose de los traquetreos de la cama. Yo balbuceaba excusas y exhalaba suspiros de vergüenza.

1.4.239 «¿Qué veo? ¿No te ha bastado acaso, hija,» dijo «toda la noche, ni a ti tampoco, Calias, para gozar de Tulia?»

1.4.240 «Perdona, madre,» le respondí. «Preferiría la muerte a que me vieses en medio de tanta indecencia».

1.4.241 «Trabajo por la felicidad de mi Tulia sobre la misma Tulia» añadió Calias.

1.4.242 Mientras tanto me majaba terriblemente. Mi madre dijo entonces:

1.4.243 «Complace a tu marido, hija, y no te avergüences de complacerle en lo que es la tarea principal del oficio de esposa. Me voy; volveré pronto. Entre tanto dad rienda suelta al deseo que sentís el uno por el otro».

1.4.244 Una vez salida mi madre Calias me pidió que respondiese a sus empellones con meneos rápidos y frecuentes. 1.4.245 Comencé a ejercitar las nalgas y a moverlas hacia abajo y hacia arriba, según él se retirase para tomar impulso o avanzase atacando. 1.4.246 Alababa mi ánimo, se admiraba de mi agilidad.

> 1.4.247 «Lo que yo quiero que alabes» le dije «es mi amor por ti, que lo envileces ordenándome que actúe de este modo. Ensalza mi complacencia, aunque sea para cosas viles. Pero, ay, ay, Calias mío, ya se me desbordan todas las venas de la pasión. ¡Aprieta!»

1.4.248 Se puso a trabajarme más enardecidamente

> *… y rehace el camino muchas veces …*

1.4.250 Pero era como si la fuente de sus humores se hubiese secado: nada manaba de su caño. Con besos y pellizcos me incitaba a que le ayudase a

realizar la carrera, transportándole a la mayor velocidad posible hacia la meta deseada. 1.4.251 Yo puse todo mi empeño y por medio de fuertes sacudidas atraje la lluvia amorosa hacia mi aljibe, meta a la que él no llegó más que mucho después que yo.

1.4.252 Tras haber recuperado sus fuerzas entre mis brazos, se levantó de la cama, llamó a los criados y se vistió, dándome un beso y pidiéndome perdón por su poquedad. Así decía:

> 1.4.253 «Perdóname esta falta de energía y de nervio, pues he dado tan pocas vueltas en un estadio tan encantador».

1.4.254 Mientras decía esto retornó mi madre y con ella apareció ante mí Pomponia, la otra luz de mis ojos y más querida que la del sol. Una y otra traían sendos cuencos de caldo en los que se habían puesto muchas yemas de huevo; mi madre ofreció el suyo a Calias y Pomponia me lo ofreció a mí. Yo me lo tomé muy contenta, pero Calias dijo no necesitarlo, aunque terminó por tomárselo. Mi madre me dijo luego que descansase.

1.4.255 «Pues sé que esta noche has andado tanto camino que hay peligro de que enfermes si no prestas muchos cuidados a tu delicado cuerpo» manifestó.

1.4.256 «Hemos andado siete millas en total» añadió Calias. «Y es muy probable que esté agotada, pues me llevó durante todo el viaje a muy buen paso».

1.4.257 «Ya hablaremos luego de eso» dijo Pomponia. «De momento descansa y repón mediante el sueño los miembros fatigados por el trabajo nocturno».

Octavia. 1.4.258 Tu narración me hace ver, hermana, todo lo que se le avecina a mi virginal coñito. Si no me engaño, tendré que aguantar molestias mayores que las que tú aguantaste, pero también cosecharé mayores goces que los que obtuviste tú. 1.4.259 Pues al ser en mi caso menor la abertura de ese refugio inferior que lo era en el tuyo, más molesto me resultará ser penetrada violentamente. Pero como Caviceo oficiará con un

hisopo tres dedos más largo que el de Calias, tanto más dulces me resultarán los frutos de Venus cuanto más a fondo meta a Venus en el sagrario de Venus.

TULIA. 1.4.260 Nada mejor puedo desearte, hermana mía, para tu perfecta felicidad que el hecho de que Venus te sea tan favorable como me lo ha sido a mí. 1.4.261 Levantémonos ahora de la cama, dulce virgen; cuando te levantes mañana serás una mujer tan hermosa como hoy eres una hermosa doncella. Te considero suficientemente preparada para la pelea que has de pelear.

OCTAVIA. 1.4.262 Y lo estoy. ¡Que Venus me ayude! Es más, pretendo demostrar mi fortaleza no profiriendo ni un gemido ni un grito. Lo aguantaré todo con obstinación.

TULIA. 1.4.263 Guárdate muy bien de hacer tal cosa, cariñito. Caviceo tomaría a mal que te mostrases tan firme; tu silencio atraería la infamia sobre ti. No es poca la satisfacción adicional del marido por las alabanzas que recibe merced a los

gritos y a los llantos que profiere la virgen mientras se la violenta. [1.4.264] Dicen que esos son los alaridos que lanza la virginidad al ser ejecutada. Saca tú misma las consecuencias que de ello se deducen.

OCTAVIA. [1.4.265] Haces bien en advertírmelo.

1.5.0 COLOQUIO QUINTO

Pasiones

Tulia, Octavia.

TULIA. 1.5.1 Ninguno de mis días pretéritos fue tan agradable como lo será esta noche.

OCTAVIA. 1.5.2 Hablaremos con toda libertad. Deja que te abrace, prima, en cuyos brazos suelen buscar gratísimo reposo todas mis sensaciones y pensamientos.

TULIA. 1.5.3 Pero supongo que no sería así como Caviceo descansase en tus brazos, sino más bien en la desenfrenada agitación que provocaste con tus innumerables encantos, de lo que ambos derivaríais el colmo del reposo y del placer.

Octavia. [1.5.4] Obtuve los goces que pronosticaste. Conseguí casi sin esfuerzo ese deleite cuyo valor sobrepasa el de todas las demás cosas y que equipara los mortales con los inmortales.

Tulia. [1.5.5] Las puertas de nuestra habitación están cerradas. Nada se opone a que me atiborre del manjar que hace tiempo anhelan mis oídos, por desvergonzado que sea.

Octavia. [1.5.6] Ya veo, prima. Lo que quieres es que inicie la narración que te prometí.

Tulia. [1.5.7] Exactamente. ¿Qué puede haber más agradable para mí que convertirme en partícipe de los placeres con que tú te saciaste? Pues al contármelo depositarás parte de ellos en mi alma sin que disminuya en nada la cantidad que tú posees.

Octavia. [1.5.8] Lo que de verdad querría es poder volcar también en tu cuerpo los torrentes cupidíneos que han impulsado mi barquilla duran-

te estos últimos quince días hacia el puerto del verdadero bien. Y hablo en serio.

TULIA. [1.5.9] ¿Cómo fue de largo y de grueso el mástil que tuvo que plantar Caviceo en tu chalupa para tal navegación? ¿No te pareció desproporcionado un palo tan inmenso para la pequeñez de tu esquife?

OCTAVIA. [1.5.10] Ríe todo lo que quieras. Nos adaptamos perfectamente Caviceo y yo. La empalizada que desmoronó ha terminado por arrebatarle la victoria al vencedor. Ha tenido que huir agotado. Mi madre le veía languidecer y le aconsejó que se fuese a pasar una temporada con un tío paterno suyo. Ha puesto como pretexto para el viaje unos negocios, pero, si he de serte franca, prima, la verdadera causa fue la aniquilación de sus fuerzas, como muy bien sé. Este mes de ausencia se las repondrá; ha sido un consejo muy prudente.

TULIA. [1.5.11] ¿Cómo es posible? ¡Tan joven, tan delicada y no pereciste ante los primeros empellones de Caviceo! ¿Qué oigo? Puesto que tan

fácilmente has realizado tales gestas, ya eres toda una atleta. ¡Oh concha triunfante y laureada!

Octavia. [1.5.12] ¡Retírate, mano viciosa, cuyos atrevidos toqueteos mancillan a la recién desposada!

Tulia. [1.5.13] ¡Aprovecha, tonta! ¿Qué miedo tienes estando dentro de mi cama, que llenas de fuego y de pasión? A propósito no he apagado esos cirios que nos alumbran, para que mis ojos puedan deleitarse con todo el pensil de tu belleza.

Octavia. [1.5.14] ¿Acaso las leyes de la amistad no han de ceder ante las del amor conyugal? Si te dejase hacer ahora lo que otras veces te permití, ¿no estaría ultrajando a Caviceo?

Tulia. [1.5.15] ¡Ja, ja, ja! ¿Qué más vas a echarme en cara?

Octavia. [1.5.16] ¿A qué vienen esas risas?

Tulia. [1.5.17] Un nuevo antro ha engullido aquella rendija tuya en la que residía la virginidad. ¡Qué grande es! ¿Qué tienes que reprocharme ahora?

Octavia. [1.5.18] No hay nada, Tulia mía, que tenga que reprocharte ni que quiera ni que deba.

Tulia. [1.5.19] Abre las piernas.

Octavia. [1.5.20] Te complazco.

Tulia. [1.5.21] ¡Qué diferencia entre estas partes de mujer y las de la virgen! He aquí los papillos distanciados. ¡Vaya hueco! Podría meter la mano entera.

Octavia. [1.5.22] ¡Eh, eh, eh! Me pones muy caliente; me parece que voy a correrme como no pares. ¿Quieres que se vuelva adúltera con tu mano la que preferiría morir antes que envilecerse en un abrazo varonil ilícito?

Tulia. [1.5.23] Eso ya lo veremos luego; de momento seguiré con lo que estoy haciendo. ¿Quién será el que pueda rellenar esta fosa aparte de Caviceo? No sólo es mucho mayor que la mía sino incluso de lo que convenga a cualquier mujer para irle bien a un hombre que no sea un portento. [1.5.24] Frente a ti yo resulto estrecha, yo, que llevo tanto tiempo soportando varones, que me

he corrido en tantos polvos, de cuya nave se ha descargado un fardo hacia el puerto de la vida. Mucho me temo, prima, que, por la forma en que estás rajada ahora, resultes inadecuada para cualquier utillaje varonil que no sea el suyo. Como un enano que se encontrase solo en una galera real, así parecería el carajo de cualquier otro hombre si se le pusiera dentro de ti.

Octavia. [1.5.25] Me da lo mismo, siempre que pueda seguir haciendo gozar a Caviceo y que, como decías el otro día, su espada se ajuste bien a mi vaina. Fue él quien excavó esta pista para sí mismo y para su propio uso, no para el de otros. ¿No es admirable que la última vez que me achuchó dijese que su picha se encontraba tan ajustada dentro de mí como si se la estuviese cogiendo con las manos y se la estuviese ordeñando con ellas, haciéndole morirse de gusto al correrse?

Tulia. [1.5.26] ¿Y qué decías tú?

Octavia. [1.5.27] Yo le daba ánimos cubriéndole de besos y contribuía a que llegase a la meta moviendo cadenciosamente las saltarinas cachas.

Tulia. [1.5.28] Pero estás comenzando por el final el relato que deseo. Quiero que lo empieces por el principio. Ya sé que durante estos últimos días has sido concienzudamente cincelada, como quizá ninguna otra de entre las más afortunadas lo fuese antes. Pero cuéntame ahora, niña de mis ojos, todo lo sucedido, ya sea importante o insignificante, desde que se celebró la boda hasta este mismo momento.

Octavia. [1.5.29] Te complaceré. Mi picante descripción derramará en tu espíritu a través de los oídos los mismos goces que Himeneo volcó en mi cuerpo.

[1.5.30] Apenas me había levantado de tu cama cuando ya la familia, los parientes y los amigos de mi Caviceo habían acudido a nuestra casa.

¿Lo recuerdas? Cuando entramos en casa de mi padre, salió a mi encuentro Caviceo muy contento; con ojos alegres y chispeantes nos dio un beso a cada una y me dijo a mí sonriendo:

> 1.5.31 «Al fin llegas, aurora mía, llegas, felicidad mía. Tu madre no quiso que fuese a donde estábais. Si lo hubiese hecho, éstas me lo hubiesen pagado (y me palmeaba la grupa), hubiese castigado tu vagancia. Sabes que para mí eres el sol mismo, no su sustituto. Si me alumbras con tu luz, no envidiaré a los cielos su propio sol».

1.5.32 Tras este saludo nos rodeó la gente, se redactaron los documentos de la dote y se celebraron los ritos nupciales de acuerdo con los usos y las fórmulas legales, como decían. La única parte de la liturgia de las bodas que quedaba por completar era la inmolación de la víctima.

Tulia. 1.5.33 Llamas víctima a tu virginidad, sin cuyo sacrificio gozoso y alegre, realizado por

entrambos, los ritos nupciales no logran carácter sagrado.

Octavia. 1.5.34 Una vez cumplidos estos trámites, Caviceo y yo, que nos habíamos separado de los invitados, quedamos solos en casa. Empezó a rogarme que aceptase ser suya. Yo le contesté que lo deseaba con toda mi alma, puesto que ya no me pertenecía a mí misma. Agobiaba mi boca con besos llenos de ardor, me acuciaba, me sofocaba, hacía correr fuego por mis entrañas. Estaba fuera de mí, ya no me controlaba. Permanecían a mi lado un par de criadas a mi servicio, pero que miraban hacia otra parte, como personas decentes que eran. Entonces Caviceo dijo:

1.5.35 «Di que se vayan estas criadas, alma mía, esperanza mía. ¿Para qué las necesitamos tú y yo en este fausto día de nuestra boda?»

1.5.36 «Líbreme dios de caer en tal desvergüenza» le contesté. «¿Qué pensarías tú de

mí? ¿Qué pensarían mi madre y el resto de la casa?»

1.5.37 Me cerró la boca con nuevos besos y pronto sentí que se estremecían contra mí las viriles armas. Pero he aquí que en ese mismo instante vino hacia nosotros mi madre.

1.5.38 «¿Qué te parece esta esposa tuya, Caviceo?» preguntó. «¿Cuánto la amas?»

1.5.39 «La amo apasionada y perdidamente» respondió él. «Ni el mismísimo Amor podría añadir un ápice a este amor mío para hacerlo más vehemente. Pero, por todos los dioses y diosas que presiden y contribuyen a las nupcias, permíteme, madre, que sea hombre y que, puesto que deseas que tenga una esposa tan pura y tan hermosa, ejercite mi virilidad».

1.5.40 «Añade y tan tierna» intervino mi madre. «Ten cuidado de su juventud y considera lo desigual que es la liza en que vais a enzarzaros, pues apenas tiene quince años».

1.5.41 La demora impacientaba a Caviceo, que añadió:

1.5.42 «Apiádate de mí, madre. Me siento perecer en un violento incendio que no puede extinguir más que mi esposa con nupcial medicina. Permíteme que la goce ahora mismo. Si me la niegas, me estarás privando de lo que es mío; sé generosa conmigo a cuenta de mis propios bienes».

1.5.43 Ella sonrió y dijo:

1.5.44 «Pero es que estos arrebatos pasionales tuyos son en verdad intempestivos, no afectos estables. Deja para la noche lo que resulta más agradable si se pospone. Los frutos del amor maduran con la parsimonia como cosas que han superado tiempos difíciles. Tú mismo puedes ver, hijo mío, lo inoportunos que son estos ruegos. Mucho me gustaría poder acceder a lo que me pides, pero ni la hora ni el lugar son adecuados para esta tarea. No quiero oponerme a tus deseos, pero contente hasta la noche».

1.5.45 «¡Ay, madre» contestó Caviceo «apiádate de tu yerno! La misma Octavia no se niega a curar las heridas que infirió a mi corazón».

1.5.46 «¿Oyes eso?» dijo mi madre volviéndose hacia mí. «¿Quieres curar esta enfermedad, quieres ser tú misma la medicina?»

TULIA. 1.5.47 ¿Y por qué no habías de querer? Ya sabes lo suficiente.

OCTAVIA. 1.5.48 El rubor que cubría mi rostro sirvió de respuesta; me quedé callada.

1.5.49 «¿Callas, hija?» preguntó «luego consientes. Apártate pues un poco, ya que hay unas cuantas cosas que quiero advertir a tu marido; vete a esa habitación de al lado».

1.5.50 Me alejé dos o tres pasos y agucé el oído para enterarme de todo lo que dijesen y no perderme nada. Mi madre le dijo entonces a Caviceo:

1.5.51 «Ya te he dicho, hijo, que ni el tiempo ni el lugar son adecuados para consumar la

boda; no me lo negarás. Pronto vendrán muchos amigos nuestros que acudirán al banquete y en esta habitación no hay ninguna cama. [1.5.52] A pesar de todo te entrego a Octavia, pero con la condición de que ahora no se someta a tus deseos más que una vez. Esta noche gustarás de sus abrazos hasta la saciedad. No me cabe duda de que ahora vas a perder el trabajo y los materiales, no habiendo aquí sitio para que coloques su cuerpo en posición adecuada para la lascivia. [1.5.53] Considera además la edad de tu doncella, pues se dice que la tienes enorme y como la de un mulo. Soportará fácilmente un toro poco después, por grande que sea, si la acostumbras paulatinamente a la carga y no la destrozas al primer intento. El arte te será más útil que la fuerza a la hora de excavar su huerto y de introducir en él ese plantón tuyo».

1.5.54 Esto lo dijo sonriente y luego me llamó a mí. Me pareció que Caviceo lo oía relinchando de goce:

1.5.55 «Ya no eres tuya, hija, eres de tu marido. Me ha pedido que te entregue a él por unos momentos. Ni tú ni yo podemos negar lo que para toda la vida le ha concedido Himeneo. Me he rendido ante sus súplicas, que son leyes para ti. Pero quiero que no satisfagas su pasión más que una vez. Cuando haya acabado, sal afuera. Si así no lo hicieses, me enfadaré».

1.5.56 Le prometí que así lo haría.

1.5.57 «Puedes colocarte en cualquier postura que él quiera para el acoplamiento» me dijo «pero cuida mucho de que el chorro del caño marital no se desperdicie por tu culpa. Disponte ante el asaltante de manera que, cualquiera que sea la dirección por la que te ataque, caiga dentro de tu vientre. Pon atención, hija».

1.5.58 Una vez dicho esto me dio un beso, me llevó junto a Caviceo y nos encerró en la habitación.

1.5.59 «Esperaré en la habitación de al lado, Caviceo,» dijo «mientras haces el trayecto al que te admite Octavia en la propia Octavia».

1.5.60 Riéndose se marchó, pero volvió enseguida:

1.5.61 «Se me olvidaba» dijo «lo más importante …»

1.5.62 Pero ya Caviceo me había hecho sentar en un poyato que había en la pared y había colocado dos taburetes bajo mis pies, tras haberme hecho abrir y separar las piernas al efecto. Yo estaba desnuda hasta el ombligo y él mismo había sacado ya las armas viriles. Al verlo mi madre dijo:

1.5.63 «¡Qué ingenioso es el amor! ¡Qué postura tan conveniente para el refocile!»

1.5.64 Caviceo se echó para atrás dejando al descubierto la amenazadora picha. Mi madre dió un respingo.

1.5.65 «¡Qué monstruosidad!» dijo. «Pero sé valiente, hija. Todo irá bien, si sabes aprovechar tus penalidades».

1.5.66 Me bajé del asiento y recompuse mi decencia.

1.5.67 «No quiero» dijo mi madre «que por la descompostura de tu vestimenta puedan colegir nuestros invitados lo que se haya podido hacer de ti esta mañana».

1.5.68 Me quitó el vestido y dejó cubierta con la enagua la parte inferior de mi cuerpo.

1.5.69 «Ahora» dijo «recibe a tu marido, pero acuérdate de mis normas».

1.5.70 Volvió a darme un beso y, poniendo al descubierto mi pecho, dijo.

1.5.71 «¿Por qué escondes estas restallantes tetas tuyas? ¿Acaso no merecen que las vea y las bese Caviceo?»

1.5.72 Y volviéndose a Caviceo le dijo:

1.5.73 «Ahí tienes ya la pista, dispuesta para ti, Caviceo. ¡Adelante, fortísimo atleta!»

1.5.74 Luego se marchó.

1.5.75 Caviceo se lanzó sobre mí contento y juguetón, me quitó la camisa y llevó su procaz mano a mis partes. Luego me mandó sentar y, mientras lo hacía, colocó un taburete bajo cada uno de mis pies, de tal modo que la elevación de mis piernas presentase frontalmente la totalidad de la puerta de mi jardín a los esperados ataques. Pero también metió su mano derecha bajo mis nalgas y me atrajo un poco más hacia sí.

1.5.76 «Ahora estás bien abierta, dueña mía» dijo.

1.5.77 Con la mano izquierda sostenía el peso de la tranca y entonces se colocó sobre mí.

Tulia. 1.5.78 Continúa. ¿Qué hacías tú mientras tanto?

Octavia. 1.5.79 Ni me negaba ni me entregaba. Lo primero hubiese sido propio de una idiota, lo segundo de una descarada. Aplicó el ariete a mis puertas. Insertó la cabeza del ingenio en la grieta

inicial, cuyos labios separaba con los dedos, pero aquí se detuvo y no intentó nada más.

1.5.80 «Octavia mía dulcísima» dijo «abrázame. Levanta tu pierna derecha y colócala sobre mis caderas».

1.5.81 «No sé lo que quieres» le dije. ¿Por qué intentas destrozarme? ¡Ten piedad de mí!»

1.5.82 En vista de ello, él mismo cogió mi pierna con la mano y la colocó sobre su costado, en la posición que quería. Luego aplicó la picha a la diana venérea y comenzó por apretar un poco con un ligero golpe; luego lo hizo con más fuerza y por último con tanto empuje que no me cupo duda de que me encontraba en peligro inminente. 1.5.83 La tenía tan rígida como si fuese de cuerno. Así pues, como la mínima amplitud del lugar le negase la entrada que buscaba hacia el interior y el paso que quería abrirse, dejó caer los calzones a los pies y, quedándose desnudo, como ya lo estaba yo, se aproximó y empezó a golpear

con vehemencia los cimientos de mi empalizada.
1.5.84 Caía sobre mí con tanta fuerza y me hendía de tal modo con aquella cuña que grité que me desgarraba. Cesó un poco en la tarea.

1.5.85 «Calla, te lo ruego, corazoncito» me dijo. «Esto es así como se hace. Aguanta firme».

1.5.86 A continuación me colocó las manos bajo el culo y me atrajo hacia sí, puesto que veía que me daba a la fuga. Y sin más me agobió de tal manera con numerosos empellones que casi pierdo el sentido. Luego impulsó la tranca con un golpe rápido y metió la punta de la espada en el extremo de la herida. Pegué un grito que, al oirlo mi madre, hizo que viniese a toda prisa.

1.5.87 «¡Eh, tú, Caviceo!» le dijo «¿te olvidas de que me prometiste que estos ejercicios que te permití iban a ser una prueba y no un ataque en serio?»

1.5.88 Tras decir ella esto, Caviceo empezó a deshacerse en sudor venéreo. Sentí que me rega-

ban con una lluvia ardiente. Pero, al empezar a correrse, también se puso a moverse más deprisa y aquel humor viscoso favorecía sus esfuerzos, como quien engrasa una pica. Así me horadó como un par de dedos[1] y descargó su leche a grandes borbotones, de modo que penetró en mis vísceras además de empaparme luego todo el pubis.

TULIA. 1.5.89 Entre tanto tú estabas como

… chica de coño alelado.

1.5.91 ¿No sentiste nada ni descargaste de forma parecida?

OCTAVIA. 1.5.92 He de confesarte, Tulia mía, que fue entonces cuando atisbé por vez primera lo que fuese Venus, aunque no lograse explorar todas las dulzuras de sus goces. 1.5.93 Cuando Caviceo ya se había desinflado, me entró a mí una sensación cosquilleante, como si me estuviese meando. Eché entonces el culo hacia atrás y al

[1] Unos 5 cm.

punto sentí con gran gusto que salía de mí no sé qué, que me lubrificaba maravillosamente esa zona. Mis ojos se entornaban, me faltaba el aliento, me ardía la cara y desfallecía todo mi cuerpo.

1.5.94 «¡Ah, ah, ah! me muero, Caviceo» exclamé. «Detén mi alma que se escapa, deja de hacer esto que mata de modo tan agradable».

1.5.95 «¡Animo, Octavia!» replicó él «concéntrate toda en este goce, deja que salga de ti sin miedo lo que provoca tan delicioso cosquilleo».

1.5.96 Mientras decía esto cogió con la mano izquierda su pija, que ya languidecía y escondía su cabeza entre mis muslos, y volvió a aplicarla a mi puerta. Este contacto provocó nuevos ardores en ese sitio y fluyó de mí un cosquilleante efluvio de un líquido que más parecía meado que semen eyaculado por mis partes. 1.5.97 Si en este instante las armas de Caviceo hubiesen estado preparadas

para la lucha, por Venus que yo misma le hubiese incitado a que me las volviese a meter, ebria de alegría y de placer. Fue así como lamenté que esa carrera de Caviceo se realizase tan apresuradamente a la entrada de mi estadio y no en el estadio mismo.

TULIA. [1.5.98] Pintas tan hermosamente y tan a lo vivo las cosas que me emocionarías aunque fuese de piedra. Bésame. ¿Quieres a Lampridio? No, no lo quieres. Me vuelves loca; ya no sé lo que quiero ni lo que no quiero.

OCTAVIA. [1.5.99] ¿Qué tenemos que ver tú y yo con Lampridio? ¿Qué quieres que quiera y que no quiera?

TULIA. [1.5.100] Estoy fuera de mí, perdiz mía, tortolilla mía … ¡Ay, ay, préstame tu mano!

OCTAVIA. [1.5.101] Te la doy por entero, no te la presto. ¿Y ahora qué?

TULIA. [1.5.102] Métela entre mis muslos, ocupa el monte de Venus con la palma extendida, toma posesión del territorio en que se libran

las guerras intestinas, mete el dedo. ¡Sírveme de marido! Túmbate sobre mí, muévete, frota. ¡Magnífico!

Octavia. [1.5.103] ¡Qué más querría yo que ser para ti lo que Caviceo es para mí! Pero ¿qué representa la sombra frente al cuerpo? ¡Cómo mueves pubis contra pubis, cómo frotas un coño contra otro, cómo se unen nuestros pechos!

Tulia. [1.5.104] ¡Me corro …, me corro …! ¡Oh, Lampridio, Octavia! ¡Ah, ah!

Octavia. [1.5.105] ¡Qué viciosa eres! De tus lomos mana un río en el que bien pudiera zambullirse el niño Amor.

Tulia. [1.5.106] Permíteme que descanse un momento de esta rabia, pues la descarga venérea es un tipo de rabia. Ya se ha apaciguado un tanto esta tempestad mía; mi cuerpo recupera la calma. Torna a Caviceo, al que dejaste deshecho en sudor durante el asedio a tu fortaleza.

Octavia. [1.5.107] Ya terminaré de contártelo. Pero ¿qué ideas te pasaban por la cabeza sobre

Lampridio? ¿Qué decías, enloquecida por la indomable pasión? ¿Por qué no invocabas más bien en tu ayuda y socorro a tu Calias, a quien amas y que muere de amor por ti?

TULIA. 1.5.108 Ya lo sabrás. Compartiré contigo mis ideas más secretas, mis gustos, mis delicias, mis alegrías. Te llamaré a compartir mis bienes, lo partiremos todo entre nosotras. Recordarás el sueño en el que presagiaste el rumbo que tomaría tu vida matrimonial en el futuro.

OCTAVIA. 1.5.109 Tú me enseñaste que la palabra *partir* tiene un sentido muy escabroso en los contextos venéreos[1] ¿y ahora quieres que lo partamos todo entre nosotras? ¡Que Venus nos proteja!

---

[1] El original latino juega aquí con varias acepciones del verbo *dividere*, que, aparte de *repartir* y *compartir*, significa también *hendir*, *escindir* y, por traslación, penetrar con la polla en un cuerpo ajeno, *joder*, *dar por el culo*, siguiendo a Plauto *Aulularia* 280-287.

Tulia. [1.5.110] ¡Tonta! Compartirás conmigo y yo contigo y tendremos un partidor de lo mejorcito. Todas nuestras cosas buenas resultarán así divididas en nosotras, como por resolución de la Venus albacea. ¡Qué de travesuras, qué de bromas, cuántas procacidades seductoras! Pero ¿qué es lo que te parece mal, enredadora? Continúa el hilo de tu narración.

Octavia. [1.5.111] ¡Bobadas, bobadas! Ahora pides seriedad, mujer grave y digna. ¿Me reconduces a una charla decente con esta filosofía tuya y con estas costubres tuyas?

Tulia. [1.5.112] También tú te diviertes con esto. Pero basta. Haz lo que dices que vas a hacer y no haces.

Octavia. [1.5.113] Como afectado de parálisis, el tendón de Caviceo pedía tregua con la cabeza baja, pero seguía teniendo un aspecto amenazante por sus terribles tamaño y peso. De su boca salía espuma y, húmedo y manchado como estaba por

sus humores y los míos, seguía besando repetidamente mi concha. Supe que yo me había corrido y que las oleadas de mi pasión se habían aplacado. Sintiéndome pues más libre y más audaz le dije:

> 1.5.114 «¿Qué más quieres de mí? ¡Oh señor, te he obedecido y me abruma el recuerdo de mi sumisión! ¿No deseas nada más? Permite que me retire».

1.5.115 Con un brazo me tenía sujeta pero con la otra mano enredaba en mi vulva, ensuciada por sus porquerías y las mías, y seguía acercando a ella el amuleto responsable de tal situación, que ya no estaba arrecho. Pero logré escurrirme de su abrazo y, al rechazarle para huir, di con el pie a uno de los taburetes, que cayó al suelo e hizo bastante ruido.

Tulia. 1.5.116 Y entonces apareció tu madre, advertida por esta especie de toque de retreta del fin de las hostilidades y convocada para la declaración de tu triunfo.

Octavia. [1.5.117] Tal como lo dices.

[1.5.118] «No se quejará tu madre de que hayamos hecho trampas dejando en seco a Venus» decía Caviceo.

[1.5.119] «Ya sé» repuso ella «que eres un atleta noble, pero me temo que hayas desperdiciado el trabajo y los materiales, como te anuncié. ¿Pero eres también un hombre de palabra? ¿Me devuelves virgen la que te confié virgen?»

[1.5.120] Yo no me había dado cuenta de que hubiese entrado ni tampoco Caviceo, cuya pija desnuda seguía colgando ante mis ojos.

Tulia. [1.5.121] Y tu madre no huyó ante esta visión, pues

> *… se vienen derechas y ven la gran polla muy gustosamente también las matronas.*

Octavia. [1.5.124] Creo incluso que se olió nuestros manejos con curiosidad femenina, si es que no lo vio todo detalladamente con sus propios ojos.

TULIA. 1.5.125 Todas tenemos curiosidad por estas bobadas, incluso las más santas y castas. Nada más casarme yo, en el periodo áureo (así llamo al día que siguió a aquella noche feliz), mi madre no consideraba que hubiese nada tan agradable ni tan importante como que le contase todo lo que me había pasado en ella. Y mientras se lo contaba, con los brazos al cuello, me besaba en la boca de una forma que casi mejoraría la de Lampridio.

OCTAVIA. 1.5.126 Escucha el mismo desvarío de la mía. Caviceo se escapó a otra habitación (y retorno así a Caviceo) subiéndose con la mano los calzones que le habían caído a los pies. Mi madre cerró la puerta tras él.

> 1.5.127 «¿Y cómo lo has pasado tú, hija?» me preguntó. «¿Qué te ha parecido tu marido?»

1.5.128 Animaba con un estrechísimo abrazo a la que así se dirigía y me comía a besos.

> 1.5.129 «Deja de lado todo pudor, hija. Piensa que te cuentas a ti misma lo que a mí me

digas. En tu madre tienes a una compañera de estas ceremonias de Himeneo. Habla».

TULIA. 1.5.130 Y al decirlo le ardían los ojos, se le hinchaban las venas y se le entreabría la concha, por mi coño. Se deshacía de gusto. Y no me sorprende, pues apenas ha cumplido los veintinueve años de edad. Se casó con trece años y te trajo a las auras de la vida, Octavia mía, mediante un parto feliz cuando iba a cumplir los catorce. ¡Qué comezón debía de estarla consumiendo!

OCTAVIA. 1.5.131 Al principio no la contesté nada, pero luego, como no paraba de hacer preguntas indiscretas, le respondí:

1.5.132 «¿Qué tratas de saber, madre? Os he obedecido a ti y a Caviceo; a ti como debía, a él como tú me mandaste».

1.5.133 «Para que nadie sospeche de estas travesuras vuestras» dijo «voy a decirle a Caviceo que salga de la casa».

1.5.134 «Dile mejor que baje al piso de abajo,» le objeté «no que se vaya de casa. Esto

será mucho más correcto que arrojarle fuera de nuestro techo como a un extraño, cuando resulta que es uno de los tuyos, puesto que yo lo soy y él es mío».

1.5.135 Se fue hacia él al momento.

1.5.136 «Siéntate mientras vuelvo» dijo.

1.5.137 Retornó una vez que Caviceo se reunió con los del piso de abajo.

1.5.138 «Habla ahora con libertad, hija. Ya eres una muchacha, no una niña, y tienes que equipararte a las madres de familia por tu ingenio. Tú y yo somos mujeres ambas. Este oficio de esposa al que has sido llamada no cabe duda de que es también la fuente de nuestra buena cabeza. La provincia del oficio marital es como la región del buen juicio y de la mente, en la que resulta vergonzoso que nos falten juicio y mente, cualquiera que sea la edad que tengamos. Los maridos, al tiempo

que infunden en nuestros cuerpos placeres muy tangibles, introducen en nuestros espíritus y con la misma jeringa el buen juicio, como excelsos artesanos que son».

TULIA. [1.5.139] ¿Quién lo dudaría? Tú misma eres buena prueba de ello, pues hace pocos días todavía te expresabas toscamente, mientras que ahora lo haces y lo dices todo con ingenio y refinamiento.

OCTAVIA. [1.5.140] Es como si en nosotras la virginidad y el buen juicio, las dos cosas más preciosas de la vida, *morasen en la misma sede*. Quien nos abre el vientre, la daga varonil, revela así la escondida mente. Sepultada allí desde el nacimiento, son esos golpetazos y embestidas los que la desplazan desde esos lugares ínfimos hasta los superiores.

TULIA. [1.5.141] ¡Muy bien dicho, ja, ja, ja! Así es como esa cabecita que te destrozó la virginidad

te infundió el juicio.[1] Por eso se le atribuyó a este tendón el nombre de *mentula* (cabecita), porque la naturaleza le concedió la facultad de crear en nosotras buenas cabezas.

Octavia. 1.5.142 El sermón de mi madre me volvió más atrevida y le dije:

> 1.5.143 «No soy distinta, madre, de lo que era hace una hora, salvo por el hecho de que Caviceo me ha embadurnado miserablemente».
>
> 1.5.144 «¿Es que tu herida» (y apuntaba hacia la vulva) «no se tragó la ágil lanza de Caviceo?».
>
> 1.5.145 «No pudo entrar, madre,» le contesté «por su grosor ni tampoco yo pude soportar los violentos empujones. Por eso grité. Sentía que me abrían en canal cuando insistía con tanto empeño».

---

[1] La broma quizá pudiera formularse más ajustada y forzadamente en español diciendo que "al *coñocer* (Cela, C. J. *Diccionario secreto* I: 19) se llega a través del *coño*".

1.5.146 «Luego no invadió tu empalizada ni destrozó tu parapeto» añadió.

1.5.147 «No pudo» le dije «pues aquella furia desbocada se trocó muy pronto en efluvio».

1.5.148 «A ver, muéstrame tu camisa» dijo.

1.5.149 «Aquí la tienes, madre» le respondí.

1.5.150 Cuando la vio regada de abundante rocío exclamó:

1.5.151 «¡Hija mía, qué veo, qué generosa e inagotable fuente de placer tiene Caviceo! ¡Feliz y afortunada tú, si tal cantidad de simiente hubiese caído en el interior de tu vientre! El heredero que obtendríamos de ello sería más fuerte que Hércules. Ahora» agregó «desnúdate, pues hay que quitar tan sucia enagua de tan lindo cuerpo».

1.5.152 ¿Qué más? Pues que, tras ponerme otra enagua, me vestí y mi madre recompuso con tanto arte y diligencia mi peinado y mi atuendo que no

podía hacerse ningún reparo ni al aderezo ni al recato.

Tulia. 1.5.153 ¿Cogió la camisa que te habías quitado? ¿La devoró con los ojos?

Octavia. 1.5.154 La extendió con curiosidad supersticiosa. Yo me puse colorada.

> 1.5.155 «Has sufrido una inundación, hija,» decía «no un ligero chaparrón. Pero no se ve ninguna lágrima de una virginidad maltrecha. ¿Por qué gritabas? Cuando se asesina a la virginidad caen unas gotas de sangre que son como lágrimas de la difunta. Ya entiendo; aunque la golpearon, no resultó herida. La cosa tendrá más éxito esta noche. Pero te veo bien preparada para esa recompensa del aguante femenino, que ya empezaste a merecer».

1.5.156 Y tras esto guardó la camisa en el armario.

Tulia. 1.5.157 Nada puedes decirme que yo no sepa del banquete, al que asistí. Cuéntame en cambio

los jugueteos y las travesuras de la noche feliz que le siguió.

Octavia. [1.5.158]No tuve ocasión alguna de volver a encontrarme con Caviceo hasta la noche, maldita sea; de tal modo mis parientas y amigas doncellas me tuvieron sitiada, pegadas a mi lado. Sólo una vez pudo darme un beso furtivo. ¡Por dios, qué agradable fue! Cualquier otra posibilidad y modo de acceder al pleno goce nos estuvieron vedados.

Tulia. [1.5.159]Las liturgias nocturnas del amor prohiben a los amantes hacer de día lo que anhelan. Sus dones son para la noche y no conviene que los vea la luz del sol.

Octavia. [1.5.160]Al morir el día empezamos a vivir nosotros. Cuando pudimos librarnos de los importunos invitados de todo género, moríamos de ganas por quedarnos a solas entregados a nuestros deseos recíprocos. Os acercásteis Pomponia y tú. Por fin mi madre nos cogió a ambos de la mano y nos condujo al tálamo nupcial.

1.5.161 «Ya habéis soportado bastantes trabajos e inquietudes por hoy» dijo. «Recuperad vuestras fuerzas con el descanso y el sueño».

TULIA. 1.5.162

Al lecho, al lecho y en ardiente fuego
los miembros se os derritan.
No los arrullos del palomo ciego
con los vuestros compitan.
No los amantes brazos
la hiedra envidien en sus dulces lazos
ni las conchas del mar innumerables
excedan vuestros besos incesables.
[…]
Mañana olvidarán las luminarias
que asistieron a escenas incendiarias.[1]

---

[1] Galieno *Fragmenta epithalamii*, según Trebelio Polión *In vita Gallieni* 11.6; traducción de Juan Meléndez Valdés, *Los besos de amor*, epígrafe, para los primeros versos y de F. Gracia para los dos últimos.

Octavia. 1.5.168 Un poco antes mi madre me había introducido en el gabinete en el que había sido puesta a prueba y menoscabada mi virginidad, donde, al destapar una cajita de oro, se esparció por el aire y llegó a nuestros olfatos un agradabilísimo olor.

1.5.169 «Súbete, hija,» dijo «la falda y la enagua hasta el ombligo».

1.5.170 La obedecí. Sonrió al verme desnuda y comentó:

1.5.171 «Eres verdaderamente hermosa y digna de Caviceo. Pero gracias a este fragante ungüento harás que pueda introducirse por completo en ti con muy poco esfuerzo y sin apenas sufrimiento por tu lado. Unge tú misma tus partes; de ningún otro modo prodrías desempeñar mejor tu papel».

1.5.172 Metí un par de dedos en el bote y, bien cargados de crema, los apliqué al montículo de la vulva.

1.5.173 «No es así como se hace» me dijo. «Hay que meterlo por dentro, no aplicarlo por los alrededores del pubis, como lo estás haciendo».

1.5.174 Ella misma me ungió entonces la raja por fuera y por dentro, metiendo los dedos lo más a fondo que pudo.

1.5.175 «Mucho más joven de lo que eres tú era yo cuando me casé» añadió. «Si mi tía no me hubiese hecho con este medicamento más apta de lo que era por mi edad para la coyunda, no hubiese podido aguantar a tu padre sin grandes dificultades, mientras que así le recibí sin mayores dolores».

1.5.176 ¡Y cosa maravillosa, prima! Al momento me empezó a arder la vulva con un cosquilleo enloquecedor y el deseo venéreo me poseyó con tal violencia que apenas pude contenerme de lanzarme inmediatamente sobre mi marido y pedirle yo misma que me follase.

Tulia. [1.5.177] Eso es lo que suele hacerse por estos pagos cuando son muy jóvenes las vírgenes que se les entregan a los maridos.

Octavia. [1.5.178] ¿Qué más puedo contar? Tú misma me colocaste en el lecho y, según dijiste, le diste el último adiós a la agonizante virginidad. Cuando Caviceo se vio al fin solo, se apresuró a cerrar las puertas de la habitación para poder abrir las mías y miró por todos los rincones para asegurarse de que no se había escondido nadie.

Tulia. [1.5.179] Esta comedia rehuye al público, aunque no pueda representarse sin testigos:

Este asunto se dirimirá ante grandes
testigos.

Octavia. [1.5.181] Y en verdad que se representó. Caviceo había escuchado nuestra conversación cuando mi madre me preguntó si tenía mucho miedo y yo le había respondido que tal temor sería ofensivo para mi marido; como siguiese insistiendo en si quería que le rogase a Caviceo que me tratase con humanidad, yo había vuelto

a responderla que aguantaría con gusto cualquier dolor que fuese placentero para él. Se abalanzó sobre mí y echándome los brazos al cuello dijo:

1.5.182 «¿Cómo podría darte las gracias, dueña mía, por tantos regalos? Te colocas en mi poder sin condiciones y tal confianza no te defraudará. No haré nada en lo que tú no estés de acuerdo. Pero, como he sabido por ti misma, tú compartes mi felicidad».

1.5.183 «No te quepa duda» le respondí «pues ¿cómo podría oponerme a tus fuerzas y a mi amor?»

1.5.184 Los criados ya le habían ayudado antes a desnudarse y no le quedaba más que la ropa interior. Rápidamente se la quitó, incluida la camisa, y se metió desnudo en la cama. 1.5.185 Apresó en un estrechísimo abrazo mi cuerpo desnudo y preludió con abundantes besos la inminente contienda. Mancilló con sus manos libidinosas mis

tetas, mi pubis, los muslos y las nalgas. Recorrió y admiró enardecido todas las partes de mi cuerpo.

Tulia. [1.5.186] ¿Omitió quizá la parte más útil para los esponsales?

Octavia. [1.5.187] Se dedicó a ella en último término y, en vista del agradable olor que emitía, dijo:

> [1.5.188] «Esta gratísima cueva tuya no exhala vapores malolientes y no es de extrañar que lo que guarda en sí tantas cosas buenas huela bien. Toda tú eres una guirnalda de rosas y arrayanes. Pero ya sé» añadió «que tu madre ha querido facilitarme el acceso a este campo de nuestros placeres; también yo ayudaré al arte con el arte. Pronto voy a hendir tus partes con esta pica» [1.5.189] (y mostraba una picha tiesa, gorda y larga). «Para que penetre más fácilmente en esa vena tuya cuando la empuje, la untaré con esta pomada que tengo preparada».

1.5.190 Así lo hizo y dirigiéndola hacia mí, ya bien engrasada, me dijo:

1.5.191 «Ahora, señora, prepárate a las agresiones de Cupido».

Tulia. 1.5.192 ¡Que la diosa Virginense, el dios Súbigo y las diosas Prema y Pertunda, espíritus protectores de los recién casados, acudan en tu auxilio!

Octavia. 1.5.193 Caviceo desempeñó por sí solo el papel de todos ellos.

Tulia. 1.5.194 Estas divinidades menores acudían al lecho nupcial convocadas por Himeneo. Una vez retiradas las Paraninfas, asistían a la recién casada para ayudarla a conseguir un temple valeroso e invencible. Virginense se acercaba cuando el marido estaba desatando el bien trabado nudo del cinturón de la desposada. Acudía Súbigo cuando, una vez suelto, el marido se dejaba caer sobre el campo abierto del cuerpo de la desposada para iniciar la lucha. Prema lo hacía cuando oprimía a la esposa, ayudando a que

ésta no se escabullese. Y Pertunda finalmente para que, cuando se sintiese perforada y traspasada por la pértiga y creyese que su delicado cuerpo iba a partirse en dos, no retirase la pica.

Octavia. 1.5.195 El robusto y vigoroso individuo de veinticuatro años resultaba un nuevo Hércules para esta lid y hubiese desbaratado sin esfuerzo cualquier intento en contra que yo hubiese realizado. Me dispuso como le pareció bien para sus fines. Sin que yo me opusiese en lo más mínimo, me tumbó boca arriba con una mano mientras que con la otra me separaba las piernas. Después se situó encima de mí y se metió boca abajo entre mis muslos abiertos. Este peso desacostumbrado me asustó.

1.5.196 «¡Animo!» dijo. «Conserva tu cuerpo fijo e inmóvil, dueña mía».

1.5.197 «No me moveré, pero, por favor …» empecé a decir.

1.5.198 Me cortó la palabra con gran ferocidad, pues en ese mismo instante embistió violentamen-

te con la polla contra mi vulva. Esta se entreabrió por su propia cuenta y se tragó la cabeza. Luego él siguió empujando con todo su peso y tratando de desmoronar la sólida construcción del lugar.

TULIA. 1.5.199 En efecto:

Incita al ánimo valeroso el poder ser
el primero
en derribar las compactas defensas
de las puertas de la naturaleza.

OCTAVIA. 1.5.202 La infeliz vulva estaba siendo miserablemente destrozada y rogaba por medio del dolor que se le enviase mi mano en su auxilio, cosa que se hizo por mi inconstancia. No pude evitar por más tiempo el pegar un grito e intenté extraer de la herida la pica clavada en mis vísceras. Caviceo me dio un beso y me dijo:

1.5.203 «No dejaré que me desvíes, alma mía. Quita esa perturbadora mano tuya; el esfuerzo que todavía nos queda para completar la tarea es mínimo».

1.5.204 Yo mientras seguía haciendo fuerza y, gracias a la colocación de la mano, impedía que la picha continuase su avance. Pero hete aquí que enseguida empezó a decir:

> 1.5.205 «¡Ay, ay, corazoncito! Aprieta bien ese tendón que me tienes cogido, amárralo con los dedos».

1.5.206 Lo comprimí más fuerte y en ese mismo instante soltó un cálido rocío en mi jardín, pues ya me había embutido como media picha. Y había dejado de embestirme como antes. Se quedó absolutamente inmóvil y la leche fluyó de tal modo hacia mi terreno que ni la más mínima gota se desvió de la debida vía regia. 1.5.207 Tras de lo cual tanto mi mano como mis entrañas percibieron que el desvergonzado rabo comenzaba a languidecer. Manchado, espumeante y aletargado se dió a la fuga.

Tulia. 1.5.208 ¿Seguían encedidos los cirios de vuestra alcoba?

Octavia. 1.5.209 Como si nos estuviese iluminando el mismo sol, se veía con toda claridad. Caviceo dijo entonces:

> 1.5.210 «He acabado, mi diosa. ¡Qué feliz me has hecho con este gran placer! Descansemos ambos un poco abrazados el uno al otro».

Tulia. 1.5.211 Y tú, prima, ¿no tuviste ninguna sensación placentera?

Octavia. 1.5.212 Escucha algo increíble. En cuanto se retiró Caviceo tuve un acceso terrible de deseo. Empecé a abrazarle, a darle besos y a excitarle con suspiros; él me correspondía con sus besos, toqueteaba mis labios inferiores y dejaba que sus dedos jugueteasen con el vello de mi pubis y mis belfos. De pronto sentí que mis venas dejaban escapar un efluvio delicioso, que salió con fuerza de lo profundo de mi vientre junto con el humor con el que él me había inundado.

Tulia. 1.5.213 Se dice que así es como surgen algunos ríos de sus fuentes y cabeceras con enorme rapidez.

Octavia. 1.5.214 Pues Caviceo recibió estos caudales en la palma de su mano izquierda y, ante cosa tan inesperada, dijo:

1.5.215 «He llegado antes que tú, alma mía, a las metas venéreas».

1.5.216 Yo estaba muda de vergüenza y como alelada, pero él retiró la mano del lugar que esta espuma venérea envilecía.

1.5.217 «No imaginaba que con la edad que tienes» continuó diciendo «fueses tan apta para Venus. Otras chicas no obtienen ni un ápice de placer en los primeros encuentros, pero tú surcas a toda vela el mar de la voluptuosidad. Estupendo, placer mío, estupendo».

1.5.218 Diciendo esto volvió a colocar allí su mano izquierda.

1.5.219 «¡Caramba!» dijo. «Esto no es una riada sino un diluvio venéreo. ¿Qué tipo de vasijas ocultan tus entrañas para que contengan tan abundante rocío?»

1.5.220 Yo le respondí:

1.5.221 «Esos humores son tuyos, no míos. Se escapa lo que tú has echado dentro. ¿Quién podría evitar que escapase nada de mi frasquito, tan espantosamente desbocado ahora?»

1.5.222 «Como quiera que sea, alma mía,» dijo él «me alegro mucho de que estos goces te hayan colmado de satisfacción. Habla con toda libertad».

1.5.223 «Sucede que todo el daño que inferiste mientras embestías lo compensaste magníficamente con los goces posteriores. Ya esta mañana sentí un cierto atisbo de un placer increíble, pero nada tiene que ver aquella Venus matutina con esta nocturna».

1.5.224 Mientras tanto me quité del cuerpo como pude esta pringue con las sábanas de arriba, pues mi madre se había olvidado de colocar un paño bajo la almohada.

1.5.225 «Ahora alégrate» dijo Caviceo. «Quiero que asimiles todo aquello con lo

que yo disfruto, de modo que lo que a mí me plazca también te plazca a ti. Considero que las mujeres que se rebullen y se agitan bajo el varón que las zarandea son unas desvergonzadas. No quiero pues» dijo «que remuevas el culo ni que respondas a mis movimientos con los tuyos. Tampoco quiero que levantes las piernas, ni ambas a la vez ni una tras otra, cuando esté sobre ti. Y he aquí las cosas que quiero. En primer lugar que separes bien las piernas y las abras todo lo que puedas. Que exhibas la vulva para que la ensarte la pija y que, sin cambiar de posición, aguantes hasta el fin a que se haya saciado mi deseo. Quedan algunas otras cosas, pero ya hablaremos de ellas otra noche».

Tulia. [1.5.226] Cada marido es el legislador de su mujer. Cuanto más diligente y cuidadosamente convierta en suyos una mujer los hábitos y los deseos de su marido, en tanta mayor estima será tenida. No cabe duda de que es buena esposa la

que encuentre su satisfacción en la satisfaccción de su marido. Continúa.

OCTAVIA. 1.5.227

1.5.228 «Se me infla el tendón»

1.5.229 dijo, dándome un beso a mí, que estaba tumbada a su lado. Estrujó mis pezones delicadamente, manoseó la concha todavía húmeda y de pronto llevó mi mano izquierda hacia su polla. Me pidió que se la cogiera; lo hice. Luego me dijo que me situase bien para la unión y le complací. Se montó sobre mí de improviso y dio con la aldaba en la puerta. Sin más preámbulos mi cuevecita admitió a huésped tan envarado, pero quedaba fuera como la mitad, habiendo penetrado unos cinco dedos[1].

1.5.230 «Ahora quiero, dueña mía» dijo «que cuentes todos mis aldabonazos; procura no equivocarte».

[1] Unos 9 cm.

1.5.231 «Lo procuraré» le respondí «y haré lo que dices».

1.5.232 Entonces metió su picha más adentro. Mientras yo llevaba la cuenta del número de empellones y ponía toda mi atención en tal asunto, la fulminante pija derribó con violencia las puertas y penetró en lo más recóndito del templo venéreo hasta los cojones. Un insoportable dolor me hizo proferir un alarido, aparte de que este incidente me hizo olvidarme de llevar la cuenta.

1.5.233 «¡Me matas, Caviceo, me matas!» exclamé. «¡Perdona a la desgraciada!»

1.5.234 «Lo tuyo ya ha pasado» respondió. «Ya me tragaste entero, encanto mío, con lo largo y lo grueso que soy».

1.5.235 «Retírate un poco,» añadí «retrocede, saca una parte de la cruenta espada».

1.5.236 «Más a fondo la metería, si pudiera,»

1.5.237 replicó y al instante se puso a empujar más furiosamente, de tal forma que nuestros dos pubis

se juntaron y parecía que quisiera meterse entero dentro de mí. Con voz más fuerte le grité entonces:

1.5.238 «¿Es que no lo notas? Estás golpeando las profundidades de mis entrañas. Me asesinas. Retira toda esa espada tuya, no la entierres en mi cuerpo».

1.5.239 Retrocedió, como le pedía, y, tras haber retirado de la herida la mitad de la hoja, dijo:

1.5.240 «¿Acaso, dulce esposa, el ancla tocó el fondo del abismo?»

1.5.241 Y a continuación sentí que volvía a meterla de nuevo poco a poco.

1.5.242 «Atiende» me dijo. «En cuanto te sientas golpeada por dentro, grita como te parezca; me retiraré al punto. Pues me apetece gozar de tus encantos, pero no hasta el punto de enloquecer ni de convertir mi lascivia en crueldad».

1.5.243 Al decirlo introducía la picha más a fondo y llegó un momento en que tuve que decirle:

1.5.244 «¡Para! Me haces una herida que aprecio, pero que resulta dolorosa, con esta almarada que me metes».

1.5.245 Se retiró de nuevo.

1.5.246 «Junto con tu lanza desaparece el dolor de esta herida; te ruego que no intentes meterla más a fondo» le supliqué.

1.5.247 Unos cuatro dedos[1] sobresalía de mi pubis y de mi vulva la viril jabalina.

1.5.248 «Ahora ya sé qué parte de mi polla puedes recibir impunemente. Si quedan fuera tres dedos[2], mis sacudidas no te harán ningún daño. Cógemela pues con la mano para que ambos tengamos en ella una especie de pórtico de tu coño. Pues, como bien sabes, el cuerpo entero de una muchacha hermosa, como lo eres tú, es todo coño».

1.5.249 Hice lo que quería. Insinué la mano en tal parte y, apretando bien los dedos, sujeté la

---

[1] Unos 7 cm.

[2] Unos 5 cm.

cautiva polla. Se puso a dar nuevos empellones y al décimo de ellos se corrió, provocando en mí un leve cosquilleo mientras arrojaba torrentes de lefa en mi alberca. No hay más que contar, puesto que nada salió de mí.

Tulia. 1.5.250 ¡Cómo regalas mis oidos con tu espontánea y festiva narración! ¿Cuántos aldabonazos contaste en este segundo polvo que soportaste?

Octavia. 1.5.251 Unos veinte antes de que perdiese la cuenta; luego, como te he dicho, unos diez. Pero mientras gritaba, mientras sufría y me quejaba de que se me asesinaba, se me dieron muchos otros mucho más fuertes. Juzga tú misma de su número.

Tulia. 1.5.252 Continúa. ¿Cómo pasaste el resto de la noche?

Octavia. 1.5.253 Tumbado por entero sobre mí, apretaba su pecho contra el mío y se me pegaba. Se alegraba de que su polla continuase siendo exprimida y, rodeado por las níveas ligaduras de mis

brazos, como suele decirse, me cubría de besos. Entonces oímos abrirse la puertecita del cuarto cercano al nuestro y poco después apareció mi madre al lado de la cama, pues tú ya te habías marchado, prima.

1.5.254 «¡Vaya!» dijo. «Os creía difuntos en medio de la coyunda».

1.5.255 Caviceo se colocó a mi lado y yo la respondí llena de vergüenza:

1.5.256 «Discúlpanos, madre. ¡Ay de mí, a quien has entregado a un hombre tan cruel y tan inquieto!»

1.5.257 «¡Levanta el ánimo, hija!» replicó. «Todo lo que hayas sufrido forma parte de tus deberes y de tu condición. Las delicias matrimoniales se ponen a tu disposición mediante estas molestias».

1.5.258 Y volviéndose entonces a Caviceo le preguntó:

1.5.259 «La que está contigo, hijo, ¿es una virgen o una mujer plena?»

1.5.260 «Tienes en mí a un yerno» le repuso él «y yo tengo mujer».

1.5.261 Y en este momento me dio un beso.

1.5.262 «¡Así está bien!» dijo mi madre, dándole también un beso a él. «Ahora reconozco como mío a quien tan virilmente ha actuado sobre mi virgen».

1.5.263 Entonces nos ofreció un refrigerio encaminado a reponer nuestras fuerzas y poco después se marchó, apagando las velas que ardían en el interior del baldaquín. Cuando hubo salido, Caviceo me enlazó en nuevos abrazos y, tras un rato de charla en el que quiso dejar bien sentado lo que deseaba que yo evitase o hiciese, ambos nos sumimos en un prolongado sueño. 1.5.264 Entre lo primero manifestó que odiaba sobre todo los brincos del cuerpo femenino durante los lances amorosos. Y añadió muchas otras cosas que no me parece que encajen en este relato.

1.5.265 Ya era de día cuando me desperté y comencé a recrear mi mirada curiosa por el cuerpo

del durmiente Caviceo. Te aseguro, prima, que la naturaleza, madre de todas las cosas, no hizo hombre más perfecto ni más bello. Estaba tumbado boca arriba. Su pecho era claro, pleno; sus brazos, largos, redondos; su vientre se elevaba moderadamente; los muslos eran gruesos, robustos; las pantorrillas ni pequeñas ni grandes; su cutis era blanco, nítido, terso, carente de cicatrices. Le hubieses tomado por una estatua de mármol.

TULIA. [1.5.266] ¿Y escapó de tan diligente curiosidad tuya el tendón de en medio de Caviceo?

OCTAVIA. [1.5.267] Resultaba temible incluso en reposo y amenazante en medio de la tranquilidad, como si estuviese alelado. Mientras le estaba contemplando pareció como si de mis ojos saliesen hacia él nuevos ánimos que le penetrasen. Como si se sintiese observado por su dueña, empezó a removerse y a levantar la cabeza. El sueño abandonó a Caviceo. Yo hice como que continuaba dormida, de modo que, volviéndose hacia mí, Caviceo preguntó:

1.5.268 «¿Duermes, señora?»

1.5.269 «¿Por qué me despiertas de tan plácido sueño?» le respondí.

1.5.270 «Al ver la luz del día» contestó «pensé que ya estaba despierto lo que es mi sol».

1.5.271 Me dió un beso, me manoseó las tetas y se puso a apretujar el pubis y su mejor parte, la amada concha. Se colocó sobre mí y aplicó la rígida pica a mi fisura.

1.5.272 «No temas,» dijo «que recuerdo lo que prometí. Avísame si penetrase más allá de lo que puedes aguantar».

1.5.273 Entonces apretó la picha contra el surco hasta la altura en que sabía se encontraba mi frontera entre el dolor y el placer. 1.5.274 Durante este último trabajo de la noche me majó a fondo, de modo que, enardecida mi voluptuosidad por los innumerables trancazos e inflamada por un picor ardiente, no puede evitar que mi trasero se moviese un tanto. Entonces introdujo el sable hasta

la empuñadura con toda la fuerza que pudo, pero ya no me dolió como antes. Pero lancé un gemido y, llegándole la culminación del goce, bañó con abundante bálsamo la herida que había inferido. Reconoció que fue el mayor placer que obtuvo de mí hasta entonces.

1.5.275 Así fue como pasamos la noche. Tras una breve charla nos invadió un gratísimo sueño, que nos duró hasta bien avanzado el día.

1.5.276 ¿Qué más puedo contarte que no sepas ya, que no percibieras por ti misma e incluso en lo que no participases?

Tulia. 1.5.277 ¡Qué corredor tan perezoso tienes, que en toda una noche no hace más que tres millas! Cierto es que resultan especialmente blandos y debiluchos aquellos a quienes la naturaleza ha colgado de las ingles una carga superior a la del común de los mortales.

1.5.278 Incluso así son las nupcias un bien maravilloso para nuestro sexo, pues resulta peligrosa e ignominiosa toda condescendencia venérea no

santificada por las leyes de Himeneo, [1.5.279] aunque faltando tal goce no pueda haber vida feliz. Pero nosotras mismas, todas las casadas, somos las forjadoras de nuestra felicidad.

Octavia. [1.5.280] Me sorprende que, siendo la actividad venérea tan agradable, ese fuego no se mantenga siempre vivo en los varones. Nosotras estamos mucho más dispuestas a recoger estos frutos de la vida.

Tulia. [1.5.281] Tu propio apasionamiento y la frialdad de Caviceo te hacen sacar conclusiones precipitadas. A ti te gusta que el pájaro de Catulo se rebulla en tu nido. Procreada con la sangre materna, no es de extrañar que te consuman los maternos ardores.

Octavia. [1.5.282] Hasta ahora no había oído decir nada que empañase la honra de mi madre.

Tulia. [1.5.283] Era un poco mayor que nosotras y de tal manera nos malició a Lucrecia, a Victoria y a mí con sus travesuras que nos volvimos de lo

más desvergonzado. Todas teníamos entre nueve y diez años, salvo tu madre, Sempronia, que ya había cumplido los doce. [1.5.284] Estaba loca por Victoria y simulaba ser un chico frente a la niña, cosa que también pretendía de mí. En esas circunstancias se dirigía a Lucrecia y a Victoria como un enamorado que abordase a su dueña con expresiones amorosas, cortejándola. Se quejaba de que se consumía y rogaba que apaciguásemos su ardor con besos y abrazos. [1.5.285] Nosotras, que no sentíamos ningún impulso amoroso, nos reíamos, pero la besábamos y la abrazábamos. Muchas veces nos metía la mano bajo las faldas y mancillaba nuestro pudor con libérrimos toqueteos. Otras veces nos hacía tumbarnos boca arriba en el suelo, nos levantaba las faldas y las enaguas y exponía nuestros cuerpos a sus miradas, mandándonos que abriésemos las piernas. También ella se desnudaba del mismo modo. Luego se montaba sobre nosotras y se movía como si fuese

un hombre. [1.5.286]Nacida de tal madre, justo es que seas tan parecidísima a Venus. ¡Ja, ja, ja! Cómo lo recuerdo; escucha.

Octavia. [1.5.287]Creeré lo que me cuentas cuando me expliques cómo es posible que alguien tan dado a la voluptuosidad se haya conservado tan libre de oprobio.

Tulia. [1.5.288]Claro que lo haré. Pero escucha primero los atrevimientos de la insensatez infantil.

[1.5.289]Tres o cuatro meses antes de que se casase con tu padre nos encontrábamos una tarde en su casa. Su padre y su madre estaban fuera y del resto de los sirvientes no quedaba más que la nodriza, a quien correspondía nuestra custodia, pero que se ocupaba de tareas domésticas en otra parte de la casa. [1.5.290]A Sempronia se le había asignado como paje un joven delicado, alegre y sensual de unos catorce años. Le hizo participar en nuestros juegos y, tras muchas carreras, discusiones, empujones y

todo género de travesuras, comenzó a provocar a Giocondo, que tal era el nombre del muchacho, con alusiones y pullas.

1.5.291 «¡Oh doncella!» decía «pues nosotros somos chicos y tú chica. Ved, compañeros, con qué modestia se comporta. Que me muera si es un chico y no una niña. 1.5.292 Oculta a una virgen bajo vestimentas viriles, ofendiendo tanto a su sexo como a la indumentaria».

1.5.293 El muchacho se puso primero colorado, como suelen hacer los niños, pero luego se dio a la fuga. Salimos todas tras el fugitivo. Mientras le reconducíamos al pasillo situado entre el lecho y la pared,

1.5.294 «Veamos pues si es él o ella» dijo Sempronia, 1.5.295 metiendo enseguida la mano dentro de sus calzas.

Octavia. 1.5.296 ¡Sin que Giocondo se revolviese, ja, ja, ja!

Tulia. 1.5.297

1.5.298 «Basta ya» decía. «No tengo nada de virgen y pronto sabré si lo sois vosotras».

1.5.299 Ella accedió a su tendón con libidinosa mano y lo sacó de su cárcel. Cuando sintió cómo crecía entre sus dedos dijo volviéndose hacia mí:

1.5.300 «¡Oh! ¿Pero qué es esto? Tócalo tú también, Tulia».

1.5.301 Victoria y yo llevamos nuestras torpes manos a tales indecencias y notamos que al tocarlo se hinchaba más y más. Volvió a asirlo entonces Sempronia y dijo:

1.5.302 «La primera vez que cogí esto me pareció de carne, pero ahora se ha vuelto de marfil. Díme, Giocondo, ¿sabes para qué sirve este utensilio tuyo?»

1.5.303 «Claro que lo sé» repuso él «aunque nunca lo haya usado por mis pocos años».

1.5.304 «Muéstranoslo pues» dijo Victoria.

1.5.305 «Os lo mostraré sin tardanza a todas vosotras» repuso «pero a una tras otra y allí»

(y apuntaba a lo más recóndito del dosel). «Se lo enseñaré primero a Sempronia».

1.5.306 Entonces tomó de la mano a Sempronia y la llevó hacia aquella región de placer. El pavimento estaba cubierto de alfombras orientales. Puso dos cojines en el suelo.

1.5.307 «Siéntate ahora, señora» decía. «Te mostraré al punto qué uso puedes hacer de este miembro» (y exhibía la polla) «y reconocerás no haber experimentado nunca nada más delicioso».

1.5.308 Ella se colocó entonces sobre uno de los cojines, tras de lo cual Giocondo se bajó los calzones y en pelotas se arrodilló entre los muslos de Sempronia.

Octavia. 1.5.309 ¿Y tú lo veías?

Tulia. 1.5.310 Lo veía como tú me ves a mí.

1.5.311 «Voy a meterte, señora,» decía «esta pica en las entrañas».

1.5.312 Dicho lo cual con una mano la recostó sobre el otro cojín, que dispuso para que reposase

en él la cabeza, y con la otra subió hacia la cintura todo lo que pudo las faldas y enaguas de Sempronia. Al punto se echó sobre ella y tras una o dos embestidas metió la pica en su hendidura. Me pareció que Sempronia temblaba.

1.5.313 «¡Eh, eh,» decía «Giocondo, duele, pero duele agradablemente!»

1.5.314 «¿Quieres que me baje?» respondió él.

1.5.315 «Por supuesto que no» repuso ella.

1.5.316 Giocondo empezó a moverse y ella murmuraba a cada uno de sus golpes «¡eh, eh!», hasta que ambos casi perdieron el sentido a causa de un novedoso cosquilleo.

1.5.317 «¡Ah, ah» exclamó Giocondo. «Abrázame, señora, me corro».

1.5.318 «Y yo también» replicó ella. «Eh, eh, empuja, empuja más fuerte; desfallezco».

1.5.319 Se propinaron empellones más frecuentes con movimientos recíprocos hacia arriba y hacia abajo.

1.5.320 «¡Que bien levantas el culo!» decía Giocondo. «¡Con qué habilidad te meneas!»

1.5.321 «Te siento» decía ella «mear dentro de mí. ¡Qué cosa …, qué cosa …» 1.5.322 Se quedó inerte tras estas palabras para añadir poco después: 1.5.323 «… tan deliciosa!»

1.5.324 Así completaron ambos el asunto.

1.5.325 Cuando se levantó, Sempronia vino a mis brazos.

1.5.326 «¡Qué entretenimiento tan admirable!» profirió. «Cesen en lo sucesivo esas puerilidades nuestras. Giocondo es el maestro único para jugar a este juego dulce y grandioso».

1.5.327 Giocondo dio un beso a quien así hablaba y también nos dio otro a mí y a Victoria, que esperábamos delicias semejantes de tal juego.

1.5.328 «Pero me noto como si hubieses arrojado mucho líquido dentro de mí,» dijo Sempronia «mojada bajo la enagua».

1.5.329 Al decir esto, Giocondo metió una mano bajo su falda.

1.5.330 «Ten cuidado, señora, de que no se te manche la enagua con este humor» manifestó 1.5.331 al tiempo que lo limpiaba con diligencia. 1.5.332 «Pues, si tu nodriza o tu madre se diesen cuenta de la presencia de este efluvio venéreo en tus ropas, pensarían que habías sido ultrajada».

1.5.333 «Y no sería una suposición muy equivocada» dijo Sempronia.

1.5.334 «¡Eh! ¿Qué es lo que oigo? ¿Qué habéis hecho vosotros?» preguntaba Victoria. «No he visto nada y no he sido tan curiosa como tú, Tulia».

1.5.335 «Lo que suelen hacer vuestros padres, lo que harán los maridos en cuyos brazos terminéis cayendo,» repuso Giocondo «lo que pronto, muy pronto, haré yo contigo, eso es lo que hemos hecho. Pero ahora quiero a

aquella de vosotras que sea la más joven, mientras yo conserve las fuerzas necesarias para el asalto a la fortaleza de Venus. La dificultad es menor con chicas de más edad y el esfuerzo no tan grande».

Octavia. 1.5.336 Ya estoy fuera de mí. Me dejas tan estupefacta que no sé qué decir. 1.5.337 ¡Oh, madre! ¿Qué recuerdo guardaré de ti, madre?

Tulia. 1.5.338

1.5.339 «Victoria tiene menos edad y desarrollo corporal que yo, Giocondo,» le contesté «aunque me supere por mucho en ingenio y en belleza».

1.5.340 «Ambas sois encantadoras y de gran belleza» respondió Giocondo. «Las dos disfrutaréis de mis favores. Pero a ninguna de vosotras se le marcan todavía las tetas, mientras que a Sempronia le embellecen el níveo pecho sin obliterarlo por completo».

1.5.341 Había metido primero la mano en el pecho de Victoria y luego en el mío y lo que encontró fueron ligeras excrecencias anticipadoras de las tetas, no globos mamarios.

1.5.342 «Aunque en esa región elevada del cuerpo no encuentres tales orbes,» le dijo Sempronia, muchacha bromista y simpática, «en la del medio encontrarás una vía láctea que te conducirá al cielo».

1.5.343 Volviéndose hacia ella Giocondo le dijo:

1.5.344 «Déjame que bese, ama, esas tetas tuyas tan hermosas, que me hicieron inmortal».

1.5.345 Y mientras las besaba con innúmeros besos nos las mostraba a Victoria y a mí, enhiestas, duras y blancas. Enseguida la tumbó en el lecho boca arriba y le acarició el pubis y el templete de Venus. Quiso que también nosotras la repasásemos con nuestros ojos y con nuestros dedos. Luego me colocó a mí sobre el cojín y se hartó de contemplar mis desnudeces.

1.5.346 «Ven también tú, Victoria» dijo; «permíteme gozar de tus encantos».

1.5.347 Pero como ella se negase, se la tuvo que traer Sempronia. Metió la mano bajo las faldas, agarró el chocho, separó los labios y metió el dedo. Esa zona de mi cuerpo todavía carecía de vello.

1.5.348 «Ahí tienes:» dijo Sempronia «contempla con toda libertad los encantos de mi Tulia». 1.5.349 Y al tiempo me levantó faldas y enaguas hacia arriba del todo. 1.5.350 «Pero, puesto que estás de rodillas y en actitud suplicante, besa todas esas maravillas» dijo.

1.5.351 Así pues mi bajo vientre y (por qué negarlo) la mismísima almeja del placer fueron venerados con besos. Entre tanto la abundancia de incentivos amorosos hizo que empezase a empinársele, por lo que se colocó sobre la desnuda Victoria y le aplicó con fuerza la rígida pica contra la abultada herida. Victoria pegó un grito.

1.5.352 «¡Basta, basta;» decía «no podré aguantarlo!»

1.5.353 Pero a la quinta o sexta acometida absorbió la daga entera y con ello se convirtió en iniciada de Venus merced a un coito pleno.

Octavia. 1.5.354 ¿Y ni mi madre ni tú os marchásteis mientras se desvirgaba a Victoria?

Tulia. 1.5.355 Cuando vimos que Giocondo penetraba hasta el fondo con tan escaso esfuerzo, nos pusimos a aplaudir al corredor que llegaba a la meta a galope tendido y obtenía la victoria sobre Victoria. Descargó el rocío marital en la hoya de la chica, quien no obtuvo ni el más mínimo atisbo de la perfecta voluptuosidad. Terminada la cosa, limpió con un pañuelo el campo de Victoria, la cual, tras ponerse de pie, dijo:

1.5.356 «Sale de mi fisura no se qué humor
que sentí que fluía de tu cuerpo hacia el mío».

1.5.357 Giocondo levantó las enaguas de la que así hablaba y volvió a limpiarlo con suaves pasadas del pañuelo. Vimos un líquido blanco mezclado con sangre. Entonces la echó los brazos al cuello, atrajo hacia su pecho el pecho de Victoria

y la consoló, pues se quejaba del maltrato. Luego exhibió el pañuelo manchado de sangre y de sudor venéreo.

1.5.358 «Incluso el judío Apela reconocería que eras virgen» dijo.

1.5.359 «¿Y no lo era también yo?» repuso Sempronia «siervo inicuo por encima de la iniquidad de toda servidumbre».

1.5.360 «También tú lo fuiste, ama,» contestó Giocondo «pero, como por tu edad estabas un poco más abierta que Victoria, no decoraste mi trofeo con las marcas del asesinato de virginidad tan amplia. Pues quienes obtienen tales cosas las consideran despojos máximos y tanto más satisfactorios cuanto más difíciles de conseguir y por más tiempo anhelados. El esfuerzo agudiza el gusto del placer».

Octavia. 1.5.361 Me compadezco de ti, que mientras tanto continuabas en ayunas de estas delicias con las que mi madre y Victoria ya se habían saciado.

TULIA. 1.5.362 El tierno y delicado muchacho, al que consumían tanto el cansancio como el deseo, se desmoronaba. Yo le increpé:

1.5.363 «¿Ya estás agotado y flojo, Giocondo? ¿No te quedan fuerzas para estrecharme a mí? ¿Saldré yo viuda de estas bodas?»

1.5.364 Sempronia se rió y dijo:

1.5.365 «Seguro que no. Yo respondo por Giocondo. Pero conviene que comas algo para reponerte, tú que tan generosamente nos entregas a nosotras tus tesoros. Ve y dile a la nodriza que nos dé de merendar a mí y a mis amigas».

1.5.366 El muchacho obedeció y volvió al poco rato con una enorme tarta bien adornada de dulce y con una frasca de excelente vino. Yo le ofrecí inmediatamente un gran trozo de tarta, que devoró más que comió y también le serví un vaso de vino.

1.5.367 «Para ti come y para ti bebe Giocondo» comentó Sempronia. «Cuida ese cuerpo

suyo para que muy pronto infunda en el tuyo delicias insospechadas».

1.5.368 Tanto Sempronia como la misma Victoria contribuyeron también a su recuperación. Pronto manifestó que la comida y la bebida ya habían repuesto por completo las fuerzas que había perdido en sus entrañas. Y al instante voló a mis brazos y a mis besos. Me tumbó sobre los cojines sin apenas resistencia, mientras Sempronia reía. ¿Qué más quieres que te cuente? Entre mis piernas se sació del placer sumo.

Octavia. 1.5.369 Luego su acceso a ti fue fácil.

Tulia. 1.5.370 ¿Acaso ignoras que casi todas nosotras, las italianas, somos muy anchas ya en la primera juventud?

Octavia. 1.5.371 Si nos exceptúas a ti y a mí de esa regla.

Tulia. 1.5.372 ¡Pamplinas! Las dos nos casamos con pijas prodigiosas. Se hubiese obligado a Príapo a retornar con los dioses, si entre la gente de Lámpsaco hubiese habido un par de varones

del tipo de Calias y de Caviceo, con lo que las lascivas tías no hubiesen echado de menos al desaparecido Príapo, a quien pertenece esta magnífica declaración:

Esa gran ventaja tiene mi pene:
no hay mujer que pueda resultarme ancha.

1.5.375 A nosotras nos han considerado estrechas unos tipos a los que ninguna otra mujer parecería ancha. Pues cuando Sempronia y Victoria fueron entregadas a sus maridos, aunque estuviesen muy bien dotados y fuesen mucho mayores de lo que lo era Giocondo, admitieron la pica hasta el fondo de sus entrañas desde el primer intento y cosecharon todos los goces del coito pleno. Forzoso es reconocerlo, prima: las puertas venéreas delanteras de las mujeres italianas y españolas se abren, bostezan de modo desaforado. Se diría que no estuviésemos hechas para hombres sino para mulos. Cierto es que en nuestro caso Giocondo les dejó desbrozado a nuestros maridos el sendero hacia tales goces.

Octavia. [1.5.376] En eso estaba pensando y en el hecho de que preparó la entrada, facilitándosela a los nuevos visitantes.

Tulia. [1.5.377] Pues te equivocas. La minga que tenía el chico por aquel entonces no superaba la longitud de mi dedo medio ni el grosor del pulgar. En cambio todas nos hemos casado con maridos excelsamente carajudos, incluidos los de Victoria y de Sempronia, aunque haya que reconocer que, comparados en este aspecto con Calias o con Caviceo, no tienen nada que hacer.

[1.5.378] Los médicos dicen que las pichas que superan los siete u ocho dedos[1] cuando arrechan exceden del tamaño natural. Esa es la dimensión más corriente por lo que se refiere a la longitud; el grosor debe ser por el estilo. [1.5.379] También enseñan que la profundidad de la vaina y su longitud hasta la boca de la matriz se alargan durante el coito hasta siete u ocho dedos. No admiten que

[1] Unos 14 a 16 cm.

pueda irse más allá sin algún tipo de molestia o sufrimiento para la mujer. [1.5.380] Las uniones se dificultan pues si el tendón se hincha desaforadamente. Cuando se estira la vagina hasta lacerarla, la cruel picha trata los lugares recónditos de los órganos femeninos con una enemiga que no tiene nada que ver con el amor prometido. Cierto es que, cuanto más jóvenes seamos, mejor podemos admitir utillajes viriles de cualquier tamaño.

Octavia. [1.5.381] Hasta ahora creía que en ningún tiempo ni lugar hubiese habido mujer más santa que mi madre. ¿Qué astucia no ha tenido que emplear, prima, para que ni mi padre, que es suspicaz en extremo, ni las habladurías locales, que descubren y divulgan las cosas más recónditas como si las vieran, advirtiesen nunca en ella nada que no fuese digno de aprobación y de elogio? Pues mi padre la ama apasionadamente y todo el mundo la prodiga grandes alabanzas por ser púdica y honesta como la que más.

Tulia. [1.5.382]Casi todas las mujeres que pierden la vida o la fama, que es más importante que la vida, inciden en tales calamidades por su propia culpa. Con razón se ha dicho: [1.5.383]*hay una medida en las cosas e indudablemente hay límites*.

[1.5.384]La alabanza y el vituperio no se basan en las cosas mismas sino en la utilización que se hace de ellas. El ingenio ágil e inventivo es considerado prudente y prudente es que uno se fije a sí mismo como una especie de límites. Las mujeres cautas y juiciosas no pueden permitir que las hagan traspasarlos ninguna complacencia amorosa ni ningún ataque de rabia, cosas ambas que suelen obcecarnos.

[1.5.385]¿Quieres vivir bien y feliz, Octavia? Considera que todo te está permitido y que nada te lo está. Que ésta sea tu principal norma de conducta en esta forma de vida en la que te colocaron las leyes matrimoniales.

Octavia. 1.5.386 Apenas entiendo, o más bien no entiendo en absoluto, lo que eso quiera decir. ¿Cómo puedo compaginar que todo me esté permitido y que no me lo esté nada?

Tulia. 1.5.387 Lo que puedas realizar cómodamente, sin molestar a tu marido ni a tu familia, ten por seguro que te está plenamente permitido. Lo que no puedas realizar sin un riesgo claro, no dudes ni por un instante que te está prohibido. 1.5.388 Voy a exponerte ahora los preceptos de la verdadera y sólida sabiduría por los que deberás regir todo el curso de tu vida. Yo les debo todas mis satisfacciones, así como la conservación incólume de mi fama de honesta, mientras que me divierto y gozo con libertad de los frutos de la juventud. También tú les deberás tu felicidad.

1.5.389 Todas tenemos el mismo interés por el placer, el mismo camino seguimos las malas y las buenas. Pero las malas no cuidan de su honor, mientras que las buenas atribuyen más valor

a la estimación y a la gloria públicas que al placer e incluso que a la misma vida. [1.5.390] Pero incluso las buenas no siguen todas la misma vía para la consecución de los placeres. A las imprudentes y a las ignorantes, que son la mayoría, las detiene a medio camino ya sea una muerte ignominiosa ya las espesas tinieblas del deshonor. A las que saben conducirse según los preceptos de la sabiduría les acompañan en cambio hasta los prostíbulos y tugurios la alabanza y el aplauso ininterrumpidos de la crédula multitud. [1.5.391] No se trata por tanto de modificar los fines, cosa que repugna al recto juicio, sino de modificar la forma y el modo en que se procura obtenerlos.

Octavia. [1.5.392] ¿Qué fines son esos, cuál es la forma de conseguirlos? No dudes de que escucho con toda atención una cosa tan agradable, puesto que es tan útil.

Tulia. [1.5.393] No tendré que extenderme mucho.

1.5.394 Apenas había pasado un mes desde que celebré mis bodas con Calias cuando, bien informada ya de mis costumbres y de las suyas, me di a mí misma unas leyes, que he cumplido fielmente hasta el día de hoy. Los mismos frutos que yo cosecho de ellas podrás obtenerlos tú, si las observas.

1.5.395 Por lo pronto fijé mi atención en las cosas que están sobre mí, en las que me rodean y en las que se encuentran dentro de mí. Por encima de mí está la religión, a la que le corresponde el primer lugar en los asuntos públicos, pero que no tiene ninguno en el orden natural. Consideré lo que le debía a la religión, a la que estoy sometida, y lo que les debía al resto de los mortales y a mí misma.

1.5.396 Es de primordial importancia que las mujeres casadas sean religiosas o que al menos lo parezcan. Pues aquella que es religiosa, pero no lo parece, se encuentra en mucha peor situación que la que lo parece, aunque no lo sea.

1.5.397 La felicidad máxima de la mujer casada depende del juicio de su marido. Será feliz y afortunada aquella a la que su marido tenga en gran aprecio, aunque no valga nada, mientras que será digna de conmiseración aquella a la que el marido odie o desprecie, por más dotes naturales o más virtudes que acumule. 1.5.398 Pues los maridos, una vez saciados en nuestros brazos los arrebatos iniciales del más ferviente amor, ajustan la opinión que de nosotras tienen a la cantidad de virtudes que manifestemos. No juzgan dignas de su amor a las que no consideran buenas. Antes de haber degustado nuestros encantos nos aman por nuestra belleza, por nuestra jovialidad o por nuestra juventud. Pero, una vez que han dado rienda suelta a sus deseos con la visión, el tacto y el uso irrestrictos de nuestros cuerpos, ya no nos aman más que si nos aprecian, si nos creen buenas, si nos ven dotadas de virtudes.

1.5.399 Por tanto, Octavia, adáptate a sus costumbres o finge adaptarte. Nunca olvidará

Caviceo ni nada le borrará de la cabeza la opinión que de ti formó en esos primeros días de tus nupcias. El personaje que asumiste en ese escenario de la vida tienes que mantenerlo.

Octavia. 1.5.400 ¿Pretendes que actúe siempre con una máscara puesta? Pero es más fácil quitarse ese tipo de careta interior que colocársela.

Tulia. 1.5.401 Viene a continuación el capítulo de la prudencia marital femenina que se formula del siguiente modo: es nefasto menospreciar las maneras de actuar generales, los usos comunes. Vive a cara descubierta para los demás, ocultamente y en secreto para ti. Oculta tu vida cubriéndote con el velo de la santidad. Es mucho más útil para la vida civil quien ennoblece sus malas acciones bajo capa de probidad que quien hace buenas obras sospechosas de vicio. Revístete de honestidad, pero de tal tipo que, cuando menester fuere, puedas quitártela sin problemas. Juren quienes te vean entregada a esas tareas y absorta en ellas que no hay costumbres más santas que

las tuyas. Sepan aquellos a quienes quieras hacer felices que no hay nada que iguale a tus abrazos en dulzura, a tus tratos en amenidad, a tus costumbres en desenvoltura. Sigue el ejemplo de Sempronia, tu madre.

Octavia. 1.5.402 Todo esto que me enseñas está muy claro. En cambio lo que dices de mi madre es incierto y oscuro.

Tulia. 1.5.403 La conozco tan bien como a ti. He sido objeto de sus furores como tú lo has sido de los míos. Esta preceptiva de la institución conyugal has de saber que está derivada de sus costumbres y de sus consejos.

> 1.5.404 «Que tu marido ocupe para ti el lugar de los inmortales entre los mortales» me decía a mí cuando me casé. «Toda mujer de corazón juicioso estará convencida de que ella ha nacido para satisfacer los deseos de su marido, mientras que los demás hombres lo han sido para satisfacer los suyos. Unas cosas le debes a tu marido y otras a ti. Cualquier

cosa que tu hombre quiera de lo que tú tienes, dásela. Que no te parezca a ti inadecuado nada de lo que a él le parezca agradable. Adopta todas las apariencias que requiera de ti, como Proteo. Cuando le entren ganas de jugar contigo con la mayor desenvoltura, todo lo que quiera que forme parte del juego ha de parecerte bien. Has de servir de buen grado y plenamente a su voluptuosidad; otros servirán a la tuya».

1.5.405 Así es como me comporto yo con Calias y con Lampridio.

Octavia. 1.5.406 Muy bien. Ahora ya entiendo cuáles sean tus relaciones con Lampridio.

Tulia. 1.5.407 También quiero que conozcas mis más recónditas satisfacciones sexuales. A Calias le otorgo muy contenta el uso que pueda desear de mi cuerpo, aunque a mí no me resulte placentero, mientras que a Lampridio le entrego el que a mí me resulta más conveniente y más divertido. El uno me manda, al otro le mando yo.

Pertenezco al uno, el otro me pertenece. El uno se aprovecha del uso de mi cuerpo, yo lo hago del del otro. [1.5.408] No se diferencian tanto el oro y el plomo como la amante difiere de la esposa. La tierra está mucho menos alejada del cielo de lo que lo está la felicidad de que disfruta la concubina libre de la condición de la mujer casada. Obtendrás por tanto felicidad y contento si mezclas una con otra.

Octavia. [1.5.409] ¿Que yo enloquezca y busque un amante? ¿Que ofrezca mis abrazos a un novio y le introduzca en mi lecho? ¡Que Venus aleje de mis mientes tal desvergüenza! Pero además, si cayese en tal afrenta, ¿no habría de asustarme la justa ira de mi marido, infeliz de mí? Bien conozco su genio; si sospechase de mí tal ligereza, ni los hombres ni los dioses me sacarían viva de entre sus manos.

Tulia. [1.5.410] No quiero agobiar más tu decencia. Compartiré contigo los besos, los anhelos, los lomos de mi Hércules. Te echaré en sus

brazos; le montaré además en tu caballo con mis propias manos.

Octavia. [1.5.411] ¡Qué bromista eres, ja, ja, ja! ¿Estás segura de que tendrá suficientes agallas?

Tulia. [1.5.412] ¡Mira la tirada, colocada ya a la puerta del cuchitril prostibulario! Así te consideraría quien deja satisfecha a mi Venus, si no estuviese a la altura de la tuya.

Octavia. [1.5.413] Te tomas en serio lo que dije en broma. Pero más bien cuéntame, alcahueta mía, con qué añagazas te procuraste un huésped tan querido y tan fiel. ¿Fue un regalo que te hicieron o fuiste tú misma quien se sometió a su arbitrio y a su ley? ¿Con qué conjuros cegaste a tu Calias? ¿Qué artimañas utilizas para disfrutar de tales raudales de voluptuosidad y cómo es que te protegen tan eficazmente de tantos peligros como acosan por doquier a nuestras pasiones?

Tulia. [1.5.414] ¿Por qué no habría de decírtelo, fresca y pura putuela? Voy a contarte cosas que te sorprenderán.

1.5.415 Pocos días después de que mi Sempronia, tu madre, se casase, iba a ser trasladada con gran pompa a la casa de Victorio. Antes de ello obtuvo de su madre con muchos arrumacos que se le asignase Giocondo como paje de recados, por supuesto, pero también de polla. Y Victorio por su parte se dejó convencer sin mayor dificultad.

Octavia. 1.5.416 Han pasado seis meses desde que se casó Giocondo, pero no por ello ha abandonado nuestro techo. Y al repasar ahora con más atención las cosas que yo misma vi y oí cuando estaban juntos y no se preocupaban de mí por mi corta edad, todo me lleva a compartir tu opinión. Cierto es, Tulia, que Giocondo se beneficiaba a mi madre.

Tulia. 1.5.417 Sigue hablando; ¿qué te preocupa?

Octavia. 1.5.418 ¡Qué astutamente se aprovechaba de la opinión que de ella se tenía! ¡Engañosa apariencia de virtud! Les vi con frecuencia charlar y bromear entre ellos cuando mi padre no

estaba en casa. Giocondo toqueteaba a mi madre, pero ya no a la manera de un paje, puesto que se había convertido en administrador. Pero no llegaba a echarle mano a las tetas, cosa de la que yo me hubiese dado cuenta, ni a esa otra parte de nuestro cuerpo.

1.5.419 Una vez entró en la habitación en que estábamos mi madre y yo. Mi madre tejía con lana un motivo en una valiosa labor mientras yo jugaba, como suelen hacer los niños, con una perrita y la levantaba por el aire de las orejas. Se dirigió a mi madre con cara de contento, le ofreció la mano para que se levantase del asiento y entre bromas y veras se la llevó fuera de mi vista. 1.5.420 Creí que se habían ido de esa parte de la casa y me alegré de que me hubiesen dejado a mis anchas. Pero pronto escuché cómo chirriaba la cama y la voz de mi madre, que parecía sufrir alguna molestia. Me asusté y presté mucha atención; luego me puse de pie de un salto y corrí

hacia ella. Mi madre lo oyó y, antes de que lograse alcanzarla, vino a mi encuentro, me alzó en sus brazos riendo y me cubrió de besos. Giocondo se había esfumado por los aires.

1.5.421 «¿Qué te dolía, madre?» le pregunté «pues te he oído gemir».

1.5.422 «Nada importante» contestó. «Cuando volvía hacia la sala he tropezado con la pata de la cama y casi me parto el pie».

Tulia. 1.5.423 Estupendo. ¿No te diste cuenta de nada más? ¿No sospechaste nada de sus manejos?

Octavia. 1.5.424 Me di cuenta de muchas más cosas, pero, como no eran más que indicios, no tenían valor probatorio. Ambos eludían mi presencia con tanto esmero que no pude sacar ninguna conclusión firme. De lo que me di muy bien cuenta en cambio es de la tenacidad con que mi madre procuraba que tuviese de ella la mejor

opinión y la considerase la más decente de todas las mujeres de nuestra vecindad.

TULIA. 1.5.425 Ya lo sé. También a mí me rogó muchas veces con insistencia que te hablase de ella como mujer excelente y muy santa. Pero ten en cuenta que las cosas que te revelo sobre sus asuntos secretos habrán de seguir igualmente escondidas e ignoradas para el resto del mundo.

OCTAVIA. 1.5.426 Sería una parricida si no fomentase la fama de mi madre, que tanto me ha querido hasta ahora, siendo la fama más valiosa que la propia vida. Pero fíjate la que me jugó.

1.5.427 Tres días antes de que fuese entregada a Caviceo se dirigió a mí con estas palabras:

> 1.5.428 «Dentro de unos días, hija, te casarás con Caviceo. Este plazo es todo lo que separa tu pureza y tu santidad, como virgen que eres, de la inmundicia y la porquería. Cuando pierdas tu virginidad, muchas virtudes te abandonarán al quedar manchada por la lefa, a no ser que impidas su fuga con algún acto

valeroso y destacado, adecuado a su austera seriedad. No hay nada más celestial que una doncella virgen y nada más abyecto que una doncella envilecida».

1.5.429 «¿Qué quieres que haga, madre?» le contesté. «Haz que conserve intacta mi virginidad durante toda la vida; reclúyeme en los coros de las vestales».

1.5.430 «Nada de eso» dijo. «Ni nuestra alcurnia ni el amor que te tengo permitirían nunca que te enterrase viva. Pero atiende a mis consejos. Promete bajo juramento que profesarás odio y horror a todo impulso e interés libidinoso. Aleja de tu mente, como yo lo he hecho siempre, estas porquerías. Venera mediante el sacrificio la pureza que vas a perder y llórala también con el sacrificio cuando ya esté perdida».

1.5.431 «Así lo quiero» le contesté. «Pero ¿en qué consiste ese sacrificio al que me incitas, madre?»

1.5.432 «Quiero y suplico,» dijo «Octavia mía,» y al decirlo me besó «quiero que tú misma te ofrezcas para este sacrificio y que convoques a tu mano y a la mía para que lo oficien. Pero es tarea que requiere un ánimo firme y valeroso».

1.5.433 «El ánimo no me faltará» añadí.

1.5.434 Entonces me hizo prometerle bajo juramento que soportaría todo lo que ella me pidiese.

1.5.435 «Mañana por la mañana,» dijo «cuando todavía eres, hija, tan decente, tan buena y tan casta como hermosa, ingeniosa y esplendorosa, tras haber ratificado solemnemente ante los dioses y en el templo lo que me has prometido a mí, llevaremos a cabo algo que te resultará glorioso, honesto y muy útil».

Tulia. 1.5.436 No me dices nada nuevo. Ella misma me lo contó todo cuando sucedió, riéndose un poco de tu credulidad, pero alabando mucho tu entereza.

Octavia. [1.5.437]Entonces no necesito decir más; no puedes saber más de lo que ya sabes.

Tulia. [1.5.438]Al contrario, quiero que continúes, si es que me amas. Sempronia sólo esbozó los puntos principales y no entró, como tú lo harás, en el detalle pormenorizado de lo que pasó.

Octavia. [1.5.439]Me hizo levantar a primera hora de la mañana y, tras vestirme con unas ropas muy hermosas que había preparado, me condujo a Teodoro, perteneciente a esa secta cuyos miembros piensa el vulgo que prefieren la santidad a la vida por su aspecto, por su descuidada barba y su desordenada cabellera. Cuando entramos en el lugar sagrado él vino hacia mí y me dijo:

> [1.5.440]«Hijita, tienes una madre que te inculca todo lo bueno y lo saludable. Te casas dentro de unos días; hay que purgar tu espíritu de toda mancha, para que acudas preparada e idónea a este don celestial. Pues darás a luz hijos que, si eres buena, obtendrán los sitios de

los que fueron expulsados los espíritus infernales, mientras que, si eres mala, aumentarán el número de éstos. ¿Qué eliges?»

1.5.441 Yo callaba, toda ofuscada.

1.5.442 «¡Habla, habla!» me dijo.

1.5.443 «Quiero» le respondí «ser buena yo y que sean buenos ellos».

1.5.444 «Acércate entonces».

1.5.445 ¿Qué más? Arrodillada ante él expuse todo lo que pensaba haber hecho de reprobable, por pequeño que fuese. Cuando se enteró de que ya me había mancillado la indecencia libidinosa, poco faltó para que montase en cólera. Pero se conformó con advertirme que me abstuviese de tales cosas, diciéndome que tuviese confianza y que obedeciese a mi madre en todo lo que me pidiera. 1.5.446 Llamó entonces a mi madre y, sacando de la manga derecha de su vestimenta un paquete atado con cuerdas, que no abrió, se lo entregó a ella.

1.5.447 «No te compadezcas de la piel de tu virgen» dijo «ni tampoco de la tuya, para que sirvas de ejemplo. Si así no lo hicieses, serás castigada».

1.5.448 Después de esto nos marchamos las dos.

Tulia. 1.5.449 De esta forma se aprovechan estos hombres de nuestra mansedumbre; así imperan.

Octavia. 1.5.450 Di más bien que así nos aprovechamos nosotras de la credulidad de los hombres y así imperamos.

1.5.451 Cuando hubimos llegado a las habitaciones interiores de nuestra casa, que sabes tienen vistas al jardín, mi madre cerró las puertas y me entregó sonriendo el paquete para que lo abriese. Lo abrí y vi una especie de látigo formado por cinco cordones en los que se advertían unos nudos muy pequeños, pero muy abundantes.

1.5.452 «Hija, ahora es necesario que te adornes y te purifiques mediante este instrumento de piedad, pero quiero mostrarte

el camino con el ejemplo» dijo. «Se nos ha ordenado que nos martiricemos mediante azotes dados con toda la fuerza que podamos. Yo obedeceré y obedecerás tú, porque te conozco».

1.5.453 «Obedeceré» le respondí.

1.5.454 «Pero todavía no eres lo suficientemente fuerte» continuó «para que puedas aplicarte a ti misma lo que me verás hacer a mí; yo te ayudaré en la tarea. Cuando me oigas susurrar una letanía en voz baja y con tono quejoso, puedes estar segura de que mi espíritu se alegra enormemente dentro de mi pecho».

Tulia. 1.5.455 ¿No temblaba de miedo tu tierno cuerpo?

Octavia. 1.5.456 No me consideraba en modo alguno tan fuerte ni tan dispuesta a soportar la penitencia como aparentaba ante mí misma y ante mi madre. Pero con verdad se dice que no hay nada más constante y fuerte que la mujer, si se propone soportar el dolor con ánimo obstinado.

1.5.457 «¿Por qué perdemos el tiempo, hija?» me dijo mi madre dándome un beso. «Quítame pronto el vestido para que queden al desnudo las partes infames del cuerpo, dignas de todo suplicio».

1.5.458 Se lo quité como pedía. Ella misma se subió hasta medio cuerpo la enagua interior, sujetándola por encima de la cintura. Entonces se puso de rodillas y, asiendo con la mano el instrumento de tortura, me dijo:

1.5.459 «Observa, hija, y toma ejemplo de mí sobre cómo aguantar el dolor».

1.5.460 Mientras decía esto sonó un ligero golpe de nudillos en la puerta.

1.5.461 «Ya sé quien es» dijo mi madre. «Viene Teodoro, ministro santísimo, en ayuda de ambas. Me prometió que vendría, si le resultaba posible».

1.5.462 Volvieron a golpear la puerta.

1.5.463 «Es él sin duda» añadió mi madre. «Aquí está Teodoro. Abre, hija».

1.5.464 «¡Cómo, madre!» le pregunté «¿quieres que te vea desnuda?»

1.5.465 «No sabes» repuso «que me conoce muy bien. De él he recibido lo que en mí haya de decencia encomiable».

1.5.466 Pero se bajó la camisa mientras yo abría. Cuando él entró con rostro sonriente, se dedicó a ensalzarnos a ambas y a exhortar a mi madre para que me diese un ejemplo digno de ella y de mí. Añadió muchas otras cosas, que provocaron en mí tal fervor que le hubiese pedido que me torturase con sus santísimas manos. 1.5.467 Pues con grandes frases muy elaboradas demostró que toda forma de pudor que no se refiriera a actos reprobables era en sí misma reprobable; debían avergonzarse las que se mostraban desnudas a los ojos de los hombres con fines voluptuosos y libidinosos, no las que lo hacen por piedad y penitencia. Lo uno es vergonzoso, lo otro honesto; lo uno agrada a los mortales, lo otro a los inmortales; por eso este tipo de sacrificios era de la

mayor utilidad. [1.5.468] Pues limpian por completo, como si de una especie de lavado admirable se tratase, las lacras que las mujeres contrajeron y admitieron en sí, si sufriesen en sus cuerpos tantos castigos como goces nefandos obtuvieron deshonestamente de ellos. Estas mortificaciones secretas compensan además casi todo lo que el pudor malentendido impida confesar o declararle al sacerdote.

Tulia. [1.5.469] ¡Qué argumentación tan cómoda para la que sea a la vez libidinosa y púdica! Pero a mí, Teodoro, no me interesan esos preceptos tuyos. Continúa.

Octavia. [1.5.470] Tras estos sermones él mismo cogió el látigo. Mi madre se puso de rodillas ante él y lo mismo hice yo. Me dijo que me colocase un poco detrás de mi madre, que la mirase fijamente y que siguiese con la vista cada uno de los golpes que recibiese. Encontrábase él de pie al lado izquierdo de mi madre y, tras rogarle ella que le dispensase la santa obra y mientras

canturreaba una letanía, empezó a caer sobre sus nalgas desnudas una granizada de golpes dados con violencia. 1.5.471 Vi cómo temblaba mientras los recibía. A éstos les siguieron otros algo más suaves y a éstos otros más fuertes. En resumen, que maltrató de tal modo a la desgraciada que terminó con las nalgas completamente surcadas por los golpes del vergajo y las que antes eran de una blancura sin igual parecían ahora recién salidas de una carnicería.

Tulia. 1.5.472 ¿Y no se quejaba?

Octavia. 1.5.473 Ni siquiera se atrevió a abrir la boca, aunque una vez dijo, con un gemido:

1.5.474 «¡Ay, padre!»

1.5.475 Palabras que a él lo enfurecieron, por lo que dijo:

1.5.476 «No saldrás impune de mis manos».

1.5.477 La ordenó que se inclinase hacia adelante y bajase la cabeza y el pecho hasta el suelo, cosa que ella hizo, con el resultado de que el

prominente culo acudía al encuentro del látigo. Lo fustigó sin descanso durante todo un cuarto de hora.

1.5.478 «Tu espíritu ya ha recibido suficiente consuelo; levántate» dijo Teodoro.

1.5.479 Ella se levantó, dejó caer la camisa hacia los pies y se puso la túnica. Riendo me estrechó entre sus brazos y me dijo:

1.5.480 «Tú eres quien tiene que representar ahora su papel, hija. ¿Crees que tendrás ánimo suficiente para este pasatiempo? Pues se trata de un juego, no de una faena desagradable».

1.5.481 «¡Ojalá mi cuerpo tenga tantas fuerzas como ánimos tengo» le respondí. «¿Qué tengo que hacer?»

1.5.482 «Prepara a tu hija para este acto devoto» dijo Teodoro. «Espero que te portes con más valentía».

1.5.483 Mientras tanto yo miraba al suelo con los ojos bajos.

1.5.484 «No defraudes mis esperanzas» decía. «Habla».

1.5.485 «Intentaré» le respondí «confirmar la opinión que tienes de mí».

1.5.486 Mi vestido se encontraba ya por tierra y mi madre me estaba levantando las enaguas hasta la cintura. Cuando me sentí desnuda, una gran vergüenza cubrió mi rostro con su rubor.

1.5.487 «No hace falta que te arrodilles, hija mía» dijo. «Mantente de pie, como estás, y no te muevas».

1.5.488 Entonces me llevó hacia Teodoro, quien me dijo:

1.5.489 «¿Quieres alcanzar la felicidad? ¿Quieres acceder al goce celeste por un camino de espinos?»

1.5.490 «Si no me fallan los ánimos» contesté.

1.5.491 Entonces comenzó a darme unos golpes ligerísimos, que más irritaban mis sentidos que los maltrataban.

1.5.492 «¿Podrías aguantar, hijita, otros más fuertes?» preguntó.

1.5.493 «Podría» contestó mi madre.

1.5.494 «Podré» contesté yo.

1.5.495 Entonces me recorrieron toda entera desde los riñones hasta la parte baja de los muslos los violentos impactos de las cuerdas.

1.5.496 «¡Basta, basta!» decía; «¡Apiádate de mí, madre!»

1.5.497 «¡Sé valiente!» respondió. «¿Quieres ejecutar tu misma la parte restante de este oficio? Pues hasta ahora se ha hecho como la mitad».

1.5.498 «¡Muy bien!» dijo Teodoro. «Veamos cómo se acaricia a sí misma. Coge el zurriago, hijita, y azota tú misma esa ínfima zona de la concupiscencia, que reside en tu cuerpo».

1.5.499 Mi madre colocó una de sus manos sobre la mía y me enseñó la forma de golpear con fuerza aquí y allá en salva sea la parte, que había sido desplegada y puesta de manifiesto para esta

fechoría. Me apliqué un par de latigazos con gran fuerza, pero luego empezó a fallarme la diestra.

1.5.500 «No quiero maltratarme a mí misma, madre,» le dije. «De ti lo soportaré todo».

1.5.501 Gracias a esta flojera mía me mantuve un tiempo a cubierto de Teodoro. Pasé pues el zurriago a mi madre. Entonces ella volvió a entonar su fúnebre cantilena y reanudó la zurra. Al principio yo vertía lágrimas y gemía; luego empecé a mover el culo con cada golpe y pronto me di a la fuga por toda la habitación.

1.5.502 «¿Qué es esto?» demandaba Teodoro. «¡Muchacha inconstante y vana!»

1.5.503 pues mi madre había tirado la disciplina sobre la cama.

1.5.504 «¿Acaso no quieres demostrar mayor entereza que tu madre, que se ha portado tan valientemente, hija?»

1.5.505 «Quiero,» contesté «pero impedidme la fuga; yo me encargaré de retener los gritos y los gemidos».

1.5.506 «Obedece entonces, hija,» dijo mi madre.

1.5.507 «Obedeceré a todo lo que mandes» le respondí.

1.5.508 Me ató las manos por las muñecas con una cinta de seda, pues me defendía con las manos. Luego me tumbó boca abajo en la cama.

1.5.509 «Cuida de no moverte mientras se te vapulea» añadió. «Si lo hicieses, te consideraría impura e infame entre las impuras y las viciosas».

1.5.510 «No me moveré» le respondí. «Lacerad como queráis mis míseras carnes».

1.5.511 «Ven, Teodoro,» le dijo mi madre dirigiéndose a él. «Dignifica a esta virgen mía con tu benéfica acción».

1.5.512 Mientras mi madre sujetaba entre las suyas mis manos juntas y atadas y me daba besos, Teodoro me destrozaba y me partía a latigazos.

1.5.513 «¡Animo, ánimo!» decía mi madre. «Cuanto más duro sea el castigo a que te

sometas, más te sorprenderás de la voluptuosidad que te invadirá».

1.5.514 De pronto dijo Teodoro:

1.5.515 «Ya está bien. Ya hay suficiente sangre virginal. La ofrenda y el sacrificio al pudor han terminado».

1.5.516 Todavía sacudió algunos latigazos más, pero luego le entregó a mi madre el zurriago empapado de sangre.

Tulia. 1.5.517 Querrás decir *manchado*.

Octavia. 1.5.518 Estuviese como estuviese el zurriago, mis carnes habían quedado en un estado lamentable. Mi madre dijo entonces:

1.5.519 «¡Hija, mereces alabanzas que te lleven al cielo de las heroínas, habiendo aguantado todo esto tan generosamente!»

1.5.520 Ambos se dedicaron luego a alabarme y, tras arrancarme el voto religioso de que me sometería a nuevos tormentos tras la pérdida de mi virginidad, Teodoro abandonó nuestra casa.

1.5.521 En cuanto se fue, mi madre me estrechó contra su pecho con un fuerte abrazo.

1.5.522 «Ahora quiero que te vayas a tu cuarto, hija» dijo. «Finge que te duele la cabeza, lo que te permitirá reponer los delicados miembros y restaurar tu cuerpo, al que la disciplina maltrató tan cruelmente y que aguantaste tan heroicamente».

1.5.523 Me metió en la cama y restauró mis fuerzas con manjares delicados, mientras decía:

1.5.524 «Yo ya estoy acostumbrada a esto y no me produce ningún daño que me incomode».

1.5.525 Me lavó el trasero con agua fresca perfumada con esencia de rosas; en un par de sitios mis nalgas estaban en carne viva.

1.5.526 «Duerme ahora» me dijo. «Volveré dentro de un par de horas».

Tulia. 1.5.527 ¿Sabes a dónde fue o lo que hizo mientras dormías?

Octavia. [1.5.528] ¡No, coño! Y eso que tardé más de una hora en dormirme, pues me hormigueaban las ardientes nalgas, aunque un cierto cosquilleo mitigaba el dolor.

Tulia. [1.5.529] ¡Ah, si entonces hubiese aparecido Caviceo, qué buena suerte hubieses tenido! Pues tu madre mandó llamar a Giocondo, al que hacía varias noches que tenía en ayunas. Y no tuvo que esperarle mucho. Al instante voló a su encuentro quien sabía que el requerimiento era para unirse a su dueña. La encontró en ese cuarto oscuro contiguo al que tú ocupabas. También ella estaba tumbada en un diván e inmediatamente empezó a pedir guerra a la pija mediante besos, toqueteos y pellizcos. La cual aceptó el reto al punto y salió de su escondrijo para precipitarse en el de Sempronia.

Octavia. [1.5.530] ¿Y tú cómo lo sabes? ¿Quién te hizo partícipe de estos secretos de los placeres ajenos?

TULIA. [1.5.531] Ella misma vino a mi casa al día siguiente y me lo contó todo. En una hora Giocondo pasó tres veces por la piedra a la yacente con gran energía y por tres veces su chorra repleta vertió en su alberca. Por lo que se refiere a ella, siete veces destiló las húmedas delicias de los entresijos de sus viciosos lomos. Tenía miedo de que tú oyeses su voz mientras jodía, pues repetía con frecuencia en medio de tal delirio venéreo:

> [1.5.532] «¡Me muero, me muero, dale, dale, me deshago, me licúo!»

OCTAVIA. [1.5.533] ¡O sea que era eso! Pues ciertamente me pareció oir no sé qué murmullos cerca. Pero no se me ocurrió averiguar de qué se tratase. Además sólo hacía seis meses que Giocondo había tomado mujer; una chica hermosa, joven, desenvuelta, de dieciseis años, una hija natural que mi abuelo había tenido con una concubina.

TULIA. [1.5.534] Añade: y buena, tímida, complaciente e incapacitada por la lacra materna para cualquier atrevimiento libidinoso.

Octavia. 1.5.535 Muchas veces he oido a mi madre increparla por su cuna. Le decía:

> 1.5.536 «La hija formada de la sangre impura sigue fácilmente el camino de la madre».

1.5.537 Ella respondía con el elocuente alegato de su llanto y de sus suspiros.

Tulia. 1.5.538 La infeliz Julia se encontraba interna con vuestras vestales, de las que es priora tu tía Teresa, cuando Giocondo, que llevaba ya quince años trabajado asiduamente el predio semproniano con su azadón, empezó a reclamar alguna recompensa por sus labores y a mezclar las quejas con los ruegos.

> 1.5.539 «Es indudable que te pertenezco» (tales eran sus alegatos) «pero hasta ahora, señora, ¿qué favor he recibido de ti que me permita en justicia afirmar tal cosa y ser creído? ¿Te preocupas acaso lo más mínimo de asegurar mi fortuna? Pobre, insignificante, he de quejarme de una dueña rica. Si los hados te apartasen de mí (aunque antes me traguen

a mí las entrañas de la tierra), ¿qué iba a ser de mí, pobre desgraciado, a quien dices amar perdidamente?»

1.5.540 «Aparta de ti ideas tan tontas y tan injustificados temores» le respondió Sempronia. «He decidido unirte en matrimonio a una joven hermosa, así como establecer una dote generosísima con mi propio dinero. Pues tengo seis mil monedas de oro, cosa que ignora mi marido, y que te entregaré en efectivo, ahora mismo si las quieres».

1.5.541 «Manda que me crucifiquen» replicó Giocondo «si alguna vez llegase a olvidar tus dádivas. Aceptaré encantado cualquier condición que quieras imponerme».

1.5.542 «Ya conoces a Julia,» continuó Sempronia «que está con Teresa para su educación. Te la entrego como esposa. Nunca podrás encontrar otra chica tan pura ni mujer más galana que ésta».

1.5.543 «¡Oh, ama!» contestó Giocondo «¿cuántas gracias no habré de darte por regalo tan divino?»

1.5.544 Poco más hay que contar. Se establecieron las condiciones y Julia le fue entregada a Giocondo como esposa.

Octavia. 1.5.545 Hacía ya algunos años que actuaba en casa como apoderado, con el nombre de Gonzalo en vez de Giocondo. Tenía plenos poderes en todos los asuntos, tanto rústicos como urbanos. Mi padre siempre elogió la dedicación con que actuaba y su fidelidad. No resulta por tanto sorprendente que a quien tanto debe nuestra familia se le concediese Julia como recompensa por los servicios pretéritos y como anticipo de los futuros. ¿Qué normas fueron esas que se establecieron?

Tulia. 1.5.546 Esas seis mil monedas se pagarían tras un plazo de cuatro años; mientras tanto quedarían depositadas en casa del mercader Gelisio, quien se las entregaría a Gonzalo una vez

cumplidos los compromisos que asumió en un documento escrito, si bien durante ese tiempo cobraría los intereses. Los puntos principales de tales condiciones fueron: en primer lugar que actuaría siempre en relación con su esposa, Julia, como quisiese Sempronia que actuase y que no la poseería si se lo prohibiese; que cualquier cosa que le indicase de palabra o por escrito la ejecutaría sin demora y de buen grado; que cuidaría de los asuntos de su señor y de su señora de la forma que a éstos les resultase más conveniente; y que viviría bajo su mismo techo, en una amplia porción de la casa que se le asignaría para ello.

Octavia. [1.5.547] Julia quedó así casada y no casada y Giocondo se convirtió en marido y no marido.

Tulia. [1.5.548] Efectivamente, pues, una vez celebradas las nupcias entre ellos, Sempronia no quiso que Giocondo disfrutase de los derechos maritales con Julia más que con un par de polvos la primera noche que durmieron juntos. Y

así se lo hizo jurar para quitarle toda posibilidad de mentir. Mientras se desarrollaban estas negociaciones, los arrumacos que se hacían y los encantos que se exhibían inflamaron a Giocondo con tales ardores que no tuvo más remedio que tirársela tres veces seguidas. 1.5.549 Luego, ya agotado, le envió con Julia, no sin haberle hecho jurar de nuevo que no daría más que dos vueltas por su pista. Y así es como sucedió, pues apenas pudo ser desflorada aquella noche.

1.5.550 Al día siguiente se dedicó a interrogar a la recién casada con gran curiosidad sobre cómo se habían desarrollado las cosas y sobre si verdaderamente estaba casada y había sido hecha mujer por los abrazos de su marido. Ella con la mirada baja y cubierta de rubor asentía con su silencio. Luego terminó por admitir que había conocido dos veces al varón. 1.5.551 A la noche siguiente volvió a querer que no se achuchasen más que un par de veces y apenas amaneció el día siguiente se le colocó al talle un cinturón de

castidad cuya pieza colgante clausuraba su puerta de Venus, sin que los esposos pudiesen gozar de nuevo hasta ocho días más tarde. [1.5.552] Cosa notable: desde entonces hasta este momento Julia no ha podido sentir en sus entrañas a su marido más de quince veces ni ha podido comprobar que realmente estuviese casada.

Octavia. [1.5.553] Algo oí de ese cinturón de castidad hace unos días, una vez que Julia hablaba con mi madre sobre no se qué. Pero no tengo ni idea de cuál pueda ser la virtud que posea tal cinturón para volver púdicas a las mujeres.

Tulia. [1.5.554] Pues ya lo aprenderás. Cuando Julia se levantó al día siguiente, vino Giocondo, quien, sin que hubiese nadie más presente, extendió tal ceñidor.

> [1.5.555] «¿Qué es esto que traes» dijo ella riendo «que reluce como oro?»
>
> [1.5.556] «Es necesario» dijo él « que te pongas ahora este cinturón de virtud y te protejas así contra las inclinaciones maternas. Lo

llaman *cinturón de castidad*. Sempronia, mi ama, lo llevó durante muchos años antes que tú y tú también lo llevarás. Así es como ella se forjó su excelente fama, a la que espero que pueda compararse la tuya».

1.5.557 Una lámina de oro cuelga de cuatro cadenetas de acero, recubiertas de un esponjoso tejido de seda, las cuales se unen muy ingeniosamente a un cinturón del mismo metal. Situadas dos de ellas a cada lado, sujetan la lámina, que está unida a ellas por detrás y por delante. El cinturón se cierra por detrás sobre los riñones mediante una cerradura a la que ajusta una llave diminuta. La altura de la lámina es de seis dedos más o menos[1] y de tres su ancho[2], de tal modo que cubre desde el perineo hasta el extremo superior de la boca externa de la oquedad, tapando todo el espacio que queda entre ambos muslos y la parte inferior del pubis. Presenta una abertura formada

[1] Unos 11 cm.
[2] Unos 5 cm.

por tres hendiduras radiales, que permite la salida de la orina, pero impide la entrada incluso de la punta de un dedo. Una especie de coraza protege así frente a las pijas forasteras aquella parte, cuyo uso en cambio tiene fácil cuando lo desea aquél a quien se lo ha concedido Himeneo.

Octavia. [1.5.558] ¿Y cómo reaccionó la recién desposada?

Tulia. [1.5.559] Como lo harás tú dentro de unos días, pues también a ti se te está preparando este tipo de aditamento.

Octavia. [1.5.560] No sabía lo que estaba tramando Caviceo cuando me dijo que el cinturón de castidad era un colaborador de lo más eficaz para la virtud de las mujeres honestas y me pidió que aceptase llevarlo, pues mi madre se lo había aconsejado.

Tulia. [1.5.561]

[1.5.562] «¿Qué he de hacer?» preguntó Julia cuando su marido retiró las coberturas de la cama.

1.5.563 «Introduce este pie entre estas dos cadenitas» le respondió él «y el otro entre estas otras».

1.5.564 Una vez metidos ambos, subió el adminículo hacia arriba, ajustó la lámina a la raja, rodeó la parte inferior del pecho un poco por encima de los lomos con el cinturón y echó el cerrojo introduciendo la llave.

1.5.565 «Tu pureza está ahora asegurada, como debe ser. ¿Te molesta?» le preguntó.

1.5.566 «La verdad es que no» respondió ella.

1.5.567 La mandó luego levantarse desnuda y alejarse de la cama, dar unos pasos. Hizo lo que se la ordenaba; se levantó, salió de la cama y anduvo unos cuantos pasos, diciendo que no andaba tan cómodamente como antes, porque la amplitud de la lámina la obligaba a separar los muslos.

1.5.568 «Ya te acostumbrarás» le dijo él. «No es raro que te resulte molesto la primera vez que lo usas».

1.5.569 Luego la pidió que se agachase inclinando su cuerpo hacia el suelo. Admiró la espalda de la reclinada y su trasero, pues se dice que la naturaleza pulió y moldeó su cuerpo con la máxima perfección. Probó con sus dedos si podía introducirse en su grieta algo parecido, pero sintió cómo se les negaba la entrada a los exploradores.

1.5.570 «Todo está en orden» dijo.

1.5.571 Y al momento fue a presentarse ante Sempronia.

1.5.572 «Ahora, mi dueña,» dijo «recibe estas dos llaves, pero primero ésta» (y exhibía la picha) «pues estoy que reviento».

1.5.573 «La recibiré en buena parte» contestó Sempronia.

1.5.574 Ella misma se levantó las faldas y las enaguas y se tendió boca arriba en un diván próximo. Impulsó él el vergajo y a galope tendido se dirigieron ambos impetuosamente hacia el mayor goce que puede obtenerse.

1.5.575 Una vez concluida la cosa, dijo Sempronia:

1.5.576 «Te devuelvo esta llave tuya que tan bien ajusta en mi cerradura. Dame tú la otra».

1.5.577 «Aquí la tienes» dijo Giocondo; «tómala».

1.5.578 «Atiende ahora» continuó Sempronia «a las ideas que tengo: 1.5.579 no quiero que te trajines a Julia más que con la finalidad de tener hijos; todos tus placeres has de obtenerlos conmigo; quiero que seas con ella un verdadero marido, conmigo en cambio un admirador y un amante. Por tanto no te devolveré esta llave más que cada quince días, siempre que hayas rociado previa y repetidamente mi huerto con tu lluvia, pues no quiero que Julia sepa de lo que eres capaz en este terreno, cuán firmes son tus riñones y cuán robustos tus miembros. 1.5.580 Antes bien quiero que se forme la opinión de que así

es como actúan con sus mujeres todos los maridos. Pediré a mi cuñada Teresa que aplaque o extinga entre tanto sus ardores con sermones y castigos repetidos. 1.5.581 Si, como has hecho hasta ahora, me amases, me obedecerás; si no te arrepintieses de compartir conmigo mis deseos fieles y constantes, tendrás una patrona que te beneficiará más de lo que puedas apetecer; si no fuese así, una acérrima enemiga. Ya sabes que las mujeres o aman u odian, pero no tienen término medio».

1.5.582 «Acepto tus mandatos» contestó él. «¿Qué ser mortal podría ser más feliz que yo, a qien colma de placeres la más hermosa y la mejor de las mujeres, hasta el punto de haberme dado libremente una bellísima esposa para que tenga hijos con ella? Te la entrego como esclava y te la ofrezco. Si así lo quieres, no dormiré con ella, para que mi contacto no la inflame de deseo, siendo tan vivaz, tan radiante y tan saludable como es».

1.5.583 «¡Apártese de vuestro lecho nupcial tal oprobio!» repuso Sempronia. «Cuando te parezca que está caliente, házmelo saber. Es tarea de Teresa, que secunda completamente mis deseos, apagar tales incendios. Lo que quiero es que eso te sirva de aliciente hacia mis encantos, como ha sucedido ahora».

1.5.584 Así separó a la esposa del marido y quiso reservarse para sí en exclusiva a Giocondo, como si estuviese unida a él por un matrimonio estable.

Octavia. 1.5.585 Y supongo que también lo apartaría de ti.

Tulia. 1.5.586 Lo hizo. Y, para que no pudiese quejarme de haber sido engañada por ella, sustituyó a Giocondo por Lampridio.

1.5.587 Lampridió formó parte de esa turba de anacoretas que rehuyen hasta la visión de otros seres humanos.[1] Pero, no estando todavía unido

[1] Es decir, fue monje de clausura.

a ellos por ningún vínculo definitivo, aprovechó unas vacaciones para retornar a su patria y a su casa como tránsfuga. Es enormemente rico, pero ha adquirido mala fama entre sus conciudadanos por su cambio de vida. 1.5.588 De modo que, a pesar de su bondad, su nobleza, sus riquezas y su juventud, se han frustrado sus intentos de casarse, primero con Lucidia y luego con Livia, muchachas nobles ambas. Despechado por estas ofensas, que afectaron sobremanera a su espíritu, renunció a toda esperanza y propósito matrimonial.

1.5.589 Tu padre acogió en vuestro hogar a quien había vuelto la espalda a su tierra, como exiliado, estando unido a él por parentesco y por amistad. 1.5.590 Como frecuento vuestra casa y mantuve muchas conversaciones con él, sin darnos cuenta se vio abocado a que le gustase mi modo de ser, hasta el extremo de manifestar cuán afortunado era Calias. Afirmaba que, si a él la

buena suerte le hubiese proporcionado una persona como yo, aunque no fuese más que como amiga, no envidiaría la felicidad de las almas celestiales. Sempronia trataba de convencerme para que yo favoreciese este amor embrionario con benevolencia, con buenas palabras y con promesas seductoras.

1.5.591 «Pues, si incendiases a Lampridio con tu amor,» me decía «no habrá ya nada que te lo quite nunca; solamente la muerte lo arrancará de ti. Bien conozco su constancia y su firmeza de espíritu. Tiene un verdadero odio a todos sus parientes y consanguíneos. Sin duda harías que toda su fortuna recayese en tu familia».

1.5.592 ¿A qué seguir? La mujer que se sabe amada ¿no terminará amando, quiéralo o no, a quien la ama? Yo amaba a Lampridio y poco tiempo después nos pusimos de acuerdo en una serie de condiciones, en lo que tuvo no poco que ver la hábil intervención de Sempronia.

1.5.593 Lampridio donaría a Calias mediante instrumento público una parte de todos sus bienes y se establecería que, en caso de que muriese sin testamento, Calias sería considerado su heredero legítimo. Yo por mi parte atribuiría a Lampridio plena potestad sobre mi persona mediante un documento autógrafo, si bien no le haría ninguna concesión antes de que se formalizase el acuerdo previo con Calias. Cosa que sucedió poco después, quedando fijada por escrito la conformidad de los interesados con gran contento de Sempronia.

1.5.594 Ese mismo día, antes de que Lampridio abandonase vuestro hogar, me dirigí yo a casa de Sempronia, arreglada con tanto arte y cuidado que se añadían nuevos atractivos a mi apariencia. Lampridio vino corriendo a mi encuentro y poniéndose de rodillas dijo:

> 1.5.595 «Te venero, diosa mía, pues siempre serás mi diosa. Permite que un mortal goce de tu divina belleza. Yo he cumplido mis promesas, cumple tú también las tuyas».

1.5.596 «Las cumplirá» repuso Sempronia. «Vivid ambos felices, que abundante felicidad constituiréis el uno para el otro, si sabéis lo que os conviene. De momento ocupáos de vuestros asuntos».

1.5.597 Y diciendo esto salió, cerrando las puertas.

Octavia. 1.5.598 ¿Qué hizo entonces Lampridio?

Tulia. 1.5.599 Se puso en pie, me besó, manoseó mis tetas y, aunque yo opusiese la resistencia de quien quiere ser vencida, me tumbó en el lecho, arremangó el vestido y las enaguas y metió su mano derecha entre mis muslos.

1.5.600 «¡Basta, basta! ¡Quita, quita!» le decía yo. «Me pierdes. ¿Me atreveré luego a levantar los ojos o a mirar al cielo? ¿Por qué me ultrajas?»

1.5.601 Me cerraba la boca con sus besos. Sin tardanza arrojó la lanza con fuerza. La cosquilleante vulva se la tragó de un golpe y, en cuanto se situó bien adentro, me sentí regada por un

chaparrón lácteo. Nunca la benéfica Venus había dejado caer lluvia tan copiosa sobre mi jardín.

1.5.602 Todavía me siento desfallecer de placer, Octavia mía, cuando rememoro aquellos momentos, cuyas dádivas superaron con mucho las de todos los días previos de mi vida. 1.5.603 No por ello aflojó Lampridio, sino que se puso a dar nuevos empellones. Yo me deshacía una y otra vez en efluvios. Finalmente cayó una riada proveniente de sus libidinosos riñones en la poza que había cavado tan tenzamente con tan sólido azadón.

Octavia. 1.5.604 Tienes sin duda a todo un Hércules, como sueles decir, no como son el resto de los hombres.

Tulia. 1.5.605 Tras la segunda eyaculación se puso de nuevo a dar empujones. 1.5.606 «Es evidente que este sujeto» me dije a mí misma sorprendida «enlaza polvo con polvo». 1.5.607 Como ya te he dicho, una sola vez hizo Calias dos repiques dentro de mí de una sola tirada; éste hizo

tres, cosa a la que pocos llegan, salvo los favoritos del niño de Venus.

1.5.608 En ese mismo instante me dominó una terrible comezón: todos mis sentidos se volcaron en el venéreo. Hasta ese momento había guardado, no sé cómo, una cierta obstinada compostura, pero entonces me olvidé hasta de mí misma. 1.5.609 Mis piernas colgaban por los bordes del camastro y se apoderó de mí un violento deseo de zarandear al jinete; apoyé los pies en el suelo y levanté pubis y nalgas tanto como pude, replicando a sus embestidas. Entonces me dio un beso, metió una de sus manos bajo mi culo y me dijo:

> 1.5.610 «Ahora es cuando siento que te gusto, señora. ¡Adelante!»
>
> 1.5.611 «¿Qué puedo hacer?» le contesté. «Enloquezco».

1.5.612 Entonces se me nubló la vista y los ojos se me cerraron. El alma se me escapaba a borbotones con cada acometida y sentí que me deshacía

en una abundante secreción con un cosquilleo rabioso. Lampridio lo advirtió y golpeó, empujó, se agitó; muy pronto también él me lanzó un fuerte chorro de ardiente lefa. Así nos desplomamos el uno en los brazos del otro.

Octavia. 1.5.613 Me estás poniendo cachonda. Este cuento tuyo volveria a Vesta más libidinosa de lo que lo son los pájaros consagrados a Venus.

Tulia. 1.5.614 Conforme se retiraba, Lampridio dió un beso a la que continuaba tumbada y dijo:

> 1.5.615 «Dentro de poco reanudaremos la pelea. Pues ¿qué idea te formarías de mí si me mostrase como luchador indolente ante un contrincante tan excelso como lo eres tú?»

1.5.616 Por mi parte me di cuenta de que el cansancio me tenía derrengada cuando intenté levantarme del catre. Ayudada por Lampridio logré incorporarme, pero no pude mantenerme en pie, por más que lo intentase, volviendo a desplomarme sobre el colchón.

1.5.617 «¡Ay de mí!» exclamé. «Con este furor tuyo, Lampridio, me has dejado sin fuerzas y paralizada. ¿Qué voy a hacer ahora? Ni siquiera podré volver a casa».

1.5.618 «Dale un descanso a tu cuerpo para que se reponga, diosa mía,» adujo él «y duerme un poco, si puedes. Yo por mi parte me encuentro alegre y contento. ¿Quién no lo estaría, habiendo satisfecho mis deseos en ti, hembra de celestial hermosura, más hermosa que Venus misma? Me retiraré mientras tanto; descansa».

1.5.619 Conforme decía esto retornó Sempronia, riendo y canturreando algo picante y atrevido.

1.5.620 «¿Cómo habéis cerrado vuestro trato?» preguntó. «¿Cómo os saciásteis con vuestros encantos? ¿Cómo van las cosas?»

1.5.621 «Por lo que a mí respecta, estoy muerta» le respondí, mientras sin querer vertía algunas expresivas lagrimillas.

1.5.622 «¿Por qué lloras, señora mía?» dijo Lampridio. «Soy tuyo; castiga como quieras al atrevido que se anegó en tus delicias».

1.5.623 «Basta ya» dijo ella. «¿Cómo ha satisfecho tus deseos? ¿Cómo la encontraste de agradable y de apta para el placer?»

1.5.624 «Ningún hombre fue nunca más feliz que yo» contestó él. «He hallado en ella todos los goces que la mente puede concebir o que la fantasía pueda imaginar».

1.5.625 «¿Y tú, Tulia? Habla» dijo Sempronia dirigiéndose a mí. «¿Cómo ha satisfecho tus sentidos? ¿Te ha gustado Lampridio?»

1.5.626 «Me ha gustado tanto» respondí «que no puedo pretender nada mejor ni más dulce. Pero, mísera de mí, ha paralizado mis miembros de cansancio; no puedo dar ni un paso, tanto ha debilitado mis flancos».

1.5.627 «¡Mísera de ti, ja, ja!» repuso Sempronia. «Pero márchate ya, Lampridio».

1.5.628 «Me marcharé» dijo «si Tulia me diese la venia y una vez que confiese que me ama, estando tú de testigo».

1.5.629 «Te doy la venia» añadí yo «y te amo perdidamente, a ti, que me has precipitado desde las cumbres del honor casto del que me enorgullecía a esta vileza, que me ofusca de vergüenza».

1.5.630 Entonces me besó y se marchó. Sempronia salió tras quien se retiraba.

1.5.631 «Espera un momento» le dijo. «Apártate un poco para que lo que digamos tú y yo no pueda llegar a oídos de Tulia. Dime con franqueza ¿obtuviste de ella los deleites que esperabas?»

1.5.632 «Y mucho mayores» le respondió «de lo que me había imaginado. La apariencia de Tulia es divina, divina su charla y es mujer divina. ¡Cuántas gracias no he de darte por tan gran regalo, que me transporta a los cielos! Pero, te lo ruego, consigue que me

permita joderla hasta la saciedad antes de que acabe el día».

1.5.633 «Ni conviene que te sacies» le atajó Sempronia «ni que nunca os hartéis tú de ella ni ella de ti».

1.5.634 «Me expresé con torpeza» se excusó él «pero tú bien entiendes lo que hubiese debido decir».

1.5.635 «Te la guardaré en este gabinete hasta el crepúsculo,» dijo Sempronia «pues su marido cenará hoy con nosotros. Mañana, una vez que te hayas mudado a la hospitalidad de su casa, podrás actuar con ella más libremente, lo que deseo os resulte venturoso y feliz a ambos. Pero márchate ya y cuida de tu salud».

1.5.636 «Me cuidaré» respondió él y salió.

1.5.637 Vuelta a mi lado Sempronia, me contó al punto todo lo que había hablado con Lampridio. También me pidió que le refiriese cómo me

habían ido a mí las cosas con él. Lo hice y me quejé de la inmensa fatiga que me aquejaba.

1.5.638 «Enseguida voy a reponer tus fuerzas,» me dijo «agotadas por estas faenas. Una merienda abundante y el reposo tranquilo te las devolverán. Duerme un rato, mientras yo voy a ver a Calias, que te reclama a su lado, si no me equivoco para darte un revolcón. Diré que te duele la cabeza».

Octavia. 1.5.639 Quizá llamaba Calias a quien más bien era Giocondo.

Tulia. 1.5.640 Ese día Giocondo estaba en el campo tratando con los granjeros. Apenas me había yo adormecido cuando oí unos ruidos delante de la puerta, que se abrió dejando ver el abundantísimo refrigerio que se me aportaba.

1.5.641 «Levántate» dijo Sempronia; «estos alimentos te quitarán el dolor de cabeza. Venga».

1.5.642 Comí y bebí de muy buen humor y en seguida me sentí como nueva. Me tiré de la cama,

abracé a mi Sempronia y me felicité por mi suerte. 1.5.643 Al cabo de unas dos horas reapareció Lampridio, que nos saludó con toda urbanidad, pues todavía andaban por allí algunos criados. En cuanto se hubieron retirado se deshizo en alabanzas mías y en testimonios de gratitud. Pero Sempronia le cortó el discurso diciendo:

> 1.5.644 «Ya es hora de ocuparse de organizar el modo y la manera de vivir bien y seguros. Tened mucho cuidado de no llamar la atención de los ojos de Calias. No hay que insistir en los males que penderían sobre vuestras cabezas si llegase a sospechar algo de vuestros manejos».
>
> 1.5.645 «No temo nada de él» dijo Lampridio «ni por mí ni por mi dueña, aunque fuese un hombre de lo más agudo, siempre que ella quiera comportarse como yo le indique».
>
> 1.5.646 «Quiero regirme por completo por tus decisiones» le repliqué. «Desde este momento el alma de Tulia es toda tuya».

1.5.647 «Por lo pronto» dijo «sé cómo es el carácter de Calias; no es ni bueno ni malo, pero es fácilmente maleable hacia lo bueno o hacia lo malo. Te prometo, dueña mía, que no pasarán muchos días antes de que me haya hecho íntimo amigo suyo. Tendré así acceso a sus pensamientos más recónditos; el resto déjalo a cargo de mi habilidad. 1.5.648 Tú ocúpate sobre todo de que en tus miradas, en tus palabras o en tus gestos no pueda percibir nada que le indique o le demuestre nuestro mutuo amor. Yo haré manifestaciones que pudieran resultarte adversas y hasta crueles según vea que convengan a nuestros asuntos o en caso de que se sospeche de nuestros amores. De cómo representes tu personaje en esta comedia dependerán todo el bienestar y la felicidad de esa vida nuestra».

1.5.649 «Nada temas de mí» le respondí «que nos perjudique a ti o a mí. Seré prudentísima y complacientísima contigo».

1.5.650 «¿Complacientísima?» preguntó. «Ahora lo sabré: quiero un beso».

1.5.651 «Te lo daré» le respondí.

1.5.652 «Quiero un morreo, no un beso» dijo.

1.5.653 «Lo tendrás» contesté.

1.5.654 «Quiero estrecharte» continuó.

1.5.655 «Te estrecharé entre mis brazos» le dije.

1.5.656 «Quiero el goce pleno».

1.5.657 Esta vez yo permanecí callada.

1.5.658 «¿Te has quedado muda, señora mía?» dijo. «¿Me niegas tal felicidad?»

1.5.659 «Usa de tus derechos, mendrugo,» le increpó Sempronia. «¿Quieres acaso que ella misma te suba al caballo? Me pondré junto al quicio de la puerta para que los criados, que saben que estás aquí y son retorcidos y de mala ralea, no vayan a hacer cábalas porque te hayas quedado a solas con Tulia».

1.5.660 Me acuciaba entretanto para que le permitiese liberarse de sus ardores amorosos entre

mis brazos y, cuando entendió que estábamos un poco más a cubierto de la mirada de Sempronia, me dijo:

1.5.661 «¿Qué te preocupa? Sempronia monta la guardia».

1.5.662 Me empujó con firmeza hacia el lecho y me pidió que me colocase en posición cómoda. Llevó mi mano a su picha y me rogó que se la cogiese.

1.5.663 «¿Por qué me obligas a esta guarrería?» le dije, 1.5.664 retirando la mano.

1.5.665 Se colocó sobre mí, que estaba tumbada, con la entrepierna despejada y esperando la aplicación de la punta de su dardo a mi rodela, la cual ni era blanca ni carecía de gloria. Bajóse él entonces los calzones, se aplicó contra mi pecho, apretó su vientre contra el mío y clavó su dardo.

1.5.666 «Ahora veremos si me amas» dijo.

1.5.667 «¿Y puedes dudar de que te ame» le repliqué «cuando estás envileciéndome con todas tus bajas pasiones?»

1.5.668 «Desempeña bien entonces tu papel, con generosidad y fortaleza».

1.5.669 «Así lo haré» le contesté.

1.5.670 Comenzó entonces a majarme violentamente, a lo que yo repliqué con contragolpes, levantando las trémulas nalgas y moviendo con gran agilidad la cintura. Fue él quien primero sintió el cosquilleo del gusto que se avecinaba, por lo que con vigorosos y persistentes meneos traté de contribuir a su incipiente placer. Luego yo misma sentí que dentro de mí se abría la fuente venérea de mis riñones.

1.5.671 «¡Ah, ah!» dije. «¿Por qué me maltratas? ¡Sigue, sigue, desfallezco!»

1.5.672 En ese momento se desbordó dentro de mí el dulce regalo que se hace a los folladores, el rocío venéreo.

1.5.673 «¡Pronto, pronto!» irrumpió Sempronia. «Oigo que Calias viene hacia nosotros».

1.5.674 Descabalgué inmediatamente al jinete sin que la cosa hubiese terminado por completo, pues al salir la polla de la concha cubrió el pubis con las gotas ardientes que destilaba. Pero poco después la misma Sempronia decía:

1.5.675 «No es nada, no es nada. No ha sido más que un ruido que me ha confundido».

1.5.676 No había terminado de decirlo cuando ya Lampridio estaba de nuevo sobre mí, volvía a ensartar la jabalina y recomenzaba la lucha.

1.5.677 «Me matas» le decía yo. «Retírate un poco …, vas a volverme loca …, voy a pedir ayuda a Sempronia …»

1.5.678 Manteníase él impertérrito y propinaba rápidos empujones, provocando nuevos acaloramientos míos y haciendo que la secreta fuente de Venus situada dentro de mis lomos destilase abudantes flemas. También él volvió a embadurnarme con su cosquilleante esperma y, si Sempronia no se nos hubiese acercado para poner fin

a la contienda, su inagotable concupiscencia le hubiese llevado a una tercera irrigación.

1.5.679 «¡Basta ya de juegos!» dijo. «No me asustan las asechanzas de los hombres sino las de la fortuna».

1.5.680 Abandonamos ambos el lecho y Sempronia puso gran cuidado en que ni la apariencia de mis vestidos ni el desorden del peinado o el desaliño general me acusasen de mi liviandad.

1.5.681 «¡Que tu corcel sea siempre tan veloz, Lampridio,» le dijo «como tú eres grande y destacado jinete!»

1.5.682 «No soy jinete» replicó él «sino esclavo y un esclavo por voluntad propia de una patrona, y no un corcel, que me lleva a la cumbre de la mayor voluptuosidad».

1.5.683 Así es como se realizaron nuestras primeras nupcias en casa de Sempronia y bajo su mirada, que había acogido nuestros amores nacientes como en su seno. 1.5.684 De ella recibí a mi

Lampridio, que también será tuyo, joven, agradable, educado, saludable, vigoroso, a quien ni el mismo Hércules superaría en fuerzas ni en riñones en este tipo de certamen. Vencería a Eneas en pecho y espaldas, pues su pecho es amplio y firme y sus espaldas muy resistentes al esfuerzo del que nosotras constituimos la victoria y el triunfo.

Octavia. 1.5.685 Sigue contándome, por favor, Tulia mía, estos enredos vuestros, cuya narración me deleita maravillosamente. Expón al menos las cosas más destacadas y el modo en que te trató durante los primeros días.

Tulia. 1.5.686 Ríete, boba. En su caso los últimos dias no se diferencian del primero. Se acalora igual, se consume igual y por igual desvaría por mi amor.

1.5.687 Ese primer día cenamos ambos con tus padres en tu casa. También cenó Calias, pero omitiré lo que hablaron entre ellos. Nosotros retornamos a nuestra casa. Calias estuvo hablando

mucho de Lampridio, diciendo que era una persona de gran humanidad y que se sentía inclinado a mantener con él una íntima amistad. Consideraba que el joven era honesto, mesurado y muy ingenioso.

1.5.688 A Baco le acompaña Venus. Cuando me vio desnudarme y la forma en que se proyectaban mis liberados globos mamarios (pues lo avanzado de la noche hacía que todo estuviese muy tranquilo), me tomó de la mano antes de que me metiese en la cama y me condujo al inspirador gabinete de arte que se encuentra junto a nuestra alcoba matrimonial.

1.5.689 «Este lugar» dijo «está santificado por Venus y por las Musas».

1.5.690 Con una mano levantó mis faldas y mi enagua mientras que con la otra cogía una picha larga, imponente, que estaba rígida y alegre como nunca hubo otra, y la llevaba hacia mi cripta.

1.5.691 «Saca la grupa hacia mí, Tulia mía» dijo.

1.5.692 Yo la arqueé y entonces con un empujón se introdujo en mis entrañas, tomó posesión de la totalidad del lugar y removió en él sus delicias por medio de movimientos frecuentes, irritándolo con nuevas comezones. Yo moví mis lomos de la misma manera, dándole contragolpes secos y frecuentes. Me agarró las posaderas con ambas manos y las atrajo y separó de sí con fuerza. Fui yo quien primero sintió los ardientes escozores de la Venus que se aproximaba; vertí mi lefa. Calias resultó contagiado por mi frenesí.

1.5.693 «Ya se desbordan mis venas, sigue, sigue».

1.5.694 Me moví de manera que resultasen excitados hasta los últimos espíritus seminales. Mi vulva trabajó a conciencia la agotada cánula marital hasta el colmo del placer, comprimiendo y exprimiendo la querida potra.

1.5.695 Una vez acabada la cosa, Calias dijo:

«Quiero que nos pongamos de acuerdo definitivamente sobre todos nuestros asuntos, señora mía, pues siempre serás mi señora».

1.5.696 «Yo también lo quiero» le contesté. «Querré lo que tú quieras y lo que me mandes evitar al punto lo rechazaré. Caigan el oprobio y el castigo sobre mí si por todo lo que me resta de vida no siento siempre como tú sientas. ¿Qué es lo que deseas, señor, que mi servidumbre te ofrezca?»

1.5.697 «Cierto es» dijo «que yo estoy convencido de que eres de lo más honesto y púdico, aunque las gentes digan que las letradas no son nada castas. Pero temo por tu virtud, si ni tú ni yo cuidásemos de ella».

1.5.698 «¿Qué acto o qué falta míos han podido sugerir tales ideas a tu espíritu, alma mía?» le pregunté. «¿Qué opinión tienes de mí? Pues ni siquiera discutiré la conclusión a la que hayas llegado».

1.5.699 «Quiero» dijo «que te pongas un cinturón de castidad. Si eres púdica, no te opondrás; si no lo fueses tanto, tú misma verás las razones que me hacen pensar así».

1.5.700 «Llevaré lo que tú quieras» le respondí «y, sea lo que fuere, lo llevaré contenta. La que ha nacido para ti será también tu mujer sin fisuras y se apartará de todos los demás, a quienes desprecio u odio. No le dirigiré la palabra a Lampridio; ni siquiera le miraré».

1.5.701 «No harás tal cosa» repuso. «Antes al contrario, quiero que actúes con él con familiaridad, pero honestamente, de modo que ni él ni yo tengamos motivo para quejarnos de ti; él, si le tratases con mayor severidad; yo, si lo hicieses con mayor liberalidad. Precisamente el cinturón de castidad permitirá que te relaciones con él de manera más desenvuelta, mientras que yo tendré plena seguridad frente a Lampridio».

1.5.702 Entonces tomó medidas del grosor de mi talle con una cinta de seda para determinar el tamaño que debiera tener el cinturón y luego con otra cinta marcó igualmente la distancia entre las ingles y los riñones. Una vez hecho esto dijo:

> 1.5.703 «Voy a esforzarme por dejar bien claro cuánto te estimo incluso en esto. Las cadenetas, que van envueltas en una funda de paño de seda, serán de oro, como lo serán la coraza y las bisagras, que además irán adornadas exteriormente con piedras preciosas. Y trabaja en ello el mejor orfebre de nuestra ciudad, que me debe muchos favores, por lo que se esforzará para que resulte un ejemplar excepcional de su arte. Así te honraré cuando parezca que te esté infiriendo una injuria».

1.5.704 Le pregunté cuánto tardaría en estar terminado tal cinturón. Me contestó que lo estaría en el plazo de quince días. Me pidió que hasta entonces no hablase con Lampridio para no atraparlo en mis redes, mientras que luego podría actuar

con él como bien me pareciese. Nos acostamos y esa noche me la metió tres veces; por tres veces vomitó en mi navecilla los copiosos borbotones del deseo, con gran placer para ambos.

Octavia. 1.5.705 ¡Oh tú, favorita de Venus, cuyo jardín regó la propia Venus con nueve polvos seguidos en tan corto espacio de tiempo! ¿Y pudiste participar tan fresca en las carreras de tales acróbatas?

Tulia. 1.5.706 Claro que pude; e incluso, como pareciese que el rocío amoroso era reacio a fluir por la gárgola marital cuando ya se aceleraba la carrera al final del último coito, me removí, me agité y propiné sacudidas tales que terminó destilando abundantemente, aunque de mala gana.

1.5.707 Sempronia vino a visitarme al día siguiente. Le conté todo esto para que se lo transmitiese a Lampridio, que poco después llegó en calidad de

… nuevo morador de nuestros pagos.

Octavia. [1.5.709] ¿Acaso tuvo acceso a ti ese día?

Tulia. [1.5.710] Ni ese ni los diez siguientes. Durante todo ese tiempo no intercambiamos ninguna familiaridad, pues veíamos fijos en nosotros los ojos de Calias e incluso los de los criados por mandato suyo.

… la lengua es la peor parte del mal siervo.

[1.5.712] Ya conoces la estupidez y la malignidad de este tipo de gentes.

[1.5.713] Pero dame tú un beso, pues no sé qué de tu cara me recuerda ahora los rasgos de un noble francés que, estando en Roma el año pasado, hizo explotar militarmente en mí su catapulta, mientras lo observaba Lampridio, que lo había organizado todo. Otros tres ayudantes que le fueron asignados, y que sudaron lo suyo jodiéndome, no me satisficieron tan maravillosamente, a pesar de ser fuertes y robustos.

Octavia. [1.5.714] ¿Qué portentos escucho? ¿Aguantaste a cuatro hombres, tú, tan tierna,

tan sensual? ¿No te deslomaste con tal número de jinetes?

Tulia. 1.5.715 Ya lo sabrás todo, pero ahora ¿quieres que mantenga el rumbo de la narración iniciada?

Octavia. 1.5.716 Lo quiero y te lo ruego.

Tulia. 1.5.717 Al día siguiente de que Lampridio viniese a nuestra morada dijo Calias que iba a marcharse a nuestra finca rústica de Ancona; ya conoces los encantos que ofrece y la magnífica casa que tiene. Lo anunció durante la cena y entonces Lampridio manifestó que le acompañaría con mucho gusto, si a él le pareciese bien.

1.5.718 «Pues me gustan mucho el aire libre y el campo abierto» dijo.

1.5.719 «Pues estando contigo» repuso Calias «nada podría resultarme más grato que el campo».

1.5.720 Fue así como estuvieron conviviendo durante siete días seguidos y Calias se acostumbró de tal modo a Lampridio que pronto le abrió

su alma por entero y le comunicó sus más recónditos pensamientos. 1.5.721 Una de estas veces Calias alabó mi inteligencia, mis costumbres, mi educación; dijo que resaltaba entre todas las mujeres especialmente por mi castidad.

1.5.722 «Pero no serás tan tolerante» le dijo Lampridio «que, si no quisiese vivir castamente, lo que espero que no suceda, no tomes medidas para que no pueda mancillarse. Bien está la confianza en la virtud de la esposa y en la integridad de los criados, pero lo más seguro es un candado. La esposa puede engañar, a los criados se les puede sobornar, pero la cerradura ni engaña ni se vende».

1.5.723 «Pienso como tú;» dijo Calias «hasta el punto de que el orfebre Estéfano esté fabricando un artefacto que será como una coraza exterior para el parapeto de mi Tulia».

1.5.724 «Llevas tus asuntos sabiamente» le replicó Lampridio. «Pues he de confesarte que quiero de todo corazón estar unido a ti por

un vínculo eterno de amistad. Pero, como todos somos suspicaces, me preocupaba que, si me comportaba desenfadadamente con tu esposa, lo que difícilmente puede evitarse, esto no te hiciese entrar en sospechas, que para ti serían incómodas y para mí ofensivas. Cuando la cierres con la llave, ya no tendrás nada que temer ni que sospechar. 1.5.725 Entre tanto permíteme que mañana retorne a la ciudad; volveré al día siguiente. Pero es que mañana le llegarán a mi banquero unas cartas que me envían desde Venecia en las que me explican los detalles de un asunto de importancia. Y ten en cuenta que cuando yo me ocupo de mis negocios estoy trabajando por los tuyos».

1.5.726 Volvió así tras diez días, con el encargo de Calias de que metiese prisa a Estéfano, al que debía entregar una carta, así como otra a mí.

1.5.727 «Pues para que veas» le dijo «que te considero como a otro yo mismo, te voy a confiar un gran secreto: mi mujer no quiere que

nadie sepa que dudo de sus costumbres, que tendrían que parecerme claras como el agua».

1.5.728 Cuando Lampridio entró en mi sala me encontró rodeada de mis mejores amigas, entre las que destacaba por su belleza y su atuendo Sempronia. Nos saludó a todas muy cortesmente y me entregó la carta de Calias. Luego me dijo que las cadenetas de oro y toda la pieza estarían listas dentro de tres o cuatro días.

1.5.729 Retornó más tarde, cuando ya estaba sola con Sempronia.

1.5.730 «Todo marcha bien, señora,» dijo. «Dentro de pocos días se aplicará un cinturón y una áurea puerta ornada con piedras preciosas a tu huerto, para que incluso tu castidad se enorgullezca de llevarla; de tal modo reluce y resplandece con ricas joyas».

1.5.731 A continuación nos la puso ante los ojos mediante una descripción detallada.

1.5.732 «Pero la llave» dijo «todavía no está fundida y, mientras entretenía al artífice con

varias historietas, logré hacer esta copia de cera de su molde. En el futuro nuestra vida en común se desarrollará felizmente, como tú nos deseaste, Sempronia».

1.5.733 Luego nos contó las astucias y las concesiones mediante las que consiguió la amistad íntima de Calias, de modo que nada podría estar ya más unido que sus almas.

1.5.734 «¡Qué afortunado eres» dijo Sempronia «por esta doble conjunción, la mejor que pueda darse en la vida, la de las almas con Calias y la de los cuerpos con Tulia! Amigo feliz, amante feliz, te has enriquecido con la plena posesión de ambos, que puedes poseer confiadamente. ¿Cuál de estas uniones te parece la mejor?»

1.5.735 «¿Lo dudas?» respondió él. «Que conteste la misma Tulia».

1.5.736 «Sería una vanidosa y una tonta» manifesté «si creyese que Lampridio pueda considerar que algo de lo que yo tengo sea

verdaderamente agradable o que en mí pueda encontrar el gusto del verdadero placer».

1.5.737 «Ya lo encontré» replicó él «y mi mente sería de piedra y mi corazón de palo si creyese poder obtener más frutos placenteros de Venus en cualquier lugar distinto de tus brazos».

1.5.738 «Terminemos con estas florituras de vuestra urbanidad» dijo Sempronia. «La cena nos espera. Hoy me quedaré a dormir contigo, Tulia, pues mi marido está fuera».

1.5.739 «¿Y qué dispondrás que se haga de mí?» preguntó Lampridio.

1.5.740 «No pretendo chafar tus anhelos» replicó Sempronia. «Todo acabará bien».

Octavia. 1.5.741 Y Sempronia durmió contigo, con Lampridio entre las dos. ¿Acaso os resudó a ambas?

Tulia. 1.5.742 Nada de eso. Pues cuando ya avanzada la noche empezó a manifestarse el sueño tras la cena, Lampridio se fue a su habitación.

En cuanto a Sempronia, ella misma se había colocado el cinturón de castidad y Victorio se había llevado consigo la llave a Verona, a donde iba por un pleito, agenciándose también a Giocondo como compañero de viaje.

1.5.743 Tal como habíamos acordado entre nosotros, Lampridio vino durante el primer turno de guardia y se aproximó a la cama por la zona más cercana a la pared, que era donde yo estaba.

1.5.744 «¿Qué quieres? ¿Quién es?» pregunté yo.

1.5.745 «Tuyo soy, señora».

1.5.746 Me dio un beso y al mismo tiempo se montó sobre mí, que estaba desnuda.

1.5.747 «Ahora es cuando voy a gozar de toda tu belleza con libertad y lascivia» decía.

1.5.748 Exploró mi vulva con la mano y rápidamente la ensartó con su inflexible dardo, enardecida de deseo como estaba desde el primer contacto, como el provocado por el trepador Marte sobre Venus. Finalmente, y para resumir en una

frase los placeres y los goces de aquella noche, llevó mi corcel a la duodécima carrera casi de un tirón.

Octavia. [1.5.749] ¡Oh, Venus! ¿Qué es lo que oigo? ¡Si Caviceo no ha llegado al tercer polvo más que apenas una noche!

Tulia. [1.5.750] Alguna que otra vez ha completado Calias la séptima carrera montando a mi jamelgo. Giocondo le hace a Sempronia ocho o nueve. Pero no hay por qué admirarse de Lampridio: una inagotable fuente venérea se esconde en sus riñones. Tú misma lo comprobarás la próxima noche.

Octavia. [1.5.751] ¿Mi madre dormía entre tanto o se la hizo partícipe de los jugueteos y entretenimientos?

Tulia. [1.5.752] La noche previa había sido magistralmente cepillada. El impulso pruriente de Victorio había arrancado de ella seis polvos aquella noche, pero es que además Giocondo la había colmado con sus dones tres veces por la tarde.

Octavia. [1.5.753] Y mientras tanto ¿qué se hizo de la infeliz Julia?

Tulia. [1.5.754] Te lo diré cuando sepa qué se hizo de la feliz Octavia después de que se la despojase de su virginidad. Pues me asusto al imaginarte en manos de Teodoro.

Octavia. [1.5.755] Haces bien en recordármelo, ja, ja, ja.

Tulia. [1.5.756] Veo que te ríes. ¿Se desvanecieron las promesas y no se rindió ningún homenaje a la virginidad subyugada, como dijiste?

Octavia. [1.5.757] No se desvanecieron en el aire, pero el dolor se convirtió en aliciente para los cosquilleantes deseos y en vía de acceso nada desdeñable a placeres agradabilísimos.

Tulia. [1.5.758] Del mismo modo que el dolor constituye la frontera del placer, así el placer la constituye del dolor.

Octavia. [1.5.759] Cuando llevaba tres días acostándome con Caviceo, mi madre me recordó los

propósitos y la promesa que había formulado ante Teodoro.

1.5.760 «Debes unos funerales a tu virginidad» me dijo. «Merece tales honores quien te acompañó de manera tan elogiable y encomiable hasta estos mismos momentos».

1.5.761 «Lo recuerdo, madre,» le respondí «y cumpliré del modo que quieras la promesa que formulé».

1.5.762 ¿Qué más puede contarse? Fuimos a ver a Teodoro, que nos mandó volver por la tarde, cuando el sol comenzase a declinar hacia el ocaso. Así lo hicimos. Me introdujo en un cuartito del fondo del edificio, cerró las puertas y echó el pestillo diciendo:

1.5.763 «No tienes nada que temer, hija mía, de las miradas ajenas, pues me eligieron prior de este lugar y todo lo realizaremos sobre seguro».

1.5.764 Luego me echó un sermón con la finalidad de dar firmeza y entereza a mi ánimo. Mientras él hablaba yo tenía baja la cabeza y fijos los ojos en el suelo y de tal modo me preparó con tal arenga para soportarlo todo que, si me hubiese mandado morir, hubiese afrontado el suplicio con rostro alegre. Observa, Tulia mía, con qué habilidad fascinó mi mente. Una vez que me vio dispuesta a hacer todo lo que quisiese me dijo:

> 1.5.765 «Tu madre te precederá también en este estadio de austera santidad para darte ejemplo».
>
> 1.5.766 «No es en absoluto necesario» respondí yo. «Puesto que yo fui quien consintió voluntariamente que se asesinase a mi excelsa virginidad, dirige contra mí tus iras, santo varón».
>
> 1.5.767 «No toleraré» intervino mi madre «que tú sola sufras estos tormentos, puesto que también yo presté mi consentimiento a ese asesinato».

TULIA. 1.5.768 ¡Qué porfía tan noble, por cierto!

OCTAVIA. 1.5.769

1.5.770 «Está bien» cortó Teodoro. «Pronto veré cuál de las dos dispone del pecho más generoso. Prepárate, Sempronia».

1.5.771 «Ayúdame a colocarme, hija,» me pidió mi madre «para que cumpla lo antes posible con esta virtuosa ceremonia».

1.5.772 La liberé de sus vestidos, la capa y la túnica. Ella misma se subió las enaguas por encima de la cintura y se colocó de rodillas ante el altar, diciendo:

1.5.773 «No tengas consideración con mis impuras carnes, santo varón; limpia a zurriagazos el terreno de mi lujuria».

1.5.774 «Dame entonces el instrumento de tanta piedad» repuso Teodoro.

1.5.775 «¡Claro!» dijo ella. «Se me ha olvidado sacarlo del bolsillo de la capa».

1.5.776 Entonces se inclinó hacia el lado izquierdo para buscarlo, lo que me permitió ver a

plena luz toda la disposición de lo más recóndito de su cuerpo. Sus nalgas eran blanquísimas y se precipitaban hacia una comodísima protuberancia venérea. Los muslos eran gruesos, pulidos. La naturaleza no hubiese podido moldear nada más perfecto ni más hermoso.

Tulia. 1.5.777 ¡Nada dices de tal parte!

Octavia. 1.5.778 Yo estaba de pie tras ella, de modo que no tenía muchas posibilidades de verla; pero la vi.

1.5.779 Una vez el látigo estuvo en sus manos, Teodoro la dijo que se alegrase. Entonces empezó a mascullar no se qué fórmulas, como si entonase una letanía, mientras los latigazos castigaban los flancos, el culo y los muslos de ella. Hubo una pequeña tregua y Teodoro le dijo:

> 1.5.780 «Dobla tu cuerpo y baja lo más que puedas la cabeza para que también ese sitio cuyo envilecimiento te obligan a sufrir los preceptos matrimoniales reciba el castigo que merece».

1.5.781 Al doblar la cintura, la grupa se proyectó hacia arriba y quedó patente la horcajadura. Fijé allí mi mirada. El lugar estaba cubierto de pelos oscuros, crespos, no demasiado largos. La raja estaba entreabierta y era larga y rubicunda. Allí cayó al momento una enorme tunda de azotes sobre la infame crica.

1.5.782 «¡Ay, ay, ay, desfallezco, para un poco!» dijo ella. «Me lastimas más de lo que puedo soportar».

1.5.783 «Estás loca, Sempronia» repuso Teodoro.

1.5.784 Y al decirlo le aplicó unos azotes fortísimos. Ella empezó a llorar y a gemir, pero mantuvo su cuerpo inmóvil en la misma posición.

1.5.785 «Levanta ahora el pecho» requirió Teodoro.

1.5.786 Así lo hizo ella y enseguida, levantando sus enaguas por encima del ombligo, puso al descubierto su vientre, los muslos separados y la parte anterior de su cuerpo. Yo me quedé atónita

viéndolo, pero entonces el santo verdugo cambió de posición, colocándose a la derecha de la miserable …

TULIA. 1.5.787 ¡El carnicero siempre dispuesto a descuartizar! ¿Qué más buscaba que alimentase tan desbocada crueldad?

OCTAVIA. 1.5.788 Escucha. También él fijó su mirada de reojo en tal parte, pero en cuanto la vió abierta y preparada, sin dilación empezó a sacudirle gran cantidad de latigazos a tres o cuatro dedos[1] bajo el ombligo en los primieros momentos de la flagelación.

1.5.789 «Sacude más arriba» pidió ella dando un gemido.

1.5.790 Dirigió él entonces una galerna de golpes más hacia la parte inferior del vientre, a los muslos y a la entrepierna, de manera que las abundantes lágrimas que manaban de sus ojos

[1] Unos 6 a 8 cm.

diesen testimonio del tormento que estaba sufriendo la desgraciada. A esta tempestad le siguió una tormenta más serena sobre la miserable y por último cesó la lluvia de golpes. Ella besó el suelo y volvió a vestirse, tras de lo cual se dirigió a mí diciendo:

1.5.791 «Ahora, hija, te toca a ti el turno; ocupa estos reductos de fortaleza que yo abandono».

1.5.792 Me aflojó las vestiduras y, una vez caídas a mis pies, me subió las enaguas muy arriba por todo el derredor de mi cuerpo, de modo que quedaron manifiestas a los ojos y al látigo de Teodoro las partes anteriores y posteriores del mismo.

1.5.793 «Muéstrate fuerte, hija,» me dijo. «Tú misma percibirás los goces que sucederán a estos padecimientos momentáneos y que nacerán en el interior de tu pecho y no voy a describírtelos yo con palabras. Ponte de rodillas».

1.5.794 «Cómo me gustaría» le dije «que tú misma oficiases esta ceremonia, madre, para purificarme. Los latigazos que me propinases los soportaría como lo hiciste tú, con constancia y fortaleza».

1.5.795 «Pero no puede ser así» replicó. «Estás sometida a Teodoro como lo estoy yo misma. Pero ¿quieres que te ate las manos?»

1.5.796 «Lo quiero» contesté.

1.5.797 Y, tal como lo quise, se me ataron, de modo que no pudiese contar con ellas para defenderme ni para rebullirme.

Tulia. 1.5.798 Y mientras tanto los ojos de Teodoro se alimentaban con la flor de tu hermosura.

Octavia. 1.5.799 Acercó enseguida su boca a mi oído y me susurró que actuar y sufrir con valentía era propio de los espíritus generosos.

Tulia. 1.5.800 Eso es lo que dijo Tito Livio que *era propio de romanos, realizar y aguantar grandes cosas*.

Octavia. 1.5.801

1.5.802 «Quiero comprobar si superas a tu madre en fortaleza» dijo Teodoro dirigiéndose a mí. «Si no dijeses una palabra, te llevarías la palma».

1.5.803 Luego acarició cada una de mis nalgas con la palma de su mano, tras de lo cual, con las uñas de un par de dedos me cogió un pellizco de la piel como con unas tenazas y lo retorció con fuerza. Pero yo me mantuve callada, conteniendo el aliento y apagando un gemido en el fondo de mi pecho. A continuación, y tras haber cubierto todo mi pubis hasta el perineo con mano acalorada y ardiente, me cogió, también con la punta de los dedos, unos cuantos pelos del vello púbico y tiró de ellos rápidamente. A pesar de lo cual no di el menor indicio de que sintiese dolor.

Tulia. 1.5.804 ¡Qué valiente eres, Octavia! ¿Qué sería de Catón comparado contigo? ¿Y tu madre no fue objeto del mismo tipo de suplicio?

Octavia. [1.5.805] Teodoro se dirigió a ella diciéndole:

[1.5.806] «Súbete las vestimentas, Sempronia.
Muestra esa víbora tuya».

[1.5.807] Ante esta admonición ella ofreció rápidamente su culo desnudo, donde él clavó las uñas. Ella se estremeció y levantó una pierna, movida por el dolor, pero no dijo nada.

Tulia. [1.5.808] Esta debe de ser la primera parte del cuento. Otras son las cosas que espero del barbado censor.

Octavia. [1.5.809] Levantó ella faldas y camisa por donde se escondía la buena parte, descubriendo a Teodoro un pubis hermoso, pulido, níveo y ofreciéndole un campo venéreo recubierto de un vello que, como ya te he dicho, era denso, rizado y encantador. El cogió un mechón, jugueteó con él y luego lo arrancó violentamente.

Tulia. [1.5.810] ¡Que cosa tan chusca y tan prometedora de travesuras no tan inocentes!

Octavia. 1.5.811 El dolor la hizo rechinar los dientes, pero no profirió palabra ni gemido.

Tulia. 1.5.812 Va siendo hora de finalizar este relato.

Octavia. 1.5.813 Fui vapuleada; el látigo se incrustó en mis carnes, pero no salió palabra de mi boca ni gemido de mi pecho que demostrasen flojera.

1.5.814 Luego volvimos a nuestra casa. ¡Ja, ja, ja! Ya estábamos casi a la puerta cuando me dijo mi madre:

> 1.5.815 «¿Cómo te encuentras, hija?»
>
> 1.5.816 «Estoy dolorida, madre» le respondí.
>
> 1.5.817 «Dentro de un momento» me contestó «desaparecerá el dolor ante las delicias del placer que se avecina. Yo ya siento como si unas hormigas me recorriesen el trasero y los muslos. ¿No sientes tú también como una comezón ardiente?

1.5.818 «Así es en efecto» le dije. «Me corretean bajo la piel los innumerables cosquilleos de un mal desconocido, más punzantes que agujas, y me siento arder».

1.5.819 «Todo ello, sea lo que fuere, se convertirá en fuente de placer inagotable» concluyó, 1.5.820 llevándome a mi habitación. 1.5.821 «Túmbate en la cama» me dijo «y finge un malestar que no tienes; enseguida te mando a tu Caviceo. Pero quiero que luego me des cuenta del juego al que os entreguéis».

1.5.822 Poco después de que se marchase vino a mi lado Caviceo. Tumbada como estaba en el lecho, me abrazó, me cubrió de besos y con sus caricias me incitó al goce.

1.5.823 «He oido que te sientes mal» me dijo.

1.5.824 «Y estoy fatal» le respondí «pues he oido que estás enfadado conmigo. ¿Qué error o delito contra ti he cometido?»

1.5.825 «Estás libre de toda falta por lo que a mí respecta, corazoncito» me contestó. «Hasta ahora me has colmado con los mayores goces y entre tus brazos descubrí la máxima felicidad. Sería un miserable si me quejase de ti, de aquélla precisamente en la que mi polla ha encontrado todas las delicias y todas las satisfacciones del amor».

1.5.826 Diciendo esto sacó de su bragueta la pija y me pidió que llevase mi mano a la que se estaba inflando. Poco después se metió en la cama y, quitándose las calzas y descubriéndome a mí el vientre hasta la cintura, se echó sobre mí. Inmediatamente metió la lanza y, nada más dar el primer empellón, fluyó una larga y abundante lluvia venérea de mis flancos. 1.5.827 Que me muera, Tulia mía, si mis sentidos encontraron nunca cosa más agradable que ésta. Para decirlo brevemente: en este polvo sacrifiqué tres veces a Venus en

medio de una conmoción continua, habiéndoseme abierto un abismo insondable hacia la consecución de los goces supremos. [1.5.828]Hasta tal punto que, cuando Caviceo alcanzó la meta, no extinguió mi deseo al verter el agua de su lluvia dentro de mí, sino que lo reavivó. Al bajarse de mí, mis ojos le hicieron comprender que yo seguía consumiéndome. Llevó entonces su mano a mi jardín y, gracias a sus toqueteos, descargué otra vez en un vano remedo de jodienda.

Tulia. [1.5.829]Lo cuentas maravillosamente. Pero no hay nada nuevo en estos temas. Pues los zurriagazos que se dan provocan que se desprendan de todas las partes del cuerpo que suelen conducir a los órganos sexuales una especie de enormes cohortes de espíritus jocosos, vigorosos y chispeantes que luego vuelan espontáneamente hacia nuestras partes, hacia la vulva y los vasos espermáticos, a los que son tan conformes. De ahí provienen la comezón y el ardiente deseo venéreo.

1.5.830 Fíjate incluso en lo que puede que te parezca un milagro. Nuestra duquesa Leonor, tan noble por su elevada cuna, de tan deslumbrante belleza, tan excelsa en dotes de cuerpo y alma, debe su fecundidad a los zurriagos. 1.5.831 Su marido, el duque, moría por la joven, pero no procreaba con ella al heredero que tan intensamente deseaba. Se probó todo lo que el arte y la industria recomiendan, no se excluyó ningún experimento; no se obtuvo resultado alguno de tan ilusorios arte e industria. 1.5.832 Por consejo de un árabe fue azotada Leonor un día por mano de su propia madre, como tú lo has sido. Hasta entonces no había obtenido ningún placer de Venus. Pero, tan pronto como la catapulta del duque le disparó luego, sintió una turbación intensísima. 1.5.833 Algunos días después los latigazos volvieron a irritar sus lomos, su grupa y sus muslos para incitarlos a Venus. Poco faltó entonces para que desfalleciese bajo las acometidas de su marido al venirle el gusto, terminando por deshacerse en un efluvio

admirable. En fin, poco tiempo después, tras haber vuelto a someterse a este tipo de aliciente, recibió con gran placer a su marido y los salaces borbotones de su tieso rabo. Resultó impregnada y su matriz está preñada.

1.5.834 Y se dice también que nuestro paisano el marqués Alfonso, a quien los latigazos incitan a la pelea, es de otro modo pacífico y desganado. Manda que se le martirice el culo con las vergas y se le vapulea tremendamente; mientras tanto su mujer se tumba boca arriba en el lecho. Cuando se le vapulea, se le pone tiesa y, cuanto más violentos son los golpes, más vehemente es la lujuria. Cuando considera que el arma está preparada, se lanza contra la yacente y, aplicándola movimientos rapidísimos, inunda a la sometida con los dones celestiales de Venus y experimenta todos los goces que pueden recibirse de Venus.

Octavia. 1.5.835 La verdad es que, si tú misma lo probases, creo que te quedarías tan asombrada como no puedo ni imaginar.

Tulia. [1.5.836]Cierto es que no lo he probado nunca, pero lo haré y precisamente la próxima noche. Pues quiero que tú goces con los abrazos de mi Lampridio, que hace ya ocho días que mantiene un ayuno de Venus, encontrándose como está en el campo con Calias. Pero me ha hecho llegar una carta en la que anuncia que vendrá mañana. Calias quiere que yo me reúna con él, pues le retienen allí no sé qué asuntos de los que no puede librarse.

Octavia. [1.5.837]Ya veremos. Pero te has olvidado de contarme lo que supiste por mi madre de las bodas de Julia, cuando se la desfloró.

Tulia. [1.5.838]Helo aquí. [1.5.839]Ya sabes que la boda fue casi clandestina. Tu padre estaba de viaje, no asistió ningún pariente y todo se desarrolló en el interior, como se lee en los textos antiguos, sin que nadie lo viera. [1.5.840]Pues antes de que Sempronia condujese a la recién casada al lecho conyugal, para someterla al semental, llenó su crédulo espíritu de consejos malignos. Ya verás

lo que le dijo, lo que le ordenó hacer y decir y lo que en todo caso dijo e hizo la tonta de ella.

1.5.841 Giocondo subió a la habitación de Julia, donde había de ponerse en ejecución la cosa, y, con sus fuerzas agotadas por Sempronia, se preguntaba si las viriles armas conservarían suficientes ánimos para el enfrentamiento. 1.5.842 Vino entonces Sempronia y desató el cíngulo de Julia, diciendo:

1.5.843 «Sin duda quiero desnudar con mis propias manos a Julia para ti, Giocondo».

1.5.844 Desnudó a la muchacha con sus manos, dejándole la camisa, que apenas velaba las vergüenzas de la mirada de Giocondo. Enseguida se marchó Sempronia, diciendo:

1.5.845 «Os dejo a vuestro albedrío. Ocupáos de vuestras cosas».

1.5.846 Se metió en el cuarto de al lado, desde el que podía verse todo lo que pasaba en éste, pues la puerta tenía una grieta entreabierta, como la tenía Julia.

1.5.847 Julia se arrojó inmediatamente a los pies de Giocondo, como se le había enseñado, diciendo:

1.5.848 «No te daré problemas y complaceré todos tus deseos mientras viva; si no fuese así, castiga a la culpable».

1.5.849 Dióla él un beso y la hizo ponerse de pie.

1.5.850 «Quítate también la camisa, corazoncito» le dijo.

1.5.851 Pero viendo que ella se ponía completamente colorada, desnudó él mismo a la confusa y temblorosa muchacha. Una vez la camisa en el suelo, la reclinó boca arriba en el borde de la cama. Acarició sus tetas y las cubrió de besos: eran pequeñas, duras, redondeadas, blancas, restallantes. Luego paseó su mirada por el pecho, el vientre, los muslos y enseguida concentró su pensamiento y su atención en el jardincillo de Venus. Cuando la joven sintió que aquella parte suya era estirada, apretada, se separaban sus labios o se metía el dedo en ella sin miramientos, exclamó:

1.5.852 «¡Ay, ay, ay!» mezclando gemidos y suspiros con los gritos.

1.5.853 «Ahora» dijo Giocondo mostrándole la cama «colócate en este campo de nuestro desafío. ¡Oh miembros maravillosos que me inflaman de deseo!»

1.5.854 Ella, obediente, se metió en la cama. Ante tal espectáculo el vicioso rabo comenzó a enardecerse y a hincharse. Giocondo se tumbó al lado de la muchacha. Inmediatamente Julia colocó una almohada bajo sus nalgas sin que nadie se lo hubiese pedido, se abrió de piernas todo lo que pudo y, para que te rías, ella misma echó mano al pene varonil. Púsose él a reir y dijo:

1.5.855 «¿Qué significa esta desusada apariencia de Venus? ¡Adelante, pues!»

1.5.856 Y, dicho y hecho, se situó boca abajo entre las piernas de la joven. Ella no soltaba el clavo de la mano y orientaba hacia sí la ruta de la encabritada pija, apoyando de buen grado la lanza sobre su fisura. Luego dobló tanto las

piernas que los talones le tocaban el culo. Así se compuso a sí misma para la jodienda. Cuando Giocondo sintió que la punta de la cabeza de la polla estaba ya metida entre los belfos, dijo:

1.5.857 «Retira ya la mano, que yo me ocuparé del resto».

1.5.858 Al punto Julia colocó sus manos sobre la cintura del jinete y le estrechó con gran fuerza. Pero Giocondo, cuya polla estallaba de lujuria, hincó la jabalina con todas sus fuerzas hacia el fondo, abriéndose camino violentamente por donde hasta entonces no había transitado ninguna concupiscencia. Ella pegó un grito, pero no cambió la postura de su cuerpo ni un ápice y a la tercera o cuarta embestidas la ardiente y feliz picha se metió hasta lo más recóndito de las sagradas capillas de Venus.

Octavia. 1.5.859 ¿Percibió Giocondo en la virgen el ornato de la castidad ilesa? ¿Notó que no estaba contaminada por revolcón alguno?

Tulia. 1.5.860 Lo percibió como suelen hacerlo los hombres, que en las primeras refriegas se limitan básicamente a confíar en la virginidad de las vírgenes.

Octavia. 1.5.861 Pensaría que el hecho de que Julia se dispusiese por sí misma a la realización de la cosa era un fraude que se le hacía.

Tulia. 1.5.862 No le costó mucho a Giocondo darse cuenta de que esas artes provenían de Sempronia. Y tras haber consagrado a Julia como mujer suya en este primer polvo, le preguntó:

> 1.5.863 «¿Quién hubiese pensado, Julia mía, que fueses tan experta? Me has dejado admirado de tu ingenio cuando te pusiste la almohada bajo las nalgas, cuando incluso te aplicaste mis armas, mediante las que ibas a aniquilar tu inocencia, cuando me has abrazado, cuando has movido la grupa tan rapidamente y agitado y alzado los riñones o cuando has dado muestras de gozar mediante tus suspiros y jadeos: *¡ah! ¡ah!*»

1.5.864 Pero ella se mantenía callada.

1.5.865 «¡Vamos, vamos!» prosiguió Giocondo «explica lo que se oculta tras tu silencio».

1.5.866 «No me atrevo,» replicó Julia «pero todas estas cosas, según me han dicho, son las que deben hacerse y las que hacen incluso las más castas, como soy yo».

1.5.867 «¿Y quién fue quien te dijo que solían hacerse» continuó Giocondo.

1.5.868 «No trates de conseguir de mí que te lo diga» repuso Julia.

1.5.869 «Pues realmente quiero que me lo digas» insistió él; «si no lo hicieses, no te consideraré tan pura como dices ser».

1.5.870 «Pero te ruego que no le digas nunca a nadie más» añadió Julia «lo que quieres que te diga a ti. Fue Sempronia quien me advirtió de que eran oficio y obligación míos ofrecerme así ante ti y me obligó a prometer bajo juramento que así lo haría».

1.5.871 «Muy bien» concluyó Giocondo. «Ten cuidado también tú de que no sospeche que me has revelado este secreto».

1.5.872 Mientras tanto Sempronia estaba viéndolo y oyéndolo todo, cosa que ambos ignoraban.

Octavia. 1.5.873 ¿Y con qué propósito engañó a la crédula joven con consejo tan malintencionado?

Tulia. 1.5.874 Es indudable que esperaba que ello hiciese que las costumbres de la muchacha le resultasen sospechosas a Giocondo por su excesiva desenvoltura. Aunque hasta ahora no les ha dicho ni una palabra a ninguno de los dos sobre este asunto.

Octavia. 1.5.875 Pero todavía no has terminado la narración que comenzaste.

Tulia. 1.5.876 Tan pronto como la gruesa y endurecida picha rellenó las entrañas de la chica, introducida en ellas hasta los cojones, Julia gimió:

1.5.877 «¡Me martirizas! ¡Para, para!»

1.5.878 Mas él siguió acometiéndola con acerbas embestidas. Como empezase a dar empellones con mayor vehemencia todavía, Julia dijo:

> 1.5.879 «¡Oh, oh! Me muero de gusto. ¡Sigue, sigue! ¡Empuja, dale más fuerte, mete el chuzo más a fondo!»

OCTAVIA. 1.5.880 ¡Ja, ja, ja!

TULIA. 1.5.881 Precisamente esto era lo que le habia aconsejado Sempronia:

> 1.5.882 «En cuanto sientas, Julia, que te acomete el más mínimo cosquilleo en esos sitios, da muestras de sentir un placer todavía mayor del que sientas realmente. Acucia a tu marido con palabras, besos, suspiros y contorsiones. Si no lo hicieses, te consideraría estúpida e insensible, lo que no querría yo que sucediese por el cariño que te tengo».

1.5.883 Esta es la razón de que al primer resquemor la joven íntegra, pero en cuyas entrañas ardía una ingente cantidad de semilla generatriz, empezase a mover el culo y a devolverle los golpes

a Giocondo con toda la fuerza de que era capaz, proporcionándole un placer increíble. Y el deleite de la propia Julia no fue menor, ya que a causa de los abundantes y coordinados culetazos sintió pronto que se disolvía en una inundación venérea.

1.5.884 «¡Ay, ay, ay!» exclamaba. «¿Qué es esto? ¿Qué es lo que siento? Me muero».

1.5.885 Tras decir esto se calló, como desvanecida, gimiente, trémula. Giocondo echó mano a los bajos de la moribunda y, sacando su pene de tal modo que no quedase dentro más que la cabeza, lo encontró embadurnado de escurridizas flemas venéreas, sin que él hubiese vomitado hasta entonces en lo hondo de las entrañas de Julia los esputos de su apasionamiento. Entonces empujó la tranca, golpeó, apretó, pero ella seguía sin moverse. Se detuvo un momento para preguntarle, acariciándole los rosados labios con besos:

1.5.886 «¿Qué significa realmente este estupor tuyo, Julia?»

1.5.887 «De verdad que estoy muerta» le respondió ella. «Me has proporcionado tanto goce que no creo que pueda añadirse nada más al cúmulo de mi felicidad, nada en absoluto».

1.5.888 Reanudó él entonces las embestidas.

1.5.889 «Ya no estoy en mí» decía ella; «estos restregones me transportan a los cielos».

1.5.890 Y ella misma comenzó a agitarse de nuevo y a empujar y a saltar hacia arriba, hasta que se sintió regada por dentro con una lluvia ardiente.

1.5.891 «¡Ah, ah, ah!» exclamaba. «¿Qué es realmente esto?»

1.5.892 Giocondo atrajo hacia sí el culo de la muchacha con ambas manos y rápidamente ella levantó pubis y cintura. Mientras tanto el ardiente serpentín de Giocondo seguía destilando en su concha. La entró tal frenesí que, cuando el prolífico jugo empezó a manar más pausadamente,

echó mano al dardo viril y lo apretó, lo exprimió y lo friccionó para no perderse lo más mínimo de tan dulce presente. Comprimió suavemente sus huevos, como si los arrullase, y escurrió su chorra con tal perfección que no soltó ni una gotita cuando por fin se la sacó de su vaina.

Octavia. [1.5.893] ¡Y a pesar de tan larga contienda la delicada niña no quedó derrengada! Pero es que el amor reponía sus fuerzas y el placer es el caudillo del amor.

Tulia. [1.5.894] Julia pudo recrearse todavía con otra coyunda antes de que amaneciese. Pero la verdad es que esa primera valió por dos o tres. La otra, como ella misma confesó, infundió en sus venas una sensación de goce mucho menor. Pues al sexto o séptimo aldabonazo, cuando Julia apenas empezaba a enardecerse con el escozor naciente, se desbordó el río de los riñones de Giocondo y vertió la pus venérea, de modo que ella no pudo llegar a la meta.

Octavia. [1.5.895] Y, como dijiste, a la noche siguiente Giocondo se corrió otro par de veces en sus brazos.

Tulia. [1.5.896] Pero sin que tuviese derecho a ella más que tras haber pagado el tributo debido al coño de tu santa madre. De modo que ella no ha degustado los riñones íntegros de su marido más que un par de veces e incluso eso sucedió un mes más tarde.

Octavia. [1.5.897] Pues, exprimido por mi madre el jugo venéreo en los achuchones previos, lo que quedase habría que considerarlo más bien como posos y desechos.

Tulia. [1.5.898] Al mes siguiente de la boda le dijo Giocondo a Sempronia mientras bromeaba con ella:

[1.5.899] «¿Quieres convertirme en padre, señora?»

[1.5.900] «Eso quiero» respondió ella.

1.5.901 «¿Y cómo podré hacerlo» repuso «si no me dejas sembrar la gleba de Julia con simiente abundante y vigorosa? Permite que se la meta tres veces seguidas y vierta en lo profundo de su seno los chorros cupidíneos intactos. La pobre ya ha sufrido suficientes malos tratos, cosa que no ignoro. Pues sé cómo castigó Teresa, tu cuñada, a la pobre inocente sólo porque tú la consideres más viciosa de lo que es».

1.5.902 «Lo consiento» respondió Sempronia «pero únicamente con la finalidad de que la preñes. La leche que se acumule en tus riñones en estos próximos ocho días quiero que la desparrames mediante tres polvos echados durante la misma noche, deshaciéndote en los brazos de tu diosa».

1.5.903 Y así fue como a la octava noche de aquel día, una vez abierto el cinturón de castidad y quitada la valla de la entrada de la joven, regó con toda libertad y con fértil lluvia el huerto

de la muchacha. Sempronia piensa desde entonces que el útero de Julia concibió, pues algunos de los síntomas del embarazo se manifiestan ya en su aspecto y en sus náuseas.

Octavia. [1.5.904] Que me muera si no odie por siempre a Teresa, que mortificó con tan indigno tormento a una chica de tan buena condición.

Tulia. [1.5.905] Que me muera yo también si no imputase a tu madre la perversidad de tal castigo. Pues tan pronto como se convenció a sí misma de que la joven ardía de pasión y de deseo venéreos fue a ver a Teresa. [1.5.906] Le manifestó que estaba preocupada por la virtud de Julia, que sospechaba que era poco virtuosa; que necesitaba de una medicina fuerte, que la redujese al papel de una buena madre de familia; que era necesario protegerla de los ardores y de las insidias de la adolescencia. [1.5.907] Teresa le pidió que se la enviase. Así lo hizo, pero previamente le quitó el cinturón de castidad, que quedó en poder de Sempronia para su custodia.

1.5.908 Teresa recibió a su alumna con rostro alegre y envió una carta a Giocondo en la que le pedía que la dejase con ella durante tres días, pues quería gozar plenamente de la compañía de la muchacha, a la que había criado y enseñado y de la que ahora llevaba tanto tiempo alejada. Tras muchas exhortaciones le preguntó a Julia si quería probar que era purísima y que lo era verdaderamente. Ella le respondió que sí quería.

1.5.909 «Entonces» le dijo «durante estos tres días mortificarás tu cuerpo con el ayuno y permitirás que te azote».

1.5.910 «Haré lo que quieras» le respondió Julia. «Consideraré beneficioso para mí todo lo que tú decidas».

1.5.911 El primer día la azotó, pero muy levemente; el segundo de modo tremendo y al tercero no tanto. Corregida de esta manera, la envió de vuelta a su domicilio a la caída del sol.

1.5.912 Sempronia no estaba en casa, pero sí Giocondo, quien, cuando vio aproximarse a su

adorable mujer, corrió a sus brazos. Riendo le dijo ella:

1.5.913 «Retorno como corresponde a una mujer casta, con gran deseo de ti».

1.5.914 Tras una breve charla la llevó hacia la cama. Ella le contó todo lo que le había sucedido. Giocondo lamentó la suerte de la infeliz, la consoló y prometió que en adelante vigilaría con más cuidado para que no se la infligiese ninguna humillación ni ningún otro dolor. 1.5.915 Luego la besó y, al meter la mano bajo las faldas, descubrió con alegría que la virtud no estaba vedada a sus deseos por el cinturón. La tumbó boca arriba en la cama y por medio de tres revolcones completos la hizo apartar de su cabeza el recuerdo de los tres días y de los dolores sufridos.

Octavia. 1.5.916 ¿Se enteró mi madre? ¿No se enfadó con Giocondo?

Tulia. 1.5.917 No se enteró de nada. Ni siquiera la entraron sospechas. Pues, poco antes de que retornase a casa, Giocondo se largó y, cuando

volvió luego, saludó a su esposa como si no la hubiese visto durante los tres últimos días.

Octavia. 1.5.918 ¡Pero no dejaría de saludar a mi madre!

Tulia. 1.5.919 Ella le dijo a Julia que había unas cosas que Giocondo tenía que comunicarle sobre un negocio que le había encargado. Salidos ambos, se dirigen a la habitación de Victorio, habiéndole dicho a Julia que esperase la vuelta de su marido.

> 1.5.920 «¿Crees acaso» le dijo Giocondo «que quiero anteponer los abrazos de mi Julia a los tuyos? Quiero verter en ti todo el deseo que tengo».

1.5.921 Se besuquean, se manosean, se empina. Ella misma se quita las ropas y la camisa, como suele hacer. Abraza a quien se encuentra frente a ella agitando su dardo y, cayendo sobre el lecho, se dirime la pugna. Mete él la punta

de la lanza en las entrañas de un solo golpe. Lo único que cabe ya decir es que se concluye el asunto.

1.5.922 Luego Giocondo volvió junto a su mujer acompañado de Sempronia. Julia estaba sentada al borde de la cama y Giocondo se dirigió a ella con estas palabras:

> 1.5.923 «Quiero, Julia, que esta dueña nuestra te conozca tal como eres, tan casta y púdica. Quiero también que vistas de sus manos este cinturón de castidad; así dispondrás de un garante de la decencia que a ti y a mí nos conviene que tengas».

1.5.924 Sempronia alabó la virtud de Julia y el buen ánimo con que se sometía a esto. Pero lo cierto es que la parte juguetona de Julia fue puesta entre rejas.

1.5.925 En cuanto a la tuya, Octavia, la próxima noche sabré si es tan apta para todos los juegos

que Venus domina como parecida eres tú a ella por tu aspecto y tus encantos.

Octavia. [1.5.926] Espero actuar de manera que no dudes más y que la gran concupiscencia de Lampridio me perciba como fuente de dulcísimos goces.

1.6.0 COLOQUIO SEXTO

Advocaciones

Octavia, Tulia,
Lampridio, Rangonio.

OCTAVIA. 1.6.1 Con tu provocadora charla has persuadido a lo más íntimo de mis tuétanos de lo deliciosos que serán los placeres de esta noche.

TULIA. 1.6.2 Pues la verdad es que serán el doble de grandes de lo que haya podido prometer a tu procaz concupiscencia, por mucho que prometiese.

OCTAVIA. 1.6.3 Tienes razón, puesto que Lampridio vendrá con Rangonio y ambos lucharán con nosotras.

TULIA. 1.6.4 Uno y otro pelearán exclusivamente contra ti.

Octavia. [1.6.5] ¡Venga ya! No tardarían mucho en desjarretar mi jaco jinetes tan obstinados como estos.

Tulia. [1.6.6] ¡Venga ya tú, tonta! Tú sola darás buena cuenta de los dos y, tras probarlo, reconocerás que no hay heroína que te supere.

Octavia. [1.6.7] No lo haré, prima, no lo haré. ¿Tan viciosa me consideras? ¿Voy a anegarme yo en placeres toda la noche? ¿Me atiborraré del alimento de las diosas? ¿Y tú te quedarás en ayunas? Quita, quita; no lo haré.

Tulia. [1.6.8] Pase lo que pase, lo harás. Tú lo harás, lo harás. Mira. [1.6.9] *Tendrás que soportar todas las vicisitudes que te depare Venus*. ¡Mira!

Octavia. [1.6.10] ¡Oh, oh! Has cubierto tus entradas con esa infame coraza. ¿Qué piensas que haga, si no asumes parte de la faena? Por cuidar tan bien de mí, voy a tener que enfadarme contigo.

Tulia. [1.6.11] ¡Levanta el ánimo! ¿Di cuenta yo de cuatro y vas a tener tú miedo a dos?

Octavia. [1.6.12] Pero estos dos destacan por sus energías y sobresalen por lo inagotable de su torrente libidinoso. Según cuentas, Lampridio suele realizar doce carreras en tu estadio. Y dices cosas de Rangonio que no distan mucho de los portentos. No bastaría la misma Cotito para ambos.

Tulia. [1.6.13] Lampridio me contó cosas de Rangonio que superan todo lo que pueda imaginarse de los jodedores. Ya sabes que son amigos íntimos.

Octavia. [1.6.14] ¿Dices que te contó? ¿Es que él mismo no ha cruzado nunca sus armas contigo?

Tulia. [1.6.15] Cuando regresó Lampridio el otro día a la ciudad trajo un huésped a nuestra casa, con permiso de Calias. Y fíjate en la idea que tiene de la cortesía: le incitó a que me amase. No sólo eso, sino que apaciguó el enloquecido deseo del enajenado con promesas de satisfacción. En resumen que le dijo que le haría partícipe de

la suma felicidad de la que él gozaba, como suele expresarlo. Le instó a que tuviese confianza. Traficó con mis encantos sin consultarme.

Octavia. 1.6.16 ¿Y no te enojaste?

Tulia. 1.6.17 Dilo tú misma. Me enojé y manifesté mi enfado con acritud. Pero él me dijo, tratando de apaciguarme:

> 1.6.18 «Perdona mi liviandad, reina mía, señora mía, diosa mía. Estoy seguro de que tú no querrías que yo faltase a mi palabra. Al verte Rangonio le ha entrado una loca pasión por ti. Yo vi a una prima suya en Nápoles y me entró una loca pasión por ella. Aparentó él amarla locamente para facilitar mi amor. Quedó citado con ella y me introdujo a mí en la habitación de la joven, de modo que pude gozar esa noche de los anhelados placeres mientras Laura (que tal es su nombre) creía estar gozando de los abrazos de Rangonio. 1.6.19 ¿Podía acaso olvidar tal favor? Perdona,

reina mía, si por cumplir con mi deber te he ofendido sin querer».

OCTAVIA. 1.6.20 ¿Qué dijiste tú entonces?

TULIA. 1.6.21 Las palabras del amante amainaron mi intransigencia y le contesté:

1.6.22 «¿Qué pretendes que haga? ¿Es que no te avergüenza arrojarme a este oprobio, a mí, que soy tuya?»

1.6.23 «Sucumbe empero a tal falta» me pidió «sólo por esta vez; déjate ablandar por el amor de Rangonio y por las súplicas de tu Lampridio. No temas de mí que esto vuelva a repetirse; no sucederá nada que no sea agradable y honesto».

1.6.24 Presté mi consentimiento. Y le pregunté:

1.6.25 «Pero, Lampridio, ya conoces a Octavia ¿no?»

OCTAVIA. 1.6.26 Ahora soy yo la que tiene razones para enfurecerse contigo como tú con Lampridio.

TULIA. 1.6.27 Calla, boba. Le expliqué mi idea, es decir, la de ponerte en sus brazos; le dije lo feliz que con ello te haría.

1.6.28 «Pero entre tanto Rangonio y yo reventamos de ganas» repuso. «Si pretendes aplazar nuestro goce hasta la noche, nos correremos ambos contemplando esta hermosura tuya que nos consume. Concédenos al menos un revolcón a cada uno».

1.6.29 «¿Qué gloria recaerá sobre tu nombre» le repliqué «por el hecho de envilecerme en una coyunda ajena? Haz uso tú solo de tus derechos».

1.6.30 Pero terminé cediendo, con la condición de que no abriría mi estadio y la liza amorosa a Rangonio más que para una ronda, no permitiendo nada más. Quería que ambos labrasen tu surco frescos e íntegros.

OCTAVIA. 1.6.31 ¡Tan íntegros como saliesen de tus brazos!

Tulia. [1.6.32] Todo esto sucedía en una parte de nuestro jardín que no puede verse más que desde mi cuarto, pero todo estaba cerrado y asegurado. Rangonio paseaba no lejos de nosotros a la expectativa de lo que lograse su compañero mientras me contemplaba con mirada ardiente. Lampridio se dirigió entonces a él, diciéndole:

> [1.6.33] «Da gracias eternas a Tulia por este don celestial y acércate al bien sumo».

[1.6.34] Por naturaleza soy completamente ajena a cualquier tipo de desvergüenza, de modo que, cuando se aproximó, me sonrojé, pero él de todos modos me dio un beso. Echó la culpa a su desvergüenza y la disculpó. Mientras así charlábamos nos colocamos a la entrada de esa gruta que se construyó en una esquina del jardín para disponer de un sitio fresco; Lampridio estaba con nosotros. Entonces Lampridio me dijo:

> [1.6.35] «Hay algo que quiero comunicarte, señora. Y conviene a tus asuntos, Rangonio, que lo sepa».

1.6.36 «¿Qué puede ser eso?» dijo Rangonio.

1.6.37 «Pronto te lo dirá la misma Tulia con sus suspiros, sus besos y los furores de su inquieta cintura» repuso Lampridio.

1.6.38 «¡Que Venus te aniquile,» intervine yo «artero enredador!»

1.6.39 Tomándome de la mano me sacó afuera de la gruta, al tiempo que decía:

1.6.40 «Perdona, Rangonio. Pronto te la devolveré tan pura como lo es ahora mismo. No quiero que pierdas de vista a la que es la luz de tus ojos y de los míos. No son más que dos palabras».

1.6.41 Luego dijo dirigiéndose a mí:

1.6.42 «No sabes bien, Tulia, con qué palafrenero vas a habértelas. Las jóvenes de Roma y de Venecia que pasaron por sus manos sostienen que ningún otro ser humano regó nunca las hoyas femeninas con una lluvia venérea tan copiosa como la de Rangonio. Cosa que Gerónimo Mercuriali consideró no ya

asombrosa sino incluso milagrosa, tras haber investigado con gran esmero todo lo que al respecto se decía».

Octavia. [1.6.43] ¿Y qué hacía Rangonio mientras tanto con su enardecimiento, con su furia, con su polla …? ¡Ay, ay! Oigo ruido. ¡Ya vienen! ¡Qué miedo, qué vergüenza!

Tulia. [1.6.44]

¡Oh Himen! ¡Oh Himeneo! ¡Ven ya,
Himen! ¡Oh Himeneo!

[1.6.46] He aquí a Lampridio. Pero ¿cómo es que vienes solo, Lampridio? ¿Qué se ha hecho de tu amigo?

Lampridio. [1.6.47] Hemos cenado en casa de Mendoza, el gobernador de la ciudad, varón bueno y acogedor. Retiene a Rangonio haciéndole muchas preguntas sobre sus ocupaciones, su familia y sus amigos, entremezclando lo serio con lo jocoso, como corresponde a la buena educación refinada. Yo me he escabullido, impacientado por el deseo amoroso que me sobrevino

al pensar en vosotras y que Octavia curará, si quisiese verme sano y suyo. ¿Por qué no dices nada, Octavia?

Octavia. [1.6.48] Mi espíritu avergonzado, Tulia mía, sepulta toda mi audacia y me deja muda.

Lampridio. [1.6.49] ¿También me niegas un beso? ¡Desgraciado de mí!

Tulia. [1.6.50] ¡Vamos, Octavia! ¿Por qué huyes? Esta cama apenas podrá albergarnos a los cuatro bien apretados cuando venga Rangonio; no queda sitio para nada más, ni siquiera para el pudor. ¡Líbrate de esa manía, tonta!

Octavia. [1.6.51] Tonta tú, que quitas las colchas y me dejas desnuda ante los ojos de Lampridio.

Lampridio. [1.6.52] ¡Que cuerpo tan hermoso y tan fresco!

Tulia. [1.6.53] Quiero que pienses, Octavia, que eres mi doble. Lampridio está que revienta; ¿no te compadeces del pobre?

Lampridio. [1.6.54] ¡Ayúdame, Tulia; haz que Octavia me deje amarla y libar la flor de su

hermosura y de su juventud! ¡Qué cuerpo tan seductor!

Octavia. [1.6.55] ¡Vete, vete! Voy a gritar como intentes algo más.

Tulia. [1.6.56] ¿Qué desvaríos se han apoderado de ti? ¿Conservas tu sano juicio? ¡Basta ya, por la diosa Pertunda! Como no quieras que Lampridio sea tu amigo, me tendrás a mí como enemiga.

Octavia. [1.6.57] Y entre tanto este Lampridio tuyo mancilla mis tetas, mi pecho y todo el resto de mi cuerpo con su impúdica mano.

Lampridio. [1.6.58] ¡Qué a propósito se entreabre tu concha venérea! ¡En qué posición tan cómoda se ofrece tu parte traviesa! ¡Cuán mullida es la pelusa que la cubre!

Octavia. [1.6.59] ¡Ah, ah! ¿Qué haces? Ya me cubres por completo. ¿Cómo podré volver a llevar la cabeza alta tras este ultraje?

Tulia. [1.6.60] Abraza a Octavia, Lampridio, y tú a Lampridio, Octavia. [1.6.61] Yo no permaneceré completamente ociosa en esta operación. Con

esta mano dirigiré la viril pica hacia la rodela femenina. [1.6.62] Así está bien; ya ha entrado por completo. ¡Qué bien se ajusta una parte a la otra! Ahora no escatimes tus lomos, Lampridio.

Octavia. [1.6.63] ¿Qué pretendes? ¡Cómo me aprietas, cómo te agitas, cómo golpeas! ¡Quita esa mano, Tulia! ¿Por qué me pellizcas? ¡Ay, ay, ay!

Tulia. [1.6.64] Levanta tú el culo. Levántalo, te digo. Más alto. Respóndele con empujones rápidos, repetidos, vehementes. Muy bien, muy bien.

Lampridio. [1.6.65] Si te gusta que te ensarte, Octavia, dame un beso.

Octavia. [1.6.66] Me gusta, me gusta, me muero. ¡Ay, ay! ¿Hago yo lo suficiente para agradarte, a ti, que eres todo mi goce? ¿Quieres que responda con más fuerza? Lo haré tanto como pueda.

Tulia. [1.6.67] Hazlo pues; no es éste momento para bromas. Admirable. ¡Qué ágil y ligera es tu cintura! Yo enredaré mientras tanto, Lampridio, con tus cosquilleantes pelotas. Con suaves toques

las incitaré a que cumplan su cometido y suelten su espuma.

Lampridio. [1.6.68] ¡Qué feliz me hacéis ambas! ¡Cómo alimentáis mi goce, tú con tu néctar, Tulia, y tú con tu ambrosía, Octavia! ¡Ay, ay! Ahora, ahora, Octavia; levanta, levanta el culo. Más fuerte, más fuerte.

Tulia. [1.6.69] ¿Languideces, Octavia, languideces?

Octavia. [1.6.70] Lo noto, lo noto … ¡Qué meada tan caliente, con qué fuerza se lanza! Bésame, bésame. También yo me deshago; mis venas venéreas destilan. ¡Oh, oh! Esto es la unión de Júpiter con Juno. Del cielo ha de venir este placer. ¡Oh, oh! fondo … me muero; fondo … me muero.

Tulia. [1.6.71] ¿Qué murmuras balbuciente? ¿Ha llegado al fondo de tu cuenca el ancla de Lampridio?

Octavia. [1.6.72] Creí que lo había tocado. Pero ya desfallece Lampridio, se retira, levanta el ancla. Déjame que te bese, Lampridio, una y otra

vez; que mis besos te devoren antes de que te bajes de mi corcel.

Tulia. [1.6.73] ¿Y ahora quieres, viciosa, provocar al tendón exsangüe y carente de fuerzas a una nueva lid? No habrá tal. Vuélvete con Rangonio, para que no pueda sospecharse de ti ni de nosotras nada deshonesto.

Lampridio. [1.6.74] Volveré con mi amigo, como me pides. Fingiré que este rato lo he pasado con Federico, el primo del gobernador.

Tulia. [1.6.75] Pero ¿qué te ha parecido Octavia? ¿Qué aptitudes ha demostrado en el terreno amoroso?

Lampridio. [1.6.76] Nada he encontrado en ella que tú no poseas, Tulia mía, ni a lo que no sepa la sexualidad más pura e inocente. Pero ya hablaremos luego de esto. Adios.

Octavia. [1.6.77] ¡Cuántas gracias tengo sin duda que darte, Tulia! Ahora sé de verdad lo que sea Venus. De tal modo me llenó de voluptuosidad.

La longitud de su jabalina es lo que más me ha impresionado, pues por lo que al grosor se refiere queda muy por debajo del poste de Caviceo. En verdad que he degustado todos los dones de Venus.

TULIA. [1.6.78] Me alegro mucho de que hayas comprobado que era cierto lo que yo te decía de Lampridio.

OCTAVIA. [1.6.79] ¿Viste lo contento que se bajó de la cama y cómo me dio un beso y unos cariñosos cachetes en el culo? Feliz tú, que puedes divertirte entre sus brazos cuando te place. ¿Pero Rangonio no te llenó a ti también de increíble placer?

TULIA. [1.6.80] Retorno al relato que había comenzado, puesto que tú das signos de querer que lo haga y también a mí me resulta muy agradable esta plática.

OCTAVIA. [1.6.81] Con la que por cierto me haces partícipe de lo más granado de tus delicias.

TULIA. 1.6.82

1.6.83 «Como lo hace el hombre entre los animales, así destaca Rangonio entre los hombres por la cantidad de semen que produce. Te lo advierto» me decía Lampridio «para que procures colocar tu cuerpo de manera que no se pierda nada. Pues mi mayor satisfacción sería que te anegase con el placer sumo».

1.6.84 Una vez dicho esto se marchó.

OCTAVIA. 1.6.85 ¿Y qué pasó luego?

TULIA. 1.6.86 Rangonio vino rápido hacia mí y me dijo:

1.6.87 «Nada te salvará ya de mi concupiscencia».

1.6.88 Me cogió de la mano y me llevó, quieras que no, hacia la esquina donde, como sabes, hay un diván. Me metió una mano en el pecho y con la otra descubrió la sede de Venus, levantándome las faldas casi hasta la cintura. Enseguida se quitó su propio cinturón y se quedó en pelotas.

Octavia. 1.6.89 Y, cuando estuvo armado, viste un arpón grande y rígido, digno de tal héroe y de ti misma.

Tulia. 1.6.90 Digamos que como el de Lampridio, pues no percibí nada en lo que difiriesen apreciablemente. Tendría unos once o doce dedos[1] de largo estando tieso.

1.6.91 «Ya, ya no puedo más» decía. «Acomoda tu amor a mi amor, señora».

1.6.92 Entre tanto y casi sin darme cuenta me dejé colocar en el diván. Montó él sobre mí, que estaba tumbada de espaldas, y comenzó por provocar chispazos en mi pubis cosquilleándolo ligeramente con las uñas, así como en la zona próxima a él, el intersticio que te dije que se llama *perineo*, donde residen los focos más incendiarios de la excitada Venus.

1.6.93 «¡Basta, basta!» le decía. «Bájate, te estás aprovechando de mí. ¿Por qué azuzas mi

[1] De 20 a 22 cm.

fuego cuando ya estoy ardiendo de amor por ti?»

1.6.94 «Recibe entonces» dijo él «esta pequeña muestra de mi amor».

1.6.95 E inmediatamente lanzó la piqueta contra la vena del deseo. Cuando la sentí, exclamé:

1.6.96 «Mal, mal me tratas, malo».

1.6.97 Lo oyó Lampridio, que vino corriendo y me dijo:

1.6.98 «Ten cuidado, Tulia, de que no oigan tu voz desde la calle de detrás. ¿Quién, que sea honesto, no la reconocería? Contén la voz, no los lomos».

Octavia. 1.6.99 ¿Y fue capaz de ver a los contendientes de esa guisa y de reprimir tanto la risa como ese tipo de desenfreno que provoca Venus cuando está desnuda?

Tulia. 1.6.100 Lo vio y, dándose cuenta de que mi pie izquierdo apenas tocaba el suelo, dijo:

1.6.101 «Quiero prestaros a ambos un servicio movido por la amistad».

1.6.102 Y colocó un taburete bajo mi pie. Con tal disposición la insistente pija se metió más a fondo en mis entrañas. Con la palma de la mano y riendo le dio un azote en el culo a Rangonio y salió del recinto.

Octavia. 1.6.103 ¡Ja, ja! ¡Qué escena tan ridícula! ¡Cómo hacíais el ridículo ambos, tú y Rangonio!

Tulia. 1.6.104 Paró un momento.

1.6.105 «Abrázame, reina mía»

1.6.106 dijo, pues yo tenía los brazos negligentemente tendidos sobre la cama. Le abracé.

1.6.107 «Hace tres meses» continuó «que Venus no me dirige una mirada, que ninguna joven ha colmado mis deseos amorosos con el dulce efluvio. Pero, te lo anticipo, difícilmente encontrarás quien riegue tu huerto con tan abundante lluvia estimulante como yo».

Octavia. 1.6.108 Aplicada la espuela, ¿pudo él y pudiste tú ejecutar en condiciones la carrera?

Tulia. 1.6.109 Empezó a sacudir con mayor vehemencia. A los seis o siete golpes me inundó por dentro de ardorosa lluvia. La virtud del destilante carajo me provocó tal cosquilleo en esas partes que no pude evitar moverme enardecidamente.

Octavia. 1.6.110 Sin duda para que Rangonio no considerase pétrea a la que Lampridio llama marmórea por su blancura, lo que hubiese sucedido si te hubieses quedado inmóvil, frígida y alelada.

Tulia. 1.6.111

1.6.112 «¡Veo los cielos,» decía yo enajenada «veo los cielos abiertos!»

1.6.113 al tiempo que se abrían mis compuertas y lanzaba mi simiente. Sintió él que me corría y con meneos acompasados acudió en auxilio de la que forcejeaba. Nuestros efluvios se mezclaron, pues él también se deshizo. Pero yo me solté en cuatro grandes oleadas, ya que su continuado flujo de ardiente pasión incitaba a que los picores de

mis flancos hiciesen todo tipo de travesuras. Poco después terminó el episodio. He de confesarte, Octavia, que nunca tanta virtud de la borboteante lujuria apaciguó en un solo revolcón las ansias suscitadas por el laboreo genital.

Octavia. [1.6.114] ¿Te colmó de placer? Si se hubiese presentado otro contendiente ¿hubieses rehusado la pelea? ¿Y Lampridio no te la metió?

Tulia. [1.6.115] Otro polvo hubiese representado entonces para mí un fastidio más que un goce. Pues mi útero estaba lleno a rebosar de la leche exudada que había absorbido y ni pedía ni se prometía ulteriores goces.

Octavia. [1.6.116] Dicen que todos los animales se entristecen tras el coito.

Tulia. [1.6.117] No así Rangonio, quien manifestó por la jovialidad de su rostro y el entusiasmo de sus palabras el enorme gozo que había obtenido al haber podido disfrutar libremente de mis encantos. Llamó a Lampridio, pero yo me escabullí de sus garras y les di esquinazo a ambos,

para que a ninguno de ellos se le ocurriese hacerme sufrir nuevos lances venéreos para complacer a Lampridio. Con rapidez me refugié en la casa antes de que pudiesen darse cuenta de ello. [1.6.118] En todo este tiempo, Octavia, no noté que chorrease ni una sola gota de la pus venérea que el caño de Rangonio había vertido en mi concha. [1.6.119] Ignoro lo que esto pueda significar. Pero, si resultase que he quedado preñada de esta coyunda, lo sentiría mucho, pues amo a mi Calias.

Octavia. [1.6.120] Pero ¿qué es esto en comparación con ese cuartumvirato tuyo?

Tulia. [1.6.121] Ya veo. Quieres que te cuente mi campaña romana.

Octavia. [1.6.122] Así es.

Tulia. [1.6.123] Mientras se encontraba en Roma para la tramitación de un pleito de muy difícil resolución contra mi primo Ottobono, Calias contrajo una enfermedad que desde su inicio calificaron los médicos como larga y peligrosa. Por

tal razón me hizo ir a mí a Roma y, si Calias consiguió recuperar la buena salud, se lo debió a mis cuidados solícitos y amorosos, como él mismo reconoce.

1.6.124 Cuando inició la convalecencia y desapareció el temor a cualquier recaída, el deseo de diversión empezó a apoderarse de mi ánimo, que durante tres meses había permanecido abrumado y sepultado por la tristeza. 1.6.125 Frecuentaba mi casa una mujer de la vecindad, que era de edad madura y pertenecía a la familia Orsini. La necesidad me había hecho muy amiga suya y muchas veces se quedaba a dormir conmigo, como única distracción de mi tristeza. 1.6.126 Una noche, mientras charlábamos y bromeábamos, reconocí que mis pensamientos recaían de vez en cuando en los entretenimientos de la lejana Venus. Como insistiese en preguntarme, 1.6.127 le contesté que los fuegos que sentía renacer en mis venas no podía apagarlos a fuerza de constancia y de pudor exclusivamente.

1.6.128 A esto me respondió la matrona, de costumbres elegantes y liberales como la que más:

1.6.129 «Quiero que mañana te sacies hasta el fastidio con los dones de la depuesta Venus, como tú también querrás, si no eres boba. En nada se aminorarán por ello ni tu fama ni tu honor. Lo único que exijo es que te entregues a mí por completo».

1.6.130 «Me entrego» repuse. «¿Qué podría temer teniéndote a ti como garante? Seguiré a mi guía y jefe».

1.6.131 Por la mañana me hizo tomar un almuerzo ligero para reponer fuerzas, pero sin atiborrarme de comida. Ella misma me lavó con agua perfumada el pecho, las tetas, el vientre, las piernas y el culo y me ungió con aceite de mirto la hornacina de Venus. 1.6.132 Me puso una túnica blanca de seda. Creí estar velada por una especie de nebulosidad translúcida más que cubierta por un vestido. 1.6.133 Luego fuimos en carroza

hasta una villa cercana a la ciudad, en la que había agradabilísimos jardines. Allí juegan y ríen libres y alegres Flora y Venus en toda época del año y reina una perpetua primavera. Cuando se nos facilitó la entrada a la lujosísima mansión, me condujo a una sala interior, iluminada de tal modo que en ella reinaba un crepúsculo perpetuo, propicio tanto al pudor como a la desvergüenza.

OCTAVIA. 1.6.134 ¡Magnífico sitio para el desenfreno libidinoso!

TULIA. 1.6.135 Vino hacia nosotros una mujer mayor, de rostro y aspecto modestos, que dijo, dirigiéndose a la señora Orsini:

> 1.6.136 «Haré que esta joven tuya te dé abundantes gracias dentro de pocas horas tras haberse emborrachado de placer».

1.6.137 Diciendo esto me tomó de la mano. La señora Orsini se marchó enseguida y, una vez cerrada la puerta, la vieja llevó adentro a quien la seguía remisa. Y me dijo:

1.6.138 «Voy a hacerte saber primero, hija, lo que puedes esperar y lo que has de hacer. Ya no te perteneces, sino que lo haces a cuatro atletas que he preparado para que compitan contigo. Uno de ellos es francés, el otro alemán y los dos restantes han nacido en Florencia, pues a mi señora le gustan los florentinos. Todos son personas conocidas, son muy amigos entre ellos y, lo que es más importante, son de noble cuna».

1.6.139 «¡Quita ya!» le objeté. «Tantos luchadores me matarán. Apiádate de mí, madre; con uno será suficiente. Haz que sea un duelo, no una batalla campal; despide a los otros».

1.6.140 Ella se rió y, mientras hablaba, vinieron todos ellos rápidamente hacia nosotras.

1.6.141 «Elige» dijo la mujer «a quién quieres recibir el primero; asígnales tú misma el orden en que han de pelear, pues vendrán a la liza y a la coyunda como tú lo dispongas».

1.6.142 Extendí mi mano hacia el francés, que se llamaba La Tour. El orden en que quise que se dispusieran fue que a éste le siguiera Luigi, a Luigi Conrado y a Conrado Frabricio. Los florentinos eran Luigi y Fabricio, Conrado era el alemán.

1.6.143 Entonces la matrona pronunció la arenga inicial, diciendo:

> 1.6.144 «¡Oh, jóvenes, enseñadle a esta muchacha tan atractiva y tan tierna qué uso sensual dan las personas despiertas, como sois vosotros, al cuerpo femenino! El que se comporte más esforzadamente en el campo venéreo y mejor blanda la lanza recibirá este anillo como premio a sus cualidades y trofeo de su victoria».

1.6.145 Y mostró un reluciente anillo de oro que tenía incrustado un diamante, premio establecido por la señora Orsini para que acometiesen la lid con mayor entusiasmo.

> 1.6.146 «Que cada uno cuente las postas que hacen los demás, pero también llevaré yo

la cuenta, por si se produjese algún error. Retiráos ahora y ocupáos de vuestras cosas». 1.6.147 Dicho lo cual salió de la estancia.

Octavia. 1.6.148 Estarías temblando, amenazada y cercada como te encontrabas por cuatro rígidas lanzas.

Tulia. 1.6.149 Así es.

1.6.150 La Tour me besó la mano y me condujo directamente hacia una esquina de la habitación, que estaba resguardada por una cortina. El lecho apenas levantaba un pie[1] del suelo y una lámpara lucía con luz trémula, como si ya percibiese nuestra pasión. Fabricio gritó entonces:

1.6.151 «¡Eh, tú, amigo, acelera ese negocio tuyo, que también nosotros estamos a reventar! No es que te tengamos envidia por el primer puesto, pero date prisa».

[1] Unos 30 cm.

1.6.152 «No habrá engaño» repuso La Tour. «Lo que se hace tan a gusto se hará rápido, no lo dudes».

1.6.153 Yo estaba fuera de mí, ofuscada por una gran vergüenza, que me es congénita y no simulada. Me rogó que me colocase yo misma en el lecho, pero no le oí. Me tumbó con un suave empujón, sin que yo opusiese resistencia, al tiempo que metía la otra mano bajo mis faldas. Los otros me oyeron caer sobre la cama y pegaron una risotada; yo lancé un gemido.

1.6.154 «¿Qué es esto?» pregunté. «¿Cómo, por Hércules, juzgarás a la que hasta ahora carecía de mancha y ha llevado una vida pura y casta?»

1.6.155 «Aparta de tu espíritu» respondió La Tour «ese pudor tan inoportuno. No eres la primera que pasa por nuestros brazos. Las más bellas de entre las mujeres más encopetadas han sufrido nuestros furores como tú los sufrirás. Hemos encontrado el modo de

ennoblecer el lupanar y de embellecer el deseo. Nadie te acusará de una falta que nadie conoce y que tú misma, mientras actuamos, mientras lo realizamos con lascivia pero con honestidad, te dirás que se acerca a la consecución de la virtud».

1.6.156 «¡Acelera, La Tour!» gritaba Fabricio. «Nos matas con esta espera».

1.6.157 «Voy a complaceros» respondió.

1.6.158 Y al instante, bajándose los calzones, exhibió el cipote y se montó sobre mí. Lo empujó contra la boquiabierta concha, lo introdujo con presión ardiente y majó con impulso vehemente. Como yo permaneciese inmóvil dijo:

1.6.159 «Al menos ahora, señora, cuando me acerco al final de la tarea, colabora con Venus».

1.6.160 Yo ayudé al corredor con un trémulo meneo y poco después sentí que el jugo de la abotargada pija anegaba las profundidades de mi zona del placer. Perdí entonces todo sentido del

pudor, toda consideración de honestidad, incluso la idea de quién era. Comencé a correrme también yo. Pero él ya había llegado a la meta y apenas pude culminar teniéndole todavía encima.

1.6.161 Vino volando Conrado, que era buen hombre, aunque inculto.

1.6.162 «Para no molestarte, señora,» dijo «prescindiré de las palabras. Hablaré contigo con hechos».

1.6.163 Y sin más introdujo nervioso una jabalina rígida y gruesa en mis entrañas y a la cuarta o quinta embestida su hirviente lefa me provocó un nuevo cosquilleo, compañero de la emisión por parte de mis riñones de su papilla venérea.

1.6.164 «¿Por qué has ocupado el lugar de Luigi, Conrado, cambiando el orden?» le pregunté.

1.6.165 «Lo hemos acordado así entre nosotros» me respondió. «Vendrán a ti los dos a la vez. Creo incluso que te la meterán juntos, pues nos juzgan estúpidos a los franceses y a

los alemanes, que, según dicen, nos negamos a saber dónde reside el verdadero placer».

1.6.166 Se marchó Conrado y vinieron a toda prisa Luigi y Fabricio.

1.6.167 «Levanta las piernas» dijo Luigi, amenazando con su sable.

1.6.168 Las levanté. Entonces se echó sobre mi pecho y enterró el espadón en la llaga incurable. Me levantó Fabricio ambas piernas colocando sus manos bajo mis rodillas, de modo que podía subir y bajar mi culo sin que yo hiciese nada, en una desvergonzada forma de simpática agitación. Le dije que me ponía al rojo. Pero, apenas lo había dicho, cuando el incendio fue extinguido por una catarata de espuma venérea.

1.6.169 Al levantarse Luigi, Fabricio se preparó para un nuevo asalto. Su polla se inflaba, enrojecida y amenazante.

1.6.170 «Por favor, señora, túmbate boca abajo» me dijo.

Octavia. 1.6.171 Ya sé lo que sigue.

Tulia. [1.6.172]Me di la vuelta, como quería, pues sabía que las normas eran que yo alcanzase mi placer a través del suyo. Pero entonces, cuando vio las nalgas, que obscurecerían al marfil y a la nieve por su blancura, dijo:

[1.6.173]«¡Oh, qué hermosa eres! Pero ponte de rodillas y baja la parte superior del tronco».

[1.6.174]Bajé la cabeza y el pecho y levanté el culo. Manifiestas quedaban así las dos vías que conducen a una y otra forma de honrar a Venus; decente y casta una de ellas, viciosa y corrupta la otra.

[1.6.175]«¿Qué vas a elegir?» le preguntó Luigi.

[1.6.176]«Lo mismo que tú» repuso Fabricio. «Luego ya veremos».

Octavia. [1.6.177]Así te amenazaba.

Tulia. [1.6.178]Y atacó por donde debía y quería.[1.6.179]Lanzó al fondo de mis entrañas el rápido e ígneo venablo. Echó sus manos a mis tetas, tras de lo cual se puso a menearse y muy

pronto manó el dulce río hacia la acogedora hondonada de Venus. También a mí me ofuscaban sensaciones maravillosas; faltó poco para que me desmayase al correrme. La cantidad de leche que lanzaron los riñones de Fabricio colmó mis entrañas y me apaciguó; la que expulsaron los míos me dejó exhausta. Solo en este polvo perdí más energías que en los tres anteriores.

1.6.180 Esto es lo que sucedió y aquí acaba el primer acto de la pieza, que consta de cuatro.

Octavia. 1.6.181 El hecho de que Fabricio solicitase esa posición de tu cuerpo me indujo a una conclusión errónea cuando lo decías, pues los florentinos suelen defraudar a Venus. Se dice que les gusta el trato con chicos y que les resultan muy queridas las chicas que aceptan transformarse en muchachos y prestar el mismo servicio que los chicos.

Tulia. 1.6.182 Yo misma lo experimenté y podré servirte de testimonio de lo que son capaces en estos temas.

1.6.183 Para abreviar, puesto que no tiene ningún interés insistir en los detalles, La Tour y Conrado cayeron sobre mí por ese orden a galope tendido. 1.6.184 Conforme Luigi se dirigía hacia mí, apareció la vieja, quien advirtió a Luigi y a Fabricio que tuviesen cuidado de que yo no pudiese quejarme de haber sido mancillada con una coyunda obscena. Sin duda les estaba permitido meter su azada en mi cuerpo por el surco que quisieran, pero no sucedía lo mismo con la deposición de la semilla. Si lo hiciesen de otro modo, incurrirían en el enojo de la señora Orsini y pecarían gravemente. Tal tributo amoroso no debía esparcirse más que en las entrañas. 1.6.185 También se dirigió a mí, exhortándome a que afrontase con buen ánimo las novedosas refriegas que se avecinaban.

1.6.186 Entonces echaron a suertes el honor de roturar tan exquisita parcela (pues así se expresaban). Los repugnantes y apestosos bujarrones valoran el desenfreno del placer reprobable muy por

encima de la dulzura del verdaderamente digno de alabanza.

1.6.187 «De verdad que no lo soportaré» dije yo. «Pido una tregua, aunque sea breve».

1.6.188 Se avinieron a ello y transitaron por la vía correcta hacia la Venus casta. Estos ocho revolcones se realizaron pues de tal forma.

1.6.189 El que a mí me gustaba más de todos ellos era La Tour. Mi idea fue ofrecerle a él como regalo las primicias de mi nueva complacencia y que fuese así el amado joven quien me desvirgase por ese lado.

Octavia. 1.6.190 Los florentinos no consideran que la virginidad tenga una única sede en las mujeres ni que sea solo una.

Tulia. 1.6.191 Pero La Tour objetó a la donante que eso no era un regalo sino una ofensa. Y siguió haciendo recriminaciones.

1.6.192 «¿Quién crees que soy, señora?» me dijo. «Permanezca lejos de mis anhelos tal demencia, de mis pensamientos tal infamia,

de mis hábitos tal ignominia. No tenga yo en aprecio ningún placer que no lo sea también para ti. Sólo hay una cosa a la que te ruego que no te niegues para mi satisfacción».

1.6.193 «Lo que tú quieras,» le repuse «sea lo que fuere, también lo quiero yo; pero no me lo ruegues, cógelo».

1.6.194 «Séales permitido a mis ojos gozar libremente de la contemplación de tu divina belleza».

1.6.195 Yo misma me desnudé, lo que no fue difícil, puesto que no tenía encima más que la túnica y la camisa. La camisa la hizo él caer al suelo con su mano. Cuando me vio completamente desnuda, me cubrió de ardientes besos y recorrió todo mi cuerpo con los más atrevidos tocamientos. Tras de lo cual introdujo ceremoniosamente su henchido e imponente rabo en mis entrañas hasta que nuestros pubis se juntaron. 1.6.196 Le siguió Conrado. Y a Conrado le sucedieron Luigi y Fabricio junto con un nuevo tipo de batalla.

1.6.197 Al verme desnuda, se pusieron a dar gritos de alegría y a palmotear. Luego Luigi me colocó bajo las nalgas una almohada que atravesaba la cama.

1.6.198 «Ahora túmbate boca abajo y ofrece a nuestros ojos y a nuestros amores ese precioso culo».

1.6.199 «¿Pero qué es lo que queréis?» argüía yo. «Estoy temblando, tened piedad de mí. ¿Os olvidáis de que soy una chica y no un chico?»

1.6.200 «¡Venga ya!» contestó Fabricio. «¿Te negarás tú, que eres ingeniosa y hermosa, a lo que ninguna de las doncellas romanas más destacadas tanto por sus dotes intelectuales como corporales se ha negado?»

1.6.201 «Pero esto me da un miedo tremendo» repuse yo. «No podré aguantarlo. Vais a matar a una novata en este tipo de lucha».

1.6.202 «Claro que podrás aguantarlo» dijo Luigi. « Otras mucho más jóvenes que tú

tienen fama entre nosotros por esta manera de usar su cuerpo. Seguro que te resultó más costosa la pérdida de la virginidad delantera».

1.6.203 Viendo que no conseguía nada, me sometí a los enajenados. Entonces Luigi se inclinó sobre mi culo, llevó la lanza al ojete trasero, empujó, golpeó y finalmente irrumpió dentro con gran fuerza. Yo solté un gemido. Pero poco después sacó el dardo de la herida, lo introdujo en la vulva y derramó gran cantidad de leche en la lúbrica hondonada de mis entrañas. 1.6.204 Terminada la cosa, Fabricio cayó sobre mí del mismo modo. Sacudió rápida y vigorosamente su desnuda jabalina y la hizo desaparecer entera en mi angosta víscera. Estuvo yendo y viniendo un buen rato por la recién desbrozada vía e incluso logró, cosa que nunca hubiera creído posible, que me invadiese el frenesí de una comezón desconocida, hasta el punto de no caberme duda de que, si quisiese, podría acostumbrarme a este asunto. 1.6.205 Pero ¡líbreme dios de que Calias

sucumba a tal desvarío! [1.6.206] Tampoco él abusó en exceso de mi condescendencia ante este ultraje y terminó derramando en lo más profundo de mi vagina una aspersión que me resultó agradabilísima, por lo que la intemperancia de este bribón no turbó en nada mi propio goce.

Octavia. [1.6.207] Pero dime sinceramente, por favor, ¿el malvado de Calias nunca intentó aprovecharse de ti por esa parte?

Tulia. [1.6.208] Te confieso que sí, Octavia mía.

Octavia. [1.6.209] Y yo también te lo confieso, Tulia mía.

Tulia. [1.6.210] Un par de meses tras mi boda, estando Calias conmigo una tarde, quiso que me desnudase, que me quitase incluso la camisa. Pero … pero … calla …

Octavia. [1.6.211] ¡Ay, ay! Veo a nuestros atletas que vienen hacia nosotras.

Tulia. [1.6.212] Y yo les oigo hablar. ¡Alégrate, Octavia! Te ha llegado la hora de participar en un

juego egregio. ¡Animo! ¡Con qué ansia beberán tus sedientas entrañas los cálices de néctar!

Octavia. [1.6.213] Estoy temblando.

Tulia. [1.6.214] ¡Bienvenido, Rangonio! Aquí entrego a tus abrazos a una doncella hermosísima como la que más. Nunca encontrarás otra más digna de tu amor. Estoy segura de que dentro de poco tú también lo reconocerás así, ebrio de placer.

Lampridio. [1.6.215] Rangonio te da las gracias, Octavia, y enseguida las ratificará montando como se merece ese corcel tuyo tan excepcional.

Rangonio. [1.6.216] Reconozco que nada podría aumentar mi felicidad. Pero ¿por qué estás como alelada, Octavia? ¿No sabes que te debes a la vigilia de Venus?

Octavia. [1.6.217] ¡Basta, basta! ¡Me bajaré de la cama! ¡Quítate! Aturdiré la casa a gritos. ¡Quítate! ¿Por qué me ultrajas, malvado? ¿Por qué me envileces con estos besos adúlteros y con tan indecentísimas caricias?

Rangonio. [1.6.218] ¡Oh, qué hermosa eres! ¡Serías divina, si fueses tan indulgente y mimosa como eres hermosa!

Tulia. [1.6.219] ¿Por qué huyes? Eres boba, Octavia. Tú actúa, Rangonio. Retén a la fugitiva plantando bien la estaca. ¡Adelante!

Lampridio. [1.6.220] ¿Qué significa esta discusión? ¿A qué se debe este altercado?

Octavia. [1.6.221] ¡Apiádate de mí, Lampridio!

Lampridio. [1.6.222] ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¿Rechazas el sumo goce y he de compadecerte yo? ¿A qué vendría tal misericordia?

Octavia. [1.6.223] Ya ves lo mal que me tratan tanto esta Tulia tuya como este no sé quien, amigo tuyo. ¡Pobre de mí!

Tulia. [1.6.224] Todo se arreglará. Sacude tú ahora, Octavia, esa mole que se agita desbocada en tus entrañas. Pero apártate, Lampridio.

Lampridio. [1.6.225] ¿Por qué diablos te opones a que mis ojos y mi espíritu gocen con visión tan placentera?

Octavia. [1.6.226] ¡Ay, ay, ay! ¡Qué bruto eres! … ¡Ea ya! A partir de ahora haré lo que quieras, Rangonio, y como lo quieras. Complaceré todos tus deseos, todos. Pero espera un poco a que me coloque en una posición más favorable a tus placeres.

Tulia. [1.6.227] Mientras te revuelves enloquecida has sacado una pierna fuera de la cama.

Lampridio. [1.6.228] ¡Acaba, Rangonio, que nada te detenga! Yo aguantaré y levantaré con mis manos esta marmórea columna.

Octavia. [1.6.229] ¡Para, tonto, para! ¿Por qué me haces cosquillas en la planta del pie? ¡Eh, eh! Y tú, Rangonio, ¡vaya forma tan apresurada de repiquetear! Ya no puedo más, desfallezco.

Tulia. [1.6.230] ¡Venga, Rangonio, venga, apresúrate! Yo agitaré estos testículos tuyos, fuente de delicias. ¿No ves que esta puta se muere? Que suministren con toda premura el bálsamo vital a la agonizante.

Rangonio. [1.6.231] Mi vena amorosa ya llamea y destila placeres hacia mi Venus.

Octavia. [1.6.232] ¡No tengas compasión de mí! ¡Toma! … ¿Qué te ha parecido este golpe? ¿Y este otro? ¿Y éste? ¡Ah! ¿Qué es lo que siento? [1.6.233] Calmas mis zonas irritadas con … ¡ah! ¡ah! … ardiente lluvia. ¡Ah, ah … y qué abundante … ah, ah, … qué suave! ¡Me das la vida al tiempo que me la quitas, juez de la vida y de la muerte!

Tulia. [1.6.234] Y tú mientras tanto permaneces más seca que la piedra pómez. ¿Están ocluidos tus ríos venéreos, Octavia?

Octavia. [1.6.235] ¡Cállate! ¡Eh, eh! Estate quieta. Calla. Todo va muy bien. ¡Je, je!

Tulia. [1.6.236] Acelera, Rangonio, date prisa. Colabora a que brote el gusto de tu moza espoleando con más firmeza. Muy bien, muy bien.

Octavia. [1.6.237] ¡Oh, me has aplastado con esa embestida … y también con ésta! Se ha apaciguado un poco este furor mio con el que me habías incendiado. ¿Todavía vierte tu vicioso tendón en

mi vena? Lo noto, lo noto. ¿No acabará nunca? ¡De qué forma tan agradable descargas dentro de mí! Creo que vas a llenarme de esa hirviente lefa y a convertirme de muchacha en charca de salmuera venérea.

LAMPRIDIO. [1.6.238] Yo reviento mientras tanto. Aproxímate a la meta, Rangonio. Que tus goces crezcan tanto me hace a mí desgraciado.

OCTAVIA. [1.6.239] ¡Qué impertinente eres, Lampridio! Desfallezco, desfallezco yo también. Pero te aprovechas de mi debilidad para matarme, Rangonio, languideciendo por tu parte. ¿Tan pronto te retiras?

TULIA. [1.6.240] ¿Tan pronto? ¿Qué tipo de locura te aqueja? ¡Joder! Ni el mismo Júpiter podría haber echado un polvo como éste, comparable al que engendró a Hércules en Alcmena. Pero mira cuán rígido, cuán ardiente y soberbio reluce el tendón de Lampridio. Recíbele.

LAMPRIDIO. [1.6.241] Si a este fogoso y rígido … en esa ardiente fosa …

Tulia. [1.6.242] Y con esa rápida embestida terminaste la oración.

Octavia. [1.6.243] Muy bien, Lampridio. Ven en mi ayuda, ayúdame.

Lampridio. [1.6.244] Colabora también tú, Octavia. Colabora, Tulia.

Tulia. [1.6.245] ¿Qué quieres que haga cada una de nosotras?

Lampridio. [1.6.246] Quiero que, mientras yo manoseo las tetas de Octavia, ella mueva la grupa suave y rápidamente. Y que tu viciosa mano izquierda, Tulia, incite a la vez a mi escroto y mis testículos a alcanzar la plenitud del goce con sus toqueteos estimulantes.

Tulia. [1.6.247] Desempeña tú tu papel, burro, que nosotras realizaremos los nuestros a la perfección.

Octavia. [1.6.248] ¡Con qué fuerza me zarandeas, Lampridio! Pero no lo harás impunemente. A esos empujones tuyos les responderan estos

culetazos míos más violentos. ¡Toma, toma, toma! ¿Te gusta?

TULIA. [1.6.249] Te estás portando como un luchador excelso, Lampridio. Con qué maestría provocas las delicias, que no la muerte, de la en apariencia expirante Octavia metiendo tu daga hasta la empuñadura. Parece, Octavia, como si estuvieses a punto de entregar el alma mientras que este héroe cupidíneo parece como si estuviese tratando de meterse entero dentro de tus vísceras.

OCTAVIA. [1.6.250] ¡Qué locuacidad tan inoportuna! ¿Por qué distraes a mi espíritu de esta sensación tan agradable de inmenso placer? Pero … pero … me queman por dentro violentas y ardientes llamaradas.

TULIA. [1.6.251] Provenientes de la antorcha que blande en tus entrañas el amor de Lampridio, firmemente asentado en lo más recóndito de ti. Ahora mismo, Lampridio mío, voy a darte un beso.

Lampridio. [1.6.252] ¡Oh beso, dulce complemento de mi deleite! Acerca también esos marfileños globos de tus tetas para que yo los bese. ¡Ahora, ahora, Octavia, Tulia, se me escapan los libidi… los libidinosos ríos!

Octavia. [1.6.253] Los siento, los siento verter en mi estanque. ¡Sigue, oh, oh, sigue! Y yo, y yo …

Tulia. [1.6.254] Y tú … y tú te diluyes también en el efluvio. Colaborad el uno con el otro. ¡Muy bien, por el dios Súbigo! Muy bien. ¿Qué andas rumiando tú mientras tanto, Rangonio, mudo e inerte?

Rangonio. [1.6.255] Aquí tienes la respuesta.

Tulia. [1.6.256] Y me muestras la pija. ¡Con qué rapidez se ha armado para la liza! Eres un guerrero milagroso. Por lo que veo, no se le dará ningún respiro a la desgraciada.

Rangonio. [1.6.257]

El mismo descanso para todas
y también el mismo trabajo.

Lampridio. [1.6.259] Toma pues posesión, Rangonio, de este campo de Venus, que no de Marte, que queda despejado y al que Marte mismo querría descender. ¡Me ha colmado de goce!

Rangonio. [1.6.260] ¿Me rehuyes dándome la espalda, diosa mía?

Octavia. [1.6.261] No huyo, pero quiero que se me conceda una breve tregua.

Tulia. [1.6.262] Reaviva el caduco deseo con un cambio de postura, pues languideces agotada. El placer debe dosificarse de tal modo que el propio placer se renueve a sí mismo indefinidamente.

Octavia. [1.6.263] Pero mira cómo me acucia Rangonio y cómo se aprovecha ignominiosamente de la que se encuentra a su merced.

Rangonio. [1.6.264] Pues esperaré. ¿Qué quieres que haga, Tulia? Dicta tú las reglas de los asaltos venéreos como lugarteniente de Venus que eres.

Tulia. [1.6.265] Mira, Octavia, cómo me pongo de rodillas y levanto el culo, doblando el resto del

cuerpo. Túmbate boca arriba sobre mis costillas de tal modo que se adosen nuestras espaldas y nuestras nalgas. Luego abre las piernas y apoya las plantas de los pies en el suelo con toda la fuerza que puedas para que a mí me sea más llevadero tanto peso.

Octavia. [1.6.266] No creo que puedas aguantarlo todo cuando se me eche encima este héroe. Pero obedeceré las órdenes de la reina de los folladores para no incurrir en falta.

Tulia. [1.6.267] Estoy segura de que Rangonio no querrá deslomarme y aguantará el peso de su propio cuerpo; no le faltarán recursos ni criterio.

Rangonio. [1.6.268] Os complaceré a ambas en todo lo que pueda. ¡Qué grupo tan encantador! Al punto lanzo este feo dardo contra tan excelsa obra de arte. Te ruego que lo acojas en tu buena parte, Octavia.

Octavia. [1.6.269] ¡No te entretengas, rey mío! Ya siento brotar un nuevo cosquilleo del fondo de mis riñones. ¿Es así, Tulia? ¡Qué disparates!

TULIA. [1.6.270] Mueve el culo, Octavia, como lo muevo yo. Balancéate con ritmo regular. Eso os será agradabilísimo a ti y a él. ¡Magnífico, magnífico! ¡Cómo te hierven los traviesos geniecillos de los riñones!

RANGONIO. [1.6.271] Arriba, abajo, Octavia, muévete con ritmo rápido. Y tú también, Tulia. Contribuid al asunto con la ligereza de vuestro movimiento. ¡Venga, venga!

TULIA. [1.6.272] Me hago cargo de estos empujones ardorosos y desenfrenados. Y oigo el murmullo del delicioso caudal que cae del lago de los riñones. Menea el culo hacia arriba, Octavia, que yo colaboraré con entusiasmo.

OCTAVIA. [1.6.273] ¡Tulia, Tulia! … Me haces enloquecer, Rangonio. Difícilmente puedo contener mi enajenación para no gritar. Siento que cae una suave … ¡ah, ah! …

TULIA. [1.6.274] … lluvia …

Octavia. [1.6.275] … que Danae, la hija de Acrisio, hubiese preferido a la áurea de su Júpiter. ¡Dale, Tulia, dale! …

Tulia. [1.6.276] Yo ya cumplo con mi parte.

Octavia. [1.6.277] Dos veces ya, dos también tú, Rangonio. ¡Eh, eh! Y por mi lado van tres. ¡Ja, ja, ja!

Tulia. [1.6.278] Tres veces en efecto has sacrificado a Venus de tu propio peculio y gustosamente.

Rangonio. [1.6.279] No hay chavalas más saladas ni más traviesas que vosotras en toda la ciudad. No puede haber coyunda más placentera de lo que lo ha sido ésta, aunque se tirase uno a las mismísimas Gracias en pelotas. Que me muera si la propia Venus, investigadora e inventora de placeres, conoce una forma más ingeniosa de conseguir goce tan agradable.

Lampridio. [1.6.280] ¿Querrás probarla también conmigo, Octavia? Entre tanto no te muevas, Tulia.

TULIA. [1.6.281] Quiero yo y quiere Octavia. Pero me temo que el cansancio aflojará mis músculos antes de que se complete la tarea.

OCTAVIA. [1.6.282] ¡Qué zafio eres! ¡Que duro está el tendón que incrustaste en la delicada flor del deseo!

TULIA. [1.6.283] ¡Despacio, Lampridio mío! Empujas con más fuerza de la que puedo aguantar, cansada como ya estoy; termina enseguida, date prisa. Me fallan las piernas, me caigo de lado.

OCTAVIA. [1.6.284] ¡Que Venus te maldiga, Tulia, que has echado a perder tan buen polvo o al menos lo has interrumpido! Pero yo misma levanto, yo sola levanto las cachas, Lampridio. Se te ofrecen de par en par todos mis encantos.

LAMPRIDIO. [1.6.285] Quisiera juguetear primero con la punta de la polla por fuera de la raja y restregarla entre los mullidos papillos. Permíteme este capricho, Octavia.

TULIA. [1.6.286] Claro que te lo permite. ¿Acaso se lo niegas, Octavia?

Octavia. [1.6.287] Yo soy la que se lo ofrece; es él quien lo rechaza.

Tulia. [1.6.288] Cogeré yo con la mano izquierda, Lampridio, este sable con el que peleas.

Lampridio. [1.6.289] ¡Ay, señora! Retenida por los estrechos lazos de esos dedos, mi pija, a la que conduces hacia el gozoso campo de los placeres sensuales, obtiene una doble satisfacción gracias a este doble coño: el tuyo, Octavia, con el que te adornó la madre naturaleza; y el tuyo, Tulia, el que tan sutilmente simulas para mí mediante la habilidad de tu mano.

Octavia. [1.6.290] Movéos, movéos ambos. Por mí ya está bien.

Lampridio. [1.6.291] ¿Qué quieres, señora? Ya brota, ya se desboca la inflamada espuma venérea. ¡Va, va, va!

Tulia. [1.6.292] Traga pues, Octavia, este chuzo ardiente. Lo has hecho desaparecer instantáneamente.

Octavia. [1.6.293] ¡Lampridio, Lampridio, dale, dale! Me siento transportada al cielo venéreo. ¡Empuja, ah, empuja, ah, empuja!

Lampridio. [1.6.294] Ahí va, ¿lo notas?, aquello con lo que riego esa flor tuya de juventud. Yo, sacerdote de Príapo y de Venus, te rocío con néctar, víctima de mi deseo. Ahí va, ahí va.

Tulia. [1.6.295] ¿Has tocado meta tú también, Octavia?

Octavia. [1.6.296] Lo hice. Abrázame, Lampridio; dame un beso.

Tulia. [1.6.297] ¡Qué puta tan desvergonzada e insaciable eres!

Octavia. [1.6.298] Pero poco a poco ha ido invadiendo mis miembros un cansancio desconocido que me paraliza con una pasividad indolente.

Rangonio. [1.6.299] Descansarás, Venus mía, tras haberme saciado con el fruto de tus encantos. Recibe pues, si te place, este polvo en buena parte.

TULIA. [1.6.300] ¡Que mueras tú de mal tormento si alguna vez llegases a pensar en la mala!

RANGONIO. [1.6.301] Por Súbigo, todas las partes de una joven seductora, como lo es Octavia, son buenas, pues dicen que el cuerpo entero de una mujer hermosa es coño. Pero dejemos aparte estas bromas y pasemos a las cosas serias. Túmbate, Venus mía, túmbate.

TULIA. [1.6.302] ¿Cómo quieres que se ponga para que retocéis más a gusto? Se me ocurre una idea. [1.6.303] Me pondré yo de pie y alzaré lo más que pueda la pierna derecha de Octavia, que ya está tumbada boca arriba, de modo que su talón toque el techo del dosel. Tú extenderas la otra pierna, Octavia, todo lo que puedas. Así se estrechará la entrada del coño, con lo que le resultará más agradable al visitante. ¡Vamos, levanta la pierna, Octavia! Prepárate, Rangonio; monta, aplica la espuela.

Octavia. [1.6.304] Antes hecho que dicho. ¡Qué atleta tan complaciente tienes en esta palestra, Tulia! Pero me estás subiendo y bajando la pierna, Tulia mía, con más fuerza de lo que puedo aguantar. Me temo que me dislocarás la cadera, si no pones más cuidado.

Rangonio. [1.6.305] Ejecutas un truco verdaderamente admirable, Tulia. Ni siquiera necesitas mover la grupa, Octavia. Tulia sola se basta para todos los meneos.

Octavia. [1.6.306] Casi no tengo otro papel que el de prestarme de buen grado a tu lascivia; el resto se lo debes a Tulia. Pero ya golpea algo ardiente en lo más recóndito de la alacena de mi concupiscencia. ¡Oh, eh, ah!

Tulia. [1.6.307] ¿Acaso, Octavia, no te encandilan las máximas delicias con este movimiento continuo? Pero se te cierran los agitados ojos. Veo que te corres, que te deshaces.

Octavia. [1.6.308] Así es, así es. Todo sucede por dentro. ¡Ah, ah! Sigue otro poco, Rangonio, todavía no he acabado. ¡Ah, ah!

Rangonio. [1.6.309] Nunca vio Venus putilla alguna tan deliciosa como tú. ¡Te has tragado toda mi picha! ¡Qué encogida y qué apagada vuelve a mí! Te la entregué gorda, purpúrea, ardiente; devuélveme lo que te presté, desvergonzada. La que me devuelves no es la mía; no la reconozco.

Tulia. [1.6.310] Acude a vengar a este compañero tuyo al que se le ha hecho tal injuria, Lampridio, pues te he visto beber una copa de vino reconstituyente. Has recuperado tus fuerzas y ya se te levanta la tórrida fuente venérea.

Lampridio. [1.6.311] Cierto es que bebí y que con el vino ingerí nuevos ardores, como inmediatamente percibirá tu Octavia.

Octavia. [1.6.312] A base de bromas y de la desmesura de vuestra lujuria creo que me vais a matar.

TULIA. [1.6.313] Aparta esos temores. Con lo que se trae a la vida a todos los seres animados, con el nervio que da vida, Octavia, no te quepa duda de que no se mata. Rangonio, carga sobre tus espaldas a tu heroína vencedora tumbada boca abajo.

RANGONIO. [1.6.314] ¿Y qué he de hacer cuando así la tenga?

TULIA. [1.6.315] Limítate a sostenerla. Tú, Octavia, sal de la cama.

OCTAVIA. [1.6.316] Las piernas no me sostienen. Me tomáis por un elefante, no por una chica.

TULIA. [1.6.317] Delicada eres y delicadamente actúas. Por favor, Rangonio, coge tú a la desvalida. Todo este montaje se prepara para ti, Lampridio.

OCTAVIA. [1.6.318] Espera un poco, Rangonio. Yo misma me pondré sobre tus espaldas.

TULIA. [1.6.319] No basta con decirlo, hay que hacerlo. ¡Mira cómo arma Lampridio! ¡Mete en tu

fanal esta flamígera antorcha! ¡Qué a punto se encuentra todo, qué bien!

Lampridio. [1.6.320] Te has lanzado sobre ese caballo, Octavia, llena de alegría.

Tulia. [1.6.321] Ahora, Rangonio, sujeta los brazos de la virgen con los tuyos. Abre las piernas, Octavia.

Lampridio. [1.6.322] Abre, diosa mía, dueña mía venérea, los encantos de tu jardín venéreo.

Tulia. [1.6.323] Abrelos tú mismo. Aplica la llave a la cerradura.

Octavia. [1.6.324] La verdad es que me temía alguna indecencia, como si quisieses penetrarme por donde no se debe.

Rangonio. [1.6.325] Nosotros no queremos disfrutar de nuestros empellones y de nuestros amores más que por la parte benéfica y amistosa. Pero acelera, Lampridio, dedícate a lo que estás.

Lampridio. [1.6.326] Cuando me coloque entre las piernas de Octavia, tú, Tulia, levántalas ambas

para que pueda meter más facilmente la pica en la entreabierta vulva.

TULIA. [1.6.327] En cuanto lo ordenaste, ya está hecho.

OCTAVIA. [1.6.328] Esto, a fe mía, no se hará sin gran incomodidad por mi parte. La piel de mi vientre está tan tensa que se diría que fuese a rasgarse. Por lo pronto, Lampridio, recibe con dificultad la jabalina que le lanzas.

LAMPRIDIO. [1.6.329] Razón por la que el jugueteo resultará más agradable para ambos. No iré recto a la sede íntima de Venus, pues el visitante encuentra la entrada un poco curvada al doblarse la parte inferior del cuerpo.

OCTAVIA. [1.6.330] Bueno, bueno.

TULIA. [1.6.331] Sacudiré con un leve meneo tus ebúrneas piernas, Octavia, y así ayudaré al sudoroso Lampridio. ¡Pero oye, Lampridio, con qué rapidez y fervor embistes! Vas a tirar al suelo a la cabalgadura y al jinete. ¡Modérate!

Octavia. [1.6.332] ¿Por qué frenas al que se apresura? Mald… ¡ah! ¿Por qué retienes a quien corre? ¡Ah, ah! ¡Maldita seas!

Tulia. [1.6.333] ¡Qué rápida te fluye la savia de Venus! ¡Cuánto te ama Venus! A ti en cambio, Lampridio, te arde más pausadamente la lúbrica vena seminífera. ¡Esta crica, digna de Júpiter, ha embrujado la actuación de la rígida picha!

Octavia. [1.6.334] Te equivocas, te equivocas. Bromeas. ¡Oh, oh! Diluvia. Desfallezco.

Lampridio. [1.6.335] Pues recibe estas pocas … ah, ah, ah … gotas de bálsamo cupidíneo que saquen a la agonizante de su marasmo.

Tulia. [1.6.336] Golpea, sacude. Que al sacar la chorra no quede en ella ni pizca del licor por el que perece mi Octavia. Estrújala, Octavia, con los bordes del papo, mama la divina miel.

Lampridio. [1.6.337] Ya hemos acabado. La verdad es que los placeres de este polvo me han reanimado milagrosamente. Me ha puesto más alegre en vez de agotar mis fuerzas.

Tulia. [1.6.338] Ya puedes dejar en el suelo, Rangonio, tu preciosa carga. Y permitid ahora que los miembros de esta amiga vuestra tan seductora, agotados tras tantos lances, se repongan un poco mediante el descanso. Observad que apenas puede andar por su propio pie. Habéis debilitado, malvados, los nervios de las piernas de la tierna niña con vuestros nervios.

Octavia. [1.6.339] Por favor, Rangonio, deposítame sobre el colchón del lecho. Yo no podría subir sola.

Tulia. [1.6.340] No conseguirás nada simulando ese agotamiento. Se ha establecido que estos atletas apaciguarán su amor por ti con diez revolcones cada uno. No escaparás de sus abrazos antes de eso por más que pidas treguas.

Octavia. [1.6.341] Tratadme con más humanidad, héroes míos. Como os empeñéis en arrastrarme hasta la vigésima coyunda, me moriré. Obrad más humanamente, Hércules míos.

Tulia. [1.6.342] Quiéraslo o no, esta noche serás jodida veinte veces.

Octavia. [1.6.343] ¡Qué barbaridad! Anuncias cosas portentosas.

Tulia. [1.6.344] Hasta ahora se han lidiado siete lides contra ti. Te faltan tres para llegar a la decena. Luego tú y yo nos retiraremos a la habitación contigua, donde yo me ocuparé de restablecerte y de cuidar tu cuerpo. Y tal tregua irá seguida por la reanudación de la contienda.

Octavia. [1.6.345] Acerca la oreja, Tulia.

Tulia. [1.6.346] Habla, habla con voz normal.

Octavia. [1.6.347] Sería una desvergonzada si así lo hiciese. Acércate. Me escuece horriblemente ese sitio. Lo siento arder. ¿Qué puedo hacer? No puedo aguantarlo.

Tulia. [1.6.348] ¡Ja, ja! Octavia se queja … ja, ja, de una molestia muy graciosa causada por vuestros casquetes, Rangonio y Lampridio …

Octavia. [1.6.349] ¡Cállate! Voy a darte un puñetazo. Calla.

Rangonio. [1.6.350] ¿Se queja? Por favor, Tulia mía, ¿de qué se queja?

Tulia. [1.6.351] De que le pica …

Octavia. [1.6.352] ¿Qué parloteas? ¿Qué parloteas?

Tulia. [1.6.353] … la parte juguetona, juguetona y atrevida.

Octavia. [1.6.354] Eres la más habladora de las mujeres parlanchinas. Casi te odio.

Rangonio. [1.6.355] ¿Te acuerdas de Laura, Lampridio?

Lampridio. [1.6.356] Me acuerdo. Y también me acuerdo de lo bien que te portaste conmigo. Pues el hecho de que mi buey pudiese arar su campo fue un obsequio que tú me hiciste.

Tulia. [1.6.357] ¿Se trata acaso de la misma que entregaste, Rangonio, al disfrute de Lampridio? Menuda trastada le jugaste a la ansiosa y crédula muchacha. Otra víctima de la verdadera amistad.

Octavia. [1.6.358] Por poco agradable que te haya resultado, Rangonio; si me amas, Lampridio, contadnos lo que pasó.

Rangonio. 1.6.359 Que lo explique Lampridio, pues yo no fui más que el director de la comedia; no tuve más papel en ella.

Lampridio. 1.6.360 Me encontraba yo en Roma a finales del otoño en casa de Rangonio. Laura, a pesar de ser casta y virgen, me prendó con su mirada desenvuelta. Me destrozaba el amor, pero ella estaba colada por Rangonio. Este se dio cuenta de que ella le amaba y de que yo la amaba a ella. Convenció a la nodriza de la chica para que una noche le facilitase la entrada en la habitación de Laura. La vieja conocía los ardores de la niña y prometió a la anhelante todas las delicias del amor, si se entregase. Ella consintió. Pero Rangonio me colocó en su lugar.

1.6.361 A la hora convenida me presenté a la puerta de la habitación y la vieja me condujo de la mano, pues todo estaba a oscuras, hacia la cama en que yacía la joven. La madre de Rangonio, de cuya hermana era hija Laura, dormía justo en

el cuarto de al lado. La vieja me advirtió de que no debía intercambiarse palabra entre nosotros; que como mucho hablásemos mediante susurros para que no lo oyese la desconfiada dueña. Añadió, pegando su boca a mi oído mientras lo decía, que yo tenía que trabajarme a la virgen mediante empujones suaves y ataques silenciosos, para que los crujidos del zarandeado lecho no despertasen a su ama.

Tulia. 1.6.362 ¡Que compañero de cama tan considerado y tan tétrico tuvo Laura esa noche! Seguro que superaste con mucho el grave porte de un Catón jodedor.

Lampridio. 1.6.363 ¡Qué ocurrente eres! Encontré completamente desnuda a la virgen y, quitándome la ropa inmediatamente, me tumbé al lado del tierno cuerpo.

1.6.364 «Ya sabes» le dijo la vieja a la niña «lo que te he advertido, hija. No gozarás del amor de tu Rangonio sin sufrir cierto dolor,

pues tal amor se dispensa mediante un tendón gordo, rigido y cruel. Pero mantente en silencio, si no quieres que perezcáis ambos».

1.6.365 La vieja me echó mano entonces a la pija y dijo entre murmullos:

1.6.366 «Yo misma la conduciré al bien sumo por la vía que le corresponde. Tú, Laura, abrázale».

1.6.367 Me puse encima y ella aplicó la catapulta. Empujé y traspasó las destrozadas puertas como tres dedos[1]. La vieja quitó la mano y la aplicó al escroto, que alojó en su palma y rascó ligeramente con la punta de los dedos.

Octavia. 1.6.368 ¿Y qué hacía Laura, tanto en favor tuyo como en el suyo propio?

Lampridio. 1.6.369 Con la otra mano la nodriza le alzó el culo, con lo que introduje la daga hasta la empuñadura en el delicado cuerpo de la virgen. 1.6.370 Ella emitió algunos gemidos 1.6.371 y

[1] Unos 5 cm.

pronto fue a parar a su cisterna desde mi canalón la abundante lluvia libidinosa. Me inmovilizó con sus abrazos, me cubrió de besos y emitió jadeos leves y suaves al convertirse en mujer, como los que emite la tortolilla viuda. [1.6.372]La servicial vieja escurrió la polla entre sus dedos en bien de ambos. No se privó a la virgen ni de una sola gota.

Tulia. [1.6.373]¿Y los riñones de la niña no soltaron nada durante esta operación?

Lampridio. [1.6.374]El furor libidinoso de ambos quedó muy bien apaciguado. Pero como ella no paró de mover las piernas, de agitarse con vehemencia de un lado para otro, de golpetear mi pubis con su pubis a culetazos, de anegarse en el río del deseo con suspiros, con meneos, con atrevidos susurros, olvidando las normas establecidas, he aquí que se presenta la madre de Rangonio.

Tulia. [1.6.375]Tiemblo, tiemblo por vosotros. ¡Los locuaces furores de la pasión indomable despertaron a la madre de Rangonio!

Rangonio. [1.6.376]Lo has adivinado. ¡Qué agudo es el ingenio de las buenas jodedoras!

Lampridio. [1.6.377]

[1.6.378]«¿Qué son esos ruidos que oigo, Laura?» exclamó la matrona. «¿Estás sola?»

[1.6.379]«Estamos solas» contestó la vieja.

[1.6.380]«Me asustó lo que vi en sueños» añadió Laura «y me caí de la cama cuando trataba de huir».

[1.6.381]«¿Tan joven y ya deliras?» repuso Margarita (que tal es el nombre de la matrona). «Tranquilízate. Todos esos sustos de los sueños no son más que bobadas».

[1.6.382]«Al darme cuenta de que mi niña se agitaba,» continuó la vieja «me tiré yo de la cama».

[1.6.383]Y mientras lo decía se movía de un sitio para otro haciendo ruido a posta. Laura se

apretaba temblorosa contra mi pecho mediante un abrazo asustado.

1.6.384 «Estoy perdida» decía; «estoy perdida, primo, y tú también lo estás, lo que es cosa grave; pero, si perezco contigo, no tendrá importancia».

1.6.385 Pero yo, para que no se sintiese perecer, volví a montarme sobre ella, le apliqué el asta y le metí las maldades de Venus, infladas y ardientes. La vieja me sacó luego del cuarto quieras que no, tras realizarse las nupcias de tan divertida manera.

Rangonio. 1.6.386 Laura tiene, como tú, Octavia, un cuerpo de lo más jugoso y unas tetas prominentes, pero que no están separadas, como las tuyas. Como si estuviesen enamoradas una de la otra, tienden a besarse.

Tulia. 1.6.387 Tal acercamiento es muy conveniente sin duda para el colmo del placer, pero no para la hermosa apariencia.

Octavia. 1.6.388 ¿Para el colmo del placer?

Tulia. [1.6.389] Ya lo entenderás a su tiempo. Por ahora esto es lo que tienes que entender: a ti te faltan tres coyundas para el colmo del placer.

Rangonio. [1.6.390] Mira cómo se impacienta el belicoso Príapo en mi picha. Mira cómo se me empina. Pero quiero ir al asunto por una nueva vía.

Tulia. [1.6.391] ¿Nueva vía? ¡En modo alguno, por mi lascivia! No transitarás por una nueva vía.

Rangonio. [1.6.392] Me he expresado mal. Quise decir una *nueva postura*.

Tulia. [1.6.393] ¿Y cuál puede ser? Pero ya caigo. La llaman *Héctor cabalgado*. [1.6.394] Túmbate boca arriba, Rangonio, y que esa pica tuya relampagueante provoque erguida al enemigo al que quiere atravesar. Muy bien. Pero ¿por qué adoptas ese aire tan altanero, por qué así te exhibes y te yergues, desvergonzada cola?

Octavia. [1.6.395] Me las pagarás, malvada, me las pagarás. ¿Qué quieres que haga yo, Tulia?

TULIA. [1.6.396] Ponte de pie y sitúa a Rangonio entre tus piernas, dándole la espalda. Que la espada del yacente se enfrente a la vaina de quien se le viene encima. Te has colocado estupendamente. Muy bien.

RANGONIO. [1.6.397] ¡Oh espalda divina! ¡Oh cachas marfileñas! ¡Oh culo incendiario!

TULIA. [1.6.398] Deja de proferir esas maldades. Pues maldice del coño quien alaba el culo. Ya veo dónde irán a parar todas esas consideraciones sobre las nalgas. Aborrezco tan mendaces elogios. ¡Pero qué buen gusto tienes, Octavia! El glotón coño se ha tragado entera tu polla cruda, Rangonio.

OCTAVIA. [1.6.399] Ven, Rangonio. ¡Ay, ay! Ven en mi ayuda, Rangonio. El arpón que has arrojado en mi lago hace surgir de sus profundidades un gran placer. Ven, Rangonio.

RANGONIO. [1.6.400] Voy, Octavia, voy, voy. Ven tú también. ¿Vienes?

Octavia. [1.6.401] Yo también me voy, yo también, también. ¡Ah, ah!

Tulia. [1.6.402] ¡Oh suspiros que Venus misma desearía fuesen suyos! ¡Con cuánta premura habéis sucumbido ambos! No tan deprisa, Octavia, pues aquí llamea otra antorcha amorosa que todavía debes apagar, si quieres anegarte en el goce sumo.

Lampridio. [1.6.403] ¿Por qué te das a la fuga? ¿Escapas de mí? ¿No quieres que yo también descargue? Hubiese sido suficiente con tu negativa.

Octavia. [1.6.404] Lo digo de veras: estoy muerta. Los meneos de esta coyunda me han dejado agotada, pues he tenido que hacer trabajar a fondo las piernas.

Tulia. [1.6.405] Imaginaciones tuyas. Ha sido una escaramuza, no un combate en serio. Se te veía derribar a golpes la propia maza de Hércules y ahora sales con que estás desfallecida. ¡Pamplinas!

Octavia. [1.6.406] Todos mis sentidos están abotargados, como sepultos en sí mismos. ¿Acaso sigo viva? Lo que hicieses ahora conmigo, Lampridio, te avergonzaría recordarlo, pues te envilecerías yaciendo con un cadáver.

Lampridio. [1.6.407] Te devolveré la vida precisamente con este caduceo de Mercurio, con este cetro inflamado de Venus, con esta rama dorada. ¡Mira, toca! Te daré la inmortalidad. Con esta apoteosis venérea te situaría entre las diosas.

Octavia. [1.6.408] ¡Escucha, escucha, Lampridio! Alguien llama insistentemente a la puerta de la casa. ¿Quién será? Los dioses y las diosas que presiden y ofician los ritos amorosos maldigan a quien venga a perturbar pasatiempo tan egregio, quienquiera que sea el instigador.

Lampridio. [1.6.409] Crece el estrépito. Iré a ver. Pero ya se han abierto las puertas y han permitido la entrada a quien viene hacia nosotros con paso rápido. Ya se acerca.

Tulia. [1.6.410] Salid, salid. Retiráos a la habitación que se os ha preparado para no dar pie a los rumores.

Rangonio. [1.6.411] Cerrad vosotras bien este gineceo vuestro.

Octavia. [1.6.412] Adios, Rangonio mío; adiós, Lampridio, uno y otro luces mías. Me habéis matado amistosamente, me habéis aniquilado con ternura. No hay vida más vivaz que esta muerte.

Tulia. [1.6.413] No tenemos nada que temer. Nuestros maridos están fuera y he puesto el mayor cuidado en que los criados, fieras suspicaces, no puedan conjeturar estos regodeos nuestros. Todo está a buen recaudo.

[1.6.414] Pero ya sabes cómo es nuestro gobernador. Es un hombre cortés, sociable y que gusta de los placeres, ignorando el qué dirán. Pasa algunas noches en blanco entre el ruido de la juerga y la despreocupación de las bromas junto con jóvenes a los que aprecia o por los que quiere ser

apreciado. Hace participar en sus conversaciones desenvueltas, en los juegos y en las bromas a quienes ama o estima.

1.6.415 Costumbres tan llevaderas le han concitado el afecto de todo tipo de gentes, sin que por ello haya sufrido su fama. ¡Coño! No es digno de la vida que tiene más que quien sabe vivirla, pues una vida apartada de Venus, de Baco y de las diversiones se aparta mucho de la vida. Hay que evitar la petulancia estúpida de ese tipo de hombres que creen que sólo ellos son sabios; no consideran digno de alabanza nada fuera de sí mismos, de sus insípidas y vanas costumbres.

> *Jueces inicuos para con los demás, son tolerantes consigo mismos.*

1.6.417 Huyamos de su vista, Octavia, huyamos de esas harpías, fieras aladas, obscenas y rapaces de rostro humano. Pues ensucian todas las cosas hermosas con su gravedad censora y envilecen

las cosas honestas con sus fechorías. Precisamente por ello hay que tener mucho cuidado con la honestidad.

Octavia. 1.6.418 ¿Pero a qué modo de vida le llamas realmente honesto? Pues hay muchas opiniones discrepantes al respecto.

Tulia. 1.6.419 Ser honesto es parecer honesto. Los hombres no ponen atención más que en lo que perciben sus sentidos. Revístete con la apariencia de honestidad. El vulgo considera honesto todo lo que se esconda cuidadosamente bajo ella. Entrégate a los placeres, pero bajo la apariencia de honestidad; no serás por ello menos honesta. 1.6.420 En cambio si, levantado el velo aunque no sea más que el espesor de una uña, se te viese separarte de la severa disciplina establecida por los ignorantes que se consideran a sí mismos los únicos sabios, serás objeto de inacabables murmuraciones y los malévolos y los inmisericordes proferirán alaridos de consuno, fingiendo pérfi-

damente que se apiadan de tu suerte. [1.6.421] Ellos mismos simulan, actúan disfrazados y ponen un cuidado exquisito en mantener tales apariencias. Disimulemos también nosotras. El universo entero practica la hipocresía. Cuando vamos al teatro elogiamos o censuramos lo que los actores hacen o dicen en público sobre el escenario mientras dura la comedia. [1.6.422] De lo que hagan o digan una vez echado el telón no se comenta nada. Esta práctica social pone en tela de juicio todo lo que se haga ante la pública mirada, no lo que logra urdirse y realizarse ocultamente. [1.6.423] ¡Ah, si viéramos a la descubierta a esos prohombres nuestros en soledad y abandonados a los impulsos que les proporcionó la naturaleza, así como a los soberbios don nadies que simulan un talante despreocupado y que parecen alcanzar las vías del cielo por la aparente severidad de sus costumbres! ¡Ay si los viésemos! Pero he aquí ya a Lampridio.

Lampridio. [1.6.424]El gobernador ha enviado a unos pajes suyos para decirnos que quiere comunicarnos algo, rogándonos que vayamos a su casa, si no nos viniese mal.

Rangonio. [1.6.425]¿Qué hemos de hacer, Tulia mía? ¿Qué nos recomiendas, Octavia?

Tulia. [1.6.426]Lo que indica la honestidad.

Rangonio. [1.6.427]¿Quién consideraría honesto que uno se separase de sus amores, tan alegres, tan festivos, tan ingeniosos?

Octavia. [1.6.428]Bien que me pesa.

Tulia. [1.6.429]Pero hay que aguantarse. Pues cuando los magnates alcanzan tal grado de honor ordenan lo que proponen y mandan lo que ruegan. Idos. Dame un beso, Lampridio.

Octavia. [1.6.430]Me abandonan con vosotros todas mis delicias. Dame un beso, Rangonio. ¡Oh, mitad de mi alma!

Lampridio. [1.6.431]Este dulce beso que me llevo me mantendrá en tu presencia. Pero concédeme el goce pleno, Octavia.

Octavia. [1.6.432] De ninguna manera.

Rangonio. [1.6.433] ¿Tampoco a mí?

Tulia. [1.6.434] A ninguno de los dos. Sometéos a las exigencias del momento y no a las del amor, redomados muñidores de bromas y de placeres.

Lampridio. [1.6.435] Que Juno pronuba me mire con malos ojos si no prefiriese dejar la vida que separarme de vuestros brazos.

Rangonio. [1.6.436] Preferiría pasar esta noche con vosotras, Venus mías, que el resto de mi vida con Júpiter, tutor de príncipes.

Tulia. [1.6.437] Ya se han ido. ¡Para que te fies de las cosas humanas y concibas grandes esperanzas! La insaciable comezón de la infeliz Octavia esperaba veinte riegos, más o menos, y hete aquí que apenas ha alcanzado el octavo. ¡Ve ahora y confía en las cosas humanas!

Octavia. [1.6.438] Mis lomos no están a la altura de tal tarea. Tú en cambio aguantas lo que te echen. Yo quizá hubiese podido llegar contenta

y sana a la decima coyunda, pero no hubiese ido más allá. No es placentero lo que fatiga al placer.

Tulia. [1.6.439] Pero entre tanto desbarataste los ataques de Rangonio y de Lampridio, que irrumpían en tus defensas, agotaste sus fuerzas y te anegaste en sus sudores, tú, que eres tan tierna y de lomos tan flojos y delicados.

Octavia. [1.6.440] Estos excesos me han quitado por completo el sueño. Por más que lo desease, no podría dormirme. Charlemos.

Tulia. [1.6.441] Quieres seguir disfrutando de Venus hasta la madrugada, al menos mediante la charla libre y voluptuosa. Pero veo un papel en el suelo; ha debido caérsele a Lampridio o a Rangonio. Veamos lo que en él está escrito.

Octavia. [1.6.442] Veamos. Déjame que lo lea.

Tulia. [1.6.443] Toma, léelo.

Octavia. [1.6.444] La escritura es desmañada y desordenada; se echa de ver a la primera que ha sido realizada por la mano de una niña.

1.6.445 LAURA A RANGONIO EN SU DESESPERACIÓN.

1.6.446 *No me atrevo a desearte el bienestar que espero de ti, pobre de mí, de cuyo bienestar tú no te preocupas. ¿Con qué demencia te afectó el hado maligno para que no te reunieses conmigo a la hora que habías prometido a mi pasión insensata? Entre tanto no vivo ni tampoco puedo morir. Vivo para ti, luz mía; moriré por ti, puesto que tuya soy. Lo uno alivia agradablemente al triste ánimo; el otro pensamiento hace retroceder ante el abismo a la que te desea. Me debato entre la vida y la muerte.* 1.6.447 *Si vinieses, retornaría a la vida; si no, correré hacia la muerte y el camino no será largo. Pues estoy privada de toda alegría; estoy privada incluso de mí misma cuando te separas de mí. Ardores insufribles, miedos trepidantes, preocupaciones indomables rodean a la miserable, como*

si formasen una empalizada, y la agobian con fuerza. A cualquier sitio que me dirija se me ofrecen tormentos, si no vienes tú a librarme de tantos males y de mi propia enajenación. Pues, si me sintiese despreciada por ti, me consideraría condenada a muerte. Y así perecería la que empezó a perecer desde el día en que se vio inflamada por tan loco amor por ti. Ven volando si quieres devolverme la razón. Adiós.

TULIA. 1.6.448 Verdaderamente Laura da muestras de un ingenio agudo y vigoroso al escribir tan sabiamente. Apostaría a que su Venus atesora todo tipo de placeres, siendo tan ingeniosa.

OCTAVIA. 1.6.449 ¡Luego admitió también a Rangonio entre sus brazos! Creí que no había meneado las caderas más que con Lampridio.

TULIA. 1.6.450 Se había desatado un incendio en los tuétanos de la joven. Una punzante comezón arrasaba los lugares que Venus, una desconocida hasta entonces para ella, había reservado para

su placer. Toda aquella noche revolcó por la cama su delicado cuerpo, subyugado por el amor. Creía consumirse. La nodriza pensó que iba a enloquecer.

1.6.451 «Te curaré esta enfermedad, hija» le decía. «Pero evita un poco estas tonterías. Ten paciencia. Quien te volvió loca sanará también tu perturbada mente. No desesperes, por favor. Deja ya esos excesos que a ti te perjudican y a mí me matan».

1.6.452 Al llegar la mañana la vieja se dirigió volando hacia Rangonio y le contó lo que estaba pasando. Le rogó que consolase a la enamorada niña, que acudiese en ayuda de una hermosura digna de las pretensiones del mismo Júpiter. La madre de Rangonio se había marchado al alba a una finca distante un par de millas de la ciudad. 1.6.453 ¿Qué iba a hacer el joven? Se dejó convencer y siguió a la vieja a donde le condujo. La encontró sentada en la cama, con el cabello revuelto como el de una ménade, con el tierno

pecho agobiado por los suspiros y una copiosa lluvia de lágrimas oscureciendo los soles de sus ojos, que oscurecerían al sol mismo.

1.6.454 Cuando le vio venir se puso de pie medio desnuda, como estaba, y le dijo, colgándose de su cuello:

> 1.6.455 «Has venido a mí, has venido a mí, impostor, que me quitaste la razón, a mí, que hasta entonces ignoraba lo que fuese una tacha. Devuélveme mi pureza; no puedes. Entrégate a mí con decisión y constancia; puedes».

1.6.456 Al decir esto le cayeron de los ojos abundantes ríos de lágrimas.

> 1.6.457 «No desmerecía en nada» continuó «a la estima de las nobles doncellas. Mi honestidad resplandecía; te la entregué a ti únicamente, para complacerte. Desde ese momento renuncié a mi honor, al dejar que tu amor prendiera en mí enloquecida. Apiádate de mí. Haz, si puedes, que vuelva a ser mía, pero sé que no puedes. O haz que seas mío,

siéndolo de corazón; eso sí que puedes. Pero sé que no quieres, pues reservas tus abrazos, dignos de Venus, para la propia Venus».

1.6.458 ¿Qué más puede añadirse? Rangonio no soportó más recriminaciones y se hizo la paz entre ellos. Bajo los auspicios de la diosa bagasa se pusieron en práctica los ritos de Venus con gran satisfacción de entrambos.

Octavia. 1.6.459 Y así quedó aplacada la traviesa comezón de la ardorosa Laura como lo fueron tus furores en la villa Orsini, honesto lupanar.

Tulia. 1.6.460 Alteras con mala intención el significado de una palabra deshonesta. No dices más que bobadas. Atiende.

1.6.461 Son putas y meretrices las perdidas que prestan sus servicios por la paga, sin la más mínima consideración para el placer (o por lo menos el vulgo dice que así lo hacen), salidas de la miserable y hambrienta chusma. Doquiera que se atrevan a presentarse, acarrearán consigo la inmundicia del burdel. Son oprobio ignominioso

de sí mismas. [1.6.462] Pero para las que están situadas en el nivel superior de la sociedad, como nos sucede a nosotras, no es adecuada tal denominación degradante. Hay que tener en cuenta la clase y la dignidad de cada uno a la hora de juzgarle. *Puta* y *burdel* son palabras destinadas a poner de manifiesto lo abyecto del origen, no de las costumbres.

Octavia. [1.6.463] ¡Magnífica teoría! Pero me parece recordar que ya se habían clavado doce jabalinas en tu rodela cuando vino Rangonio a interrumpir tus travesuras para poner en danza las mías, cortando así el hilo de tu relato. Quiero que lo continúes hasta el fin.

Tulia. [1.6.464] Lo mismo quiero yo.

Octavia. [1.6.465] Que Venus ocasione la perdición de Luigi y de Fabricio, bribones de la peor especie y sediciosos contra la dignidad natural del placer.

Tulia. [1.6.466] Pero dicen los entendidos que no hay en ello nada que merezca el más mínimo

vituperio. [1.6.467] Pues la cueva trasera tan es parte del cuerpo femenino como puedan serlo las manos. No se comete así falta más grave que si la mujer aplicase su mano a la picha de su marido. Se cometería pecado si la lluvia genital no regase el huerto femenino. [1.6.468] Pero, sea ello como fuere, Octavia mía, a mí la cosa me parece completamente ridícula, cuando no totalmente depravada.

Octavia. [1.6.469] Yo la encuentro ridícula y repugnante. Pues ¿qué placer puede ser ese que consiste en que quien esté inflamado por lascivos furores dé tal cambiazo de sexo? ¿Quién que quiera prestar a la humanidad el honor que se le debe no abominará de tal infamia? Quien defrauda tan perversamente a una joven ofende gravemente la dignidad de su hermoso cuerpo. No sé cuál pudiera ser la causa de que se introdujera este desvarío en las mentes de nuestros hombres.

Tulia. [1.6.470] Los astrólogos, intérpretes de los cielos, dicen que esta ignominia se practica por

el influjo de cierta constelación, pero que su contagio no emponzoña tanto a los nacidos al otro lado de los Alpes. Son italianos y españoles quienes más aprecian este manjar de chicos y chicas. 1.6.471 Cuando se solicita de nosotras se le llama *ofrenda*, cuando se hace de los chicos *servicio*. Los antiguos oscos no lo consideraron pasatiempo deshonesto. 1.6.472 Y ya sabes en qué grado descollaron los griegos por su intelecto; pues bien, honraron a Venus como *calipigia*, o sea, de hermoso culo, y calificaron de bellisimas chicas a unas hermanas que tenían unos traseros estupendos. Las tales consiguieron fama no por el fulgor de sus ojos o la sensualidad de su boca, sino por la belleza de sus cachas. 1.6.473 Cierto es que quien no odie las piernas no puede tenerles odio a las nalgas. ¿Negarás acaso que son la raíz de los muslos y su mejor parte desde el comienzo mismo?

Octavia. 1.6.474 Pues que hagan las delicias de vista y tacto, siendo, como son, atractivas para la

vista y agradables para el tacto. Pero consideraré como un horrible canalla, que emponzoña la luz y el aire, a quien obtenga de ellas cualquier otro goce.

TULIA. [1.6.475] Bien dicho. Pero no veo por qué deba increparse a quien practica sobre un simulacro de enemigo la forma de manejar la lanza que enseguida arrojará contra el enemigo verdadero en justa confrontación.

OCTAVIA. [1.6.476] Hablas muy a la ligera de la agresión que sufriste.

TULIA. [1.6.477] ¿Acaso lo negarás tú de Caviceo? El rubor que invade tu rostro proporciona la respuesta. Eres una desvergonzada. ¿Por qué me insultas a mí entonces, tramposa?

OCTAVIA. [1.6.478] Tengo que confesar que Caviceo amenazó un par de veces con realizarlo, pero no pudo conseguirlo. Después ya no ha vuelto a intentarlo.

[1.6.479] Una tarde quiso que nos acostásemos ambos desnudos. Dándome besos, acariciándome,

estimulándome le entró un nuevo tipo de deseo. Me tocaba el culo suavemente mientras yo estaba tumbada boca arriba. Me dijo entonces:

> 1.6.480 «Levanta, Octavia mía, estas cachas marmóreas poniéndote de rodillas. Auxilia a mi amor, al que haces enloquecer. Que se vean ambas partes, tanto la buena como la trasera. Permite que mi ansia libidinosa se dirija contra la que quiera. Tú no perderás nada, ten confianza. Ungiré tus zonas íntimas de Venus con el linimento que les corresponde; te recompensaré con un coito pleno y verdadero. Comenzaré la tarea en la mala, pero la completaré en la buena parte. De este modo tú quedarás tan satisfecha como yo».

1.6.481 Le obedecí y se le ofrecieron dos vías para acceder a Venus: una de ellas regia, la otra escabrosa y llena de maleza. Pero fue a esta última a donde aplicó la catapulta, sin que consiguiese nada, más que deshacerse en sudor en medio de entrecortados jadeos y de grandes empujones.

1.6.482 «No conseguirás nada» le decía yo. «¿Quieres acaso que por donde no pasaría ni un junco se incruste una tranca grande y gorda? ¿Quieres abrirme en canal? ¿Es que quieres rajarme y hacer de dos estuarios uno solo?»

1.6.483 «Está bien, Octavia; estoy loco» repuso él 1.6.484 al tiempo que metía al pájaro en el nido del goce situado más abajo.

1.6.485 Algunos días después repitió el intento y obtuvo el mismo resultado. Volvió a renunciar a lo que había iniciado y me rajó por donde nos agradaba a ambos.

Tulia. 1.6.486 Lo mismo que cuentas es lo que me sucedió a mí con Calias a este respecto; exactamente igual. Sólo que yo contribuí a la dificultad de la vía con mis palabras, para que le resultase todavía más difícil.

1.6.487 «Me he casado contigo como mujer» le decía «y los abrazos que solicitaste fueron los de la mujer. Esperaste de mí prole

y contento, pero tanto el goce como la prole los obtendrás como mujer, sin que además perjudiques mi honestidad ni agobies mi pudor. Si quieres hijos, ocúpate tú mismo en este obrador del género humano como artesano destacado; si quieres placer, ahí mana la fuente de todos los placeres que suele preparar la desenvuelta Venus con sus jugueteos y halagos. 1.6.488 Ve a esa fuente; el sendero no es nada empinado ni pedregoso; no se necesita buscar ningún otro más amplio para alcanzar al amor. Sería mejor llamarlo cañada que sendero. Conduce por ahí a tu jaco, coño, que trotará con paso más alegre y no se agotará con esfuerzo tan vano como el que está realizando. Está buscando dónde soltar su carga y encontrará mejor el camino si busca solo, si le sueltas las riendas».

1.6.489 Se rió Calias y dijo:

1.6.490 «Las suelto; que actúe según su ingenio. Pues cosa ingeniosa es la picha como ninguna otra».

1.6.491 Inmediatamente se refugió ella en el establo que sintió que le estaba destinado y poco después arrojó su carga con gran gusto por parte de ambos. Tras estos ramalazos del enloquecido y ciego deseo, Calias no ha vuelto a intentar nada que pueda considerarse ni molesto para mí ni indecoroso para ninguno de los dos.

Octavia. 1.6.492 Puesto que estamos hablando de estas maldades, te ruego, Tulia mía, que me expongas tu verdadera opinión al respecto, si me quieres, y que me expliques todos los aspectos del asunto: cómo surgió, cómo fue aceptado por los hombres viciosos, cómo se difundió y cuál sea la causa de que atrajese a determinados pueblos mientras que no alcanzase a otros muchos. Yo creo que este ardor repugnante debió ser vomitado por los abismos infernales para corromper

con su apestosa mezcla las puras chispas de los amores castos.

TULIA. 1.6.493 Y juzgas muy bien. La cosa sucedió así.

1.6.494 A todos los seres humanos sin distinción

> *… de cualquier lugar por donde pasen la luna y el sol*

1.6.496 les mueven las mismas pasiones, estando hechos de la misma materia y compuestos de los mismos miembros. Todos tienden del mismo modo hacia la sensualidad. Pero llaman sensualidad al deseo punzante y vehemente no tanto de infundir en el cuerpo y la sensibilidad ajenos los sumos goces cuanto al de obtenerlos del cuerpo ajeno. Aman así de manera que llega a ser completamente desenfrenada aquellas partes del cuerpo ajeno por cuya virtud brotan los ríos del deseo en el propio y surge de sus médulas ese humor lascivo al que llaman *semen* porque, cuando cae sobre nuestra arada parcela, genera un hombre. Como

tú misma has experimentado, Octavia, es en ese efluvio donde encuentran la felicidad que buscan en nosotras.

1.6.497 Una vez escurrida la vena venérea, verás cómo les desagradan nuestros encantos, cómo no aprecian en nada los besos, los abrazos ni los otros dones de Venus y cómo o bien retroceden como puestos en fuga o se quedan alelados e inertes. Tampoco tienen ningún interés por el vino ni por la comida quienes se han atiborrado de vino y de comida.

1.6.498 Nacen empero más propensos al amor de nuestro sexo y más ansiosos de la utilización de nuestros cuerpos de mujer porque les impulsa a ello la naturaleza, madre de las cosas, que se asegura así su propia inmortalidad cuando los sexos se mezclan el uno con el otro.

1.6.499 Pero todo ese semen que se recuece en los riñones de los varones y de las mujeres no está destinado necesariamente a la generación. Tal es, según dicen, la opinión de los sabios, que se

esfuerzan por aplicar a esta semilla el mismo raciocinio que a la semilla de las plantas y de los árboles. Observa cómo el trigo sirve en parte al uso de los animales, siendo consumido por ellos, y en parte sirve como simiente. 1.6.500 Una vez que dejaron de consumir bellotas, Ceres enseñó a los mortales el arte de hacer con los cereales pan, nombre que se le dio porque se estampaba sobre él la figura del dios Pan. Esa parte se dedica a la panza y al contento, pero nadie discutirá que no por ello se indigna la naturaleza en lo más mínimo.

1.6.501 En el caso de las semillas de otras plantas de las que el hombre no tiene ninguna necesidad la naturaleza misma envía por su cuenta una parte hacia la tierra, de donde surgirán nuevas plantas, pero no toma a mal que otra parte perezca. Del mismo modo, decía Sócrates y decía Platón, es absurdo pensar que la naturaleza tenga el propósito de que la simiente apta para la

procreación humana vaya a parar toda entera a la generación de seres humanos.

1.6.502 Pero es que además ella misma muestra qué es lo que quiere. Pues en nuestros cuerpos, Octavia, hay un conducto para la eliminación del semen fuera de nuestras entrañas cuando el útero está preñado, lo que no sucedería si no hubiese de servir más que para esa única cosa por decreto de la naturaleza. 1.6.503 Por lo que respecta a los varones, ellos lo sueltan cuando quieren y como quieren. Pero es indudable que únicamente tendrían la facultad de derramar su simiente cuando se encontrasen en nuestros brazos y únicamente en esa zona de nuestro cuerpo apta para la generación, si el único destino de tal materia fuese la formación de seres humanos.

1.6.504 Y posteriormente, cuando nuestros úteros se inflan llenos de simiente fecunda y el embarazo alcanza el sexto, el octavo o el noveno mes, incluso cuando abruma a las agotadas

mujeres la hora del parto, no se niega que los maridos tengan derecho a hacérnoslo; y bien que lo hacen. [1.6.505] Por tanto es contrario a la verdad que la única justificación de la expulsión de semen sea la procreación humana, quedando excluida cualquier otra finalidad. Pues ¿qué esperanza puede tenerse en estas circunstancias de que se produzca una nueva impregnación, salvo que se sea completamente tonto? [1.6.506] Ya comprendes, Octavia, las consecuencias que de esto se derivan.

Octavia. [1.6.507] Lo comprendo.

Tulia. [1.6.508] Por eso los médicos provocan el goce de las jóvenes macilentas insertándoles *pesarios*, como los llaman; se desprenden así de los sitios íntimos los flujos remisos de simiente purulenta, causantes de diversas afecciones morbosas de las solteras. Y no por ello se condena a la medicina ni se tildan sus remedios de vicios reprobables. Es así como vemos renacer a las lánguidas y revivir a las agonizantes.

Octavia. [1.6.509] No de otro modo recuperó su buena salud tu prima Livia, que siete meses antes de casarse estaba pálida, cadavérica y exangüe, viva imagen de la muerte.

Tulia. [1.6.510] A tales razones, que, aunque falsas, parecían verdaderas, se debió que lo que comenzaron siendo excesos de unos cuantos exquisitos se extendiesen luego al resto de los varones de ciertos lugares de la tierra. [1.6.511] Accedían a sus mujeres como si estuviesen labrando un campo, por la cosecha, no por amor, y, una vez preñadas, las consideraban condenadas, renunciaban a todo trato con ellas, las recluían en lo más recóndito de la casa y ya no las honraban ni con besos ni con abrazos. Ser madre era un baldón comparable a la miseria o al crimen.

[1.6.512] Entre los reyes de Asia se consideraba especialmente repugnante nuestro sexo. Bagoas hizo las delicias de Darío e inflamó incluso a Alejandro. Los pueblos actúan conforme al ejemplo de los príncipes de los que dependen. La misma

infamia afectaba a todos en todos los grados de vida y condición. La plebe, los magnates y los reyes ardían todos con el mismo furor. [1.6.513] El rey Filipo de Macedonia fue asesinado por esta enajenación por la mano de Pausanias, de quien había abusado. El rey Nicomedes sometió a ella a Julio César, que se convertía en mujer para todos los hombres del mismo modo que era varón para todas las mujeres. [1.6.514] Augusto no escapó a este desdoro. Tiberio y Nerón lo tuvieron por honra. Nerón se casó con Tigelino, Sporo con Nerón. A Trajano, príncipe excelso, le acompañó por todo el oriente en sus campañas victoriosas el *paedagogium*. Llamaba *paedagogium* a una recua de jóvenes seductores y bellos a los que cernía día y noche entre sus brazos. [1.6.515] Antínoo sirvió de dueña a Adriano y fue rival de Plotina, pero más afortunado. Cuando murió, el emperador le lloró, colocando entre los dioses al que hubiese deseado tener entre los vivos y consagrándole aras y capillas. [1.6.516] Antonino Heliogábalo, sobrino de

Severo, solía obtener el goce venéreo por *todos los recovecos de su cuerpo*, como dice un autor antiguo, habiendo sido tenido en su época por un monstruo.

1.6.517 Incluso la gravedad de la severa filosofía bailó al son de este tipo de lascivia, integrándose en el coro pederástico. Alcibíades y Fedón dormían con Sócrates cuando querían tener contento a su preceptor. De los amores de tan santo varón procede la expresión *observar la fe socrática*, usada al hablar de temas venéreos. Todo lo que hizo o dijo Sócrates es sagrado para todas las sectas filosóficas; se le dedican templos y se le erigen altares. 1.6.518 Sus hechos tienen la fuerza de las leyes, sus dichos la autoridad de los oráculos. Los filósofos no se apartan del ejemplo de los héroes, pues Sócrates se cuenta entre los héroes, y de los indigetes. Licurgo, legislador lacedemonio algo anterior a Sócrates, negaba que pudiese ser ciudadano bueno y útil quien no tuviese un amigo con el que cohabitase. Quería que las vírgenes

se exhibiesen desnudas en el teatro ante todo el mundo, para que su libre contemplación embotase la ávida mirada amorosa, con la que los hombres toman posesión de nosotras por mandato de la naturaleza, dirigiéndola en cambio con mayor entusiasmo sobre los compañeros y los amigos. Pues las cosas habituales no nos afectan tanto.

1.6.519 ¿Qué decir de los poetas? Anacreonte se consumía por Batilo. Plauto hizo muchas bromas sobre este asunto, entre las que se encuentran:

> *Haré lo que suelen los chicos; me doblaré apoyado sobre un cesto*.

y

> *¿Acaso no encajaba el sable del soldado en tu vaina?*

1.6.522 Incluso la misma cúspide del arte poética, Marón, al que se llamó *virginal* por su pudor ingenuo e innato, amaba a Alejandro, que le había sido regalado por Polión, y le cantó bajo el nombre de Alexis. 1.6.523 A Ovidio le tentó

la misma afección, pero prefirió las chicas a los chicos porque quería que el placer de tales regodeos fuese compartido, no exclusivamente suyo. Manifiesta que a él le gusta la práctica amorosa [1.6.524] *en la que ambos se corran.* [1.6.525] A eso se debía [1.6.526] *que el amor de los chicos le afectase menos*.

[1.6.527] Cuando las muchachas se vieron ignoradas por aquellos a quienes amaban y las mujeres casadas por aquellos bajo cuya potestad habían quedado por los ritos nupciales, se plegaron al servicio pueril para ganarse su paga como mujeres. [1.6.528] La enajenación llegó a tal extremo que se vieron forzadas a ello no solo las casadas sino también las recién desposadas, de modo que se accedía a la chica por medio del chico y se confundían en un solo cuerpo uno y otro sexo. Hay un chascarrillo antiguo en el que Príapo amenaza a quien entre a robar en el huerto que custodia y se acerque a su chuzo con tener que entregarle [1.6.529] *lo que la virgen concede la primera noche*

al ansioso marido, temiendo como una tonta que la hieran por el otro lado. 1.6.530 Pretende Valerio Marcial (pues pintores y poetas siempre han gozado de cierta bula para pasarse de la raya en este tipo de cosas) que su mujer le increpaba diciéndole que ella también tenía culo con el fin de apartarle del amor de los chavales, que le tenía ofuscado. Según decía, Juno complacía a Júpiter por ese sitio. Pero él no se dejó convencer, replicando que el papel de las mujeres era distinto del de los muchachos e instándola a que se diese por satisfecha con su intervención femenina.

1.6.531 Y bajo los rótulos y las lámparas de los pórticos de los burdeles se sentaban indistintamente chicos y chicas. Ellos aderezados con tocado femenino y vistiendo la túnica, ellas apenas cubiertas con vestimentas masculinas y con apariencia de chicos. Se daba un sexo por otro. 1.6.532 *Toda carne había corrompido su camino.*

1.6.533 Observa lo generalizada que estuvo esta costumbre de confundir el sexo de chicos y chicas. Ahí tienes a Ganimedes y a Juno ofreciendo cada uno su culo a Júpiter en reñida competición y sacando sus mejores encantos del joyero posterior. Los impostores que urdían tales relatos y fábulas no por ello fueron acusados de ultrajar la religión, del mismo modo que no lo fueron de impiedad los idiotas y los concupiscentes que los creyeron. ¿Por qué no habrían de ir los míseros mortales por donde les habían precedido los dioses? 1.6.534 Ganimedes hizo las delicias de Júpiter, Jacinto las de Apolo, Hilas las de Hércules. 1.6.535 *¿En boca de quién no está Hilas?* 1.6.536 Y Júpiter ostentaba el colmo del poderío, como lo hacían Apolo con la sabiduría y Hércules con la fuerza.

1.6.537 Asia fue el primer foco del mal. Africa no se mantuvo empero incontaminada de esta peste, cuyo contagio pronto invadió Grecia y

las tierras contiguas de Europa. A Orfeo, inventor y difusor en Tracia de este sucio juego, las despechadas madres cíconas

… en medio de sacrificios a los dioses y de orgías nocturnas en honor de Baco dispersaron por los vastos campos el despedazado cuerpo del joven.

1.6.540 Se cuenta que los celtas de aquellos tiempos antiguos se mofaban de quienes se mantuviesen incontaminados por esta enfermedad, no dejándoles participar ni en los bienes ni en los honores comunales. Se rehuía a quienes conservasen sus costumbres puras como si fuesen apestados. 1.6.541 No sirve de nada ser el único cuerdo en medio de la enajenación del resto de la sociedad. Y, puesto que no sirve, tampoco está bien.

Octavia. 1.6.542 ¿Habrá alguno entre los más elocuentes de los hombres que supere tu elocuencia? ¡Con qué naturalidad, con que ingenio presentas todo lo que dices!

Tulia. [1.6.543]Con el nombre de celtas no me refería tanto a quienes viven más allá de los Alpes, en Francia, sino a todas las naciones situadas a occidente, entre las que se encuentran tanto los italianos como los españoles. [1.6.544]Pues los franceses son los que de todos los hombres manifiestan mayor odio a tan inusual concupiscencia. A quienes contamina los depuran con las vengadoras llamas, considerando que el filo de las armas no basta para dar satisfacción a la castidad. [1.6.545]Esto asombra a italianos y españoles, por no hablar de los pueblos oprimidos bajo el yugo mahometano. Opinan que los franceses y los pueblos todavía más septentrionales carecen de sensibilidad voluptuosa, negando que tengan el verdadero gusto de la voluptuosidad, como les sucede a ellos.

[1.6.546]Pero es indudable que somos nosotras mismas, las mujeres, las que incitamos a los ingenios de nuestros maridos a explorar otras for-

mas de goce distintas de la plena y sólida que encuentran y no encuentran en nosotras.

Octavia. [1.6.547] No te entiendo.

Tulia. [1.6.548] Lo entenderás igual que yo.

[1.6.549] ¿Quién negará que nosotras, las italianas y las españolas, tenemos más abiertas las puertas de Venus? Quien no esté dotado y pertrechado de manera inhabitual no estará jodiendo sino que creerá estar jugando a la jabalina en unos amplios soportales. [1.6.550] La concha que admite fácilmente al visitante disminuye el goce. A la pija le gusta que se la comprima y que se la exprima; si puede campar a sus anchas libremente, lo toma a mal. [1.6.551] Y resulta que en la Venus trasera la cosa funciona mejor. A la picha invasora se le presenta un acceso difícil y, cuando por fin entra, no se limita a ocupar el lugar sino que lo perfora, de donde resulta que la pista no tiene otra anchura que la exigida por el corredor. El albergue se acomoda espontáneamente al huésped, pues

los músculos se contraen y se relajan. [1.6.552] En cambio ningún artificio, niguna posición ni movimiento de la mujer conseguirán nunca que el coño, una vez ha sido horriblemente desbocado, no le parezca flojo ni enormemente distendido a la miserable picha, con menoscabo de la coyunda. [1.6.553] De ahí que entre nosotros haya muchos aficionados a este vergonzoso refinamiento mientras que, por el contrario, entre los franceses y los alemanes sean pocos. Pues las glebas de las mujeres de zonas nórdicas no son tan espaciosas. Con el frío se comprimen todos los miembros, como endurecidos. [1.6.554] Así pues, dado que ya disponen de todo lo necesario para el goce en el ajuar legítimo de sus mujeres, ¿por qué habrían de ir a buscar fuera lo que ya tienen en la despensa?

[1.6.555] Está claro que los que entre nosotros tienen fama de bien dotados de instrumento ni se dejan encular ni enculan. Esto es, Octavia, lo que querías saber.

Octavia. [1.6.556]Te has olvidado de decir si apruebas o abominas de esta práctica como yo abomino de ella, ¡dios me libre!

Tulia. [1.6.557]Si la aprobase no estaría en mi sano juicio. Aunque la tierra calle, la voz tronante del cielo condena esta frivolidad.

[1.6.558]Luciano disertó sagazmente sobre ambos tipos de sexualidad, sin condenar a ninguno de ellos y te quedarás sin saber cuál sea preferible al otro. Aquiles Tacio en su *Clitofón* desgrana maligno un discurso parecido al anterior en la ambigüedad de su sentido. Los dos eran griegos. [1.6.559]Ninguno de los escritores latinos lo condena ni lo alaba. Y, lo que es más sorprendente, ningún legislador lo prohibió, pues no consideraban criminales los placeres que no atentaban contra el vínculo.

[1.6.560]Yo actuaré con buena fe, no con la socrática. La concupiscencia posterior merece todos los suplicios, todos los castigos. [1.6.561]Los pensamientos de cada uno de los sexos van a parar

espontáneamente al otro. Quien busca la concupiscencia en el chico va contra la propensión natural. Cupido aspira al amor ¿quién dio por el culo a Cupido? Ni encula ni se deja encular. Cuando comienza a hervir en las venas el ansia amorosa, los adolescentes presienten inmediatamente que la medicina que aplacará la ígnea tempestad se encuentra en los abrazos femeninos, sin necesidad de preguntarle a nadie salvo a sí mismos. 1.6.562 Cuando deja de ser adolescente, el chico se enardece por la chica y ésta por aquél. Sus deseos son recíprocos; la obcecación del uno se atempera en el otro. Tal es el curso del amor. La flecha que Amor coloca en los pechos jóvenes va a dar en la misma parte del adversario.

1.6.563 Si se desvía de ese camino es a causa de la premeditación y de la mucha experiencia. No es la naturaleza sino las costumbres corrompidas lo que provoca estos delirios en los corruptos. 1.6.564 Por otro lado, si esta ínfima parte hubiese estado destinada a tal uso, hubiese resultado más

cómoda. El lascivo nervio podría introducirse allí sin gran esfuerzo y sin peligro para los jodedores. 1.6.565 Pues algunas jovenes son desvirgadas antes de la pubertad y cuando no están lo bastante preparadas para recibir al varón. Cierto es que en los primeros enfrentamientos se ocasiona dolor, pero este dolor desaparece en pocas horas, aparte de que al poco tiempo le sustituye el placer sumo.

1.6.566 Mucho más desagradablemente se desarrollarían las cosas si se atacase a la niña o al chico por donde se ofende a la naturaleza. No sólo se infligen al oprimido punzantes dolores sino que, si lo que se clava es una gruesa estaca, suelen derivar horribles consecuencias de tan morboso desenfreno, que no curará toda la habilidad de Esculapio. Rotos los ligamentos de los músculos, acaece luego que los excrementos escapan involuntariamente. ¿Qué puede haber más ignominioso que esto? 1.6.567 Yo he conocido a mujeres nobles aquejadas por las terribles molestias de úlceras purulentas de ello resultantes a las

que costó más de dos o tres años recuperar una precaria salud.

1.6.568 Yo misma no escapé totalmente indemne de los infernales abrazos de Luigi y de Fabricio. Primero tuve que sufrir agudos dolores cuando me clavaron sus venablos; luego mi malestar apenas resultó aliviado por una especie de tenue cosquilleo. Pero es que después de volver a casa me sobrevino un gran dolor en el trasero, en esa parte que habían lacerado. Me consumía un ardiente escozor. Y sólo gracias a los cuidados de la señora Orsini se extinguió con dificultad ese maldito fuego. Si no se hubiesen tratado las heridas de la desgraciada, hubiese perecido.

1.6.569 Tú, Octavia, tierna y delicada como eres, no hubieses podido tener relaciones sexuales plenas al comienzo de tu pubertad, mientras que, cuando alcanzaste su plenitud, desbarataste casi ilesa todas las acometidas de una polla durísima y gordísima. Me horroriza pensar lo que hubiese

sido de ti si tan ingente catapulta hubiese descargado sus furores sobre alguna otra parte de tu cuerpo.

1.6.570 Y no me convencen los argumentos que en el pleito por la defensa del género humano aducen sus enemigos, los enculadores y bujarrones, argumentos basados en la naturaleza de las cosas, en los usos sociales o en el rango y la consideración de determinadas personas. 1.6.571 Ningún ser racional puede creer honestamente que la pérdida de simiente humana realizada voluntariamente carezca de toda marca de indignidad o, lo que es lo mismo, que la pérdida voluntaria de un ser humano no deba considerarse censurable. Quien lanza su semilla en sitio que no sea la hoya femenina quiere echar a perder a un ser humano y arruina al que pudiese ser creado; es por tanto homicida y adúltero. Así pues se mata por este purulento deseo a los hombres que todavía no han nacido. Se les quita la vida a quienes se les niega.

1.6.572 Cuando la naturaleza trabaja en sus profundidades en la elaboración de la simiente lo hace con vistas a la generación y no al goce. Quiso que se uniesen en mutuos abrazos quienes tendrían muchas razones para evitarlo: la mujer, por las dificultades del parto, y el hombre, por las preocupaciones por la educación de los hijos. Les induce a la generación, que rehuirían por sí misma, mediante los anhelados atractivos del anhelado placer.

1.6.573 Pero, arguyen, ¿quién negará que se pierda la simiente que se arroja sobre campo ya preñado? Bobadas. Dicen los médicos que la mujer preñada puede dar cabida a un nuevo feto, si se la jode. Y aducen como prueba el caso de la que, habiendo dado ya a luz a un niño, pocos días después vuelve a ser madre de otro. Lo llaman *superfetación*. 1.6.574 ¿Quién no lo considerará materia de la que la naturaleza, artesano omnipotente, no pueda producir el tipo de obra

que suele realizar? ¿Quién desconfiará de la naturaleza?

1.6.575 Porque el trigo y las cosas similares no son semilla, como tergiversan, sino frutos perfectos que contienen su propia semilla, por cuya fuerza y virtud renacerán. El buey, el carnero, el gallo de corral son igualmente animales de perfección absoluta dentro de su género. ¿Quién pretendería hacernos aborrecer su ingestión por la razón de que se contenga en ellos una semilla vital, destinada a la perpetuación de la especie de cada uno? La naturaleza no infiere ofensas. Las escuelas filosóficas más perspicaces no encuentran ninguna en efecto en el uso y el consumo de cereales y de frutos.

Octavia. 1.6.576 Todo eso está muy bien, pero tienes en tu contra a prácticas de larga tradición y a grandes varones de todos los tiempos.

Tulia. 1.6.577 Por más largo que sea el tiempo transcurrido, las malas costumbres no adquieren

la autoridad que corresponde a las buenas. Desde que se creó el mundo el crimen ha adoptado infinitas formas, cometiéndose asesinatos, latrocinios, envenenamientos. ¿Quién los encomiará o los tolerará por ello? 1.6.578 No es nada nuevo que las pestilencias y la diseminación de crueles enfermedades hagan desaparecer ciudades y pueblos y exterminen familias enteras. ¿Quién negaría por ello que pestes y enfermedades sean malas y que han estado ocasionándonos desde el origen de los tiempos una serie continua de perjuicios? 1.6.579 Hay que juzgar las cosas por sí mismas y no por sus aditamentos.

1.6.580 Del mismo modo que el transcurso del tiempo no dignifica en modo alguno la infamia, así tampoco los encomios de los hombres, por más célebres que sean, pueden dignificar las iniquidades. Aunque estuviesen situados en posición descollante, se privaron de lustre a sí mismos con estas villanías y se degradaron de la máxima gloria con estos desmanes. 1.6.581 Además no

a todos los que descollaron por su honor y fama les afectó esta lacra. No te quepa duda de que la mayor parte se mantuvo incólume de tal contagio. Hay partes de la tierra en las que hace estragos esta tenebrosa propensión, pero es mayor el número de los que se conservan sanos, si tienes en cuenta a todas las capas sociales, a los magnates y a la plebe, gentes que mantienen su virtud intacta y libre de toda corrupción por esta terrible enfermedad. [1.6.582] Resumiendo: si quieres formar una opinión justa y sabia de las cosas, has de juzgarlas por sí mismas, no por sus circunstancias.

Octavia. [1.6.583] No me sorprende que la contemplación de ese La Tour tuyo, que se mostró tan contrario a esta porquería, agradase inmediatamente a los ojos de mujer tan santa y seria como tú.

Tulia. [1.6.584] Retorno al relato interrumpido por esta exaltación oratoria, boba, puesto que me lo reprochas.

1.6.585 A continuación de Luigi y de Fabricio vino La Tour diciendo:

1.6.586 «¿Cómo has soportado con tanta indulgencia, diosa mía, que se contaminase cuerpo tan bello y que se maltratase tu celeste figura? ¿Quieres que repare en la forma debida a tu aspecto y a tu nobleza el honor que ultrajaron? ¿Quieres que mi mano vengadora los mate a ambos ante tu altar, diosa mía, pues siempre serás mi diosa?»

1.6.587 «No quiero» le respondí. «Sabía bajo qué normas accedía a esta palestra; han usado de su derecho. Pero agradezco tu generosa oferta. Te amo a ti tan ardientemente cuanto me consumo en un odio intenso hacia ellos».

1.6.588 Diciendo esto me dio un beso, Octavia mía, que Venus misma pudiera considerar que hacía de menos a sus seducciones más procaces. Me

levanté de la cama. Yo estaba desnuda, él empinado. Sin demorarse me cogió las tetas con las manos y, metiendo entre mis piernas la pica ardiente y dura, dijo:

1.6.589 «¡Ahí tienes, señora, cómo te desea este dardo mío, no para ocasionarte oprobio sino todo tipo de alegrías. Te lo ruego, dirige tú misma a la deslumbrada pija por ese sendero oscuro para que no se equivoque de meta, pues no querría apartar mis manos de esta felicidad de la que disfrutan».

1.6.590 Hice lo que quería que hiciera y yo misma apliqué la ardiente jabalina a la ardiente puerta. Percibiólo él, empujó y la metió. La verdad es que resulta preferible con mucho la jodienda con un hombre que te gusta que los abrazos de todos los demás hombres, por más seductores y experimentados que sean. Enseguida y ante los repetidos envites me solté con un increíble cosquilleo, hasta el punto de que faltó poco para que me fallasen las piernas.

1.6.591 «¡Detén» le dije «a mi alma que se escapa!»

1.6.592 «Ya sé por dónde lo hace» replicó él sonriendo. «Crees que se te va precisamente por esta salida inferior que yo ocupo. Pero resulta que la tengo perfectamente taponada».

1.6.593 Y al decirlo hacía que aumentase el volumen del ya congestionado cipote mediante una especie de retención profunda de la respiración.

1.6.594 «Haré que retroceda el alma fugitiva» añadió.

1.6.595 Entonces me propinó enormes empellones. 1.6.596 *Introduce la daga más a fondo en la herida.* 1.6.597 Con tal fuerza aplicaba esas dulces embestidas hacia arriba, me penetraba con tan delicioso arrebato que, no pudiendo sin duda meterme el cuerpo entero, por lo menos volcó en el mío todas sus ansias, sus deseos, sus anhelos, sus ideas y su enajenado ánimo con tan apasionados intentos.

1.6.598 Llegados a este punto, como sintiese acercarse el frenesí de la riada, me puso las manos bajo el culo y me levantó por los aires. Yo rodeé su enloquecido cuerpo estrechándole entre mis brazos y coloqué mis piernas arqueadas sobre sus caderas, de modo que colgaba de su cuello sin tocar el suelo; era como si estuviese enganchada en un clavo. 1.6.599 Como la cosa se prolongase, Venus volvió a sumirme en otro intenso orgasmo. No pude dejar de exclamar, aguijoneada por el más punzante tábano amoroso:

> 1.6.600 «¡Siento todas … siento todas las delicias de Juno jodiendo con Júpiter; asciendo a los cielos!»
>
> 1.6.601 «No quieras, diosa,» clamó entonces Conrado «abandonarnos a nosotros los mortales sin haber saciado primero a tu Conrado con los dones de tu sensualidad y haberle hecho partícipe de tu inmortalidad y de tu felicidad».

1.6.602 En ese mismo instante La Tour, cuya concupiscencia exacerbaban los furores concertados de Venus y Amor, roció la parcela genital que tan concienzudamente había labrado con el fuego líquido de su hirviente leche. La retorcida hiedra no se adhiere tanto al nogal como yo me apretaba contra La Tour mediante las ligaduras de mis brazos y piernas.

1.6.603 Apenas había él culminado cuando se aproximó Conrado diciendo:

> 1.6.604 «¿Por qué me dejas languidecer solo? Pues esos canallas de florentinos han salido; alguno de sus malos espíritus se los ha llevado a algún sitio».

Octavia. 1.6.605 Querría crucificados a quienes te crucificaron a ti con sus desafueros.

Tulia. 1.6.606 Habían salido a un jardín cercano de abundantes tilos y olmos a recuperar sus agotadas y lánguidas fuerzas con el aire puro, indolentes y perezosos. Conrado se dirigió con estas palabras a la que estaba sentada al borde del lecho:

1.6.607 «Como varón germano llevo mal este fraude que te han hecho unos malvados. Quiero que sepas que no estoy menos enfadado que La Tour. Pero dime lo que quieres que haga, si te lo pide tu ánimo. ¿Callas?»

1.6.608 Pues yo me mantenía callada y La Tour se había marchado.

1.6.609 «Yo» añadió él «te lo expondré todo de buena fe».

1.6.610 Y tras decirlo me abrió las piernas mientras su magnífica polla brincaba de contento.

Octavia. 1.6.611 Y así te lo expuso todo. O sea, que ni demora ni descanso. Y te hace a ti, heroína de hercúlea fortaleza, el decimocuarto favor.

Tulia. 1.6.612 No me desagradaba Conrado, pero tampoco me complacía; ni me negué ni me entregué. Tomó lo que quería como si fuese de una persona dormida, puesto que no le contesté ni una sola palabra a sus halagos. Te lo confieso, Octavia mía, agotado en mis venas el calor vital de la sangre por tantas algaradas, me sumía

en el estupor, como si mis exhaustas fuerzas testimoniasen ante el joven y vigoroso muchacho el torpor de una vejez ya semisepulta.

1.6.613 En cambio él se afanó de manera novedosa y no carente de miga. Estando yo tumbada de espaldas, colocó sobre su hombro izquierdo mi pierna derecha; luego ensartó de una embestida a quien no otra cosa esperaba, por poco que lo desease, y finalmente montó mi pierna izquierda sobre la derecha. 1.6.614 Una vez metido a fondo el dardo, golpeó, removió, se impacientó. ¿Para qué seguir? Puedes terminar de contártelo tú misma.

Octavia. 1.6.615 Una vez retornados Luigi y Fabricio a su oficio y tarea ¿dejaron de darte la satisfacción que querías?

Tulia. 1.6.616 Sería el cuento de nunca acabar si tratase de exponer todos los detalles. 1.6.617 Conrado llegó al sexto, Luigi y Fabricio al quinto el primero y al séptimo el segundo y La Tour también logró correrse en un séptimo

revolcón. Así es como yo sola aguanté veinticinco asaltos y salí victoriosa. Todos dijeron que Venus debería ceñir mi frente con los laureles, tras haber militado y peleado con tanto denuedo. 1.6.618 Pero no te quepa duda, Octavia, de que, exhaustas tras tantos trajines, tras tanta sangre derramada, me quedé casi sin fuerzas. Tras la vigésima coyunda apenas podía tenerme en pie. Y sin embargo conseguí la victoria.

Octavia. 1.6.619 *Cansada sin duda de los hombres, que no saciada.*

Tulia. 1.6.620 Cansada y saciada. Fue La Tour quien finalizó el certamen, al igual que lo había iniciado. Se le entregó el premio, puesto que yo se lo asigné. 1.6.621 También obtuvo de mí, siendo de noble cuna y obstinado luchador, que le diese mi nombre y la dirección de mi morada, autorizándole a visitarme. Como lo hizo luego sin duda asiduamente. Pero me sobrevino un hastío venéreo tan fuerte que, durante tres meses seguidos y aunque él estuviese ansioso e inflamado,

apenas le admití un par de veces entre mis brazos, movida por sus lágrimas, sus ruegos y sus protestas.

Octavia. [1.6.622] ¿A qué se debía tal desgana?

Tulia. [1.6.623] Me había convertido en una charca de lluvia genital. La inundación de humor venéreo había aflojado de tal manera los ligamentos de mis entrañas y había apagado todo ardor hasta tal punto que durante aquel tiempo ni se me pasó por la cabeza la más ligera idea lujuriosa. [1.6.624] Finalmente permití que la esplendorosa y floreciente juventud de mi amante obtuviese de mí el goce sumo. No se lo dí, ni siquiera lo percibí bien. Cierto es que, una vez desaparecida esta náusea venérea paralizante de los agotados riñones, nos entregamos ambos a la realización repetida de los pasatiempos que tanto echábamos de menos. [1.6.625] En su momento te contaré, Octavia, lo que nos sucedió durante todo un año. Oirás cosas alegres, que te darán envidia, y otras tristes, que te moverán a la compasión y

al dolor. La Tour fue apartado de mi lado por un engaño de Luigi. ¡Ay, ay! Esa perfidia que le ocasionó a él la muerte ¿por qué me dejó viva a mí, miserable?

Octavia. 1.6.626 Aparta de tu ánimo ese recuerdo y dirígelo hacia cosas más agradables. Dime, Tulia, ¿quedan acaso formas de joder que tú no hayas practicado? ¡Venus santa! ¡En qué cantidad de advocaciones te presentas para complacer!

Tulia. 1.6.627 Hay tantas maneras de hacerlo como inflexiones y posturas pueda adoptar el cuerpo. No pueden detallarse ni explicarse mejor de lo que lo hace la propia concupiscencia. 1.6.628 Que cada cual se deje aconsejar por su deseo, por el lugar y por el tiempo sobre la manera en que quiera colocarse. Pues la práctica amorosa no es la misma en todos los casos.

1.6.629 Una muchacha griega, Elefantis, representó en unas tablas pintadas las posturas que sabía utilizaban los libidinosos de su época, para que se pudiese *hacerlo como en las estampas*.

1.6.631 Otra recopiló laboriosamente los doce modos de coyunda con los que el caballero conseguía mayor placer durante el efluvio. Se la llamó por ello *dodecamechanos*, la docena de posturas. 1.6.632 Un predecesor nuestro, hombre de ingenio divino, Pietro Aretino, describió muy bien y con un toque satírico muchas de ellas en sus diálogos, que fueron pintadas luego por Tiziano y por Carraccio, grandes pintores.

1.6.633 Pero hay muchas que no pueden adoptarse a menos que quienes participen en las ceremonias venéreas tengan una flexibilidad de extremidades y de cintura inimaginable. Son muchas más las que se le ofrecen de inmediato a la mente cuando reflexiona y le da vueltas al asunto que las que luego pueden llevarse a la práctica realmente. 1.6.634 Del mismo modo que no hay nada imposible para los deseos desenfrenados del espíritu, tampoco hay nada difícil para la fantasía exaltada e intemperante, que encuentra vías para lo que quiere y para lo que

pretende, haciendo que parezca llano incluso lo abrupto. A los cuerpos en cambio no les resulta tan fácil ejecutar todo lo que quiere la mente, ya sea bueno o malo.

Octavia. [1.6.635] Una será la forma de acceder a Venus, si Venus es una. Todas las demás cosas que luego añaden de suyo los hombres y las mujeres mientras se consumen en furias y ardores son malas y osadas.

Tulia. [1.6.636] Hay quienes dicen que la forma de joder está prescrita por la naturaleza, a saber, cuando se entra a la mujer que está colocada boca abajo y con la grupa en alto a la manera de los cuadrúpedos, pues así la reja varonil se introduce más directamente en la hoya femenina y del mismo modo fluye la semilla en la gleba genital.

Muchos piensan que al modo de
los cuadrúpedos es como mejor
conciben las esposas, pues así
se precipita en sus partes

la simiente, una vez han bajado el pecho
y levantado las nalgas.
Y no es nada conveniente que hagan
movimientos lascivos.
Pues la mujer impide su preñez y la dificulta
si rápida retira a culetazos el cipote marital
y se sacude su vómito con los meneos
de todo su cuerpo.
Pues así aparta el surco de la situación y
vía correctas
para la azada y aleja de sus partes
el chorro fecundante.
Por esta causa determinaron las putas
moverse,
para no inflarse con demasiada frecuencia,
quedando ociosas por el embarazo,
así como para que el asunto fuese
más atractivo para los hombres.
Se comprende por qué es algo
que no deben hacer nuestras cónyuges.

1.6.650 Hay otros que consideran el uso y la postura comunes como los mejores, es decir, cuando el varón se monta sobre la mujer tumbada de espaldas, aprieta pecho contra pecho, vientre contra vientre y pubis contra pubis y hiende la tierna raja con la rígida tranca. 1.6.651 A unos les gusta que la mujer se agite con movimientos repetidos y secos mientras se actúa y otros no quieren que lo haga. Cada cual tiene razones que apoyan su opinión. 1.6.652 Pero los médicos niegan que la cópula estando la mujer erguida convenga a la naturaleza, puesto que no se adapta a la conformación de las partes generativas de los sudadores, como lo demuestran. 1.6.653 Por lo que a mí respecta, Octavia mía, alabo sin reservas el uso común.

Octavia. 1.6.654 ¿Y por qué no habrías de alabarlo? Pues, dime, por favor, ¿qué puede imaginarse más dulce que cuando el ligero peso del cuerpo amado incita a la mujer tumbada boca

arriba al suave frenesí de una insaciable y gustosa agitación? [1.6.655] ¿Qué más agradable que recrearse con el rostro del amante, con sus besos, sus suspiros y las llamaradas de los ojos trémulos? [1.6.656] ¿Qué preferible a favorecer sus amores con abrazos y con los mismos sentidos a los que no afecta la edad ni defecto alguno? [1.6.657] ¿Qué más satisfactorio para las ansias y el placer mutuos que zarandearse recíprocamente mediante meneos lascivos? [1.6.658] ¿Qué más conveniente para quienes están muriendo de placer que resucitar merced a la fuerza vivificante de los besos incendiarios? [1.6.659] Quien actúa sobre una mujer colocada de espaldas no obtiene goce más que de uno o dos sentidos, mientras que lo hace de todos quien la folla cara a cara.

Tulia. [1.6.660] Pero en esto suele suceder, Octavia, lo que vemos ocurre muchas veces con la habituación a las cosas de la mejor calidad. Como si la abundancia que se tiene de lo bueno

lo hiciese repugnante, verás a algunos despreciar a sus hermosísimas mujeres para refugiarse en putillas indecentes y considerarse felices en la lujuria más apestosa. A otros les entra saciedad y fastidio de los manjares selectos y de las cenas opíparas; tras haber ingerido Falerno y exquisiteces se atracan de vino aguado y de pan duro, como muertos de hambre. [1.6.661] Gozamos con lo inusual y nos pirra lo prohibido.

[1.6.662] Pero hete aquí que se nos ha pasado la noche entera en blanco, a ti refocilándote y a mí charlando. Tenemos que levantarnos dentro de pocas horas. Nos convendría dormir y tú necesitas descansar. Que tu sueño, Octavia, sea tan placentero como tu vigilia. ¡Quiéralo Venus!

1.7.0 COLOQUIO SÉPTIMO

Cuentos fesceninos[1]

Tulia, Octavia.

TULIA. 1.7.1 Sentémonos aquí, bajo la copa de este olmo. ¿Te parece bien, Octavia?

OCTAVIA. 1.7.2 Me parece estupendo. Y convoquemos a Himeneo.

TULIA. 1.7.3 ¡Fantástico! Pues el conde Alfonso te vio desnuda el otro día y se puso fuera de sí.

OCTAVIA. 1.7.4 ¿A mí desnuda?

TULIA. 1.7.5 A ti desnuda. Eso es al menos lo que va diciendo a todo el mundo, flor venérea.

OCTAVIA. 1.7.6 Voy a sacudirte por parlanchina.

---

[1] Piezas satíricas y licenciosas, que se suponían originarias de la ciudad de Fescenio o Fescenia (Galeso) y gozaban del favor de las gentes de la Roma clásica.

Tulia. [1.7.7] Y yo voy a darte un beso por seductora.

Octavia. [1.7.8] Por tus lascivos ojos, ningún hombre, fuera de mi Caviceo, me ha visto desnuda.

Tulia. [1.7.9] Es decir que no incluyes a Teodoro entre los hombres.

Octavia. [1.7.10] Me lo recuerdas y me haces avergonzarme. ¡Quita ya! ¡Cómo se aprovechó de mí con sus argucias oratorias, Venus áurea!

Tulia. [1.7.11] Ya me sospecho lo que quieres y no quieres ocultar. Conozco tus devaneos, por los cojones de Venus, los conozco.

Octavia. [1.7.12] ¡Vaya un lenguaje! ¿Pero qué es lo que me achacas, boba, respecto a Alfonso? ¿Acaso me presenté desnuda en sueños ante sus ojos?

Tulia. [1.7.13] Lo entenderás muy bien, tortolita mía. Quien vea el espíritu de Octavia y haya contemplado y ponderado sus costumbres y su buen

natural ¿acaso no ha visto a Octavia desnuda? Por los manes de Platón, que sí la ha visto.

Octavia. [1.7.14] Bromeas con mucha erudición. Lo que sí entiendo es de cuál de las dos querría Alfonso disponer para disfrutarla, si de la compuesta de mente y espíritu o de la que tiene cuerpo y miembros. ¿A cuál de las dos crees tú que elegiría, si se le diese la opción? A la que hiciera que se le empinase, si está en su sano juicio.

[1.7.15] Alfonso vino a la finca campestre de Leonor y también lo hicieron Isabel Meneses y Luisa Fonseca, recién desposada ésta, como yo misma. Tras un almuerzo opíparo nos pusimos a charlar de manera desenvuelta y nada pudorosa. Hubieses considerado que el mosto se nos hubiese subido a la cabeza. Parece que aun con todo produje buena impresión.

Tulia. [1.7.16] Tú eres para Alfonso lo que Alfonso para Leonor.

Octavia. 1.7.17 Me repugnan su ligereza y su amor. No acogeré a un tránsfuga de los campamentos de Leonor, salvo que sea una malvada.

Tulia. 1.7.18 Siendo por el contrario, como eres, moza de ánimo y de coño grandes. ¡Oh heroína egregia, digna de mejor época, de aquellos tiempos áureos en los que acosaban pijas de un par de libras[1]! 1.7.19 Pero dicen que lo que en otros asuntos pudiera resultar bochornoso en temas amorosos pudiera resultar laudable.

Si hay que violar las normas para gozar
de la amiga,
viólense; aplica tu piedad a otras cosas.

1.7.22 Lo que el vulgo suele considerar engaños e inconstancias de los amantes no son más que invenciones, no de los amantes sino de los dementes.

Octavia. 1.7.23 ¡Bonita teoría! El marido de Leonor murió hace un año en la guerra contra los

[1] Unos 0,6 kg.

franceses y hace seis meses que ella, que es despierta, está llena de encantos, se encuentra en la flor de la edad y es hermosa, se coló por Alfonso. Ha confesado incluso que no le ha negado nada de lo que el amante anhela de la amante. No puede darle ya nada más que desee el ansioso mancebo. 1.7.24 ¿Cómo me juzgarías? Sé con seguridad que no me alabarías si quisiese convertirme en rival de una excelente mujer que no teme nada de mí.

Tulia. 1.7.25 Admiro, Octavia, la entereza de ese pecho generoso. Sigue viviendo como vives.

Octavia. 1.7.26 Creo que no te disgustará oir los chismorreos, chistes, bromas y ocurrencias que surgieron en esa charla nuestra; desde luego a mí no me molestará contártelos.

1.7.27 Una vez que todos nos hubimos sentado, Leonor se dirigió risueña, pícara y respirando sensualidad a Luisa y le dijo:

1.7.28 «Veamos, ¿qué te parecen ahora las noches? ¿Cómo os las arregláis tú y tu

Rodrigo en medio de esa comezón amorosa que os consume?»

1.7.29 La muchacha se puso colorada, pero sonrió con un toque de complacencia y atrevimiento.

1.7.30 «¿Te pones colorada, Luisa?» añadí yo. «¡Qué pudor tan impúdico! 1.7.31 Veo sus ojos y toda su cara animados con fuegos desvergonzados. Incluso en su mismo silencio creo percibir los murmullos de la cortesana en medio de sus meneos. 1.7.32 ¿De qué tienes miedo, tonta? Aquí puedes hablar con la misma libertad con la que allí lo haces todo».

1.7.33 «Sin duda» contestó Luisa «antes se llevaría la palma del pudor la que se conservase pura de estas maldades verbales que la que se mantuviese alejada de toda ansia de placeres. Es casta no la que es casta, sino la que se dice que lo es».

1.7.34 «Bueno, bueno» repuso Alfonso; «de cualquier manera que viva, es púdica la que

habla púdicamente y pone cara seria. No tiene demasiada importancia que también sus costumbres sean castas».

1.7.35 «Pues en mi casa» añadió Leonor «a las personas ingeniosas siempre les está permitido lo que se lo esté en cualquier otro lugar».

1.7.36 «No vive la vida» repuse yo «quien vive tímidamente. Pues a los tímidos no sólo les da de lado la fortuna sino que el amor les odia; el primer escalón de la felicidad es atreverse a alcanzar la felicidad por los verdaderos escalones del amor».

Tulia. 1.7.37 Y no olvidarías decir cuáles fuesen esos escalones hacia la felicidad ¿no es así? Pues es indudable que se trata de la vía por la que accedemos al bien sumo.

Octavia. 1.7.38

1.7.39 «Todo lo que hacen los buenos y los honestos es bueno y honesto» adujo Leonor.

«Y son buenos y honestos quienes desvían de sí y de sus travesuras con el más minucioso cuidado la extraordinaria malignidad del vulgo y con no menos cuidado se apartan de las estúpidas opiniones de la plebe. Considera que tal es la recomendación que te hace Venus desde lo más recóndito de su templo de selectos placeres».

1.7.40 «¿Quién negará que nosotras seamos la alegría del género humano» añadí yo «y su luz y su vida? Como alegría, la mejor parte se encuentra en las bromas y en las travesuras; como luz ¿cuánta, cuánta no es la amenidad de la luz que nos recrea las distintas formas de las cosas y su belleza más que pintárnoslas? 1.7.41 La vida que no es placentera es ya una forma de muerte bajo una falsa apariencia de vida. Y realmente no se disfruta sin experimentar muchos y variados placeres. Los placeres son el condimento de la vida, la cual, en el momento en que faltasen, se convertiría

en un fastidio. Que todo en nosotras sea pues alegre, incitador, procaz. Si alguna mujer tiene la frente ceñuda y el ánimo desabrido, que se vaya a vivir con los osos en sus guaridas, que serían sus pretendientes más adecuados. ¿A qué fiera de este tipo querría ningún hombre prestarle adoración ni honores, si nunca podría ocasionarle ningún deleite?

1.7.42 Y, del mismo modo que es agradable gozar de los placeres, también es delicioso el recuerdo de tales goces. Hay quienes encuentran el sumo placer en el recuerdo o en la anticipación del placer, quienes experimentan mayor placer venéreo hablando del asunto que practicándolo. Por tu cosquilleante nido del deseo, Luisa, al recordarlos se prolonga la duración de los placeres, que se extinguieron en un momento; así se renuevan a sí mismos, al dárseles vueltas en la memoria.

1.7.43 ¿Quieres vivir bien y feliz? Coge las manzanas del huerto de Venus, cosecha sus

rosas. Todo se desarrolla favorablemente para la concupiscencia erudita. Incluso en las formas más evanescentes de placer encontrarás un verdadero placer, si así lo quisieres».

TULIA. 1.7.44 ¡No puede decirse más con menos palabras! ¡Qué agudeza, qué oportunidad!

OCTAVIA. 1.7.45 ¡Y que lo digas! Luisa terminó por dejarse convencer y, una vez abandonado todo recato, empezó a largar con despreocupación sorprendentes y malévolas frivolidades de todo tipo. Leonor sonreía y yo me reía abiertamente, pero las carcajadas de Isabel y de Alfonso llenaban toda la casa.

TULIA. 1.7.46 Pues no hay cosa más tonta que la risa tonta.

OCTAVIA. 1.7.47 ¿Hubieses conservado tú la seriedad? Pues decía:

1.7.48 «Cuando la daga de Rodrigo se me clavó por primera vez en el cuerpo hasta la empuñadura, al punto huyeron hacia esa parte todos mis sentidos, todas mis facultades

espirituales. Un gran número de parientes se había reunido en el cuarto de al lado y hacían mucho ruido. ¡Cosa maravillosa, yo les oía por ahí! Mientras me follaba estaban encendidos los cirios; por ahí los veía. Cuando Rodrigo culminó, ¡qué cosa!, estaba entera en mi coño o era toda coño. Si tengo algo de ingenio (y dicen que no me falta), la ingeniosa voluptuosidad lo trasladó todo entero a esa sede de Cupido».

1.7.49 «¿Quién podrá entonces discutir» intervine yo «que tus revolcones resulten y te resulten ingeniosos, puesto que tienes el lugar tan ingenioso?»

1.7.50 «La verdad es que quien quiera encontrarse conmigo» repuso Luisa «que me busque en el coño; allí es donde resido. Y no es una morada amplia, créeme, Alfonso, si yo he de creer por mi parte a Rodrigo».

1.7.51 «Cuando quieras, Luisa,» replicó Alfonso «no me molestará en lo más mínimo

acudir a esas moradas tuyas lampsacenas y disfrutar de tus genio e ingenio en tu casa. Y, si lo que quisieses fuese alquilarla, no te faltarían inquilinos cualquiera que fuese el precio. ¡Que tanto me amase a mí Venus!»

TULIA. 1.7.52 ¡Por la polla de Júpiter! La lúbrica Venus misma no encontraría nunca a otra más traviesa que Luisa.

OCTAVIA. 1.7.53 Luego se contaron diversas anécdotas sobre el arte de amar, sobre la belleza, sobre el ingenio de las mujeres y sobre las mieles de la unión de los amantes. Se invocó a Venus, que acudió, pero desvergonzada, provocadora. El putón de diosa dispensó sus favores de manera anárquica, incómoda consigo misma cuando no está caliente. Por ello las ocurrencias y los cuentos evocaban a la auténtica y pura Venus.

TULIA. 1.7.54 Vivimos para amar y ser amados. La que renuncia a amar y a ser amada ya está sepultada; ya despide un olor fétido y tiene una apariencia cadavérica.

Octavia. 1.7.55 Hay mujeres hermosas y las hay seductoras. A las hermosas las forjó así la naturaleza con su propia mano; las seductoras se han forjado a sí mismas mediante la habilidad y el esfuerzo. Aquéllas reinan por derecho propio, estas otras como de prestado. Las verdaderamente hermosas incendian de amor hasta los corazones más pétreos.

1.7.56 «Hay diversas opiniones sobre la belleza» dijo Alfonso. «Se cuenta entre las más destacadas precisamente la que sostiene que a cada uno le parece más bello lo que más le conviene. Pues, del mismo modo que no todos los hombres tienen el mismo gusto para los alimentos, así tampoco a todos les acomoda una y la misma belleza. Hay tantos gustos como cabezas y tantas bellezas como ojos. Pero a la que se llama hermosa por acuerdo de muchos, esa conviene a muchos para proporcionarles más placer o más descendencia.

1.7.57 ¿Quieres que despache el tema en dos palabras? Están ciegos quienes llaman ciegas a las pichas, pues son perspicacísimas. Hay que tener fe en su elección, pues, en cuanto se presenta una moza que convenga a su dueño, la detectan a la primera y se tensan espontáneamente. La más hermosa es ante la que más se empinan.

1.7.58 Federico, ese primo hermano tuyo, amaba a Lucía, que era cegata, chata y desdentada y la quería con locura. El padre del adolescente le reprendía por su insensatez.

> 1.7.59 «Padre, padre,» le respondía el muchacho «mira a Lucía con mis ojos y no con los tuyos. Cambiarías de opinión, padre; la considerarías bella y digna de mi amor y del de todos».

1.7.60 Pues verdaderamente arrechaba ante Lucía y no en presencia de las demás, aunque estuviesen adornadas con todo tipo de hermosuras y atractivos.

1.7.61 Hay quienes aprecian un cuerpo sólido y fornido; otros en cambio llamarán un luchador a la que sea un poco corpulenta. A los griegos de otros tiempos les gustaban las mujeres altas, gruesas, rozagantes y coloradotas. Así fue Helena, que pasó por el modelo de belleza perfecta entre las griegas. En cambio los frigios las preferían gráciles. Para conseguirlo reducían la alimentación de sus hijas y las volvían juncales con sus cuidados. A los franceses les gustan de este tipo, pero no a los italianos ni a los españoles.

1.7.62 Pero el cuerpo más conveniente es el justo, ni delgado ni grueso. Pues nada más ajeno a tus oficios, santa Venus, a los húmedos besos, a los trémulos restregones, a las cadenciosas embestidas y a tus ígneas meadas que una mujer seca y exangüe. Una mujer hermosa, pero seca y macilenta (si quien sea seca y macilenta pudiera ser hermosa) es un simulacro de Venus muerta. 1.7.63 ¿Quién

querría entrar en un coño muerto salvo algún que otro embalsamador canalla? ¿Quién en la que parezca muerta? Periandro, tirano de los corintios y que formó parte del grupo de los siete sabios junto a Biante y Tales, ofició como fúnebre sacerdote de Venus metiendo la reja en el surco de su mujer ya fría».

Tulia. [1.7.64] Porque sabía que, como sucede con el corazón varonil, el coño femenino es lo primero que vive y lo último que muere. Creyó así que esa parte pudiera estar viva cuando ya no lo estaban las demás. [1.7.65] Pues el coño, al igual que tiene su movimiento propio, también tiene su vida, que es más vivaz y muy diferente de la de los restantes órganos. Pero sigue con tu relato.

Octavia. [1.7.66] Se alaba mucho a los cuerpos altos. Alcmena, la madre de Hércules, destacaba por su gran estatura y talla.

[1.7.67] «Pero, si se me diese a elegir,» decía Alfonso «preferiría la más baja a la más alta y el laurel al pino, aunque» añadía

«*Se adaptan a mis deseos tanto la grande como la pequeña*».

1.7.69 Pero las que son altas es porque tienen muy largos piernas y muslos; la parte superior de su cuerpo no se corresponde luego con ello, lo que a mi juicio resulta feo y risible, por Castor. Podría creerse (ríete, Tulia) que el coño anduviese sujeto a largas y enormes pértigas. ¿A quién no hace reír esta idea, que se me ocurre siempre que me tropiezo con Magdalena? Si vieses su tronco desnudo hasta la cintura (como yo la he visto), la creerías mucho más baja de lo que es, pero si le vieses las piernas y los muslos la creerías más alta, a pesar de ser ya altísima.

1.7.70 Pero suele tenerse mal concepto de las que son pequeñas. Pues dicen que no sé qué cosa de las mujeres pequeñas no es nada pequeña. Gertrudis parecería pequeña incluso entre los pigmeos. Por lo demás todos sus miembros están admirablemente proporcionados, salvo el de en medio.

Tulia. [1.7.71] Ya lo sé, Octavia. Su antro inferior es largo y ancho, no el nidito de un pájaro cantarín. Se casó con Alfonso Guzmán a los trece años e intacta por cualquier voluptuosidad. Ya en la primera cópula la encontró Alfonso más abierta de lo que pudiera estar la misma Venus tras ser espachurrada por Marte. Fanfarroneando él había prometido a sus camaradas que oirían los gritos de la virgen al producirse el cruento y memorable asesinato de su virginidad. Pero la virgen no emitió ni un suspiro y tampoco la virginidad asesinada derramó lágrima sanguinolenta alguna. El carajo deambulaba por los vastos espacios del altar cual acólito de Príapo. [1.7.72] ¿Cómo salir del paso? Descabalga, hace que la doncella se vuelva boca abajo y mete el asta con enorme fuerza en las vísceras de la chica por donde no se debe. La virgen no dejó de proferir un alarido cuando se sintió escindir.

1.7.73 «Eso es lo que yo quería» dijo él. «Que todos sepan que eres virgen, como lo sé yo».

1.7.74 Luego volvió a colocarla boca arriba y reanudó el interrumpido duelo en el casto campo de Venus. Cernió magníficamente a la moza, que se agitaba, se removía y se corría. La ceremonia concluyó felizmente para ambos.

Octavia. 1.7.75

1.7.76 «Pero las jóvenes muy altas» decía Alfonso «tienen pocas o ningunas energías. De pronto se vienen abajo en medio de la carrera, como si se hubiesen lesionado alguna extremidad. Cuando se les mete la espuela más a fondo hasta lo vivo, apenas, e incluso ni apenas siquiera, responden con un ligero movimiento. Otras, como tú,» añadía «son más vigorosas y resistentes».

[1.7.77] «Al mismo Marte» respondió Luisa con una carcajada «le dejaría fatigado, como Marte dejaba a Venus, si entrase en liza conmigo. ¡Que venga, que venga!»

TULIA. [1.7.78] Tampoco tú careces de lomos, Octavia. Y tienes el pelo negro, negros y brillantes los ojos, el rostro y el cuerpo morenos. No tengo más que decir.

OCTAVIA. [1.7.79] ¡Qué perversa eres! Tú misma has moldeado mis constumbres. ¿A qué puedes ponerle reparos, malvada, que no sea tuyo? Tan parecida soy a ti como tú lo eres a la melosa Venus. Tampoco yo tengo más que decir.

[1.7.80] Cierto es que se dice que son más viciosas las que tienen negro el pelo de la cabeza. Si así fuese, ¡cuán libidinosas no serían las que tengan cubiertas sus partes por un negro vellocino! Bobadas, puras necedades. ¿Y qué pasa contigo? ¿Son acaso rubios tus cabellos?

TULIA. [1.7.81] No te enfades conmigo, tú, que eres el cojón izquierdo de Venus.

1.7.82 Así es, Octavia; del color no puede deducirse nada que permita juzgar con certeza. De ahí que cada cual tenga sus gustos. Unos prefieren el rubio, otros el negro y otros el castaño. 1.7.83 Se elogiaban los cabellos rubios de Aspasia y de las jóvenes áticas. Pues, cuando Teseo echó en falta a dos muchachas del grupo que llevaba hacia el Minotauro de Creta, le bastó con teñir de rubio el pelo a dos chavales para que se convirtiesen inmediatamente en vírgenes. 1.7.84 Se dice que fue Venus, reina de Chipre, quien descubrió el arte de las tinciones, tan apreciado todavía por las mujeres italianas. No les agrada más que ese color a las muy tontas; se atreven a poner al ardiente sol la cabeza descubierta para que se lo aclare. ¡Fíjate qué demencia! Tratan de dar ese color a sus cabellos por incineración.

1.7.85 Pero Píndaro y Anacreonte discrepaban de tal opinión. El primero dice que las Musas tenían el pelo negro, mientras que éste se lo atribuye a su amada. Aquél era tebano, éste de Teos.

Es muy verosímil que tanto los de Tebas como los de Teos apreciasen tal color. Teos es una ciudad situada en mitad de Jonia. El cisne tebano consideró digno de las Musas lo que era tenido en gran estima por muchos de sus conciudadanos. Y el poeta de Teos ensalzó lo mismo en su amada, a la que trata de representar en ese poema como bellísima.

1.7.86 En cuanto al castaño, se encuentra situado realmente entre el negro y el rubio, participando de ambos, aunque se acerque más al negro que al rubio. 1.7.87 Nasón consuela a una doncella que había perdido su cabello por maltratarlo en exceso, diciendo que no había nada más bello:

Pues ni era oscuro ni era
de aquel color áureo,
sino un tanto indefinido,
una mezcla de ambos.

1.7.90 Dice que se parecía

… al que en otro tiempo Dione desnuda

sostenía con mano mojada
en las pinturas.

Octavia. [1.7.93] Alfonso largó también por su boca mucho y agudo sobre los ojos. Pero tú eres una erudida, Tulia. Nadie te supera, pues sueles usar la erudición incluso para bromear.

Tulia. [1.7.94] Pérfidas pero deliciosas insidias amorosas se esconden en los ojos. Negruzcos eran los ojos de Briseida, objeto de la breve cólera de Aquiles. Y Catulo, la delicia de la latinidad, se ríe de no sé quién precisamente por no tener

ni el pie bello ni los ojos negros.

[1.7.96] Sin embargo los poetas, que gozan de gran libertad a la hora de representar a los dioses, atribuyéndoles lo que saben que el vulgo aprecia y quiere, alaban los ojos azulados de Minerva. [1.7.97] Pero ensalzan sobre todo los que son amplios y grandes, llamándolos *astros*. Los griegos los calificaban de *bovinos*, como eran los de Juno, de Venus y de Harmonía, la esposa de Anfiarao.

Pero incluso a los ojos pequeños no les faltan enamorados.

Octavia. [1.7.98]Como hacen los arqueros en la guerra, que para asegurar el tiro entornan los ojos hasta casi cerrarlos, así Amor lanza sus flechas con más precisión y hiere más certeramente a través de los ojos pequeños y no muy abiertos. [1.7.99]Los de la reina Isabel no eran ojos, sino ojitos, pero lanzaban innúmeros destellos que traspasaron los corazones de no se sabe cuántos contempladores. [1.7.100]Nadie pudo verte a ti, Tulia, sin amarte, ya que todo lo que tus ojos tienen de pequeños lo tienen de vivaces y de más peligrosamente incendiarios para los incautos.

[1.7.101]Sobre el tono del rostro y del resto del cuerpo hay variadas opiniones. Hay quienes piensan que son preferibles las blancas y otros piensan que las morenas. Se alaba mucho el color lácteo, como era el de Cidipe:

brilla el albo rostro mezclado con el rubor.

1.7.103 Al color claro le corresponde el puesto de honor. Diríase que es más luminoso que la luz, pues ciertamente refulge más intensamente que la luz. Pero las morenas son más aguerridas y también mas agradables de acariciar. 1.7.104 Las blancas no soportan tan bien los años ni los prolongados esfuerzos deportivos en el lecho. Enseguida se desmoronan, como si se les desgajasen las articulaciones. Y se marchitan y decaen antes. Juventud y vejez se encuentran bastante cercanas en su caso e incluso se mezclan.

Tulia. 1.7.105 Antonina, la hermana de Isabel, supera el candor de la leche y de los lirios con su maravillosa blancura, mientras que Isabel es morena.

Octavia. 1.7.106 Te contaré (¿no es eso acaso lo que deseas?) lo que le sucedió a cada una de ellas en su noche de bodas. A la una le resultó un pesado maratón venéreo; para la otra fue agradable y cómoda.

Tulia. [1.7.107] Pero acabemos primero con la descripción de la mujer hermosa.

[1.7.108] Hay bastante unanimidad acerca de cómo deban ser nuestros labios, nuestra boca y nuestros dientes. Se dice que una boca pequeña es el milagroso lugar por el que Amor dispensa sus milagros. [1.7.109] Pero también es opinión común entre todos los varones que la doncella que tenga la boca pequeña tendrá también una concha nada desbocada y que ese templo inferior de Venus presentará una entrada muy pequeña.

Octavia. [1.7.110] A pesar de lo cual es falsa. Fernando Guzmán se quejó abiertamente de haber sido defraudado de esa manera. Se casó con Fulvia, que era famosa por la pequeñez de su boca. Pero no encontró en ella una tronera por la que se accediese con dificultad a los dulzores de Venus, sino un boquerón enorme por donde se precipitó la lanzada pija hacia una especie de laguna Estigia.

1.7.111 «¡Oh boca hermosa» dijo Fernando dándole un beso «pero tan engañosa como bella! Haz por lo menos, Fulvia mía, que no me mienta del mismo modo en lo demás, crédulo amante».

1.7.112 A lo que ella le respondió:

1.7.113 «Estoy segura de que no te ha mentido. Lo que sucede es que la impedimenta que tú has metido en mi morada es diminuta, por lo que me estás achacando un defecto que es realmente tuyo».

1.7.114 Fernando se rió y culminó.

Tulia. 1.7.115 ¡Bien dicho!

1.7.116 Los seductores labios, rosados y salientes, como lo son los tuyos, Octavia, se diría que fuesen un puente tendido a la región suprema del cielo venéreo, henchido y deseoso de besos. Los dientes blancos, límpidos, brillantes, como piedras preciosas que rodeasen la lengua, regularmente dispuestos, sirven de adorno y protección.

1.7.117 Pues en cuanto a la flexibilidad y a la locuacidad de la lengua, ¿quién no se admiraría de que una sola sea suficiente para la gran variedad de innúmeros pensamientos que se agitan en nuestro espíritu, de tal modo que se manifiesten más adornados y mejor de lo que se concibieron al pensarlos? 1.7.118 Pues ya sabes, Octavia, y lo saben los amantes que no son idiotas, qué dulces delicias produce la danzarina lengua al dar besos.

1.7.119 A pesar de todo, la verdad última es que lo que a cada uno le parezca bello, eso es lo realmente bello. Pues en tu caso, por ejemplo, Octavia, la boca no es pequeña y sin embargo resultas agradable. 1.7.120 Igualmente hay muchas otras jóvenes que tienen los labios hundidos, los dientes desordenados y nada blancos, la lengua torpe y balbuciente; y a pesar de todo también gustan. Incluso hay quienes aman a las tuertas, pues también Príapo es tuerto y tuerta es la picha, procreadora y gran deleite del género humano.

Octavia. [1.7.121] ¡Qué placer produce el asalto de la borboteante lengua cuando se lanza con fuerza fuera de la empalizada en el transcurso de los sensuales besos! Cuando Caviceo y yo nos besamos casi nos morimos de gusto, sintiendo yo que tengo dos lenguas y otras tantas él. [1.7.122] Es una conjunción de las almas y de los espíritus que se produce en la boca superior, a la que acompaña un increíble placer y que es comparable a la que realizan los cuerpos en la inferior cuando el sexo se acopla al sexo. [1.7.123] Decía Leonor, reina de los sármatas, que el beso era el alimento de Amor y que había que colocárselo al pequeñuelo en la boca para que le aprovechase realmente; de lo contrario se dejaba insatisfecha su acuciante hambre, como se cuenta de Tántalo. [1.7.124] Del mismo modo defrauda las expectativas de la virgen enardecida quien aplica su polla, que es el alimento de las entrañas, a lo alto de su vulva, por el exterior de sus labios, en vez de metérsela

dentro una vez tumbado sobre ella. [1.7.125] Que la benévola Venus me libre de tal desvarío. Pues indudablemente constituye una desgracia y un mal mortal para el amor el hecho de desparramar por fuera, sin aplicarla por dentro, la anhelada saliva del placer.

Tulia. [1.7.126] Aunque esté exangüe, se reanima el amante ante la contemplación de las tetas. Al verlas retorna a la vida, alegre y radiante, si son duras, blancas y pequeñas. [1.7.127] Sin embargo entre las mujeres frigias las más apreciadas eran las henchidas y las que, como dice Nasón, ocupaban todo el pecho, pero son más bellas las tenaces y enhiestas, las que, como ha dicho alguien, pueden abarcarse enteras cuando se les aplica la mano.

[1.7.128] Por tanto está dotada de la belleza absoluta, según los ocurrentes que pintaron este cuadro y que presumen de que es exacto en cada uno de sus detalles, aquella mujer en la que la acción de la naturaleza, alma creadora de las cosas, reunió

en cada uno de los miembros de su cuerpo las caracteristicas siguientes, que consideran excelsas.

1.7.129 A saber: que el cutis, los dientes y las uñas sean blancos; negros el pelo, los ojos y las cejas; teñidos de un rosado matiz los labios, las mejillas y las yemas de los dedos; largos los cabellos, largas las manos y alto el cuerpo; prominentes pero pequeños los dientes, las orejas y el vientre; la frente ha de ser grande y ancha, amplios los brazos; las cejas han de estar un tanto separadas; el cuerpo ha de ser además grácil, la boca pequeña y la concha ha de estar ligeramente entreabierta a la espera del rocío; los labios, las nalgas y los muslos más bien regordetes; los dedos bien torneados y elegantes, lo mismo que la nariz; los cabellos han de emular hilos de araña; cabeza, tetas y pies han de ser pequeños. También les gusta el cabello naturalmente rizado, que la frente no sea muy grande, de modo que lleve muy atrás el comienzo del cabello, y que las narices estén poco curvadas.

1.7.130 Cada uno tiene sus gustos, Octavia, y cada cual los justifica a su manera. Pero el gusto es su propia justificación; no hay que buscar ninguna otra fuera de él.

Octavia. 1.7.131 Ya sabes que se cuentan entre los encantos mas notables de Lucrecia sus marmóreas y carnosas cachas, dulce cojín para el indolente Cupido y yunque muy apropiado para que forje al género humano.

Tulia. 1.7.132 Horacio llama *desculada* a la que no presenta ninguna prominencia bajo la cintura.

Es desculada, narigona, estrecha y
de grandes pies.

1.7.134 Eran famosas entre los griegos las llamadas *culos bonitos* o *calipigias*. Aunque fuesen de familia pobre, conseguían maridos adinerados y nobles por ese solo calificativo. El culo les servía de dote; ya resultaban suficientemente atractivas con tal peculio.

Octavia. [1.7.135] Sé que se aprecia mucho que las tetas estén separadas una de otra por un intervalo adecuado. [1.7.136] Pero las mías, como ves, se aproximan una a otra. Aunque no por ello las estima menos Caviceo. Siendo ambas noblemente seductoras, blancas y duras, entre las bromas y los chistes subidos de tono dice que no considera nada sorprendente que, enamoradas la una de la otra, se den continuamente besos entre sí.

Tulia. [1.7.137] ¿Y nada más?

Octavia. [1.7.138] Que me muera si no te amo más que a mis propios ojos.

Tulia. [1.7.139] Y yo si no lo hago a ti más que a los míos y al sol y a la luna mismos, que son los ojos de la naturaleza. [1.7.140] Pero a veces, cuando se desboca el ferviente deseo, hay otra utilización amorosa de las tetas no carente de encanto. Te sonríes; has confesado, Octavia mía, y lo has experimentado, alma mía.

Octavia. [1.7.141] Por entrambas conchas de Venus, me siento abrumada por la vergüenza. Me

avergüenza recordar que ese espacio entre mis tetas se convirtiese en una vía hacia Venus y que ella me viese participar en acto tan repugnante y desconsiderado.

1.7.142 Hay en nuestra casa una galería que da a unas partes muy bonitas de nuestro jardín, como ya conoces, cubiertas de todo tipo de flores. Paseábamos por ella Caviceo y yo. Me abrazaba, me besaba, me daba mordisquitos en los labios, se ponía salido. Me metió la mano izquierda en el pecho.

1.7.143 «Me está dando vueltas a la cabeza» dijo «una travesura. Quítate la ropa, corazoncito».

1.7.144 ¿Qué podía hacer? Me la quité. Fijó su mirada en mi pecho desnudo y dijo:

1.7.145 «Veo a Venus durmiendo entre tus tetas. 1.7.146 ¿Quieres que la despierte?»

1.7.147 Diciendo esto me tumbó boca arriba en un diván. Colocó entre mis tetas su ardoroso e inflamado cipote (pues lo tenía espectacularmente

tieso). ¿Cómo hubiese podido librarme de tal vergüenza? Había que aguantarlo todo por arriba y por abajo y ya sabía yo que en los temas amorosos suelen presentarse días y casos fatales de los que ni la misma Virtud podría librarse. 1.7.148 La dura necesidad exigía ahora que luchase contra este enemigo con las tetas, como ya lo había hecho antes a brazo partido y a golpes de pubis.

Tulia. 1.7.149 ¿Y llamas enemigo al insurrecto, que es tan buen amigo tuyo y de tus deseos amorosos?

Octavia. 1.7.150 Con ambas manos apretaba delicadamente mis tetas una contra otra, de manera que el sendero recorrido por su tendón hacia ese nuevo tipo de goce fuese más angosto. 1.7.151 ¿Qué más puede contarse? Al culminar me salpicó toda, a mí, que contemplaba perpleja tan insólita farsa venérea; me puso perdida con el cálido chaparrón. Luego dijo:

1.7.152 «Espero, palomita mía, que no te haya resultado desagradable en lo más mínimo

lo que para mí, que estoy loco de amor por ti, ha sido enormemente grato. ¿Sabes acaso que como lo eres por esa raja inferior» (y la señalaba con el dedo) «también eres mujer por esta parte más elevada? Por tanto estoy en mi derecho de actuar libremente, si el deseo me indujese a transportarlo desde aquella hondonada hasta estos montículos, desde donde la verdad es que Venus dispone de vistas más agradables».

TULIA. [1.7.153] Y todavía subirá más arriba, si le tiran las alturas.

OCTAVIA. [1.7.154] ¿Llamas acaso *tirar las alturas* a *dar de mamar*, a *satisfacerse por la boca*, a *lesbiar*, a *fenicianizar* y a *mamarla*? [1.7.155] ¡Santa Venus, cuántos y cuáles refugios y establos buscaron y encontraron en nuestros cuerpos los infames canallas para sus pichas! [1.7.156] Pero es indudable que a cualquiera que sea frugal y casto le horrorizará la idea de envilecerse con cosa tan abyecta. El placer carente de villanía será más placentero.

Tulia. [1.7.157] Quien busque honestidad en la voluptuosidad es como si escudriñase las sombras dándole la luz en los ojos. No hay nada deshonesto para el deseo, cuando se consume y pone en danza los espíritus espumosos. [1.7.158] El Sócrates que hacía las delicias de Fedón y de Alcibíades no tenía nada que ver con el Sócrates que dirigía el grupo que incluía a tan hermosos amantes. Quienes alcanzaron los mayores grados de sabiduría no por ello dejaron de ser hombres ni perdieron las tendencias innatas de la humanidad; tampoco hubiesen podido por más que lo hubiesen querido. [1.7.159] Pero no hay ningún sentido de humanidad en el hombre si no degusta el placer, a menos que sea estúpido y corrupto. Es verdaderamente sabio quien sabe que es agradable hacer el tonto en su momento y elige el lugar y el tiempo de divertirse. Para vivir bien y felizmente, muéstrate siempre circunspecto ante los demás pero no te tomes a ti mismo demasiado en serio habitualmente. [1.7.160] Pues hay quienes, incendiados

por el furor amoroso, disimulan porque no son dueños de sí mismos; pretenden ser Curios y Catones. Públicamente condenan enfurecidos lo que internamente desean, a saber, los trémulos goces de Venus. También a ellos les escuece la mente intranquila; se consideran nacidos bajo un signo nefasto, mientras que el nuestro sería favorable y contaría con el aplauso de los dioses y de los astros.

1.7.161 Si el sol se ocultase eternamente ¿qué sería de la naturaleza, madre de todas las cosas? Si no alumbrase a los mortales la luz de ninguna satisfacción ¿qué sería del hombre, que es la culminación de las cosas naturales? Miserable y aletargado constituiría su propio sepulcro. Estaría vivo y no vivo, muerto y no muerto; más cercano a la muerte que a la vida en la misma vida.

1.7.162 En resumen ¿no dirías que quienes proclaman tan falaces testimonios son quienes de verdad realizan infamias con su boca?

Octavia. 1.7.163 Juegas estupendamente con las palabras. Pues también se dice que esos

filósofos mortecinos intentan ordeñar chivos con la boca.

Tulia. [1.7.164]Dominan la facultad de amañar portentos, no la de saber. Todo es agradable en la una y mucho es deprimente en la otra. Tu Teodoro es de esos ¿no es así, Teodora?

Octavia. [1.7.165]¿Por qué me llamas Teodora, necia, cuando soy Octavia, es más, cuando soy Tulia? ¿Quieres que prosiga mi narración?

Tulia. [1.7.166]Quiero. Pero también quiero conocer aquel pugilato nocturno entre Antonina e Isabel, que será divertido.

Octavia. [1.7.167]Tu prima materna Antonina, que ya no era tan joven, pues tenía diecinueve años, se casó con Mafeo, muchacho de treinta años y de vigor invencible. [1.7.168]Isabel, de quince años, lo hizo con Raimundo, de veinticinco años, robusto, lleno de vida, animado. La primera es de una blancura que hace parecer oscura la nieve; esta otra es atezada y podría competir con las mujeres tunecinas. [1.7.169]No mostraron

los mismos ánimos en la palestra venérea durante la primera noche nupcial y también su suerte fue distinta. Puestas en manos de sus maridos, honraron a Venus de maneras muy dispares.

1.7.170 Antonina llegó sin grandes problemas al cuarto trofeo copulatorio, tras haber sido transformada en mujer por el primero, pero luego ya no sintió placer sino una molesta flojera, desagradable para el cuerpo y para el espíritu. Cuando ya amanecía, al aplicar por última vez con fuerza la espuela el animoso caballero, se desmayó, presa su ánima de un profundo delirio. 1.7.171 Era la novena vuelta del corredor por las pistas de Cupido. Cuando se levantó de la cama hacia el mediodía parecía que se levantase del túmulo, pálida, agotada, medio muerta.

1.7.172 Por lo que se refiere a Isabel, que es morenucha, pero de la que creerías que por sus venas fluyesen ríos de fuego, las cosas le fueron mejor. Sus miembros y sus lomos son delicados, pero se enfrentó impertérrita a su contrincante

en las tareas nupciales. Se mantuvo firme ante las brutales acometidas del infatigable atleta y le machacó. Le reprochó riendo a su hermana su indolente pasividad; toda animada, se mofaba de ella diciéndole:

1.7.173 «¡Venga ya! Yo soy más joven que tú y no estaba más preparada, pero me he portado más valerosamente y vivo; tú en cambio estás destrozada. ¿Vives todavía? Tengo que reconocer que al primer asalto fui alcanzada de mala manera, pero me las arreglé para que él no pudiese jactarse durante mucho tiempo de las heridas que había infligido. 1.7.174 ¡Por Juno! El vencedor hizo retroceder a mi obstinada virginidad desde lo alto de la empalizada hasta las profundidades de la fortaleza. Lo devastó todo como un huracán, hizo desaparecer, arrancándola, la flor de la pureza. Pero, como volviese a la carga, la descarada audacia del invasor me dio ánimos. 1.7.175 Le hice frente con arrojo masculino y pronto sintió él

que se le escapaba la victoria de los huevos. Como una nueva amazona, he ahí que derroté a mi Hércules, que quedó aniquilado por su victoria y por la mía. ¡Anímate, hermana!»

1.7.176 «¿Que quieres?» repuso Antonina. «El dolor que yo soporté al inicio de la batalla no fue leve, como el tuyo, sino agudo, hiriente, desgarrador, difícilmente soportable. Y la continua renovación de las peleas hizo que luego mis oprimidos miembros se viesen invadidos por una especie de debilidad paralizante, tan intensa que creí que se hubiesen vuelto de plomo. 1.7.177 Pedí una tregua de algunas horas; el petulante Alcides me la negó, de modo que no pegué ojo».

1.7.178 «Tampoco lo pegué yo» repuso Isabel. «¿Por qué hablas de dormir? ¿De qué te quejas? Lo mejor que tiene el sueño son las fantasías sexuales, vanas pero muy agradables, con que a veces nos engatusa. ¿Cómo

te atreves a preferir el sueño a la mismísima Venus implantada en nosotras y peleando contra nosotras, un sueño engañoso que nos hace parecer ajenos a nosotros mismos?»

1.7.179 «Pero de todas las cosas se produce un fastidioso hartazgo,» replicó Antonina «incluso entre quienes más puedan amarlas. No querria yo, ni querrías tú, atiborrarte indefinidamente de néctar, el alimento de los dioses».

1.7.180 «¡Qué actitud tan inadecuada» adujo Isabel «y tan estéril para la voluptuosidad! Se te ha colmado con los dones de Himeneo, pues estos son los verdaderos dones y no meros remedos suyos. ¿Y a esto lo llamas una desgracia, hermana? ¡Líbrate de decirlo por ahí, pues quedarás en ridículo como lo hagas!»

1.7.181 Antonina le replicó:

1.7.182 «No quiero discutir contigo, hermana. Tu opinión es propia de una excelsa heroína del ingenio y sé que a ella le debe el género humano su perpetuación. Sea como fuere, a mí me abandonaron las fuerzas a la tercera o cuarta lid de la noche. Mis dotes juveniles, tanto mi ánimo como mi deseo, me proporcionaron algunos refuerzos más. 1.7.183 A la quinta empecé a sentirme agotada y asqueada bajo mi desbocado Marte. A la sexta me anegó y me ensució, mientras yo permanecía insensible y como enajenada. Desapareció el placer y se dolió mi ánimo cuando llegó a la octava, sin que apenas pudiese respirar. A la novena me desmayé, mientras él alcanzaba su meta. No gemía ni me quejaba; estaba agotada y delirante. 1.7.184 Ya sabes, hermana, lo que sucedió luego. Tengo el presentimiento de que estas bodas acaben de mala manera.

¡Que Juno me proteja! No quiero verme soltera aunque tenga que morir en medio del asunto».

1.7.185 «Una vez que recuperaste el sentido,» le preguntó Isabel «dime, hermana, ¿cómo se reconcilió contigo Mafeo? Pues es indudable que era reo de un doble crimen, puesto que había asesinado no sólo a la virginidad sino también a la virgen misma».

1.7.186 «Por medio de sus dulces palabras» contestó Antonina «enseguida hizo desaparecer la amargura de lo sucedido. ¡Qué cosa tan graciosa! Con los mismos medios que pareció provocarme la muerte me devolvió a la vida. Volvió a hacer uso de sus derechos maritales e incluso repitió, pero ya no resultó ningún perjuicio para la que condescendía a ello. Así es, hermana: en asuntos amorosos las mismas heridas que producen el daño son las que lo curan».

Tulia. [1.7.187] Y en esa sola noche realizó todo su entrenamiento militar. Pues bien sabe ahora Jacobo Jiménez hasta qué punto es una luchadora de primera.

Octavia. [1.7.188] Podrías considerarla una mujer condescendiente, pero no por ello menos púdica, aunque a estos efectos el pudor no sea una virtud sino un defecto. Vio que el ánimo del apuesto adolescente sufría miserablemente por su amor y se compadeció. Vio su enardecida picha, la oyó clamando por su ayuda y se compadeció. Se diría que estos revolcones no fuesen tanto los de la casta y delicada Antonina cuanto los de la Piedad por el agonizante doncel.

Tulia. [1.7.189] De manera parecida te has apiadado tú también de Teodoro, no por impudicia sino por devoción. Es en realidad una jodienda honesta, impulsada por la virtud.

Octavia. [1.7.190] Me avergüenzo y me arrepiento. Tras haberse marchado mi Caviceo a la

provincia tarraconense hace un mes (como bien sabes) me visitó el estoico Teodoro.

> 1.7.191 «Vengo» dijo «a compartir tus desdichas. Lamento que se te haya dejado viuda, abandonada a una gran tristeza. Pues, al igual que de tu alma, también se llevó Caviceo la mitad de tu vida. ¡Afortunado, ay, enormemente afortunado Caviceo!»

1.7.192 Pero ya basta, Tulia; me da vergüenza y me arrepiento.

Tulia. 1.7.193 ¡Vamos, vamos, boba! A mí no me queda nada que no conozcas tan bien como yo misma y a ti en cambio ¿te asusta hacerme partícipe de los secretos más íntimos de tu conciencia?

Octavia. 1.7.194 Cayeron de mis ojos algunas lágrimas ante el nombre de Caviceo y le contesté:

> 1.7.195 «Nada más auténtico que mi dolor ni nada más amargo. No negaré que necesito algún consuelo para conservar el alma y el espíritu, que escapan en pos de Caviceo».

1.7.196 «Yo te consolaré» contestó Teodoro «y pondré orden en esas pasiones insanas, si quisieses escuchar lo que diga».

1.7.197 «Lo haré, por mis pesares» repuse «y haré todo lo que quieras. Pues reconozco deber a tus cuidados toda la honestidad que pueda haber en mí».

1.7.198 «¿Lo harás, lo harás?» replicó. «Pero ¿de verdad? ¿Obedecerás mis indicaciones y, si el asunto lo requiriese, mis mandatos? ¿Actuarás conforme yo te diga?»

1.7.199 «Lo haré» añadí.

1.7.200 A lo que él dijo:

1.7.201 «Si así lo hicieses, bien hecho estará. Poco después dejarás de notar la ausencia de Caviceo. No tendrás por qué seguir poniendo tus deseos en el ausente ni que dirigirle a él tus anhelos».

1.7.202 Tras haberme hecho repetir formalmente que me sometería a su voluntad y prometer que

le obedecería en cualquier cosa que me pidiera, dijo:

1.7.203 «Lo primero que quiero es esto: que jures que mantendrás la obediencia prometida a mis órdenes y que no te echarás atrás».

1.7.204 ¿Qué más? Pronunciadas las palabras sacramentales, como quería, quedé obligada y con cierto temor por mi promesa. Me dejé someter por la religión contra la religión.

Tulia. 1.7.205 Ya entiendo. Una vez que te hubo convertido en su esclava por el vínculo del juramento, te humilló con el derecho que a ello tienen las gentes libres.

Octavia. 1.7.206 Y sin perder un minuto. Disertó sobre su total dominio sobre mí y me amenazó con tenerme por enemiga y con castigar la injuria inferida, si no ejecutase de buen grado todos los actos de servidumbre que él ordenase.

1.7.207 «Hasta ahora» me dijo «te has relacionado conmigo como maestro de ceremonias

de la más austera disciplina; se te ha vapuleado, se te ha lacerado. Muchas veces he admirado estupefacto tus padecimientos y el heroísmo de tu constancia. Ahora ya no se trata de tales actos denodados y serios; soportaste inocentemente el castigo que merecía esta belleza celeste. 1.7.208 Queden atrás los crueles engaños y las bufonadas fraudulentas de tu madre, Sempronia. Merodeabas por senderos abruptos cubiertos de matojos y de espinosas zarzas. ¿Qué crimen cometiste contra los hados, desgraciada? Pero ahora, bajo mi guía, entrarás en un camino fácil y ameno por el que irás hacia la felicidad.

1.7.209 Has de saber que nosotros también somos hombres, como lo es tu Caviceo, pero, como somos más cautos que los demás y de juicio más fino, ocupamos el lugar más elevado de la escala de la sabiduría. Por tanto que ninguna muchacha que se suelte el pelo con nosotros tema el más mínimo deterioro de su

fama, si actúa juiciosamente, ni crea ingenuamente que se le imputará como una tacha su maldad reprobable. [1.7.210] Créeme, se nos permite todo lo que puede hacerse sin correr riesgos. Los sabios ennoblecen lo que desean. Si, dejando de lado el pudor, complacieses a quien ha alcanzado el ápice de la verdadera sabiduría y su máximo esplendor, ya no se trataría de una cuestión de deseo, ya no sería placer, sino que formaría parte del deber, de lo bueno y de lo justo».

TULIA. [1.7.211] Se expresaba con agudeza y sagacidad. ¿Qué le respondiste tú?

OCTAVIA. [1.7.212]

[1.7.213] «¿Cómo quieres que yo te satisfaga?» le contesté. «¿Podrá acaso una chica mortal como yo soy satisfacer a un mortal divinizado?»

[1.7.214] Pues te aseguro, Tulia, por Venus, que yo no tenía ni idea de a dónde quisiera ir a parar él con tal sermón. Entonces me dijo:

1.7.215 «Yo, a quien ves con rostro tétrico, ojos sumidos en mortal tristeza, hábito raído y desgarrado y cuerpo completamente siniestro, soy un artefacto de la venerable filosofía, un disfraz perteneciente a un montaje supersticioso. Pero, si así lo quisieses, rápidamente transformaría este disfraz de modo que me convirtiese para ti en un nuevo Mercurio. Seré otro al tiempo que yo mismo. 1.7.216 ¿Quieres que abandone este papel? Abandona tú también tus temores. Devuelve a Octavia la pura y auténtica Octavia. Repara en las tinieblas del error que te envuelven: tú misma te escondes de ti misma; estás oculta y no te percibes. Eres distinta de como te imaginas».

1.7.217 «Sigue el ejemplo de tantas mujeres nobles que se confían a nosotros, que ponen en nuestras manos su estima y todas sus cosas, como confían en sus propios ojos, porque somos un tipo de hombres digno de toda

confianza. Han depositado todas sus esperanzas y alegrías en nuestra admirable habilidad. 1.7.218 Este dicho filosófico es el más útil y célebre para nosotros: es propio de los prudentes y de los doctos que cada cual goce lo más que pueda, pero con goce clandestino, y que disfrute de los bienes de la vida en la medida en que se los proporcione a cada uno la oportunidad, pero a escondidas, no abiertamente. 1.7.219 Son los ignorantes, los idiotas y los locos quienes se divierten en público y gozan abiertamente. Quien obre cautamente será alabado; quien lo haga con imprudencia será atacado despiadadamente aunque se esconda de la luz del sol».

1.7.220 «Las jóvenes encantadoras, como lo eres tú, Octavia, deben ir por este camino hacia la vida buena y feliz. ¿Que las tontas no se protegen de las insidias de los malévolos? Pues que perezcan las que deben hacerlo para ejemplo de todos. 1.7.221 Que vivan, que vivan

las que sagaces aprenden lo que es vivir. Vivan las que son como ellas y no se parecen a las idiotas, tanto para su propio provecho como para ejemplo de las demás. Imita a Sempronia, tu madre».

1.7.222 Y entonces se puso a contarme cosas de mi madre, de cómo gracias a los consejos y a los tendones de Crisógono hacía transcurrir alegres y felices los días de su vida.

Tulia. 1.7.223 Ya sé que Crisógono es también estoico. Y no me extraña nada que sea muy amigo de Teodoro, pues el parecido de las costumbres crea ese vínculo. No se parecen más un huevo a otro que Teodoro a Crisógono, aunque se dice que aquél es algo más joven.

Octavia. 1.7.224 Crisógono había tomado de la mano a mi madre y ambos se habían retirado al cuarto de ella, dejando a Teodoro conmigo, el cual dijo:

1.7.225 «¿Qué crees qué está haciendo ahora Crisógono con tu madre? Pues exactamente

lo mismo que tú con Caviceo y lo que yo haré pronto, muy pronto contigo. Pues voy a ser para ti (no te quepa duda de ello) la fuente de todos los bienes, de todos los placeres y, por tu ángel, de toda alabanza, como tú lo serás para mí de honesta voluptuosidad. 1.7.226 Pues en verdad ¿quién podría considerar deshonesto nada que proveniendo de ti, tan decente y tan honesta, sea lo que fuere, fuese a parar a mí, tan austero, tan venerable?»

1.7.227 Al decir esto, te lo confieso, Tulia mía, me pareció verle transformado en otra persona, no sé quién, pero más simpática, más seductora. Esta visión empezó a ponerme cachonda por quien antes me hacía temblar de miedo. Sonrió él de forma traviesa y atractiva; yo también me reí; rió Venus, rieron los amorcillos. Le volví más atrevido al volverme yo más audaz.

1.7.228 «He aquí» añadió él «unas nuevas nupcias para ti y he aquí una nueva desposada para mí».

1.7.229 Vi entonces cómo sus ropas se iban abultando progresivamente por donde se oculta la viril pica, hasta que terminaron formando un clarísimo promontorio. No pude dejar de soltar una carcajada.

Tulia. 1.7.230 Ni de sentir los cosquilleos.

Octavia. 1.7.231 Me poseyó un deseo tan irresistible que, no voy a disimularlo contigo, poco faltó para que yo misma me arrojase entre sus brazos y le rogase que me follara. También él estaba cada vez más excitado y dijo:

> 1.7.232 «La verdad es que tengo dudas sobre cómo deba usar tu cuerpo, diosa mía, ya que no lo sé con certeza. 1.7.233 Pues con quince años de edad me uní a esta secta. Antes de aquella época no había puesto los ojos en mujer alguna ni tampoco después. Crisógono es quien me ha persuadido de que me vuelva más audaz con palabras y hechos. 1.7.234 Me lo impedía la superstición, que lo presentaba como un crimen para un estoico devoto.

Desde entonces nunca me he relacionado con mujer alguna como lo hago ahora contigo, hermosísima mujer. He conservado la mente y la pija puras e incontaminadas para los más elevados estudios. [1.7.235] Por mi influencia y mis esfuerzos los colegas han elegido prior a Crisógono. Sintiéndose obligado por tal beneficio, me ha explicado abiertamente muchos de sus manejos antes de que viniésemos a vuestra casa. Me dijo que entre los brazos de Sempronia había encontrado él la verdadera felicidad, la que buscamos vanamente por los cielos. [1.7.236] Me convenció para que también yo tantease lo que pudieran conseguir de ti, que eres adolescente y atrevida, el ascendiente huraño y el discurso halagador. Y confiaba en que tanto tu juventud como la ausencia de Caviceo trabajarían a favor de mis deseos y de mis ruegos. Por lo demás me recomendó que no fuese parco en el uso de mis fuerzas.

1.7.237 «Pues» me dijo «esperan cosas increíbles de nuestros flancos. Se nos considera un tipo de hombre tal que todos somos Hércules venéreos. Pues, a quien practica las más duraderas hostilidades contra ella, Venus le hace más insaciable y fuerte, una vez vuelto a su gracia por haberse hecho las paces».

1.7.238 «Tendrás pues, Octavia, Venus mía, un amante que no se mostrará corto en el desempeño de su obligación ni ante tus deseos, un atleta que las reinas quisieran para sí».

1.7.239 Diciendo esto me dio un beso.

1.7.240 «¿Pero qué es esto?» decía yo. «¿Qué es lo que pretendes? ¿En esto consisten tu sabiduría y tu seriedad?»

1.7.241 «¿Y qué es lo que pretendes tú ahora, tonta?» replicaba él. «¿Quieres acaso manchar tu espíritu con el perjurio, con desprecio de lo sagrado?»

1.7.242 «No quiero» respondí.

1.7.243 «Haré pues lo que tengo que hacer» repuso «y lo haré fantásticamente. Retozando contigo, antes me quedaré sin vida que sin fuerzas».

1.7.244 Y en diciéndolo me tumbó sobre el lecho, sin que yo opusiese gran resistencia.

Tulia. 1.7.245 ¡Muy bien!

Octavia. 1.7.246 Yo estaba boca arriba y él me alzó presuroso las faldas con su temblorosa mano derecha.

1.7.247 «¡Qué acogedoramente se ofrece tu rajada barqilla!» exclamó.

1.7.248 Y observa, Tulia, la enajenación que produce el deseo. Se puso de rodillas y empezó a besuquear …

Tulia. 1.7.249 ¿Y qué besuqueaba? ¡Anda, anda!

Octavia. 1.7.250

1.7.251 «¡Oh sagrario de la reina de los dioses y de los hombres!» decía lamiendo la

entrepierna «accedo a tus puertas suplicante. Te adoro. Permite que por lo pronto te ofrezca presentes con mi boca y con mis besos. Escúchame, santa Venus, y ayúdame».

1.7.252 Mientras lo decía se puso de pie y … ¡qué monstruosidad! Tulia mía, Tulia mía, sacó de su cárcel una picha que era la reina de las pichas. Ni la mismísima Venus vio cosa igual en Marte, ni las matronas de Lámpsaco en Príapo, ni Onfale en Hércules. Y, por lo que se refiere a las pollas de Caviceo y de Calias, si las comparases, sería como comparar el rabo grueso y vigoroso de un león con las colillas escuálidas de los ratones. No te miento.

Tulia. 1.7.253 A este tipo de hombres, cuando se les encogen los demás miembros, éste les aumenta, del mismo modo que cuando al resto de los hombres les crece el bazo, les merman las demás partes del cuerpo.

Octavia. 1.7.254 ¿Criticas la delgadez de Teodoro?

Tulia. 1.7.255 No me la negarás en Crisógono.

Octavia. [1.7.256] La fama que tiene Teodoro entre los estoicos no es igualada por la de ningún otro. A todos aventaja con mucho por la gloria tanto de su cabeza como de su cabecita. Pero a Crisógono le odio, cosa que no agrada a Teodoro, [1.7.257] pues se comunican entre sí todos sus pensamientos, sus placeres y sus alegrías. Dicen que al contárselo renuevan los agradables momentos del goce, que así prolongan durante días y noches, alegres y felices, los inestables placeres, que desaparecen en un momento. [1.7.258] ¡Abajo el réprobo desenfrenado que envilece la cabeza de mi madre!

Tulia. [1.7.259] ¿Mete acaso su picha el desgraciado en la boca de la desgraciada? ¿Se la chupa ella complaciente? ¿Soporta Sempronia que se le busque un coño donde no lo tiene y que se le encuentre? ¿Se ha convertido en mujer de boca y espíritu impuros?

[1.7.260] Se dijo en otros tiempos de Claudia, meretriz de alcurnia, que era de Coa en el triclinio y

de Nola en la cama. [1.7.261] Este tipo de concupiscencia constituía la infamia de las de Nola y de las oscas y las de Lesbos. Ovidio, el autor de los epigramas priapeos, la llama *la tercera pena*. Se dice que los cuervos copulan por la boca y a ello se alude en este dístico no carente de elegancia:

Cuervo saludador ¿por qué se te tiene
por mamón
si en tu cabeza no entraría picha alguna?

[1.7.264] Esta obscenidad, que se originó en Lesbos, se extendió rápidamente por casi todas las tierras y entre la mayoría de los pueblos. Tiberio Augusto era muy dado a este tipo de pasión, tanto por su naturaleza como por su edad. Quienes la prueban una sola vez se quedan absolutamente encantados. Pues la picha no obedece a los de edad avanzada como a los jóvenes vigorosos que se encuentran en la flor de la vida.

Créeme, la picha no es como un dedo.

1.7.266 Buscan por ello las alturas; allí revive la picha vieja. Lo que una boca niega la otra lo da. A las pijas agotadas y lánguidas se las mama suavemente. 1.7.267 Pero si el pie[1] de tranca de Teodoro se inflase en tu boca, que es tan pequeña, temería que te la hiriese. 1.7.268 Así se maltrató también a las más bellas heroínas. Meleagro no se privó de la boca de Atalanta y Parrasio pintó a Atalanta complaciendo a Meleagro. Ese cuadro lo entronizó Tiberio en el larario de su habitación.

Octavia. 1.7.269 Lo que entronizó fue la concupiscencia y la desvergüenza desaforadas.

Tulia. 1.7.270 La concupiscencia y la desvergüenza de Crisógono hacia tu madre te revuelven igualmente el estómago. Me sorprende que cayese en tal ignominia. Y me sorprende su silencio, pues a mí no me ha dicho ni una palabra de esto.

Octavia. 1.7.271 Esta bajeza supera todos los límites de la bajeza.

---

[1] Unos 30 cm.

1.7.272 Crisógono vino el otro día por la tarde a visitar a mi madre. Todo estaba silencioso y tranquilo. Mientras coqueteaban y se animaban dijo él:

1.7.273 «Esta mañana he aprendido un nuevo tipo de goce. Uno de nuestros próceres me dijo, sin arrepentirse de ello, que no había nada que encontrase más sucio ni más impuro que la parte ínfima de su mujer, aquélla por la que es mujer (y eso que tiene una mujer bellísima). Piensa que en tal sentina habitan purulentas estinfálides, mientras que en ésta lo hacen la pura Venus, los limpios amores».

1.7.274 Y mientras tanto Crisógono le besaba la boca.

1.7.275 «Por esa razón huye de tal caverna, que exhala vahos pestilentes, y la odia, mientras que ama la pura boca y la encantadora cabeza. En ella tiene puesta su confianza y por ella se empina. Su mujer es tan inteligente

como hermosa, pero sobre todo es complaciente. No considera placentero nada que no implique a su marido. Para ella algo está bien, si lo está para él. Consiente en todos los deseos del marido y los secunda. Le satisface con su boca».

1.7.276 «¿Qué harías tú realmente, Sempronia, si yo te lo pidiera? Pues, si te negases, negaría yo por mi parte que recordases tus promesas y los compromisos adquiridos. 1.7.277 Además no se te escapa que el hermoso cuerpo de las mujeres atractivas no es más que una especie de arqueta viviente de deseos en la que los varones depositan y de donde obtienen sus placeres, hacia donde derivan las cálidas oleadas de sus anhelos, como solía decir Sócrates. 1.7.278 Que se utilice como canal éste puro (y la besaba) o ése infame (y apuntaba con el dedo al bajo vientre) ¿qué interés puede tener, por favor? Si te atuvieses a

tus obligaciones, no te preocuparía el placer, que sin duda tú no sentirías».

1.7.279 Utilizó pues la persuasión con alguien a quien se lo hubiese podido exigir, puesto que ella misma le había concedido tal derecho.

1.7.280 «¡Eh, tú!» dijo ella sonriente conforme echaba mano de la polla que se erguía «¿qué aires quieres que toque en esta escena y con qué flauta?»

1.7.281 Luego aplicó el borde de sus labios a la punta del chuzo, la rodeó con la lengua y proporcionó nuevas delicias a una picha que penetraba en una nueva morada.

1.7.282 Cuando presintió que los ríos de la salmuera venérea se le venían encima impetuosos, se asustó y emprendió la huida.

1.7.283 Lo que queda por decir sería mejor dejarlo cubierto por un eterno silencio. ¡Qué horrible secreto!

1.7.284 «Supongo que no quieres mancharme con tal crimen» decía mi madre. «¿Habré de beber yo un hombre líquido?»

TULIA. 1.7.285 Pues el hombre está en su semilla.

OCTAVIA. 1.7.286 Apenas había terminado de decirlo cuando la abundante aspersión que sobrevino le manchó las ropas. Enfadóse él y dijo:

1.7.287 «¿Te has atrevido, loca, a estropear algo tan excelso?»

1.7.288 «¡Perdóname!» suplicó ella. «Seré más complaciente en lo sucesivo. Castígame si lo fuese menos de lo que deseases. Goza de cualquier cosa que pueda gustarte en mí; yo gozaré con ello aunque me dé náuseas».

TULIA. 1.7.289 ¿Y mantuvo su promesa y bebió hombres líquidos? ¡Qué salada! Pues también las virtudes del semen son saladas.

OCTAVIA. 1.7.290 Tú lo has dicho.

1.7.291 La noche pasada dormí con Leonor. La cama de Leonor es un nido de travesuras. ¡Qué de putañerías no dijo ni hizo! Me dio un beso y se felicitó de que su boca hubiese recibido de mis labios el don celeste de un beso. Pero dijo:

1.7.292 «Quién sabe si no se habrá prestado alguna vez a deseos perversos. Mucho me temo que los furores venéreos la hayan hecho desempeñar alguna tarea impropia de ella».

1.7.293 «Mi prima Mancia se casó con el napolitano Marino. Devastaban el pecho de Marino apestosos e infernales incendios de las más perversas pasiones. Enajenado buscaba en Mancia a la mujer incluso por encima de las tetas, que es donde comienza y termina la femineidad. Demanda la boca, como si el coño de la muchacha hubiese huido hacia ella, como si la boca mantuviese algún tipo de sociedad con el coño para participar en los pasatiempos venéreos. Yo le

afeaba que se hubiese sometido a lo que era una ofensa tanto para ella como para todo su sexo».

1.7.294 «¿Y qué quieres?» me respondió. «Si Marino se abstiene de esta bajeza, entonces no tengo nada que objetar. Si ocupa la zona de la boca con sus concupiscencias, entonces la ocupa y tampoco puedo decir nada. ¿No lo hace? No tengo nada de qué quejarme. ¿Lo hace? Ni siquiera puedo quejarme. 1.7.295 Agradamos a los maridos por una sola cosa, porque somos mujeres. Lo que se le pide a cada una para que demuestre ser mujer, eso es con lo que más agradará de todo».

1.7.296 «¡Fíjate, Octavia mía,» añadía Leonor «en los furores de Alfonso! Hace unos días, tras haberme metido el dardo dos o tres veces como combatiente de buena ley, me lo puso también en la boca».

1.7.297 «Esta catapulta no es adecuada, Alfonso,» le dije «para golpear en esta puerta. Eres un loco y quieres que también yo lo sea».

1.7.298 «Quiero que tú enloquezcas,» repuso Alfonso «no yo. Pues el hecho de que me ames se lo debo a tu locura, no a mis méritos. Si empezase a enloquecer, olvidaría pronto el agradecimiento que te debo, yo, que preferiría morir a vivir sin ti».

1.7.299 «Esto aplacó la dureza de mi ánimo y me doblegué a tanta ridiculez. Recibí gustosa a la invasora e inflamada picha con un beso ahuecado. Nada más, puesto que por su propia voluntad e inmediatamente la sabia picha retornó al lugar del que se había desviado. Quisiéralo o no, el infernal río Cocito desaguó en la región de en medio en vez de en la superior, como con desvergüenza había intentado».

TULIA. [1.7.300] No hubiese imitado Leonor los castos enojos de Malonia, no, por tus travesuras, la cual se atravesó el pecho con una espada para evitarse el oprobio de ser llevada ante Tiberio. Prefirió dar entrada a la muerte clavándose la espada que al flácido paquete del apestoso viejo abriendo su boca. Adquirió su fama de casta no a fuerza de oro, como hacen muchas otras, sino de hierro. [1.7.301] Tú conoces a Elvira y a Teodosia, quienes dicen tener en su boca una posada para que se estire a sus anchas el carajo, que es amigo suyo, de lo que se alegran.

[1.7.302] ¿De dónde proviene esta locura? Escucha. Prometeo había fabricado al hombre y le había dado un pene. Elaboró esa parte más noble con el barro más puro y antes de aplicarla la lavó en una fuente. Luego hizo el cuerpo femenino e infundió vida a ambos. La mujer tuvo sed, llevó sus labios a la fuente y bebió. De

ahí proviene la innata afinidad del pene con la boca femenina.

1.7.303 Cuentan que cuando envejeció Gonzalo de Córdoba, gran caudillo, se deleitaba con este tipo de concupiscencia. También era lamecoños, otro vicio de la edad avanzada (pues nadie podrá convencerme de lo contrario). Una hermosa moza de veinte años estaba dedicada a su lujuria. Cuando quería chuparle la entrepierna decía que quería ir a Liguria, mientras que si buscaba las alturas y juguetear en la boca decía que quería ir al Oriente. Del mismo modo, cuando era más joven, si deseaba a un chico para su cosquilleante pene (pues también era maricón acérrimo), decía que pensaba ir a Aversa, ciudad famosa. No hay camino a ninguna otra ciudad que nuestros varones frecuenten tanto como éste.

Octavia. 1.7.304 Voy a decir lo que pienso. Suele llamarse virtud a lo que no es tanto firmeza de espíritu cuanto obstinada ferocidad,

no tanto libre elección cuanto abuso, un impulso ciego y no la opinión recta de una mente sosegada.

TULIA. [1.7.305] Como le sucedió a Isabel. Iba a casarse con el capitán Franco. Prestó oídos a tu Crisógono, que la embaucó con no sé qué cosas más portentosas que sólidas sobre las nupcias según las doctrinas estoicas. Cambió de opinión y, como si se hubiese transformado instantáneamente en otra, de repente abandonó toda idea de matrimonio. [1.7.306] No conmovieron su obstinación ni las lágrimas de su enamorado ni los ruegos de su madre ni los juramentos de los parientes. Se incorporó a las vestales no por sus pasos, sino con un rápido vuelo de águila. Pero luego se arrepintió, tras algo más de un año. Se dio cuenta de lo que se perdía de sí y de sus cosas; se consideraba miserable mientras que le parecían felices las que se habían entregado a los abrazos varoniles. [1.7.307] Al capitán le habían inflamado inicialmente las esperanzas de

gozar de ella, pero luego la desesperación hizo que su deseo se volviese insoportable. Merced a la complicidad de una de las hermanas, tuvo ocasión de disfrutar de Isabel; la dejó preñada. Se pusieron de acuerdo y la sacó del convento raptándola. ¡Magnífica devoción por cierto! 1.7.308 La que por devoción no quiso entregarse como esposa se convirtió en concubina. ¡Menuda gloria para Crisógono! Le quitó al marido lo que le regaló al raptor.

1.7.309 Estas gentes se esfuerzan por adquirir renombre entre el vulgo, no por ganarse la alabanza de los varones sabios y respetables, a los que no resulta fácil engañar. Prefieren la cantidad a la calidad, una multitud de idiotas a las mentes sanas.

Octavia. 1.7.310 Circula sobre Livia una historia que no deja de tener su gracia.

1.7.311 Destacaba Livia por su castidad antes de casarse con Alejandro Borgia y siguió destacando después de hacerlo. Cuando él dejó de

estar entre los vivos a consecuencia de una enfermedad, también ella desapareció de la vista de los hombres. Para que su fama refulgiese más claramente se refugió alocada en las tinieblas de las vestales. [1.7.312] Abandonó las naderías de este mundo a los ciegos (eso era lo que decía). Ella se dedicó a las verdaderas riquezas, despreciando las riquezas y los honores. Se sepultó viva y Crisógono ofició el entierro. Pero a los pocos meses se sintió revivir y el mismo Crisógono ayudó a la sepultada a salir del túmulo. [1.7.313] Fue el primero que le propuso y le aplicó el vicio a la piadosa y decente mujer. Se necesitaba un varón de tal calibre para subyugar a tanta virtud. La virtud del uno se mezcló con la de la otra en los cuencos venusinos.

Tulia. [1.7.314] En una palabra, que la virtud jodió a la virtud.

Octavia. [1.7.315] Habitaba en el virginal recinto un doncel atractivo, robusto, de miembros macizos. Se le había contratado para cultivar

los huertos. La adolescente Livia trataba mucho con el adolescente y esta familiaridad la resultaba muy agradable.

1.7.316 Por aquella época se corrió el rumor de que una epidemia afectaba al vecindario. Las tímidas vestales se pusieron en fuga. Angela, Brígida y Livia fueron las que se quedaron para custodiar el convento y con ellas la vestal superiora, la máxima autoridad del convento. El pueblo se quedó vacío y todo tenía un aspecto triste.

1.7.317 Livia se daba cuenta de que amaba a Pedro (que así se llamaba el hortelano) y no se avergonzaba de ello; tampoco el muchacho ignoraba que era amado, lo que le daba sensación de triunfo. No faltaban las ocasiones, sino las circunstancias oportunas, pero la espera no fue larga.

1.7.318 La mala suerte hizo que la superiora sufriese una caída desde lo alto de una escalera y que arrastrase a Brígida en su infortunio.

Resultaron heridas y les costó varios días recuperar la salud y las fuerzas. Durante este tiempo todo quedó a cargo de la libre potestad de Livia.

1.7.319 Todas las jóvenes tenían puesta su fe y su confianza en Pedro, que prestaba toda su colaboración infatigable para atender a las enfermas. Por la tarde después del almuerzo, cuando ardía el sol, el sueño se apoderó benévolo de todas las pupilas, que habian pasado la noche en vela. Livia paseaba sola por el interior del claustro, meditando sobre Pedro, sobre su amor y su desdicha. 1.7.320 Pedro la vio y se le acercó volando, mientras la procaz Livia le recibía con los brazos abiertos. Uno a otro se proporcionaron el placer sumo.

1.7.321 Al día siguiente Pedro sedujo a Angela, con el conocimiento y la colaboración de Livia. La virginidad de Angela ya era madura, pues tenía veinticinco años y exhalaba e inspiraba sensualidad, aunque la odiase. La victoria no fue rápida ni fácil, pero resultó vencida al

fin. El amor lo vence todo. Por dos veces cruzó sus armas Pedro con la que quería y no quería, si bien la segunda pelea fue la más denodada. [1.7.322] Una vez terminada la cosa, apareció Livia. Angela no se atrevió a mirarla, ofuscada como estaba por el pudor la que lo había perdido. Pero pronto sonrió ante alguna pulla picante y atrevida. Luego, llegada la noche, mandó la superiora tras la cena que todas diesen reposo a sus cuerpos y los fortaleciesen con el sueño. [1.7.323] ¿Qué es lo que hicieron? Pedro durmió en medio de ellas y así fue como cuidaron de sus cuerpos. Brígida volvió a caer, como lo había hecho antes, pero mientras que la caída con la superiora la había lastimado, la caída con Pedro la hizo feliz.

Tulia. [1.7.324] ¿Qué suerte te espera, buena superiora? ¡A joder, a joder! Se te debe esta deferencia, honesta matrona.

Octavia. [1.7.325] Aunque había recuperado las fuerzas, no por ello protestaba menos la superiora, quejándose de que todavía faltaba mucho

camino para que recuperase la plena salud. Livia se acercó a ella y le dijo:

1.7.326 «¿Quieres, señora, avanzar rápidamente por ese camino, cualquiera que sea?»

1.7.327 «Con toda mi alma» repuso ella. «¿Qué hay que hacer?»

1.7.328 «En primer lugar» añadió Livia «goza. Luego goza y, tras haber gozado de todos los goces, goza de nuevo e indefinidamente goza el gozo sumo. Cada día dedicado a las lamentaciones es un día perdido para la vida».

1.7.329 La superiora se dejó convencer y fue en su propio provecho. Quienes se prometen a los dioses celestiales no por ello han de estar enemistados con las cosas de la tierra.

1.7.330 Todas alabaron la alegría y el buen humor de Pedro. Dijeron cuán agradables eran la dulzura de sus canciones, su agilidad danzarina y el trémulo meneo de sus flancos. Se le hizo venir y vino. Cantó y gustó.

1.7.331 «Baila ahora» dijo la superiora «pues eres un grande y hábil bailarín. Todas estas jóvenes te alaban por ello».

1.7.332 «El respeto que os debo, señora,» repuso Pedro «me paraliza los nervios. No me atrevo».

1.7.333 «Considérame» contestó la superiora «como una más del grupo; compruébalo».

1.7.334 «Así lo haré» repuso Pedro «y creo que no os desagradará el baile. Lo llaman *el revolcón*».

1.7.335 «¿Qué baile es ese, Pedro?» dijo la superiora. «Cuando me aparté de las cosas mundanales no había oído hablar de él; probablemente no existía».

1.7.336 «Sí que existía,» replicó Pedro «lo que pasa es que no lo bailásteis. No oiréis ni veréis cómo se hace, pero lo sentiréis. También vos bailaréis conmigo con ágil cintura».

1.7.337 Mientras así hablaba, todas las demás se salieron de la habitación. La superiora tenía treinta años, un cuerpo fastuoso y un ingenio agudo. Estaba sentada sobre la cama. En cuanto se vió sola temió alguna mala jugada, pero ¿qué iba a hacerle? 1.7.338 Pedro cayó sobre ella y le dió un beso, metiéndole una mano en el pecho y la otra bajo la falda. Ella se resistió, le rechazó, gritó. Pero todo permaneció sordo y mudo a su alrededor. La perversa picha se atrevió a atacar de manera desvergonzada al venerable vientre. 1.7.339 Esta primera aplicación mitigó un tanto la enloquecida ira de la superiora, quien sin embargo se puso a llorar y a proferir gritos, diciendo:

1.7.340 «¿Cómo te atreves a esto, don nadie?»

1.7.341 Rió él.

1.7.342 «Por el ombligo de Venus y el tuyo» repuso; «cuando sepas que este Pedro contra el que te enfuereces es un patricio y pariente tuyo, sé que amainarán todas estas oleadas de

ira tuyas. Pero, antes de que lo sepas, ya te pacificaré yo. Basta con que deseches ese pudor que aniquila tus placeres y los míos. La cosa está hecha; ya no puedes deshacer lo que está hecho. Si eres juiciosa, guarda silencio sobre ello, sea lo que fuere».

TULIA. [1.7.343] Magnífico.

OCTAVIA. [1.7.344] Poco después el mancebo obtuvo, que no arrancó, el sumo goce de la superiora, que guerreó tumbada en medio de la cama en posición más cómoda. Pedro insertó en la víscera la candente almarada. Y ella no pudo contener su desenfreno. Acribillaba a besos al que repicaba, se lanzaba en acalorados contragolpes hacia el majador. Pronto se sintió inundada por las cosquilleantes delicias del aluvión venéreo y por los burbujeantes torrentes amorosos. Entonces rodearon el trémulo lecho Livia, Angela y Brígida canturreando tonadillas picantes.

TULIA. [1.7.345] Pero ¿quién era verdaderamente ese Pedro?

Octavia. [1.7.346]Pertenecía a la familia de los Ponce, gente noble y distinguida entre los lusitanos.

[1.7.347]Rodrigo Ponce amaba a Margarita Meneses y Margarita a Rodrigo con amor comparable. [1.7.348]Aristipo, que pertenecía a la misma secta de filósofos, le envidiaba a Rodrigo tan hermosa felicidad. Se consumía miserablemente, pero no podía esperar nada. Como suelen hacer los perversos, se propuso sustraer a la doncella de los abrazos de Rodrigo. Privó de Himeneo a quien lo invocaba. Urdió fraudulentamente muchas buenas razones. [1.7.349]Fascinó la simple y tierna mente de la doncella con promesas engañosas. La transformó en vestal e hizo desaparecer a Margarita. La misma fiebre se apoderó de Rodrigo. Es conducido por Aristipo hacia la misma fosa en que él había caído, a la que da el nombre de sabiduría y de secta.

[1.7.350]Observa, Tulia, y ríete. Apenas había pasado un año cuando se arrepintió de lo que había

hecho, lo que fue muy celebrado por el sano juicio y por sus amigos, retornando a su casa y a los suyos. Entre tanto quienes tenían potestad sobre ella habían enviado a Margarita a esta ciudad con su tía Clemencia. Tal es el nombre que tuvo en otro tiempo la superiora, mientras estaba en el mundo.

TULIA. [1.7.351] ¡Ja, ja, ja! Pues no está en el mundo entonces la que jode. ¡Ja, ja! Pero así es como hablan. Los estoicos beben, comen, joden y niegan encontrarse en el mismo mundo que los demás mortales. ¡Ja, ja! ¡Qué divertido! Dicen que no viven …

(*Faltan cosas en el manuscrito*.)

OCTAVIA. [1.7.353] … pues llaman Livia a Margarita, a la que se había cambiado el nombre, como suele hacerse. Mediante este fraude el habilidoso y vigoroso coñicultor recuperó a Margarita y sudó la gota gorda cavando y escardando los escondidos huertos de las doncellas.

Tulia. [1.7.354] Lo mismo que hizo Teodoro con el tuyo. Pues le dejaste a la puerta de tu empapado huerto blandiendo un azadón digno del hortelano Príapo. ¿Por qué demoras a quien se impacienta con la inactividad? ¿Por qué le retienes? Déjale actuar.

Octavia. [1.7.355] Y le dejé. ¡Que la diosa Pertunda me ayude! No cabía en sí de gozo la gigantesca picha.

[1.7.356] «Me tomas por ternera, no por muchacha» le decía yo. «¿Qué chica podría aguantar esto? No lo podré soportar».

[1.7.357] «¡Animo,» respondía él «aguanta! Si cargaste con el novillo podrás también con el toro. Vamos, vida mía; nada tendrás que envidiar luego a Venus ni a Juno con lo que te sucederá».

[1.7.358] Al decir esto cayó de golpe sobre la tierna hondonada de la concupiscencia. Caviceo me hirió menos al desflorarme. Proferí un gemido.

[1.7.359] «¡Calla!» me increpó.

1.7.360 Apreté los labios y él me apretó a mí. ¡Oh tranca hercúlea! Pues tiene trece dedos de largo[1] y es tan gorda como su brazo. Podría utilizarse como mástil en el espacioso esquife de Venus.

Tulia. 1.7.361 Se dice que las zagalas pueden admitir en su promontorio sin gran molestia una lanza del mismo tamaño que su brazo. Ya conoces a Clemencia, esa vecina nuestra que anteayer casó con el marqués Raimundo.

Octavia. 1.7.362 La conozco, con su elegante figura y su esbelto cuerpo.

Tulia. 1.7.363 El aparejo de Raimundo es corto. Su tocón inflamado no sobrepasa los cinco dedos[2]. Pero en cambio su grosor resulta increíble. Compadecían a la delicada virgen quienes sabían lo mal que lo iba a pasar, pues no les cabía en la cabeza que pudiera estar a la altura de la portentosa máquina de su contrincante.

---

[1] Unos 24 cm.

[2] Unos 9 cm.

1.7.364 También la madre temía por su hija. Pero Raimundo era persona muy rica y de gran ingenio. En casa de Clemencia se pasaban estrecheces y la joven ya estaba madura para el matrimonio, pues tenía veinte años. La madre dudaba sobre a quién pedir consejo. Fue a casa de su hermana, Ana Guzmán, y le comunicó sus temores. Esta le dijo a Clemencia, tras haberse marchado la madre:

> 1.7.365 «No se te escapará, Clemencia mía, con la edad y la inteligencia que tienes, el papel que tendrás que desempeñar cuando te cases con Raimundo. Será tarea suya y obligación tuya que use y abuse como quiera de esa parte tuya. 1.7.366 Tal será tu papel».
>
> 1.7.367 «Cuál sea realmente» replicó la muchacha sonriendo «me lo sospecho yo también».
>
> 1.7.368 «Pero quien ya se encuentra casi sobre ti, Raimundo, es un mulo de chuzo largo y grueso. Con él empero ha de buscar el goce

pleno a través de la cosquilleante vena de tu sexo. Y eso no se hará sin aplicarte un cruel tormento e incluso puede que no se haga en modo alguno. Observa tu ánimo para ver de cuánto dispones».

1.7.369 Ella tenía los mismos temores, pero dijo:

1.7.370 «Ya sabes, tía queridísima, la pobreza que reina en nuestra casa y lo ajustado que anda todo».

1.7.371 «Lo sé» respondió Ana «pero también quiero saber, y es en tu propio interés que lo sepa, cuán ajustado ande lo que tienes tú bajo la túnica. Pues, si el instrumento que encontrase no fuese adecuado al suyo, perecerías y tanto para él como para ti la consecuencia de la boda sería la desgracia. 1.7.372 Dice la gente que nunca llegó a completar el coito cuando se puso a hacerlo con cualquier otra mujer. No quisieron aguantar sus sacudidas y meneos las que eran libres de elegir. Tú tendrías que hacerlo».

1.7.373 «Y me someteré a ello con alegría» repuso Clemencia. «Amor me proporcionará fuerzas y ánimos. Le amo perdidamente. Quizá me salve de la muerte».

1.7.374 «Ven aquí» dijo Ana. «Que vea yo si esa palestra venérea tuya tiene las condiciones requeridas para la contienda».

1.7.375 Diciendo esto le metía atrevidamente la mano bajo las faldas.

1.7.376 «¡Ay, ay! ¡Basta ya!» decía la chica. «Abusas de la modestia que corresponde a una mujer honesta».

1.7.377 «¡Que pudor tan tonto!» replicó Ana, mientras palpaba el blando y rizado vello que cubría la zona, separaba los labios y metía el dedo.

1.7.378 La niña se estremeció con un murmullo y se sintió agitada por un cosquilleo desconocido.

1.7.379 «¿Pero qué es esto, queridísima tía?» decía ella. «Me impulsas a un placer que desconozco. Atizas en mis tuétanos fuegos

que odio. Deja de mortificar a una muchacha pura».

1.7.380 «Esto no es más que una ligera muestra» dijo Ana «de las licencias conyugales. Tu constitución y esa parte son tales que Venus se las proporcionaría a sus hijas e incluso las querría para sí misma; son aptas para el goce, no están embotadas. Todo se desarrollará bien y felizmente. Estás perfectamente preparada para la batalla. Limítate a comportarte con entereza, pues herirá con fuerza». 1.7.381 Y añadió más cosas que no vienen a cuento. «Será más agradable para ti que te desgarren en la cama que vivir miserablemente entre los hombres».

1.7.382 Pero ¿por qué te hago esperar, Octavia? A la noche siguiente sufrió seis asaltos. Fue desgarrada, pero no profirió ni una palabra. A la tercera penetró por entero el grueso de la hercúlea maza en el tierno cuerpo. Fue hecha mujer y bien regada por la ardiente lluvia venérea. 1.7.383 Pero

a la mañana siguiente pudieron verse los detalles de la carnicería: las sábanas quedaron teñidas de sangre en el lugar donde se encontraba cuando fue traspasado el virgo; ella misma estaba lacerada más de lo que cualquier otra hubiese soportado con entereza. Apenas podía mantenerse en pie ni dar un paso.

Octavia. 1.7.384 ¡Me meo, por tus picores, al recordar el gusto que inundó mis sentidos cuando los chorros incendiarios que lanzaba la manguera de Teodoro cayeron en mis concupiscentes entrañas! Pero continuaré mi relato.

1.7.385 Yo estaba tumbada boca arriba al borde de la cama, sitio no muy cómodo. La rama cruda del héroe se aplicó contra mí con gran fuerza. Penetró hasta el fondo sin que nada se le opusiera, aunque la verdad es que todavía quedaban fuera cuatro dedos[1], pues yo la tenía cogida con los míos para que no siguiese adelante. ¡Oh buena

[1] Unos 7 cm.

Venus! Luego comenzó a fluir. [1.7.386] Creí que todas las satisfacciones que existen, que existieron y que existirán, de cualquier parte que proviniesen, se concentraban en esa buena parte mía, que se reunían todas las Venus para que mi Venus fuese más agradable, más alegre y más amena. Creí que las dulzuras celestiales de las más excelsas delicias creadas por Venus se derramaban sobre mis entrañas procedentes del cielo venéreo. Me deshacía y mientras tanto me alcanzaban las líquidas descargas de Amor. Apuraba ardorosa las cálidas gotas en la escondida sede.

[1.7.387] Ya se retiraba aniquilada. Vi a la pija que huía. Ya no era más que un residuo lánguido de sí misma y de heroína se había convertido en guiñapo.

Tulia. [1.7.388] Tú triunfabas victoriosa de Teodoro. Pero ¿cómo le fue con Crisógono a tu excelsa madre, Sempronia?

Octavia. [1.7.389] ¡Qué cosa tan chusca, por nuestras naderías! Vas a reirte. Yo le dije a Teodoro:

1.7.390 «¿Quieres que veamos cómo se divierten Crisógono y mi madre, cómo pelean?»

1.7.391 «Sí que quiero» respondió dándome un beso. «Pero estoy seguro de que por grande que sea la felicidad de Crisógono no podrá compararse con la mía. La que he encontrado entre tus brazos, en tus deliciosos besos, reina mía, diosa mía, ha sido increíble».

1.7.392 «Sígueme» le dije «pero con paso quedo».

1.7.393 Una de las tablas de la tarima de la parte superior del cuarto en el que estaban retozando se había rajado. A través de esa rendija, hábilmente agrandada, se lograba una cómoda vista de la habitación y del lecho matrimonial de mis padres. Ese era su campo de Marte y de Venus.

Tulia. 1.7.394 Incluso a las más perspicaces se les escapan con frecuencia muchos detalles que causan desastres. Témelo todo para que no tengas nada que temer.

1.7.395 Estas cosas provocaron la ruina de Lucía, la mujer de Manrique Fonseca. Pues ¿no perece acaso la que se convierte en sierva de los caprichos ajenos y de sus propios temores? 1.7.396 Amaba a Juan, que era uno de sus criados, de bellísimo porte. También le amaba una de las criadas, muchacha de ánimo decidido, la cual manipuló los baldosines del suelo del cuarto situado encima, levantando algunos y haciendo agujeros en las tablas con un berbiquí, por los que podía observarse la habitación de su ama. Sintiéndose menospreciada por Juan, dia y noche espiaba con mirada curiosa, amante y amente, como desde una garita, lo que se hiciese en la habitación de Lucía, lo que provocaba su ira.

1.7.397 Sucedió que, avanzada la mañana, Lucía hizo venir a Juan a su presencia, pues Manrique, cual otro Meleagro, había salido de caza al amanecer. Lo oyó la víbora y corrió a su observatorio. Vio a Lucía tumbada en el lecho. Las

ropas la envolvían de tal modo que era indudable que quería que se la viese a la vez desnuda y tapada. El pecho, las mamas, las piernas estaban desnudos, como por casualidad; el vientre y la mejor parte del pubis permanecían cubiertos. 1.7.398 Escucha el abominable crimen de la feroz criada. Acude corriendo a Judit, la hermana de Manrique, que envidiaba los encantos y las virtudes de Lucía, y le dice que observe lo que están haciendo dentro.

1.7.399 Juan rogaba a su ama que se apiadase del firme amor que le consumía miserablemente. Le proponía pasar a mayores, la acuciaba. Ella se negaba, se defendía.

> 1.7.400 «Te quiero de verdad, mi Juan, que eso te sirva de recompensa. Pero nunca toleraré mancillarme con abrazos adúlteros, así me soliciten reyes. Lo que puedo te lo concedo gustosa. Contempla, como deseas, todos mis encantos. Que tus ingeniosos ojos y

manos disfruten todo lo que puedan de mis dotes. Pero no intentes pasar de ahí; perderías trabajo y materiales».

1.7.401 «Ya entiendo, señora» decía Juan. «Ofreciéndoselo todo a mi amor, se lo niegas todo. Pero, ya que, infeliz de mí, me esfuerzo en vano, haz por lo menos que pierda los materiales merced a tus caricias».

1.7.402 «Si quieres, lo haré» respondió Lucía. «He aquí mi zurda; úsala».

1.7.403 El mancebo, que tenía unos dieciseis años y una dotación razonable, ya estaba empalmado. La rogó que le cogiese el chuzo, cosa que ella hizo sonriendo.

1.7.404 «Observa» le dijo «qué señora tan buena y tan liberal soy contigo, que cumplo servilmente tus deseos».

1.7.405 Recorrió él las tetas de Lucía con su diestra mano, que luego llevó a la buena parte.

Lucía ordeñaba con diligencia al macho cabrío, que estaba de pie al borde de la cama por el lado cercano a la pared y que por su parte agitaba sus dedos entre los belfos de ella con simpático movimiento mientras decía:

1.7.406 «¡Oh, tu mano blanca y acariciante! ¡Qué maravillosamente me complace al oficiar de coño! ¡Qué feliz te haría yo y cómo te haría gozar! Más rápido, más rápido».

1.7.407 Con cara sonriente prestaba Lucía el agitado servicio a la voluntariosa picha, que no tardó en vomitar abundante humor genésico sobre las ropas de la cama. Tampoco su encuentro con la diestra del muchacho fue cosa baladí. Bullía de actividad el dedo corazón en la cárcava venérea de la anhelante niña, que daba saltos dominada por la comezón amorosa. Al poco sintió que se iba.

1.7.408 «¡Sigue, sigue!» decía enardecida.

1.7.409 El mancebo le cerró la boca con besos repetidos. Una alba y recocida crema que expulsaron en abundancia sus ágiles riñones alivió con un suave cosquilleo a la casta adúltera.

1.7.410 El pesar es la frontera de los placeres. Así lo ha querido la inclemencia de los hados. Judit no cabía en sí de gozo y estaba triunfante. Dijo entonces:

> 1.7.411 «Te tengo atada y aherrojada, Lucía. Te dominaré y me servirás. Sígueme, Mancia» pues tal era el nombre de la criada. «Vayamos derechas a por la ramera. Si no se somete, morirá».

1.7.412 Estas amenazas apiadaron a Mancia, que se encontraba bajo la influencia del amor, por lo que dijo:

> 1.7.413 «No niego, señora, que ambos no merezcan un buen castigo. Pero, cualquiera que éste sea, se ha tratado más de una travesura de la irresponsable adolescencia que de

un grave crimen motivado por el contagio del vicio y de la maldad».

1.7.414 «Ya lo veremos» le contestó. «Tú sígueme. 1.7.415 Cuando yo haya entrado en el prostíbulo de esa puta, cierra enseguida las puertas. Si lo haces, te librarás de muchas desgracias».

1.7.416 Suiguieron a esto muchas otras incidencias, tanto tristes y amargas como alegres y dulces, muy dignas de ser contadas. Pero entre tanto retorna tú a Teodoro.

Octavia. 1.7.417 Cuando entramos en nuestra garita vimos a Crisógono que llevaba de la mano a su diosa, pues así se expresaba, hacia el lecho, situado en una esquina.

1.7.418 «¿Qué es lo que crees, diosa mía,» decía mientras tanto «que está haciendo Teodoro con Octavia?»

1.7.419 «Me ha parecido oirla murmurar» dijo ella «y que gemía como si se la estuviese

maltratando. Está enseñando a la chica a ir a la gloria por el camino de la dificultad, de lo que me alegro».

1.7.420 «En modo alguno» replicó Crisógono. «Hiende a la desdichada con un poste de un codo de largo[1]. A eso se debía el grito. Si no fuese porque el amor que te tengo no tolera tal pensamiento, yo mismo hubiese empujado a mi fiel compañero hacia tus brazos. Me enfurezco incluso contra tu marido y le envidio porque tenga alguna participación en mis goces. A Teodoro le convencí para que sedujese a la moza, sabiendo que no le rechazaría».

1.7.421 Conforme así hablaba se tumbó boca arriba sobre la cama y siguió diciendo:

1.7.422 «¡Oh celeste delicia mía! Con tus amorosos besos saca de quicio a tu amante. Contágiame de tus maldades, ingeniosa y atrevida como eres».

---

[1] Unos 50 cm.

1.7.423 «¡Malditas sean estas ropas raídas,» contestaba mi madre «que separan al pecho amado de mis deseos, este amasijo de harapos que envuelve de tinieblas filosóficas a tantos encantos! Voy a despejar estas brumas que te ocultan de mí vista, luz mía. Voy a levantar todo lo que pueda esta túnica femenina. ¡Maldito sea el sastre! ¿Por qué razón estas vestimentas sueltas y largas son adecuadas para los filósofos no siéndolo para los hombres? Lo que es largo en un verdadero hombre es la polla, no la ropa».

1.7.424 Provocaba a la viril pieza, que se estaba desperezando, con ligeros capirotazos entremezclados con besos, al tiempo que decía:

1.7.425 «¡Eh, porquería ofensiva de la decencia! ¡Eh, soberbia emperatriz de todas las mingas! Véla ahí, cómo sestea perezosa y atontada. He aquí, aletargada picha, un verdadero coño que te reta a duelo. Esta

mano izquierda mía te declara formalmente la guerra».

1.7.426 «Desnuda, desnuda tu pecho, reina mía» contestaba Crisógono. «Puedes hacerlo, habiendo rodeado tu cuerpo con ese leve velo. Deja libres los globos lácteos de tus tetas y quítate el justillo, si quieres que goce de todas las partes de tu cuerpo. Serás todavía más bella si estás desnuda. Tus propios encantos te adornarán más que si llevases encima todos los adornos del mundo».

1.7.427 Le complació. Se quitó el velo y el justillo, quedándole por debajo la camisa. Crisógono le pidió que se la quitase. La dejó caer a sus pies y las mejillas de la honesta matrona se cubrieron de un intenso rubor. Le dijo:

1.7.428 «¿Qué ignominia mayor puedes añadir, qué más mandas, señor, a quien se diría que hubiese vendido mi alma?»

1.7.429 Voto a bríos, que su cuerpo era hermoso y deslumbrante.

TULIA. 1.7.430 Ya lo sé.

OCTAVIA. 1.7.431 Crisógono, impaciente por la tardanza, le dijo:

1.7.432 «Ya te has quitado la ropa. Ahora adopta esa posición que sabes que tanto me deleita, Sempronia mía».

1.7.433 Saltó ella entonces sobre él, que seguía tumbado de espaldas, y, poniéndose en cuclillas con las piernas separadas, se clavó el candente dardo con su propia mano.

1.7.434 Teodoro dijo entonces:

1.7.435 «Ver estas cosas me llena de amor y de furor. Vámonos, Octavia mía, a ocuparnos de nuestros propios asuntos, que no somos de piedra».

1.7.436 Nos marchamos. Me tumbó en el lecho y me colocó en una posición más cómoda que la que tuve durante la primera coyunda.

1.7.437 «Mira, Octavia, lo que tienes aquí» dijo mientras sopesaba su lanza con la mano izquierda. «Cuando lo hayas visto, no envidiarás su Crisógono a tu madre».

1.7.438 «Pues me entra una curiosidad» le repuse yo. «Trae acá que la mida».

1.7.439 ¿Querrás creerlo, Tulia? Trece dedos[1] tenía de largo hasta el extremo de la punta y me amenazaba con el tormento, mísera de mí, por medio de respingos entrecortados.

1.7.440 «Mucho me temo» le dije «que esta viga, con lo larga y lo gruesa que es, no encaje en mi armazón. Lo probaré, pero, coño, penetra suavemente, no destroces; deslízate, pero no irrumpas; juguetea, no descuartices».

1.7.441 Acercó la catapulta a las puertas; ya estaba frente a mi parapeto. Levanté las piernas. Dio impulso al ariete, pero no me moví. Se lanzó con todas sus fuerzas, pero no me moví. Todo estaba desbaratado, rajado y destrozado en mi interior. Se golpeteaba violentamente en lo más profundo de mis entrañas. La aplicación de la tranca

[1] Unos 23 cm.

con extrema energía originó finalmente el desmoronamiento de la sólida ciudadela. [1.7.442] Agarré la jabalina para sacarla de la herida; apenas podía abarcarla con la mano en su enfurecimiento. [1.7.443] *¡Tan gigantesca era!*. [1.7.444] En cuanto la estrujé, soltó una gran aspersión de emplasto, que alivió muy agradablemente las laceradas profundidades de mis maltrechas entrañas.

[1.7.445] Impulsada así al goce, me corrí con un increíble cosquilleo. Nunca, por Cástor, se apropió mi sediento vientre de la ambrosía venérea con más gusto. ¡Cuánto me alegré de que fuese, como lo es, un borracho!

[1.7.446] Por lo que a mí se refiere, le di un beso y me quité de encima el inútil peso, irguiéndome contenta. [1.7.447] Revolví sus barbas con la mano y riéndome le dije:

> [1.7.448] «Me desagradas con esto. Deja que corte, por favor, esta larga, montaraz y rasposa barba».

[1.7.449] Y eché mano a las tijeras.

1.7.450 «¡Cuídate mucho de hacerlo!» gritó. «Si me la cortases, me privarías de mi prestigio. No lo hagas, insensata. Pues esta sabiduría nuestra reside fundamentalmente en la barba, no en las costumbres. Así nos equiparamos al barbado Júpiter y a los dioses superiores, mientras que los de segunda fila y los de la plebe son imberbes. 1.7.451 Y la barba es propia de los varones serios y descollantes. Una barba larga y salvaje casa con la dignidad de los emperadores.

1.7.452 Hace tiempo que vi, porque me los enseñó el vicario del archimandrita de Saint Denys, los comentarios de Dionisio Areopagita (o por lo menos eso es lo que proclaman), escritos en griego, que el emperador bizantino Manuel envió como regalo a Carlos el Calvo. 1.7.453 En la portada del libro está representado Manuel con su esposa y sus hijos. Manuel ostenta una larga barba, que le llega

hasta medio pecho. Originalmente el libro estaba densamente recubierto con piedras preciosas y oro, dispuestos con excelso arte. Los santos monjes quitaron las piedras y el oro, pero no quitaron la barba de Manuel, puesto que no era de oro. 1.7.454 Pero no podía faltarle a su Dionisio, entre los dionisianos, su barba de oro, como no le faltaba al Apolo de Siracusa».

1.7.455 Así se expresó Teodoro. Yo le repliqué:

1.7.456 «Tampoco yo te privaré de ese honor de la barba. Quede toda para ti, que, pobre y necesitado como eres, me has colmado de tantas riquezas, de tantos dones trémulos de la bienaventurada Venus».

Tulia. 1.7.457 ¡Qué inútil! Ni siquiera fuiste capaz de engullir tu felicidad entera. ¡Pero si Caviceo se te arrecha hasta los once dedos[1]!

[1] Unos 20 cm.

Octavia. 1.7.458 ¡Bobadas! No va más allá de los nueve[1]. ¿Qué es eso comparado con Teodoro?

Tulia. 1.7.459 ¡Pertunda mía! ¿Por qué no dotó la suerte a Calias o a Lampridio de tales hermosuras? ¡Cómo gozaría, cómo gozaría!

Octavia. 1.7.460 Y sin embargo decías que contribuía a la belleza femenina el que la boca de la concha se entreabriese módicamente al rocío. No procede pues hacer elogio alguno de las pichas muy gordas, causantes de que sus coños no puedan seguir mereciendo elogios. Por angosto que sea ese camino por el que se penetra en el placer, nunca resultan más agradables las cosas venéreas que cuando pasan estrecheces. 1.7.461 Por eso dijo bromeando el príncipe Juan, que también era príncipe de los masturbadores, que en su propia mano encontraba un coño exactamente como lo quería, ni espacioso ni pestilente.

---

[1] Unos 16 cm.

TULIA. 1.7.462 Y el refinamiento amoroso recomienda además que no esté demasiado escondido entre las piernas; no debe distar más de nueve o diez dedos[1] del ombligo. El de muchas mozas rehuye de tal modo al pubis, desplazándose hacia abajo, que se diría que fuese la vía trasera hacia Venus. La coyunda con ellas resulta más difícil.

1.7.463 No fue posible desvirgar a Teodora Aspilcueta más que poniéndola de rodillas boca abajo. Inútilmente se esforzó su marido, echado sobre ella cuando estaba tumbada de espaldas; perdió el trabajo y los materiales.

1.7.464 En suma, que conviene que la chalupa se sitúe bajo una colina no muy alta, como bajo un promontorio. Si se dan estas circunstancias, resultará hermosa para quien la contemple desde fuera y encantadora para quien se introduzca en ella.

---

[1] Unos 16 a 18 cm.

1.7.465 Pues el que sea muy prieta puede llegar a constituir un defecto. He oído decir a los jurisconsultos que una mujer tan estrecha que no se la pueda hacer mujer (así es como se expresan) no puede ser considerada sana. Aquellas cuya doncellez sea muy estrecha o muy rígida suelen tener malas perspecivas por lo general.

1.7.466 Se dice de Cornelia que nació con las articulaciones genitales tan compactas que hubo gran dificultad en hacerla mujer. Tras la muerte de los Gracos fue una madre tanto más infeliz cuanto más feliz había sido al parirlos. 1.7.467 Lo que se dice sobre las vírgenes selladas son todo mentiras y maquinaciones perniciosas urdidas para engañar.

Octavia. 1.7.468 Incluso se dice que la boca de arriba da testimonio de la de abajo. Así atribuyen a las que tienen pequeña la boca de hablar el tener también pequeña la de joder.

Tulia. 1.7.469 ¡Estupideces! Y estupideces también las que profieren esos geómetras del

amor. Dicen que la mitad del pie de cada chica es la medida del pórtico por el que se va al sagrario de la divina virginidad. Sandeces. He conocido a algunas que tenían la boca pequeña y el pie pequeño, pero entre cuyas negras ingles se hallaba una caverna grande y con telas de araña. [1.7.470] No hay ninguna proporción cierta. Lo que es cierto es esto: esta vaina se ajusta estupendamente a cualquier sable; así lo ha dispuesto la naturaleza. Si la espada es pequeña, la vaina más amplia se comprime voluntariamente; si brutal y monstruosa (digamos Durindana o Flamberga) esta misma vaina recibe, como anfitrión complaciente que es y mediante la dilatación de sus fibras, al complaciente huésped.

Octavia. [1.7.471] Así son las cosas y yo lo sé por mí misma. Nada es seguro, por la polla de Príapo. Aunque los terribles poseedores de trancas frondosas no sean aptos para todas las mujeres, lo son para algunas.

1.7.472 Heliogábalo tuvo un criado de pene prominentísimo, al que llamaba Ono[1]. A los pigmeos los badajos les llegan hasta los tobillos. Si los de nuestros hombres les colgasen hasta las rodillas ¿crees que no servirían para nada tales arietes? Pues te equivocas.

1.7.473 Pero es muy superior el número de varones en los que no sobrepasa los siete u ocho dedos[2]; tal es el tamaño más corriente. ¿Qué le vamos a hacer? No por eso resultan inútiles ni se ven del todo privados del favor de Venus. Quienes carecen de tal don tienen otras virtudes que les hacen bienquistos de Himeneo. 1.7.474 El duque Fernando y el marqués del Vasto son hombres de enorme fama, pero no de enorme pijo, la parte que les hace varones. Están casados y tienen hijos. La mujer de Del Vasto es hermosa y ardorosa; sus hijos encantadores y con un gran futuro.

---

1 ὄνος *onos*, burro.

2 Unos 12 a 15 cm.

1.7.475 Es suficientemente gruesa y larga la picha que los amantes comparten con gusto. Todo lo que provenga de tal peculio agrada, porque agrada de verdad. Preferiría que se incrustase en mi chalupa la tachuela de un amigo que el perno de cualquier otro.

1.7.476 Tal es lo que me está sucediendo, Tulia, pues albergo en mi seno un hermoso palomo de Dione. Se trata de un doncel a cuya creación contribuyeron Venus y las Gracias y que en la tranquilidad de la noche juguetea en mi seno. Aunque su pene no sea ni largo ni gordo, de nadie he recibido mayores placeres. Yo soy para él el colmo de la voluptuosidad y él lo es para mí.

Tulia. 1.7.477 ¿Quién es? ¿Qué es lo que me cuentas?

Octavia. 1.7.478 Es un regalo de mi madre, seleccionado de entre los jóvenes más bellos. Su madre es la hermana de Manilia, mi nodriza. Cumplió catorce años el día veinte de septiembre. Es un efebo cuyo aspecto preferirías al de Febo.

Tulia. [1.7.479] Ya conozco a ese guapísimo mozo. Sempronia confió su educación a los académicos, varones sabios, lo que ya es gran elogio, y virtuosos, que lo es máximo.

Octavia. [1.7.480] Nada voy a ocultarte, Tulia mía. Pues cuando los amantes lanzan dentro de nuestros cuerpos los exudados libidinosos que brotan de los suyos dicen que nos gozan. [1.7.481] Eso es lo que me pasa a mí cuando insuflo las ideas más secretas de mi alma en la tuya, que gozo de tu alma y de ti. ¡Qué goce tan agradable! ¡Qué satisfacción tan tranquilizadora en tal conjunción espiritual!

Tulia. [1.7.482] Te considero, encanto mío, no como a otra persona, sino como a mí misma. Yo he desplegado ante tus ojos todas mis pasiones y no me avergoncé de ello. Te he introducido en las más íntimas fibras de mi corazón y no me arrepiento. Cuéntame.

Octavia. [1.7.483] Ya lo sabrás a su debido tiempo.

1.7.484 Después de que Alfonso hubiese hablado mucho y muy agradablemente sobre la hermosura, Luisa se puso de pie diciendo:

> 1.7.485 «¿Queréis que os diga lo que pienso? Que la boca sea inocente, el ánimo franco, el coño ni fácil ni difícil, las caderas ágiles y el ingenio rápido. En eso creo que consiste la verdadera hermosura. Y lo creía conmigo el escocido Sócrates».

1.7.486 Nos reímos cuando dijo esto y entonces llamaron a la puerta. ¡Santos dioses!

Tulia. 1.7.487 ¿Quién llamaba?

Octavia. 1.7.488 Teodoro con Crisógono. Cuando les vi creí morir. Saludaron a Leonor. Teodoro me miró de reojo y me hizo un guiño al saludarme. Alfonso se precipitó a los brazos de Crisógono. 1.7.489 Hablando de unas cosas y otras, Teodoro me sacó al jardín. Allí ensalzó mi aspecto y mi aire juvenil. Me echó más flores de las que había en el propio jardín.

1.7.490 «Cuando te veo» decía «mi amor adquiere nuevo fuego. Apiádate de mí. Pues Crisógono y Leonor se ocupan de sus cosas felices y contentos; ocupémonos nosotros de las nuestras».

1.7.491 «¿Cómo está mi madre, Sempronia?» le repuse. «¿No tienes nada que decirme de su parte?»

1.7.492 «Me dijo que te recomendase que te cuidaras. Estaba peinando y acicalando a un mozalbete. ¡Felices las que se acuesten con él, tan encantador y tan hermoso!»

1.7.493 ¡Tulia mía! Con estas palabras me puso al rojo vivo. Sentí que ardía lo más profundo de mis tuétanos y que se desbocaba mi vena venérea por la comezón sensual que me entró, pues ya hacía dos meses que me había acostado con Roberto.

1.7.494 «Tu madre» continuó Teodoro «está esperando a no sé qué parienta tuya de la

familia Ponce. Roberto me rogó que te dijese que cuida con esmero del pajarillo que le encomendaste, el cual no hace más que piar por ti y revolotear impaciente reclamando tu seno. Pero ten piedad de mí, Octavia. Me muero de amor. ¿Quién que te viese podría quedar libre de ese tributo que todos hemos de pagar a la omnipotente concupiscencia?

1.7.495 Mientras paseábamos vino hacia nosotros un criado de la mansión de Leonor, trayéndome una carta. Dijo que había venido un carruaje de la ciudad con gente que quería verme. Le acompañé de vuelta y por el camino leí la nota. Esto es lo que escribía mi madre:

1.7.496 *Envío, hija, a tu bellísimo Amor hacia ti, que eres todos sus amores. Obtuvo esto de mí a fuerza de ruegos y de lágrimas. Se ha cambiado empero a nuestro sexo, vistiendo la túnica y constituyendo su nueva luminaria. Todos los que le ven*

le toman por chica y le piropean; me gustaría que tampoco tú notases que es un chico. 1.7.497 *Pero no agotes sus miembros. Sea como fuere, me alegraré de que seas feliz. La nodriza te contará más cosas. Diviértete y quiéreme.*

1.7.498 «¡Cuántas alegrías me llevan hacia los cielos!» me decía a mí misma. «¡Feliz de mí y equiparada a las diosas por este regalo materno!»

1.7.499 Cuando entré en el salón percibí a una muchacha de apariencia divina, peinada, adornada y sentada en una silla. Estaba sola y su rostro adoptaba un maravilloso aspecto de modestia. Cuando me acerqué a ella, me saludó doblando las rodillas, como solemos hacer nosotras. Le devolví el saludo. 1.7.500 Fijé mi mirada más atentamente en el celestial rostro; me sentí confundida; creía y no creía que fuese Roberto. Cuanto más me acercaba, más lo dudaba. Pues parecía mucho más alto y dejaba translucir no se qué de virginal en su rostro.

1.7.501 «¿Han pasado muchos días» le dije «¡oh diosa! desde que descendiste del cielo?»

1.7.502 Ella sonrió y en su risa vi a Roberto. Me echó los brazos al cuello y me besó; le besé yo también. ¡Pero qué besos le di, buena Venus, y él a mí! Vino corriendo mi nodriza, diciendo:

1.7.503 «Cuidáos de la maligna curiosidad de los criados, que andan por todas partes. Tu madre quiere que digas que es una parienta tuya de la familia Ponce y que está de paso hacia un convento. Ya te contaré luego las demás cosas que me ha dicho. Pero entre tanto poned mucho cuidado en que no se os escape nada que pueda significar la perdición de ambos».

1.7.504 «Yo interpretaré mi papel en esta comedia perfectamente» añadió Roberto.

1.7.505 Mientras así hablábamos se nos acercaron Luisa e Isabel con Alfonso y Teodoro. 1.7.506 Diana Ponce (pues tal era el nombre que

había traído Roberto desde la ciudad) saludó a todo el mundo a la manera de las doncellas con sorprendente desenvoltura. Todo el mundo se quedó admirado de la zagala, diciendo que su belleza era excelsa, impropia de este mundo.

1.7.507 «He llegado a la ciudad esta mañana al amanecer» dijo «y mañana he de continuar el viaje también temprano. Pero era muy tentador ver a mi prima y poder hablar con ella algunas horas. Esta satisfacción me servirá como viático y con vuestra cortesía hacéis que tal felicidad se duplique».

1.7.508 Nadie sospechó el fraude. Y, para no dar ocasión a sospecha alguna, yo dije que me iba en busca de Leonor, para no privarla por más tiempo de la contemplación de tanta hermosura. Teodoro me siguió. Fuimos hacia las habitaciones de Leonor, pero sus puertas estaban cerradas. Todavía no se había librado de los rabiosos achuchones de Crisógono. Apliqué mi ojo al de la cerradura.

Tulia. [1.7.509] ¿Y qué viste? Pues te estás riendo.

Octavia. [1.7.510] Leonor estaba sentada en una silla con las piernas abiertas y las faldas alzadas. Crisógono la montaba y la zarandeaba moviendo el culo con vehemencia. Teodoro también echó un vistazo.

[1.7.511] «Ya ves, esperanza mía. Apiádate de esta turgencia, que me atormenta. Esta escena voluptuosa me mata».

[1.7.512] Pero yo no quería. Iba a conservarme casta para mi amor y para la noche en vela.

[1.7.513] «No puedo» le contesté. «La sede de la concupiscencia está infectada por el flujo menstrual. Leonor puede bastaros a ti y a tu compañero y ya está terminando».

[1.7.514] Vino ella entonces hacia nosotros con rostro alegre y me dijo:

[1.7.515] «¿Cómo se ha portado Venus contigo, Octavia?»

1.7.516 «Ni me ha visto» le contesté «ni hay esperanza amorosa durante ocho días. Pero quiero pedirte una cosa y muy encarecidamente».

1.7.517 «¿Qué es?» preguntó. «Ya la has conseguido. ¿Qué puedo negarte, dulce Octavia?»

1.7.518 «Magnífico» dije yo. «Quiero que me prestes tu jaco y tus ágiles caderas».

1.7.519 «Estás bromeando, boba» respondió. «¿De qué te sirve a ti mi corcel si no tienes espuela?»

1.7.520 «Si le dejases montarlo a Teodoro,» repuse yo «ten por seguro que me lo has prestado a mí».

1.7.521 Crisógono se unió a mis ruegos y rogando vencimos.

1.7.522 «Marcháos en mala hora» dijo ella riendo «quienes me hacéis ser pasada otra vez por esta libidinosa piedra».

1.7.523 Nos marchamos. Pero Teodoro se dirigió a Leonor con estas palabras mientras la abrazaba:

> 1.7.524 «El santo espíritu de la filosofía ha de tener sin duda en gran estima a la encomiable persona que socorre a dos pijas filosóficas en un mismo día. Que, con el concurso de los astros, te sean dadas las gracias que los sabios debemos a tu sabio y liberal coño. Que Amor y Venus viertan sobre él ríos continuos e inacabables de placeres y lluvias de delicias. Que tus goces no tengan fin ni límite».

1.7.525 A continuación la tumbó sobre el lecho e, inclinándose sobre ella, colocó en la bien lubricada bandeja de Venus un morcillón gordo y suculento que sacó de su despensa.

> 1.7.526 «Encontrarás en mí» le decía «tres Príapos lampsacenos y cuatro Hércules. Aprovéchate de ellos, pues tus flancos no están embotados y tu almeja es lista».

1.7.527 «Claro que los aprovecharé» replicó Leonor.

1.7.528 Mientras lo decía, el prodigioso báculo ya oficiaba desbocado por lo más recóndito de la ermita, de modo que Leonor hubo de exclamar:

1.7.529 «¡Me aniquilas, verdugo!»

1.7.530 Pero él continuó con la celebración del sacrificio mediante tremendas embestidas. Pronto explotó la catapulta.

1.7.531 «Esto no es refocilarse» se quejaba Leonor «sino destrozar sin consideración alguna. Lo que has plantado en mi cuerpo no ha sido la salutífera mandrágora sino la muerte».

1.7.532 Yo corrí a su lado, la abracé y la besé. Los dos colegas se marcharon, volviendo a la ciudad una vez recibida la limosna que pideron para el filosófico instituto y más contentos de lo que pueda decirse. Leonor dejó caer sobre el lecho su agotado cuerpo y el resto del día lo pasamos entre bromas y juegos.

1.7.533 Diana agradó sobremanera tanto por sus preguntas como por sus respuestas. Alfonso ensalzaba su hermosura y también la alababa Leonor.

> 1.7.534 «¿Por qué» decía ella «alabáis mi hermosura, cualesquiera que sea, que es un don inestable y caduco? Y en cambio no alabáis que tenga una prima tan excelsa, que encarna a la Virtud misma por sus virtudes. Este sí que es un regalo valioso con el que me favorecieron los dioses».

1.7.535 Yo la repliqué con pocas pero adecuadas palabras. Pero me gustó mucho lo que dijo y eso echó leña a mi fuego. Pero voy a contarte, Tulia, toda esta historia desde el principio, si así lo deseas.

Tulia. 1.7.536 Si Roberto no fuese tuyo, lo querría para mí.

Octavia. 1.7.537 Hace seis meses me encontraba yo con mi madre en el jardín de nuestra casa.

Me habló mucho de su amor por mí y de su dedicación, contándome cosas de mi infancia. Luego dijo sonriendo:

1.7.538 «Y ahora estoy preparándote un regalo cuyo valor superará con mucho a todos los demás que te haya hecho».

1.7.539 Le dí las gracias y pocos días después vino a casa Roberto. Le dijo que cenase con nosotras. Nuestros ojos no podían apartarse de él, ávidos de tanta hermosura. Yo estaba fascinada; sin saberlo ni darme cuenta de ello me estaba enamorando.

1.7.540 «Podrías ser un poco más atrevido» le decía mi madre al mancebo. «Habla libremente, pues sé que eres muy ingenioso».

1.7.541 «Puesto que lo ordenas, señora,» respondió él «y para no parecer desobediente, me apartaré un poco de la reverencia que te debo y de mi condición, pues soy muy obediente, como debo».

1.7.542 «Qué agudamente responde» dije yo.

1.7.543 «Pues» añadió él «ese poco de ingenio que me atribuyes anímalo tú con el tuyo y entonces lo será de verdad. Pues en ti se juntan perfectamente la hermosura de Júpiter y su superior inteligencia».

1.7.544 «Es decir, Roberto,» intervino mi madre «que a ti te parece hermosa Octavia, cosa que ella no cree».

1.7.545 «Me parece bellísima, por todos los dioses y por todas las diosas, y lo es. Podría enamorar a los dioses y dar envidia a las diosas».

1.7.546 «Entonces» continuó mi madre «si Octavia consintiese tus amores, ¿tú la amarías?»

1.7.547 «La amaría» replicó él «aunque no lo consintiese. Pues yo no soy más que un muchacho que no vale nada; ¿qué podría hacer para que aceptase mi amor? Mientras que ella es rica en dones de la naturaleza, de la fortuna y de las virtudes. ¿Qué podría evitar que la amase?»

1.7.548 «Me resultaría enormemente grato» le contesté yo «ser amada por ti, joven tan amable. ¿Quieres ser marido mío tú también?»

1.7.549 «Degradarías el nombre de marido si lo aplicases a mí» replicó; «sigue usando el de siervo y paje. Te honraré todo lo que pueda con mi entrega».

1.7.550 Una vez terminada la comida le hizo volver con los académicos y, al marcharse, sentí que se me iba una parte del alma. Mi madre me dijo entonces:

1.7.551 «¿Qué te parece el chico, hija?»

1.7.552 Le respondí que era uno de los Amores, y precisamente el más bello, que salió volando del cortejo de Venus para venirse con nosotras.

1.7.553 «¿Considerarías felices» siguió preguntando mi madre «a las que lo reciban en sus brazos?»

1.7.554 «No logro imaginar cómo pudieran ser infelices» respondí yo. «Le querrían por yerno las mismas reinas».

1.7.555 A partir de entonces, Tulia mía, yo misma promoví el desarrollo de la oculta herida dentro de mis venas.

1.7.556 Un mes más tarde fue mi magnífica madre quien contribuyó al incipiente amor. Hizo venir a Roberto, dándole ocasión de hablar conmigo sin cortapisas. El amor es ingenioso cuando le provoca el hado. El zagal, que por su edad no estaba preparado ni era apto para el amor, ardía con un amor cuyo uso desconocía.

1.7.557 Por aquella época mi madre se había visto aquejada por una grave enfermedad. Cuando hubo recuperado la salud, me dijo:

1.7.558 «Sería una ingrata, Octavia mía, si, habiendo escapado de la muerte gracias a tus cuidados, no correspondiese a tus bondades para conmigo con las mías. Te prometí un

regalo tan valioso que no tenga precio; ¿lo recuerdas?»

1.7.559 «Lo recuerdo, madre» le contesté. «Cualquier cosa que reciba de ti la tendré en la mas alta estima».

1.7.560 Pero ella me dijo, dándome un beso:

1.7.561 «Quiero darte como regalo a Roberto, que la misma Juno querría que se lo dieran. ¿Te sofocas? Sé que le amas».

1.7.562 «No lo niego, madre» respondí.

1.7.563 «Estoy educándolo y cuidando de él para ti; quiero que, para que merezca tu afecto, se aplique con interés a todo género de virtudes y de disciplinas. Le voy a poner en tus brazos. Pero es muy joven y, si te lo tiras en exceso, acortarás su lozanía y su vida. No lo olvides».

1.7.564 «No lo olvidaré» le aseguré.

1.7.565 Tres días después me preguntó mientras almorzábamos si iba a permanecer en casa el resto del día. Le contesté que esa era mi idea. Luego

se fijó en el vestido que llevaba para andar por casa, que era ligero y suelto, de lino muy fino, y lo juzgó muy favorablemente, diciendo:

> 1.7.566 «Este vestido ni oculta a la mirada tus encantos ni los exhibe. Estás estupendamente con él; no te pongas otro».

1.7.567 Le dije que así lo haría.

TULIA. 1.7.568 ¿Qué pensabas tú de todo ello, cómo reaccionaba tu amor?

OCTAVIA. 1.7.569 No pensaba que fuese a sobrevenirme tan pronto tanta felicidad. Mi madre me entregó una complicada labor de costura inacabada, diciéndome:

> 1.7.570 «Borda lo que falta, puesto que lo haces tan bien».

1.7.571 Me marché a mi cuarto. Era el día veinte de mayo. Me senté a coser en un catre bajo con colcha de seda. Mi mente vagaba distraída, sin pensar en nada concreto; me dominaba un cierto sopor, entre la vigilia y el sueño. 1.7.572 En ese momento entró Manilia, que me

traía al mancebo. Venía con unas alas fijadas a las espaldas y con una aljaba en bandolera; en la mano izquierda tenía un arco y una flecha en la derecha. Le hubieses tomado por Cupido y realmente lo era.

1.7.573 «Mi madre Venus me envía a ti» dijo el zagal con voz tenue «porque sabe que tu belleza supera a la suya. Quiere que te sirva a ti como reina de los Amores».

1.7.574 «No me servirás, hermosísimo Amor» le repliqué. «Si de verdad quieres ser mío, reinarás».

1.7.575 «Bueno, bueno,» intervino Manilia «no tenéis todo el día para perderlo en ingeniosidades. Apártate un poco, bello Amor».

1.7.576 Cuando así lo hizo el muchacho, continuó ella, dirigiéndose a mí:

1.7.577 «Yo y tu madre, hija, ponemos a tu disposición y bajo tu potestad a este muchacho. Pero es joven y de delicadas caderas. Goza de él, pero moderadamente. Si así no

lo hicieses, se marchitará, como les sucede a las flores a las que afecta el gélido invierno».

1.7.578 «Me muero,» dije yo «mísera de mí, por el chaval y colmaría suficientemente mis deseos sensuales y amorosos el simple hecho de saber que es realmente mío».

1.7.579 «Trata al chico con moderación» insistía la nodriza. «Date por satisfecha por ahora con arrebatarle su virginidad. Cosa que no sucederá sin que le duela, pues tiene el cipote cerrado por el prepucio y no se destocará impunemente ante su reina. Ha prometido portarse con valentía. Inspírale los ánimos que quieras que tenga mostrándole tus encantos y atractivos».

1.7.580 Tras esto le quitó las alas al Amor niño, mientras le decía:

1.7.581 «Pues quiero que seas constante, que no salgas volando nunca de su lado».

1.7.582 Le quitó también la aljaba y las flechas, diciéndole:

1.7.583 «Ahora son otras cosas las que tienes que usar como dardos; has de luchar con otras armas».

1.7.584 «Ya comprendo» respondió él. «Y mi diosa se dará cuenta de que poseo un dardo que utilizaré para luchar con ella».

1.7.585 La nodriza salió de la habitación, cerrando las puertas.

Tulia. 1.7.586

Decid ¡Oh, Peán! *y repetid* ¡Oh, Peán!
pues la presa cayó en mi red
tras corto acoso.

Octavia. 1.7.589 El chaval se lanzó hacia mí lleno de alegría, diciendo:

1.7.590 «Señora, señora, ahora me avergüenzo de mi edad; me doy plena cuenta de lo insatisfactorio que es ser niño. No voy a estar a la altura de mi felicidad».

1.7.591 «Sí que lo estarás,» le repliqué «si correspondes a mi amor, que constituirá tu

felicidad como el tuyo constituirá la mía. No pido nada más de ti».

1.7.592 «Pero llega un momento en que intervienen más cosas que el puro amor» adujo él. «Por ser novato no sabré qué hacer y el niño no sabrá comportarse con dignidad».

1.7.593 Nos sentamos sobre el lecho y yo le dí un beso. Mis ojos echaban fuego, no chispas. Metió él su mano en mi pecho.

1.7.594 «¿Qué buscas?» le reprendí yo. «Estás comportándote con más descaro del que conviene».

1.7.595 Me estrujaba las tetas, nos besábamos, se enardecía. No pude dejar de abrazarle ante la alegría y la jovialidad con que lo hacía y lo decía todo. Entonces metió su mano derecha bajo mis faldas.

1.7.596 «¡Mira qué bien!» le dije. «¿Qué es lo que buscas ahí?»

1.7.597 «Busco a mi esposa,» contestó «que vive por aquí».

1.7.598 Yo me reí y aduje:

1.7.599 «Pero yo no debería tolerarlo, si fuese honesta».

1.7.600 «¿Acaso algo tuyo podría ser deshonesto?» replicó. «No canses a tu marido con tus rechazos; cede al Amor».

1.7.601 «Me entregaré» repuse yo «a tan bello e ingenioso Amor. Tuya soy, amor mío; ya he dejado de ser mía; sólo vivo para ti».

1.7.602 La infantil mano exploraba entre tanto el desconocido territorio de Venus en busca del camino. Se detuvo un poco por encima de las rodillas; luego, Tulia, exploró los muslos y las nalgas, suaves y agradablemente prominentes. Pero no se atrevía a proseguir. Lo hacía todo de manera infantil. Yo le dije:

1.7.603 «¿Conoces, Cupido mío, el uso de tu cuerpo y del mío?»

1.7.604 «Creo conocerlo» repuso «pero no estoy completamente seguro de saberlo de verdad. He visto estampas de actos venéreos».

1.7.605 «Merecías otra más hermosa que yo» añadí. «Coge lo que quieras, actúa como quieras, goza. Haz de marido».

1.7.606 Sacó la picha de su confinamiento.

1.7.607 «¿Qué crees que va a hacerse de esta cosa tan encantadora?» le pregunté.

1.7.608 «Lo que tú digas que se haga» me contestó.

1.7.609 Se aplicaba a los preludios amorosos, se enardecía. Percibió cómo su antorcha venérea se inflamaba y se henchía de deseo. Se puso de rodillas y me pidió que perdonase las torpezas o las acciones descorteses que pudiera cometer. Pronto me subió la túnica hasta el pecho, estando yo tumbada de espaldas, y enseguida llevó su mano al pubis. Las puntas de sus dedos toquetearon la pelambrera, la acariciaron y exploraron la ígnea sima.

1.7.610 «Dime, por favor, Amor mío,» le pregunté «¿qué busca por ahí este pajarito tuyo?»

1.7.611 pues ya arrechaba.

1.7.612 «Creo» respondió «que busca este nido que tengo en la mano».

1.7.613 «Déjale, déjale que vuele hacia allá» le dije yo.

1.7.614 «Pues ahí va» dijo.

1.7.615 Y prontamente se colocó entre mis piernas abiertas. ¡Ja, ja, ja! Yo misma le presentaba la presa al milano.

Tulia. 1.7.616 Por mi ángel tutelar, tu ingenioso relato me excita tremendamente. Eres una embaucadora de primera. 1.7.617 *El tema es intrascendente, pero no lo será la gloria.*

Octavia. 1.7.618 El ansioso chaval aplicó el puñal a la vaina.

Tulia. 1.7.619 ¿Un insurrecto gordo y alto?

Octavia. 1.7.620 Tan gordo como tu pulgar y tan largo como la anchura de seis dedos[1]. Pero,

[1] Unos 11 cm.

créeme, nos adaptamos estupendamente el uno al otro.

1.7.621 «Te desvías de la calzada real del goce» le dije.

1.7.622 Y eché mano al ciego pájaro para guiarle y conducirle, situándole a la entrada del tenebroso camino del placer.

1.7.623 «Ahora golpea con fuerza,» le incité «cava, desgarra, destroza. Así se procede en este asunto».

1.7.624 Entonces lanzó una estocada con su daga a la que yo hice frente con denuedo. Yo ayudaba al pene con mis susurros. Entoces dijo:

1.7.625 «Me siento herido por dentro. ¿Qué será?».

1.7.626 Reprimió un quejido y enseguida se puso a dar sacudidas, a empujar, a majar. Sus alborotados ojos brincaban de gusto, como lo hacía su alma. Yo devolvía los golpes, contratacaba, pero también repicaban las fibras más íntimas de mi corazón. Mi satisfacción aumentó porque pensé

que el mismísimo Amor había venido a colocarse entre mis brazos. Aferraba mis manos a las marmóreas cachas del caballero y le azuzaba con una granizada de cachetes. 1.7.627 Percibí que Himeneo reía alborozado desde las borboteantes profundidades de mis riñones y que Venus jadeaba. Mis esclusas se desbordaron en una inundación. No así las del chaval.

1.7.628 No puedo explicarte con palabras, Tulia mía, los besos cálidos y húmedos que nos dimos, ni los confusos murmullos que proferimos, ni los frecuentes achuchones ni los innúmeros placeres del placer. Imagínate la coyunda de Psique con Cupido; así fue la mía con Roberto. Me considera él su Alma, yo a él mi Amor.

1.7.629 Finalmente sus ojos se entornaron, giraron hacia arriba, empezaron a dar vueltas y su mirada se enturbió en el delirio; el rabo se revolvía por dentro atareado; a él le sacudía un nuevo tipo de vendaval; sus caderas se agitaban trémulas y veloces mientras él se apretaba contra mí;

se sentía fuera de sí, dominado por un vértigo desconocido.

1.7.630 «¡Oh, señora, oh reina,» exclamó «me voy de este mundo! ¿Qué es esto que descubro?»

1.7.631 Me dio un beso y al instante se corrió.

1.7.632 Una vez terminó por completo, le acogí lánguido en mi seno. Mezclamos nuestros besos, nuestros suspiros.

1.7.633 «¿Has recibido de mí algún contento, dulcísimo marido?» le pregunté.

1.7.634 «En este goce» me contestó «he gustado todos los goces. Eres, Octavia, la fuente viva del bien supremo».

1.7.635 «Quisiera ser para ti» le dije «lo que soy para mí misma. Pero recupera las fuerzas que has perdido durmiendo un poco. Quien nos viese me tomaría a mí por la Cípride y a ti por Cupido, dormido en sus brazos».

1.7.636 «No necesita dormir» intervino Manilia retornando. «Que con sus besos libe

de tus rojos labios los aromas de innúmeras flores. Eso es lo que debe de hacer».

1.7.637 Luego condujo a la egregia pareja ante mi madre. Mi madré corrió hacia mis brazos; yo estaba avergonzada.

1.7.638 «¿Qué significan estas caras largas?» exclamó. «¿Te disgusta un mozo tan atractivo, Octavia? ¿Te avergüenza, Roberto, poder retozar sin trabas con una moza tan hermosa? ¿Han resultado desafortunadas estas nupcias? ¿No acudió Himeneo? ¿No ayudó Venus a Cupido?»

1.7.639 «Al contrario» constestó Manilia. «Se ha realizado felizmente todo lo que han de hacer quienes celebran unas nupcias. Mi Roberto ha peleado magníficamente con tu virgen. Es tu yerno y tiene esposa».

1.7.640 «Estupendo» repuso mi madre, 1.7.641 dándome besos de contento.

1.7.642 Y continuó:

«Alabo a los atletas valientes y peleones. Ambos habéis obtenido la victoria».

1.7.643 «Yo me declaro vencido» intervino Roberto. «Ella vencería a Marte en tal contienda».

1.7.644 «Calla» le dije yo; «eres tan mentiroso como guapo, calla. Has resultado herido durante la lucha, pero son heridas dignas».

1.7.645 «Me ha herido mi propio sable» replicó el mancebo «pero la herida ha desaparecido y se ha curado con tu bálsamo».

1.7.646 Mi madre se reía. Se nos trajo un refrigerio suculento. Mi madre brindó por la lubricidad de los amantes; Roberto por su reina Juno, Sempronia, y por Hebe, la hija de Juno, su Octavia. Dirás, Tulia, que esto lo decía por habérselo enseñado en la escuela, pero lo decía movido por el amor. Mi madre le preguntó cómo se encontraba.

1.7.647 «Pregúntale a Octavia» le respondió «pues, si me ama sinceramente, yo me sentiré estupendamente».

1.7.648 «Estás muy bien» le repuse «pues me gustas enormemente».

1.7.649 «Gracias a ti, diosa, he accedido al santuario del verdadero placer. Se me ha infundido la vida que allí se esconde».

1.7.650 «Muy cierto» agregó mi madre «pues has dejado de ser un niño y ya eres un hombre. Octavia te ha hecho pasar en un momento a la etapa viril. Malditos sean quienes llaman a Venus *verticordia*, como si desviase la mente de los hombres hacia las cosas peores, pues mienten descaradamente. Lo que realmente hace es apartarles de los pasatiempos y encaminarles hacia las cosas serias. Hace que pelotas y muñecas se les caigan de las manos a niños y niñas con sus sacudidas y meneos».

1.7.651 Luego hizo que el chaval retornase con los académicos.

1.7.652 «La actividad sexual anticipa la sagacidad, pero también las canas» me dijo mi madre. «No quiero que vuelvas a verle hasta

dentro de un mes. No quiero que se marchite y que envejezca retozando contigo; tras ese plazo se acostará contigo y dispondrá de toda la noche para saborear tus encantos».

1.7.653 «Pero tiene un ánimo altanero, que no es fácil de manejar. Es guapo, pero también salvaje. Le reprendí hace tiempo porque, siendo de clase baja y sin alcurnia, se atreviese a considerarse y se comportase como un igual con los chicos de la nobleza que son sus compañeros en el colegio de los académicos».

1.7.654 «Te equivocas, ama» me repuso. «Puesto que soy amado por Octavia, ya soy noble, ya soy conde y marqués, ya soy también duque y príncipe».

1.7.655 «Le exhorté a que venerase a los dioses en el altar».

1.7.656 «No pretendo que los dioses me concedan ningún otro favor» me dijo. «No tengo nada más que pedirles, amándome Octavia».

1.7.657 «Le incitamos a que se aplique con constancia e interés a los estudios. 1.7.658 Responde que ya sabe que tú le amas y que fuera de eso no quiere saber nada más; que quien sepa que te gusta ya es lo bastante sabio».

1.7.659 Yo le contesté:

1.7.660 «Reconozco mi culpabilidad, madre; perdónale por mí».

1.7.661 Así pues, una vez transcurrido el plazo fijado, Roberto fue llamado a nuestra casa, donde cenó con nosotras. 1.7.662 Acabada la cena, mi madre le dijo:

1.7.663 «Esta noche vas a dormir con Octavia, pero fijo esta ley: habéis de pasar la noche de manera casta y pudorosa. ¿Aceptas la condición, Octavia?»

1.7.664 «La acepto» respondí «pero es una norma que requiere interpretación».

1.7.665 «Yo actuaré de árbitro» intervino Roberto.

1.7.666 «Y quiero que lo hagas como te resulte más conveniente,» añadió mi madre «siempre que al interpretarla no la desvirtúes ni la derogues, como se hace tan a menudo».

1.7.667 Cenamos opíparamente y mi madre puso mucho cuidado en que las viandas de la cena fuesen las más adecuadas para reforzar la panoplia de Roberto, pues Venus adquiere sus armas de Ceres y de Baco. Una vez atendidos los cuerpos, nos retiramos a descansar.

Tulia. 1.7.668 Os retirásteis a pelear.

1.7.669 Pero el Queroneo argumenta sobre el momento más adecuado para tener relaciones sexuales sin agotarse. Dice que tras un largo sueño que haya repuesto las fuerzas puede gozarse de Venus con el espíritu y los sentidos bien despiertos.

1.7.670 Pero considero que actúan estúpidamente esos filósofos barbudos que osan dictar normas a las ansiosas pijas y a los coños que comparten lecho con ellas. Que escriban más bien sobre

cómo detener el movimiento de los cielos, pues, al igual que es ciega, la picha es también sorda, por lo que no sirve de nada sermonearla. 1.7.671 Aunque fuese Sócrates o Zenón, ¿quién dejaría de reirse si viese que entre sus discípulos se encontraban pollas tiesas con las orejas aguzadas o si viese a Príapo y a Conisalo escuchando desgorrados los preceptos de la divina filosofía? ¡Menudo espectáculo! Del mismo modo que las nodrizas llevan la cuenta de los vasos que beben los niños y les prohiben seguir bebiendo después de cierto número, así cuentan los ineptos los polvos de sus pijas y no les permiten ir más allá. 1.7.672 ¿Por qué no fijan también leyes a los míseros mortales sobre cómo escupir y cómo rascarse? ¿Acaso no les parece suficientemente desdichada la vida humana a esas mentes crueles sin que el cuerpo y el alma tengan que revestirse de rígidas corazas? 1.7.673 Me enfurezco, Octavia, ante estos tipejos fatuos y soberbios, pues, si les quitases su ilimitada audacia y su

falsa apariencia de seriedad, no encontrarías en ellos nada que los diferenciase de un ganapán, de un buhonero o de cualquier otro repugnante plebeyo. No tienen genio ni ingenio, sino tan sólo una descarada estupidez y una bulliciosa pereza.

Octavia. [1.7.674]El marido de Luisa tomó hace cuatro meses, persuadido por Pelagio, una decisión que nadie juzgaría acertada.

Tulia. [1.7.675]¿Y cuál fue esa decisión?

Octavia. [1.7.676]No se la mete más que una noche de cada diez a la cachonda y libidinosa de ella; las restantes impera en el lecho el celibato. La mujer cuyo marido no vive se consume como si ya estuviese viuda. Incluso Caviceo se está volviendo supersticioso. Se acerca a mí con menos frecuencia; pero no se va de rositas. Si quien tiene la obligación de hacerlo no diese de beber al que está sediento, ¿quién podría reprocharle que él mismo se procurase el agua o que la recibiese de quien se la ofreciera?

TULIA. 1.7.677 Marina Genoveva Pimentel, doncella de gran fortuna, se casó con Federico Mendoza, que estaba empeñado hasta las cejas. A pesar de tener una edad y una apariencia óptimas, a ella se le metió en la cabeza que el mancebo no debía cosechar los dones de su cuerpo más que un par de veces al mes. El ardiente amor que el adolescente le tenía no conmovió el ánimo de la doncella. 1.7.678 ¿Qué frutos produjo tan tonta virtud? Lo que produjo fueron desastres. En el plazo de un mes Federico sedujo a todas las criadas de su mujer, que eran cinco, y las dejó preñadas.

1.7.679 Leonela, la madre de Genoveva, le dijo:

> 1.7.680 «Tú misma te constituíste en alcahueta de las pobres chicas; han caído por tu tercería. Esa virtud tuya ocasiona vergonzosos crímenes. Lo que insensatamente creías que era piedad no era más que lenocinio».

1.7.681 Temiendo Galiena las acometidas de su marido Luitprando, cubría su cuerpo por las noches con un calzón hecho de tal modo que carecía de aberturas y resultaba impenetrable. También ella llenó su casa de pasiones adúlteras.

1.7.682 ¡Ea pues, sabiduría indolente e ignorante, sigue engañando a la candidez desprevenida! ¿Cuántas decepciones no provocas con tus poderosas trapacerías?

1.7.683 Pero todas estas cosas forman parte de los usos, que son invenciones humanas. Por lo que a la naturaleza se refiere, hay gente propensa a Venus como la hay remisa. El hambre de algunos no se saciaría con un toro, como se cuenta de Milón de Crotona; a otros les basta con una miga de pan. La sed de los unos se apaga con un vaso[1], a otros no les basta con una cántara[2].

1.7.684 ¿Qué puede haber más injusto ni más estúpido que pensar que todos los seres humanos

---

[1] Unos 0,045 litro.

[2] Unos 16 litro.

hayan de comer o de beber conforme a una misma regla? Del mismo modo hay a quienes un coito cada diez días les deja destrozada la maquinaria libidinosa, mientras que a otros les arde día y noche en los tuétanos un insaciable deseo. Lo que a éstos les hace un único polvo es sacarles de quicio, no aplacarles. Estas cosas son las que habría que poner en esa balanza y someter a tal examen. Estos zopencos habrían de tener en cuenta la edad y la constitución de cada uno. Pero no suelen guiarse por la razón.

1.7.685 Los médicos reconocen que no pueden establecerse leyes generales, aunque consideren que lo primero que conviene a la naturaleza es no desatender el cuidado de la salud. Una vida sin buena salud es un sepulcro de la vida. Por tal razón condenan la opinión de Epicuro, hombre fastidioso, de que la sexualidad no sea parte importante de la vida ni conduzca a la felicidad.

1.7.686 Consideran en cambio nocivo que abusen de ella tanto chicos y chicas, al no haber

alcanzado todavía su plenitud vital, como los viejos de edad avanzada, que ya están despidiéndose de la vida. Una sola vez al mes es todo lo que deben refocilarse tanto unos como otros a esas edades en las que la vida despunta y se extingue.[1.7.687] En cambio puede llegarse hasta el cuarto o el quinto asaltos sin detrimento alguno para la salud en la plenitud de la edad, cuando los tendones cuentan con todo su vigor y los riñones son firmes.

[1.7.688] Las leyes lacedemonias establecían que quien quisiese pasar por marido habría de ser cinco veces al mes hombre de su mujer y luchar con ella en cinco peleas. Aunque podían casarse sin haber alcanzado la pubertad, no por ello se les eximía de esta obligación.

[1.7.689] Pero quien no jode en días alternos es un vago y un impío, si es que su edad no le permite esperar algo más de sus flancos y riñones. ¡Te has casado, quienquiera que seas; te has convertido en deudor de tu esposa; paga, hombre de mala fe,

paga lo que debes! Paga o haz cesión de bienes y la mejor parte de tu hacienda es tu mujer.

1.7.690 La reflexión insensata de los caducos filósofos, su encopetada estulticia, ha excogitado cosas peores. Ríete, Octavia: ha promulgado leyes sobre cómo ha de majarse y de cernerse ¡ja, ja, ja! en debida forma y honestamente. En su letárgico envaramiento prohiben que se sacuda con viveza, prohiben que se adopten nuevas posturas. Niegan que pueda ser casta y honesta

… la que en el crujiente lecho
agite con destreza la ágil nalga.

1.7.693 ¡Oh graves y sabios legisladores!

1.7.694 ¿Has oído hablar del Senado de mujeres de Roma? Lo llamaban el *Senadito*. Matronas ilustres por su nobleza y su experiencia de la vida actuaban al estilo del Senado. Se reunían y discutían de nuestras cosas. Sus decisiones tenían fuerza de ley. Mesalina, que era la mujer del emperador Claudio y del resto de los hombres,

consultó a las venerables matronas sobre los ejercicios de caderas, sobre la variedad de posturas, sobre las actitudes animadas o pasivas y esto es lo que resolvieron:

1.7.695 - *Puesto que todas las cosas humanas, tanto internas como externas, se conforman al número siete y puesto que al hombre se le fabrica mediante el coito, si durante una noche se llegase al séptimo coito, tal cosa es conforme a derecho, pero no puede exigirse más.*

1.7.696 - *Quien no quiera que la mujer se mueva es que quiere follar con una muerta; los movimientos recíprocos son como el alma de la jodienda.*

1.7.697 - *Que cada cual adopte la postura que más le convenga.*

1.7.698 - *Que cualquier norma establecida por el amor recíproco ha de respetarse en todo ámbito sometido a Amor.*

1.7.699 *- Y que la máxima autoridad en materias amorosas la ostenta la diosa Voluptuosidad; es a ella a quien corresponde dictar las leyes, así como interpretar las ya dictadas.*

1.7.700 Esto tuvo fuerza legal, Octavia, y conforme a ello la incansable Mesalina se cepillaba a varios tíos por noche. Nunca pidió retribución a nadie que no se la diese muy gustosamente. Al clarear el día ofrendaba victoriosa a Príapo, a Marsias y a otros dioses ridículos veinticuatro coronas de mirto y de rosas. Eran los trofeos de otras tantas victorias conseguidas cuerpo a cuerpo. 1.7.701 Teodora, la esposa del emperador Segismundo y una nueva Mesalina, deslomaba y machacaba a los héroes de su tiempo en un estadio semejante. De una sola tacada engullía y se tragaba pijos que se dirían de caballo o de toro. 1.7.702 Sempronia, tu madre, ejecutó doce carreras de una tirada llevando a Crisógono montado encima. Yo misma, aunque frágil, hice morder el polvo a cuatro gladiadores en pocas horas.

1.7.703 Pero la verdad es, Octavia, que tras la sexta o la séptima lid, si se ha luchado denodadamente, la agotada Venus se embota y se atonta. No hay placer en lo que sobrepasa lo decente.

1.7.704 Victoria, mi prima, decía que esas mujeres que nunca se hartan de Venus se parecen a los borrachos que se pasan el día empapados de vino y a los que nunca se ve secos. Lo mismo que ellos ya no obtienen ningún placer de Baco, tampoco ellas lo obtienen de Venus. Unos y otras son miserables víctimas del torbellino de un pésimo vicio. 1.7.705 Corrompidas hasta ese grado, ya no pueden ni siquiera moverse, cuando resulta que Venus nunca se muestra más exultante que con los movimientos agitados. El empujón del que maja y el respingo de la que rebota desprenden chispas incendiarias de uno y otro cuerpo. Si no se producen, Venus se congela. Así es como el deseo se supera a sí mismo; así es como se alegra de que se le aniquile.

Octavia. [1.7.706] ¿Quién podría concebir como una hazaña el tirarse a una Venus de Fidias marmórea? Pero eso es lo que le gusta a quien le guste tirarse a una mujer pasiva.

Tulia. [1.7.707] Hay algunos ignorantes que bromean diciendo que el ombligo es donde se encuentra y tiene su sede la concupiscencia. La verdad es que tanto para el hombre como para la mujer consiste en menearse, en embestirse, en refrotarse, en sacudir y en replicar. Pero estos meneos tienen su arte y su medida, de modo que al principio vayan surgiendo lentamente, para atropellarse luego y al fin aplacarse, como se tranquilizan las olas una vez calmados los vientos tras la tempestad. [1.7.708] Así son los tuyos, Octavia, cuyas ágiles caderas destacan por su maravillosa movilidad. Este título no te lo arrebataría ni Tais.

[1.7.709] Por lo que se refiere a las posturas, yo considero que cada cual tiene la facultad de adoptar la postura que le parezca más conveniente. No se acabaría nunca de describir con palabras todas

las posturas, como no se acabaría de pintarlas. El proteico Amor ama transformarse. [1.7.710] Los enfurecidos Solones sermonean sobre esto, increpan como deshonesto que se pinten cuadros representándolas, lo condenan. Pero no condenan que se argumente sobre todas las variedades de luchas y de guerras. No les revuelve el estómago lo que ocasiona la perdición del género humano, pero se enfurecen ante lo que lo procrea. ¡Oh bestias salvajes! Prefieren la variedad de formas de aniquilar al género humano que la de hacerlo nacer. También los ladrones aman las tinieblas y la muerte y odian la luz y la vida. ¡Qué enajenación, qué desvarío!

[1.7.711] Más sabios eran los de Lesbos, los más ingeniosos de entre los griegos. Pues Safo, la décima Musa, fue de Lesbos. En sus monedas grababan diversas posiciones copulatorias, algunas incluso inusuales, monedas que acuñaban de modo oficial y tenían curso legal. [1.7.712] Yo vi dos monedas en Roma, en casa de la Orsini, una de las

cuales era de bronce y la otra de plata, que ella decía se habían acuñado en Lesbos. En una de ellas Safo desnuda ejecutaba un duelo amoroso con otra joven también desnuda. En la otra un varón desnudo, que se apoyaba sobre su rodilla derecha, mantenía en vilo a una moza desnuda a la que ensartaba con su lanza, mientras ella contribuía a la operación separando sus piernas.

Octavia. [1.7.713] Al arrodillarse se postraba suplicante ante Venus.

Tulia. [1.7.714] Y con la fuerza de sus riñones impulsaba hacia los cielos a la que ya andaba por los aires. Por la oblonga medalla de tu coño, Octavia, te aseguro que de estas monedas derivó el arte de las posturas como de los cuadros colgados en los templos de Esculapio y de Apolo lo hizo el arte médica. Si no me engaño, tales eran las que tenían ante los ojos y en sus manos la milesia Elefantis, Filenis y Hermógenes de Tarso, quienes escribieron tratados eruditos sobre estas bagatelas.

Octavia. [1.7.715] Se dice que en realidad Elefantis fue una matrona milesia decente y púdica, pero que se enemistó con un literato ingenioso, que fue quien escribió un libelo impúdico y se lo atribuyó a ella, que ni siquiera había pensado en tal cosa.

Tulia. [1.7.716] No está en su sano juicio quien se enemista con los eruditos. Pueden vengarse de las injurias recibidas por los siglos de los siglos. Los retratos que ellos pintan perduran durante mucho tiempo, cosa que no hacen los de Zeuxis ni los de Apeles; incluso van adquiriendo fuerza y dignidad con los años. Pero hay un italiano de divino ingenio que ha redactado unos amenos diálogos sobre estas fruslerías.

[1.7.717] Por lo demás, al igual que desde cualquier parte de la tierra puede irse al cielo, así desde cualquier parte o inflexión del cuerpo femenino puede alcanzarse el sumo placer, que es el cielo de Venus. No se va por un único camino. Los sonrosados labios, las níveas tetas, las

sedosas manos, las nalgas ligeras y tersas constituyen el camino hacia la mejor parte. Incluso quienes honran a Venus por la puerta trasera, a la hora de depositar su ofrenda se encaminan hacia la delantera.

Octavia. [1.7.718] ¡Basta, basta ya de tales guarrerías! ¡Qué cenagosa concupiscencia!

Tulia. [1.7.719] No la lavarán las aguas del Océano ni los fuegos del Flegetonte. Si la tierra se mezclase con el Tártaro no soportarían suficiente castigo los degenerados enculadores. [1.7.720] Cosa notable; un varón de ingenio esclarecido, Giovanni della Casa, se ha atrevido a recomendar tal infamia en un bello tratado. ¡Qué tiempos, qué costumbres! Pues los italianos han acumulado un buen número de bromas sobre este capricho. [1.7.721] *Las cosas presentan diversos aspectos*. [1.7.722] Los hay que buscan a la chica en el chico, otros al chico en la chica; un sexo en el otro. ¡Perezcan los malvados de mala manera! [1.7.723] *El varón*

se cubre con el velo femenino, Venus adopta otra forma. [1.7.724] La ley Escantinia ya condenó esta perversión entre los romanos. Los pitagóricos dicen que los pederastas se transforman en escarabajos tras la muerte. [1.7.725] *Los testigos de Lanuvio son honestos, los de Cliternio deshonestos*. Se trata de un viejo proverbio. Así perezcan de mala manera quienes con malas artes han vuelto las armas amorosas contra Amor mismo y quienes han abandonado a Venus por Venus. Su diosa es Cotito, su maestro la grosería. [1.7.726] Solo el hombre de entre todos los animales tolera que se abuse de su cuerpo; poco le falta para prostituirse públicamente. Oye lo que dice Plinio: [1.7.727] *Sólo a uno de los seres vivos se le ha dado la capacidad de sufrir, así como la de gozar desmesuradamente, al poder hacerlo de mil modos y por todos sus miembros*. Y en otro lugar: [1.7.728] *Los machos del género humano ingeniaron traviesas desviaciones; son actuaciones criminales contra la naturaleza*.

Octavia. [1.7.729] Y mi indignación crece ante un nuevo caso. Escucha cómo se acecha, cuán difícil resulta guardar la belleza en flor.

Tulia. [1.7.730] Te refieres a Roberto.

Octavia. [1.7.731] Una vez acabada, como te he dicho, la cena, quiso mi madre que Roberto y yo pudiésemos hablar a solas. Se marchó. Nos sentamos. Entonces él me dijo:

> [1.7.732] «Aquí me tienes, diosa mía, contaminado por los efluvios de un espíritu ajeno. Poco ha faltado para que viniese a ti convertido en esposa».

[1.7.733] Mientras lo decía su rostro se cubrió de rubor.

> [1.7.734] «Juan Luis Vives me ama; le llaman Quintiliano. Todos los demás académicos le aman a él y dicen que no hay nada que amen más en esta vida. Tiene un ingenio fecundo y muy adecuado para los enredos amorosos.

[1.7.735] Yo dormía tumbado boca abajo en la

cama a primeras horas de la noche. Luis se me acercó. Me acarició el culo. Me desperté».

1.7.736 «¡Santo cielo, el adúltero Júpiter preferiría estas cachas a las de Ganimedes!» decía. «No tenían ni comparación las de Hilas, por las que se volvió loco Hércules, ni las de Antínoo, que inflamaron a Adriano. Son tales que la concupiscencia erudita ha de preferirlas a las níveas tetas y al pecho de Hebe. ¡Ah, si se acomodasen a mis deseos venéreos! Las preferiría a Venus misma».

1.7.737 «Profirió un suspiro y me dió un beso. Me propuso que le dejase montarme. Le rechacé. Le amenacé con quejarme públicamente del ultraje que había pretendido inferirme».

1.7.738 «Pero, chaval,» me respondió «Margarita, la hermana de tu amigo el marqués Rodrigo, bella, noble, ingeniosa,

amante de las letras y diosa de dieciseis años no rechaza mis ardores. No rechaza mi cortejo».

1.7.739 «Me dió un beso, se disculpó y se marchó».

Tulia. 1.7.740 Luis Vives es persona encantadora, educado, sabio y relativamente joven. Cuando sepas lo que aconteció con la noble virgen te reirás.

1.7.741 Quienes con declarada hostilidad rehuyen a las chicas huyen hacia los chicos, quiéranlo o no. El Amor engendró a hombres y mujeres para el amor; los engendró para sí. Engendrados por amor y con amor, nacemos para el amor. El amor se nos infunde con la sangre de las venas. Quítales a las cosas el amor y les quitarás a las cosas su naturaleza. Amamos, aunque no queramos, igual que somos amados. Esto es lo que hace que quienes rechazan amar lo que es debido terminen amando obcecados lo que es indigno amar.

1.7.742 Conoces a Justina Gómez, que tiene gran fama entre las vestales, ¿verdad? Ama locamente a Alfonsina Albuquerque, a Juana Meneses y a Antonina de Castro, que pertenecen a la misma grey. Lo mismo que no niega su amor, reconoce ser amada. Decía el otro día:

> 1.7.743 «Estos lugares retirados, que se creen consagrados a la castidad, habiendo sido expulsado Amor de ellos, los ocupa Amor bajo otra forma. Nos cubrimos con el velo; Amor se cubre con nosotras. Está oculto a los ojos y no se le ve, pero vive en los tuétanos y late en las venas. La sangre fluye por nuestras venas y no está en nuestro poder que no fluya. Amor incendia las venas y tampoco está en nuestro poder que nuestras venas no ardan cuando las inflama Amor. Puesto que no nos está permitido amar las cosas de afuera, nos amamos entre nosotras».

1.7.744 El amor es el alimento del alma. Ha habido quienes han bebido su propia orina para calmar su sed; ha habido quienes desgarraron sus propios miembros a mordiscos presionados por el hambre. De manera semejante, si a la mujer se le niega el acceso al varón y al varón el acceso a la mujer, se consumirá el varón por el varón y la mujer por la mujer. El amor que de modo natural lleva al otro sexo se volverá indignamente sobre sí mismo, si se le cierra el camino.

1.7.745 Si tienes que aliviar la vejiga y te lo prohiben, mearás a pesar de todo. Te mearás encima, si te falta el orinal. Y la mujer es un orinal. ¿Te aprieta Amor y es un crimen amar? No por ello dejará de encontrar salida el amor.

1.7.746 ¿Cuántas pasiones no se desbocan por esta pudibundez, que aplauden los miserables y los intoxicados por el error, pero que la naturaleza rechaza? En aquellos tiempos

agradables y áureos eran pocos quienes profesaban tales ideas e incluso esos eran viejos. Se actuaba con mesura. ¡Qué tonterías! Será un necio quien pida a un viejo agotado y decaído que realice las tareas de un adolescente y tenga su resistencia. ¿Y será sabio quien pretenda que la juventud rozagante y llena de vigor se suma en el torpor de la invernal senectud?

1.7.747 Pero continúa tu relato, Octavia, tú que has nacido bajo astros más propicios.

Octavia. 1.7.748

> 1.7.749 «Por tus ojos, que son mis astros,» decía Roberto «tendré mucho cuidado de que no me afecte tal oprobio. Me crearé una nueva fama con nueva virtud. Mereceré que se me considere tuyo».

Tulia. 1.7.750 Son muchos quienes claman que el trato con las chicas es un obstáculo para que se manifieste la virtud de los adolescentes. Y se equivocan obcecados. 1.7.751 He

conocido a muchos tarambanas y glotones a los que la frecuentación de mujeres honestas, como somos nosotras, ha conducido a una mayor frugalidad; junto con el placer encontraron la verdadera honestidad. Lo que la virtud no había conseguido por sí misma lo logró con esta ayuda. Les agradó la virtud que les hacía agradables a ellos mismos.

1.7.752 Las costumbres de los jóvenes de una ciudad cercana eran de lo más depravado. El Senado condenó repetidamente las pasiones venales y las argucias de los alcahuetes. Pero los adolescentes vivirían antes sin aire que sin frecuentar a las mujeres. Dirigieron sus ojos y sus amores hacia las jóvenes decentes, las cuales, por mandato de sus padres, recibían con rostro alegre a los que buscaban relaciones honestas, mientras que despreciaban a los que no querían reformarse. 1.7.753 Los encantos de la mujer ingeniosa persuaden a quien no persuadiera Platón. Apenas había

pasado un año y ya los [1.7.754] *cerdos de la piara de Epicuro* se habían orientado hacia la virtud masculina con una rápida mutación de sus costumbres.

[1.7.755] Si le guía la esperanza, cosa a la que el enamorado es tan proclive, ¿hasta dónde no seguirá a la virtud, ya le conduzca por en medio de las zarzas o le reclame desde unos riscos? Cada sexo ha de ser apaciguado por el otro, no por el alejamiemto recíproco. Los varones siguen a las mujeres que les preceden, conducidos por la fuerza de la naturaleza. Si son buenas, les conducirán a la fama; si son malas, propiciarán sus villanías. [1.7.756] Pero continúa tu relato.

Octavia. [1.7.757]

[1.7.758] Roberto decía:

> «Me muero de amor. ¿Por qué pone Sempronia tantos obstáculos a mi felicidad?»

[1.7.759] Me madre alcanzó a oirlo y le repuso:

1.7.760 «No la obstaculizo en modo alguno, pero a Venus le agradan las demoras. Los placeres del amor crecen con la dilación. Mas voy a ser generosa con vosotros. Id, id a la cama», concluyó sonriendo.

Tulia. 1.7.761 Ya veo. Lo que dijo fue: id a la coyunda, id a la vida. Dio el toque de clarín para que comenzasen las hostilidades.

Octavia. 1.7.762 Nos dio un beso a cada uno y luego Manilia nos condujo a la pelea. Me quitó la ropa y me colocó desnuda en el lecho. Roberto saltó adentro.

1.7.763 «¡Al fin,» dijo abrazándome «sumo bien mío, mi felicidad toda!»

1.7.764 «¡Que aproveche a los felices amantes!» añadió Manilia. «Y no apago estos cirios, Roberto, para que a tu triunfo no le falte la luz que merece».

1.7.765 «No cabe duda» dijo Roberto «de que el tierno cuerpo de una joven

hermosa es el carro triunfal del Amor. Llevado por este carro tuyo, Octavia, iré por este tenebroso camino» (y me pellizcaba el pubis) «hacia la gloria».

1.7.766 Recorría con sus manos mi vientre, mis piernas, mi pecho, explorándolo todo con curiosidad. Enseguida se le infló el tendón al chaval.

1.7.767 «Colabora, colabora, Venus mía,» pidió, 1.7.768 dándome un beso.

1.7.769 «Colaboraré» le respondí «y te auxiliaré como quieras. Servirte a ti será como reinar. Tal como me desees, así me tendrás».

1.7.770 «¡Juguetona!» intervino Manilia aproximándose con presteza. «Hay que actuar y no que hablar. Quiero prestar a ambos un favor y que mi ayuda aumente vuestros placeres con nuevas delicias. Estás bien empalmado, Roberto; adelante. Derrama tus anhelos y derrámate

tú mismo sobre este pecho níveo de Octavia».

1.7.771 «¡No, madrina!» le repliqué. «¿Quieres acaso presenciar mi ignominia? Vete, te lo suplico».

1.7.772 «¡Qué boba eres!» repuso. «¿No te fias acaso de tu nodriza, niña mía? Ataca, Roberto, pero ataca con bravura heroica a esta incomparable heroína tuya».

1.7.773 Mientras ella hablaba, Roberto se abalanzó sobre mí y golpeteó mis bajos con su ariete, pero hubo de colaborar Manilia, quien echó mano a la despistada y titubeante cola:

1.7.774 «Ven aquí, fugitiva,» decía «a este penal de Dione. Aquí te reclaman los servicios que debes a tu dueña».

1.7.775 Palmeando luego el culo del mozo con la otra mano, la empujó hacia adentro.

Inmediatamente devoré al chaval, reduje a la rebelde. Manilia me dijo que no me moviera.

1.7.776 «Levanta la pierna izquierda, Octavia, y extiende la otra» continuó.

1.7.777 Así lo hice.

1.7.778 «Tú, Roberto, sacude a tus amores de manera ligera y repetida. Por lo que a ti se refiere, Octavia, bésale, pero no te muevas».

1.7.779 Así lo hacemos.

1.7.780 Y añadió: «Cuando uno y otro sintáis que las cosquilleantes espumas del gusto desbordan vuestras libidinosas entrañas, tú, Octavia, da un suspiro y tú, Roberto, mordisquea a Octavia».

1.7.781 Majaba él mientras tanto con un repiqueteo firme, pero sensual y reposado. Yo le abrazaba y le besaba, pero no me movía. ¡Oh santa Venus! ¡Oh Tulia querida! Noté que me iba. Lancé un suspiro.

1.7.782 «Ahora, ahora, Roberto,» insistió la nodriza alcahueta «colabora, colabora con Octavia. Que tus caderas se agiten con rapidez».

1.7.783 Aceleró él y redobló los golpetazos. Tardó poco en mordisquearme el cuello, tirando de la piel. Proferí un gemido.

1.7.784 «¡Vamos, vamos!» repetía Manilia. «Refuerza los empellones de Roberto con tus réplicas. Levanta el culo, sacude sin miedo hacia arriba. ¡Muy bien, discípula! Creo que ni Lais agradó más por la flexibilidad y la movilidad de sus caderas».

1.7.785 El primor de chico empezó a correrse y yo sentí que mis entrañas amorosas resultaban anegadas por un mar de fuego. No por ello reduje mis movimientos de cintura ni mis ánimos. Nunca se fue hacia la meta venérea con más ligereza.

1.7.786 Manilia acariciaba mi culo con una mano y con la otra el de Roberto. Luego cogió mis papillos con la punta de los dedos y los apretó y comprimió un rato, al tiempo que manoseaba los adosados testículos del caballero y los exprimía con suaves apretones. 1.7.787 El doncel se separó de mí y la nodriza se marchó aplaudiendo, una vez concluido el espectáculo.

1.7.788 El chaval se tumbó a mi lado y le dí innumerables besos, diciéndole:

1.7.789 «¿Me quieres? ¿Te han complacido mis regalos venéreos? ¿No te arrepientes? ¿No te cansas de mí?».

1.7.790 «Pregunta más bien, señora,» respondió «si me canso de estar en los cielos con Júpiter y Juno y con los dioses supremos».

1.7.791 «Pues» le repuse yo «los hombres se precipitan impacientes hacia los

brazos de las chicas, pero luego se arrepienten».

1.7.792 «Pero tú no eres una chica» adujo «como el resto de nuestras jóvenes. Tú eres la diosa del placer. Si llegase a saciarme de ti, también lo haría de la felicidad celeste y de los manjares divinos» …

(*Aquí faltan varios folios del códice manuscrito*.)

Octavia. 1.7.794

1.7.795 … «no he podido dormir en toda la noche. Fuertes golpes hacían retumbar el techo; temí que la habitación se viniese abajo. No me cabe duda alguna de que estábais de juerga. Esa Diana se te convirtió en un Apolo asaeteador. No te ruborices, Octavia mía, pero te atravesaba, alanceaba a tu Pitón. 1.7.796 Esta mañana, cuando se ha despedido al marcharse, la estreché contra mi pecho. No he notado

que del pecho de tu Diana surgiese ningún bulto mamario ni tampoco vi ninguno. Y me dio un beso más sentido que los femeninos. Pero su rostro ya no tenía ese color vivo y resplandeciente del que hacía gala ayer; había empalidecido por los esfuerzos nocturnos».

1.7.797 «Te equivocas, Leonor» le contesté. «No tuve varón en mi lecho de viuda. Pero, y me avergüenza confesarlo, ejecutamos una lid cupidínea en los papeles de Safo y de Andrómeda. ¡Si hubieses visto, Leonor, los incipientes globos de sus tetas! Estarías sofocada. ¡Si hubieses visto lo que no era un verdadero coño, sino un coñito! Estarías fuera de ti. La complací como marido y ella me complació a mí como mujer, enfurecidas y sudorosas ambas como tríbades».

TULIA. 1.7.798 Enemunda, la hermana de Fernando Porcio, tenía una espléndida figura.

Y Francisca Bellina, que también era muy guapa, era amiga de Enemunda. No podía saberse quién amaba más a quién. Dormían juntas con frecuencia en casa de Fernando. 1.7.799 Fernando acosaba a Francisca de manera velada, como le gusta a Venus que sea. La muchacha se sabía deseada y se felicitaba por su hermosura.

1.7.800 Un día el adolescente se tiró de la cama al despuntar la aurora, desasosegado por el deseo. El soplo frío de la brisa aplacaba sus ardores en una galería. Desde una habitación próxima se oía el ronroneo del trémulo movimiento del lecho de la hermana. La puerta estaba abierta. Este descuido de las mozas le vino de perlas al amante, con la ayuda de Venus. 1.7.801 Entró y ellas no le vieron, obcecadas por la concupiscencia, ebrias de concupiscencia. Francisca era la que montaba y azuzaba a Enemunda a la carrera, ambas desnudas.

1.7.802 «Diariamente ponen cerco a mi pureza» decía Francisca «las pijas más nobles y más cachondas. Yo elegiré, amiga mía, la más lozana de ellas, pero seguiré siendo tuya. Quedarán así satisfechas tus inclinaciones y las mías».

1.7.803 Y al decirlo la zarandeaba a conciencia. Fernando se lanzó desnudo a la cama. Las jóvenes se asustaron tanto que ni a moverse se atrevieron. Apresó a Francisca entre sus brazos, que se hallaba agotada por la carrera. La besó y le dijo:

1.7.804 «¿Te atreves, desvergonzada, a mancillar a mi hermana, tan santa, tan casta? Serás castigada. Vengaré las injurias inferidas a mi casa. Aguanta tú mis furores como ella ha aguantado los tuyos».

1.7.805 «Hermano mío, hermano mío,» repuso Enemunda «perdona a quienes se aman; no nos expongas a la vergüenza».

> 1.7.806 «Nadie lo sabrá» añadió él. «Si ésta me favorece con su coño, mi lengua os tratará bien a ambas; nadie lo sabrá» …
>
> (*Falta una gran parte del manuscrito.*)

Octavia. 1.7.808 … prohiben que se pinten cuerpos desnudos los nuevos sabios, los nuevos Catones, quienes, si descendieron del cielo, sería desde luego del cielo de la luna.

Tulia. 1.7.809 Cuanto más torpe e insensato sea un hombre, tanto más soberbio será. Te esforzarás en vano si buscas en ellos sentido común o erudición. Pues la naturaleza, madre de las cosas, nos forjó desnudos. Dios no es ni sastre ni costurero.

1.7.810 El uso de los vestidos se inventó para proteger de las agresiones de los vientos y de las tempestades, no porque ningua parte de nuestros cuerpos fuese indigna de loa, no

porque de las manos de tan excelso artífice saliese nada deshonesto y torpe ni que haya que tapar. La hermosura de los cuerpos consiste en la correcta armonía de sus partes; nada de ella reside, por Hércules, en la ornamentación de los vestidos.

1.7.811 La obra máxima de la mente eterna es el cuerpo humano. ¿Quién lo negará? Es en este ejemplar en el que mejor se manifiesta la habilidad del creador. Quien lo tape, lo desprecia. Si no hubiese querido que se viera, ¿le faltaba poder para hacerlo? ¿Le faltaba la técnica? ¿Crees que esperaba que obra tan admirable fuese rematada por nuestas artes y nuestra dedicación? Quien así lo crea, estará loco.

1.7.812 Sobre la mayor parte del globo terráqueo viven gentes desnudas, tal como fueron creadas. Y hay lugares en los que el calor agobiante de los cielos y del aire impide el

uso de vestidos. Que lo tengan en cuenta estos linces. [1.7.813] Allí donde impera la fuerza de la naturaleza, muestra desnudos los miembros de los hombres y sus traseros. En esas regiones no hay partes del cuerpo de las que avergonzarse; no hay partes indecentes. Estar desnudo no es reprobable. ¿O será acaso que la misma fuerza de la naturaleza quiera que en otros lugares se oculten, como siendo indecentes, y que se cubran, como si fuesen faltas suyas, cometidas sin hacer caso de nadie? ¿Querrá que sea indigno que se vean? Que lo consideren estos listillos.

[1.7.814] Los griegos, notables por su ingenio y sus dotes artísticas, representaban desnudos a los héroes y desnudas a las heroínas. En Roma vi una estatua de Alejandro, obra de Praxiteles. El descendiente de Hércules sostiene la piel del león en uno de sus brazos, pero el resto de su cuerpo está desnudo. Quien vea el

cuadro del emperador Carlos, émulo de Alejandro, no verá más que la cara y las manos del príncipe; todo lo demás que vea no será suyo. Estos son cuadros de ropas, no de personas. 1.7.815 Hablaría a tontas y a locas, Octavia, quien dijese que te había visto sin haberte visto nunca desnuda. Así es como la escultura y la pintura renunciaron a su dignidad. Los escultores y los pintores actuales ignoran las ciencias y las artes, con la excepción de alguno que otro. Inútiles y borrachos, su arte carece de todo arte. La pintura se aparta de la pintura, el arte del arte.

1.7.816 Pero hay el peligro, objetan, de que, si pintan hombres y mujeres desnudos, estén proporcionando algún tipo de incentivo prestigioso al vicio. ¡Pamplinas! Nuestros compatriotas que residen en India o en América, donde las partes de las chicas se exhiben libremente, no por ello sienten deseos

concupiscentes. Se acostumbran al espectáculo y el deseo se embota con la costumbre.
1.7.817 Créeme, Octavia. Nosotras nos tapamos con todo cuidado, nos preocupamos por negar a los ojos la contemplación de nuestros encantos y eso es lo que inflama al máximo los corazones de los hombres. Se forman la idea de algo mucho más importante de lo que luego descubren. Tras habernos entregado a ellos, ya no están tan fogosos. Al instante se marchitan los encantos a los que pocos días antes adoraban sin haberlos visto.

1.7.818 ¿Lo prohibe la ley? Con ello no hace más que añadir atractivo a lo prohibido. La mayoría sería más casta si fuese más libre. Que fluya el vino como el agua por los ríos; apenas te tropezarías con algún que otro borracho. Anden desnudas las mujeres; no se inflamaría entonces el amor con tantas bajezas como lo hace ahora. Para quienes se han pintado las vírgenes desnudas en los cuadros,

a esos no les afecta verlas, no se alteran; lo rutinario de su contemplación les ha vuelto de mármol. [1.7.819]Esos otros sabios necios malinterpretan el asunto conforme a su propia mentalidad. Teniendo sus mentes dirigidas hacia la tierra, se sienten inclinados a cualquier vicio. Y tampoco el estudio de las buenas artes, que ignoran por completo, corrige ni mitiga su natural malignidad. Para quienes son buenos y doctos otras …

(*Falta mucho en el manuscrito*.)

TULIA. [1.7.821]

[1.7.822]… «¿lo aceptas?»

[1.7.823]«No tengo más remedio que aceptar la ley,» contestó sonriendo «pero no prometo cumplirla. Pues quiero tenerte por amiga, hermana, no por enemiga. Consideras un crimen la payasada a que me condujo el atolondramiento del muchacho. No era más que una broma. Sea

como fuere, acepto tus normas. Pero libera al chaval de tu enojo; dirígelo contra mí».

1.7.824 «Ya lo veré» repuso Judit. «Es hijo de un primo mío y de una concubina, moza encantadora, y no debo tenerle inquina. Tampoco mi pecho es de bronce. Lo único que quiero es que te sometas a cualquier cosa que te ordene».

1.7.825 «Me someteré» contestó Lucía.

1.7.826 «Me ocuparé de todo; no temas nada de tu marido» añadió Judit. «A él le gustan los bosques, no las nupcias. Y bien sé que Procris no era de mucha utilidad para el incansable cazador Céfalo. Voy a ponerte una fíbula».

1.7.827 Ante esta amenaza manó abundante llanto de los ojos de la joven y Judit sintió que se ablandaba su feroz ánimo. Retiró las sábanas ofuscada y, al ver expuestos

los magníficos encantos del cuerpo juvenil, exclamó:

1.7.828 «¡Oh, Venus áurea!»

1.7.829 Y se quedó muda. Poco después recuperó el habla para decir:

1.7.830 «Juno protegerá a la desgraciada».

1.7.831 «Perdóname, hermana» decía Lucía. «Permíteme conservar mi sexo. Puesto que soy mujer, ¿ya no lo seré más que con permiso de la fíbula? Perdóname, hermanita».

1.7.832 Mancia y el zagal se habían marchado. Judit dijo:

1.7.833 «¡Qué bella estás con tu tristeza, Lucía, hermana mía y hermana de Hebe! ¿Quieres ser mía? Si lo fueses, yo dejaría de pertenecerme».

1.7.834 «Lo quiero» repuso Lucía «pero ya sé cuáles son mi desdicha y tu rigor».

1.7.835 Judit dio un beso a la llorosa y le dijo:

1.7.836 «Has ablandado mi duro pecho. No sólo has sacado chispas de este pedernal, sino que has provocado un incendio amoroso».

1.7.837 La dio un beso y se vió invadida por nuevos ardores. Añadió:

1.7.838 «Lo único que te ruego es que me ames a mí y odies a Juan. Sírveme con servidumbre y tal esclavitud te convertirá en reina».

1.7.839 Lucía prometió que haría cualquier cosa que ella quisiese.

1.7.840 «Esta noche dormiré contigo» dijo Judit. «Seré un varón para ti, que serás una recién casada».

Octavia. 1.7.841 ¡Ja, ja, ja!

Tulia. 1.7.842 Y durante toda la noche mantuvo ocupado el lecho de la chica con sus

furores. La dió miles de besos, la zarandeó incansable y mortificó los delicados miembros con la desbocada actividad de sus corrompidas manos. Se marchó al amanecer.

1.7.843 No se la vio enfadarse con Juan durante los días siguientes, pero éste se sentía miserable por la prohibición de presentarse ante su dueña. Por ello estaba transido de dolor y se sentía morir. Fue a ver a Mancia y le dijo:

1.7.844 «Oh, Mancia, estaba fuera de mí; es a ti a quien verdaderamente amo».

1.7.845 Terminaron follando[1] y por ese rodeo logró Juan la unión con Lucía.

---

[1] Puede que parezca abusivo traducir así a nuestro idioma *veniunt in amplexus*. La oración latina está dotada de una profunda ambigüedad, permitiendo a los bienpensantes entenderla como *terminaron abrazándose* o *cayeron uno en brazos del otro* o *así se reconciliaron*, como rezarían las versiones habituales. Este traductor hubiese deseado ser capaz de reproducir en español la chispeante pirueta

1.7.846 «Me mata la rabia, Mancia, luz mía, me muero. Esa ingrata y pérfida me ha aniquilado; ¿sucumbiré yo sin vengarme? No pereceré si quieres que viva para ti».

1.7.847 «Te ayudaré» le contestó Mancia «pero ¿qué es lo que estás tramando? ¿Qué intentas hacer?»

1.7.848 «Quiero subyugar a esa soberbia, patearla sobre el fango».

---

conceptual originaria, pero, al no poder remedarla debidamente (quizá su aproximación más lograda fuese *terminaron por reconciliarse a fondo*), ha preferido traer al primer plano el significado que, por más recóndito, más fácilmente hubiera podido pasar inadvertido, cuando tanto el resto de la cláusula como el de la historia son prueba inequívoca de su preeminencia. Así lo entendió también el primer traductor al francés, quien lo vertió como *ils firent l'affaire ensemble* (*L'Academie des dames A Cologne, chez Ignace le Bas*: 312). Una reconciliación parecida es la de 1.6.458.

1.7.849 «No entiendo bien lo que maquinas» dijo ella. «¿No querrás más bien majarla sobre el lecho que sobre el fango?»

1.7.850 «Preferiría» repuso Juan «revolcarme con Tisífone, entre cuyas sucias ingles abre su boca el infernal sapo, o tirarme a Caronte».

1.7.851 «Júralo entonces» replicó ella.

1.7.852 «Lo juro» dijo él «por todos los dioses, por todas las diosas, incluso por ti misma lo juro, que serás mi diosa suprema, si me ayudas».

1.7.853 «Te ayudaré, no lo dudes. Te aseguro que alabarás la fidelidad y la ingeniosidad de mi colaboración. Si tienes algún arrojo, coño, te atreverás a odiar a la señora, que te desprecia de tan mala manera» …

(*Faltan algunas cosas*.)

Tulia. 1.7.855

1.7.856 … «he engañado a la astucia con la astucia, ama. La vía que me conducía a la felicidad era tortuosa».

1.7.857 «Muy ingenioso, dulzor mío» contestó Lucía. «Judit me ama descaradamente y me atormenta con un amor depravado, por lo que la odio. Enloquece, pero se esfuerza en vano. Preferiría amar a las serpientes».

1.7.858 La vehemencia de su deseo hacía arrechar al mozo; tenía una erección enorme. Lo vio Lucía con ojos ávidos y le dijo:

1.7.859 «Mi alma huye de mí, alma mía; huye hacia ti».

1.7.860 Y cubría de besos al mancebo.

1.7.861 «También yo me muero, señora; no tenemos nada que temer» le respondió Juan.

1.7.862 El rostro de la muchacha se cubrió de rubor y comenzó a temblar y a asustarse.

[1.7.863] «Aleja de ti ese pudor ridículo» la increpó Juan. «Permite que atraviese a tal monstruo con esta lanza».

[1.7.864] Lucía sonrió. Imagínate a Venus con Adonis …

(*Falta mucho del manuscrito*.)

Octavia. [1.7.866] … Margarita, doncella de carácter y apariencia divinos, se había casado unos días antes con el conde Manuel. Era digna de que la amase Roberto y hasta creo que yo le perdonaría, si la amase.

Tulia. [1.7.867] Y si los amores agraviados supiesen perdonar.

Octavia. [1.7.868] Con sus increíbles sagacidad e inteligencia supera a todas las demás mujeres, aunque sean de más edad, y con su belleza destaca entre sus compañeras, por muy guapas que sean. [1.7.869] Pero, a pesar de su gran fortuna y de lo elevado de su alcurnia, su

humanidad, su afabilidad y su bondad son tales que todo el mundo la alaba.

1.7.870 Ha sido Luis Vives, por Hércules, quien ha inculcado en la moza tales virtudes con sus explicaciones y sus enseñanzas, así como los primeros goces con sus prácticas. ¡Feliz la que nació bajo vuestras estrellas, oh Apolo, oh Venus! 1.7.871 Tanto Margarita como Rodrigo mostraban gran afición por el saber y su madre, Catalina Herrera, puso todo su empeño en favorecer tales inclinaciones y en desarrollar su talento. Confió su educación a Luis, con mucho el más docto de nuestros contemporáneos.

1.7.872 La niña le gustaba enormemente al preceptor y la amaba apasionadamente. El varón respetable se avergonzaba de ello, pero también se complacía; quería y no quería. ¿Qué podía hacer? Aman incluso quienes no quieren y hasta a las que no quieren; la elección amorosa no es libre.

1.7.873 Un buen día la madre había salido. No temía por su hija ni desconfiaba de Luis. La había dejado sola con él en la casa, casa en la que el varón, venerado por su pasmosa sabiduría, imperaba. Sucedió que ese día disertaba sobre la estructura del cuerpo humano. Llegó el turno de que hablase del corazón y dijo:

> 1.7.874 «Esa es la maravillosa sede de todos los afectos humanos. Ahí nacen tanto el amor como el odio. De ahí toman su origen las cosas malas y las buenas. De ahí provienen los tumultos y los asesinatos, que hacen perecer al género humano antes de tiempo por el ejercicio de la violencia; de allí proviene la atracción de los sexos a través del amor, gracias a la que el mismo género humano crece y se propaga mediante la reproducción. 1.7.875 ¿Crees, Margarita, que el amor aventaja al odio?»

1.7.876 «Hasta el día de hoy» respondió ella «no me he sentido afectada ni por los consejos perturbadores del odio ni por los del amor, puesto que soy pura y buena».

1.7.877 «Pero ya has alcanzado una edad» le repuso Luis «en la que las venas de las personas sanas se enardecen con ciegos ardores. Tú gozas de excelente salud. Y amas (no te pongas colorada) al conde Manuel, mancebo agradabilísimo. Le amas, Margarita, le amas y eso me alegra».

1.7.878 «Amo» contestó ella «a quien mi excelente madre me ha asignado como marido; mentiría si lo negase, cosa que sería completamente ajena a las costumbres que me has inculcado».

1.7.879 «Y fuera de eso» insistió Luis «¿no amas nada más? ¿Acaso me odias?».

1.7.880 «No te odio» replicó ella «sino que te amo profundamente. Sería una ingrata, si no te amase».

1.7.881 «Luego, si yo también te amase apasionadamente, a ti, que eres tan hermosa, tan inteligente» continuó Luis «¿no me tacharías de infame?»

1.7.882 «No lo haría» replicó ella. «Te daría las gracias y (quiéranlo los dioses) te correspondería con el mayor interés».

1.7.883 Mientras así hablaba se unió a ellos Rodrigo. Luis cambió de tema.

1.7.884 «El corazón es una especie de taller de los afectos (a los que vulgarmente se llama *pasiones*)» continuó diciendo «y la mente tiene su sede en el centro del cerebro, en una parte compacta llamada *glándula pineal*. Es cosa de lo más notable. 1.7.885 Vuelan hacia allí continuamente desde el corazón las chispas más sutiles de la sangre, a las que se da el nombre de *espíritus*, y, una vez influenciados por la mente, provocan agitaciones y movimientos por obra y gracia de

los órganos corporales, como corresponda. 1.7.886 La virtud y la honestidad ensalzan aquellos afectos que están atemperados por la mente; los que son rebeldes y anárquicos los condenan la virtud y la honestidad. ¿Qué persona justa considerará malo que odiemos a quienes nos infieren injurias y perjuicios? ¿Quién dejará de alabar que se alabe y se ame a quienes nos aman y nos colman de dones?»

1.7.887 «Ya entiendo» intervino Margarita sonriendo. «Nunca podrá reprochárseme a mí con justicia el defecto de ser ingrata, si mis esperanzas no son vanas».

1.7.888 La lección del día siguiente consistió en una larga disertación sobre los detalles externos e internos del corazón y del cerebro, así como del pecho, y se impartió de tal manera que fue como si la sabia doncella los tuviera ante los ojos.

1.7.889 «Pero, puesto que vas a casarte tan pronto, divina Margarita,» añadió «te interesa saber, por Venus, la ubicación, la apariencia y la utilización de las partes mediante cuyo sorprendente y agradabilísimo uso los seres mortales se equiparan a los inmortales en las ceremonias de Himeneo. Pues el hombre y la mujer se ven impulsados hacia las nupcias por el placer, como si fuese un cebo».

1.7.890 Y acosó a campo abierto a la impaciente víctima con una excitante disertación. Margarita vio ante sus ojos al mismo Himeneo en pelotas y se puso a cien. Sentía arder en su pecho una nueva ansiedad. Luis se dio cuenta del desenfreno de la virgen y él mismo se puso fuera de sí, diciendo:

1.7.891 «Al héroe que te despoje de tu virginidad de heroína, que te la arranque, Margarita, yo le consideraré sin duda más

feliz que Júpiter. ¿A cambio de qué, diosa, te has entregado a un ser mortal? ¿Qué bienes terrenales podrán compensar tal regalo? ¡Infeliz de mí!»

1.7.892 «Tanto los dioses supremos como yo misma te trataremos mejor» replicó ella.

1.7.893 «Sé tú benévola conmigo, Margarita» suplicó Luis. «Si tú me ayudas, me ayudarán también los moradores del cielo, aunque no quieran».

1.7.894 La virgen se puso colorada y se mantuvo callada.

1.7.895 «¿Ves? ni siquiera me hablas; ¿qué puedo esperar de ti, mísero de mí?» arguyó Luis.

1.7.896 «No te diré nada» replicó Margarita «pero ¿qué quieres que haga?»

1.7.897 «¡Qué hermosura! ¡Qué flor de juventud!» 1.7.898 Suspiró. 1.7.899 «Me equiparas a los dioses» dijo Luis.

1.7.900 La doncella callaba y mantenía los ojos fijos en el suelo. Los marfileños hombros estaban cubiertos por una capa de seda, sujeta con un broche de oro. No tenía más vestimenta interior que la camisa. Su pecho estaba suelto, libre la vía hacia las tetas. 1.7.901 Dominado por el furor venéreo echó mano apasionadamente a una y a otra, que eran pequeñas, marmóreas, relucientes. Las sorbió con besos maritales.

1.7.902 «¿Qué es esto?» gimió la virgen y abundantes lágrimas regaron sus mejillas.

1.7.903 «¿Provoco tu odio, diosa mía?» preguntaba Luis.

1.7.904 «No lo haces» repuso ella «pero no quiero entregarme».

1.7.905 «Pero tampoco te resistías» señaló Luis.

1.7.906 «Tampoco quiero negarme» dijo ella.

1.7.907 «¿Qué es pues lo que quieres, virgen querida?» inquirió Luis. «Ni quieres darte ni negarte. Sin duda te niegas, si no quieres entregarte».

1.7.908 Y a las ardientes palabras mezclaba cálidos besos.

1.7.909 «Si me entregase,» repuso Margarita «te daría como obsequio a una perdida. Si me negase, sería de una ingratitud reprobable».

1.7.910 «Ya entiendo, ya entiendo» exclamó Luis. «Quieres que, si soy hombre, te tome por la fuerza, pero no quieres, puesto que eres casta, que te proponga cometer una falta».

1.7.911 «Hasta hoy no alcanzó a mi espíritu ni siquiera la sombra de un pensamiento impuro. No son más puros los rayos del sol que mi mente y mi espíritu».

1.7.912 «Bien sé» dijo Luis «que eres más pura que la pureza».

1.7.913 Diciendo esto le quitó la esclavina y la capa, tras soltar sus cierres. No quedaba más que la ropa interior, que era de lino y apenas tapaba las vergüenzas como una nubecilla. Margarita lloraba, pero no hacía nada para impedirlo. Se ponía roja, empalidecía, pero no trataba de hacer nada más.

1.7.914 Había en una esquina un camastro para una sola persona, cubierto con una colcha de seda negra. Luis llevó hacia allí a la trémula ovejita, dirigiéndola con el prominente cayado venéreo. Ni siquiera el pastor aquel del Anfriso fue más querido por Diana.

1.7.915 «Siéntate entonces en la cama, diosa mía» dijo.

1.7.916 Ella se sentó. Luego él la tumbó en medio de la plaza (que así es como llamaba al catre).

1.7.917 «Pues de este modo es como se practica la guerra y se desarrolla la pugna» decía.

1.7.918 «¡Mísera de mí!» decía Margarita. «No ofendas mi vergüenza. Si me amas, respeta mi pudor. ¿Qué es lo que he hecho, desgraciada? ¿Qué es lo que tú no harás? Estoy realmente muerta».

1.7.919 «Haré que mis abrazos» repuso Luis «te den acceso al tipo de vida de los dioses, como me sucederá a mí con los tuyos».

1.7.920 Entre tanto le había subido la enagua por encima del pecho. Se pusieron al descubierto innúmeros encantos. Venus se ofreció de mil formas al desbocado deseo. Tanto el pecho como el vientre o las piernas, todos de gran belleza, se acercaban a lo milagroso. El terreno del deseo sobresalía mullido. No hubieses percibido la fisura en la que se encuentra el camino hacia el cielo. Hubieses creído que fuese la línea pintada por Apeles para vencer a Protogenes.

1.7.921 «Ahora se decidirá mediante la batalla» dijo Luis «a quién otorgarán los Amores el dominio de esta fortaleza. Y he aquí que saco todas mis fuerzas de su acuartelamiento».

1.7.922 Soltó los calzones y exhibió las armas viriles a la temblorosa virgen. La verdad es que la tenía magníficamente tiesa, de nueve dedos de larga[1] y todavía más gruesa.

1.7.923 «¡Ay, madre!» exclamó Margarita. «¿Podrías imaginar, querida madre, que me sometiese a esta ignominia? Soy una depravada. Ya no soy nada».

1.7.924 «Bobadas, puras bobadas» replicó Luis. «¡Anímate, diosa! Estoy seguro de que te alegrarás y triunfarás, anegada por el goce sumo».

1.7.925 Admiraba sus piernas y la mejor y más sagrada zona de la concupiscencia.

---

[1] Unos 16 cm.

Manoseó el pubis rizado, sedoso, que parecía haber sido tejido por la misma Venus con sus manos. Dirigió su ávida mirada al coño. Separó sus postigos y toqueteó hábilmente la encendida raja con su trémulo dedo.

1.7.926 «Bajo esta flor purpúrea» dijo «veo recostada a la hermosa virginidad. ¡Ya está bien, virginidad! ¿Qué pintas aquí, inerte y ociosa? ¡Fuera de ahí, motivo de necia alabanza entre los necios! ¿Por qué, enemiga del género humano, aniquiladora de su perpetuación, defraudadora de los amores, agobias a mi dueña? Muere. Yo te daré la muerte».

1.7.927 Y no perdió el tiempo tras decirlo. Colocándose sobre el regazo de la joven, tensó el arco e introdujo el dardo con fuerza. Partió en dos a la tierna y delicada criatura, quien primero gimió, luego dió un gran suspiro y por último un clamoroso grito. Pues

irrumpió con fuerza y penetró con gran impulso el ferviente Himeneo en lo más recóndito del templo de Cupido. Cotito se remueve por dentro alborozada e induce a la lascivia. 1.7.928 ¿Qué más? Cae asesinada la hermosa virgen y revive una mujer más hermosa todavía; fue convertida en esposa.

1.7.929 Luis sacudía con contundencia. Ella no se movía; ni siquiera lo intentaba. Mas no pudo conservar por mucho tiempo su compostura y pronto emitió un gemido, pero de los que quiere Amor cuando está dándole al asunto, que son repetidos, anhelantes. Sus ojos comenzaron a dar vueltas en los párpados entornados y sus marmóreas cachas a trepidar; estaba fuera de sí.

1.7.930 «Me muero» dijo. «¿Qué tipo de galerna es ésta? Me voy de mí misma».

1.7.931 Mientras lo decía se soltó en un largo efluvio. Luis la sintió correrse y la ayudó.

[1.7.932]¡Venus santísima! Cuando pienso, Tulia mía, en todos estos placeres, me arde el interior de los tuétanos con una obstinada comezón. ¿No te sucede a ti lo mismo?

TULIA. [1.7.933]Estoy fuera de mí, boba; no interrumpas tu narración. Me encanta esta historia.

OCTAVIA. [1.7.934]Reanudó él las embestidas repetidas y rápidas, regodeándose en la gozosa tarea de marido. Pero no tardó mucho en derretirse él mismo y en aplacar los picores del fondo de la vena de la niña con los suavizantes torrentes de su lascivia. [1.7.935]Margarita enloqueció. Todo resto de pudor resultó anegado por la avalancha voluptuosa. Le besaba, le abrazaba. Agitaba brazos, muslos, piernas, caderas a uno y otro lado desenfrenada. [1.7.936]Es lo que suelen hacer los enfermos que se encuentran en la cama aquejados por la fiebre. Pues, aunque los amantes estén sanos cuando agitan en la

cama sus colas y cinturas, también están enfebrecidos, Amor, pero con tu inquieta y no obstante placentera fiebre.

1.7.937 Resumiendo, Tulia: se proporcionaron el uno al otro tal placer que sería máximo incluso para Júpiter y Juno, dioses máximos. Luis se portó de maravilla. No trabajó mejor Séneca el campo de Agripina ni Nasón cabalgó mejor a Julia, la de Augusto. ¿De qué te ríes? Incluso nunca te sacudió mejor a ti el sudoroso y anhelante Lampridio.

1.7.938 «Con este preludio has sido iniciada, Margarita,» le dijo Luis «a la liturgia nupcial. Pues mañana, una vez pactadas las nupcias, Manuel entablará contigo, como nueva desposada que serás, un verdadero duelo. Ahora acabas de cargar con un hombre, querida Margarita; tendrás entonces que acarrear a un asno.

1.7.939 Al mozo, que por lo demás es excelente y agradabilísimo, su tío paterno,

Rodrigo, suele llamarle Onosandro. Su picha arrecha alcanza los catorce dedos[1], qué monstruosidad, y se infla como las de los mulos».

1.7.940 «Ya sé que es un monstruo» replicó Margarita «pues Justina me ha advertido del peligro. Me crucificará. Pero también me dijo que, una vez superado el tormento, gozaré el doble. Ya lo veremos».

1.7.941 «Todo se desarrollará bien» continuó Luis «pues tu cuerpo es extremadamente dúctil. Pero tendrás que soportar lo que suceda con ánimo fuerte y constante».

1.7.942 «Y lo soportaré» añadió ella «pues Justina añadió que tiene una hermana delgada y grácil, que también se casó con un hombre dotado más de lo

[1] Unos 25 cm.

normal y como un caballo» (como tú misma sueles decir, Tulia). «Pero tú, Luis, me has agradado de maravilla. Manuel no me satisfará tanto, no lo dudes».

1.7.943 «Y tú me satisfaces a mí como nadie, reina mía» repuso Luis. «No hay nada más que desee en la vida, si te tengo a ti».

1.7.944 «Me tendrás mientras viva» contestó Margarita. «Has sido el primero en tomar posesión de mis amores; de ahí no te echará hombre alguno ni ningún periodo de tiempo».

1.7.945 «¡Qué felicidad la mía!» repuso él. «Aunque me falten todas las cosas, aunque me abandone el favorable soplo de la fortuna, solo con que tú estés conmigo tendré suficientes riquezas, suficientes bienes».

1.7.946 Y provocaba a la moza con sus besos repetidos mientras hablaba. Ella se defendía con otros besos. Confluían los ánimos por una y otra parte, despertándose de nuevo su deseo.

1.7.947 «Pero quiero que no ignores cómo debes ser, Venus mía, mi felicidad, en relación conmigo» continuó Luis «y cómo con tu marido. Esta advertencia será la cúspide áurea de tu variada educación».

1.7.948 «Tienes que convencerte en primer lugar de que tu marido ha depositado en ti su felicidad, mientras que tú has depositado la tuya en mí. Si así lo asumes, tolerarás el amor de tu marido, pero anhelarás, arderás por el mío. 1.7.949 Sean desinhibidos los intercambios amorosos entre nosotros, con bromas, jugueteos y caprichos. Cuando estés conmigo despójate del recato, no tengas ningún temor.

Cuando estés retozando con tu marido, en cambio, pon el máximo cuidado en conservar la decencia, como corresponde a las señoras respetables; hazle saber que te avergüenzas de permitírselo, de ser tan obsequiosa. 1.7.950 Que te avergüence incluso que sea tu marido. Que el miedo y el pudor pongan coto al desenfreno de los sentidos y repriman los deseos. Que se entere de que, aunque las rigurosas leyes del matrimonio te sometan a todas sus exigencias, nada de eso se le toleraría si de ti dependiera. 1.7.951 Pero, si me amas, no permitirás que el ansioso mozo alcance la felicidad del pleno goce en la primera ni en la segunda noche. Esto será para mí como una satisfacción plena».

1.7.952 Le dijo muchas otras cosas, dándole innumerables besos, lo que le hizo calentarse y decir:

1.7.953 «¿Ves, Margarita mía?»

1.7.954 Blandía un pene rígido y empinado. El rostro de la chica se cubrió de rubor, aunque no le faltó una sonrisa traviesa.

1.7.955 «Habla, por Hércules. ¿Qué es lo que decide la mente de mi amiga Margarita que haya de hacerse con esta picha amiga? Habla, pero despreocupadamente, como una ramera».

1.7.956 «Quiero» repuso ella riendo «que a quien se porta de modo tan insolente delante de tu chica y ofende con tanto descaro el pudor virginal se le meta en la oscura cárcel».

1.7.957 Y soltó una carcajada.

1.7.958 «Allí se le arrojará sin duda» contestó Luis.

1.7.959 La buena polla se sometía voluntariamente a la sentencia, encantada con la pena.

1.7.960 «Ven a la cárcel, pija altanera, ven, cumple la pena».

1.7.961 Voluntariamente y por su propio impulso se metió ella en la ciega cárcel del ciego amor. 1.7.962 ¿Quién no sabrá el resto?

1.7.963 Ya descansaban los dos relajados. 1.7.964 Margarita, enajenada por la concupiscencia, le decía:

> «¡Que me muera si no te amo más que al Amor! Es indudable que me has enseñado perfectamente las cosas de la naturaleza para que los demás me admiren. Y ahora me enseñas el uso de la vida, el uso de mí misma, para que sea más feliz. 1.7.965 Nunca querría hacer partícipe a Manuel de tu placer, si es que has obtenido alguno de mí. Querría entregarme sólo a ti y a ningún otro hombre. Pero ya te haré saber en qué medida tendré presente todo lo que me has prescrito».

1.7.966 ¡Qué cosa tan graciosa en su seriedad! Cuando se la introdujo en el tálamo

nupcial dijo que le dolía la cabeza. Su madre la replicó riendo:

> 1.7.967 «¡Pues claro! Dentro de muy poco sí que te dolerá de verdad la parte en juego, si se cumplen mis esperanzas. ¿Qué tontería es esa de pretextar un dolor fingido, hija? ¿Le has pedido acaso a tu marido que te perdone esta noche por tus temores? ¡Qué boba eres! Pero además ¿qué es lo que temes, insensata? Hiende, pero no mata. 1.7.968 Más joven que tú era yo cuando soporté cosas más graves de las que tú aguantarás. No pasaba de los doce años, pero todo me salió bien. Complace a tu marido y todo te saldrá bien a ti».

1.7.969 Diciendo esto la colocó desnuda en la cama. Pero ella se puso un calzón de seda, que estaba cerrado por todas partes de manera que Himeneo no tuviese acceso a ella. Vino Manuel y le dio un beso, que ella recibió con desagrado. Le caían las lágrimas.

1.7.970 «¿Por qué lloras, pasión mía?» le preguntó. «¿Acaso ves con malos ojos mi felicidad?»

1.7.971 Mandó salir a los criados, pero no les permitió que apagasen los cirios. Luego trató de estrechar entre sus brazos a la doncella tumbada boca arriba, pero ella se resistió y se apartó. El mancebo, que ya se había desnudado, estaba cachondo. Lo vio la moza y le pareció ver a la muerte. Se horrorizó. 1.7.972 «Pues» se decía a sí misma «destrozará los recovecos más recónditos de mis entrañas, machacará las vísceras; pero estoy protegida».

1.7.973 Manuel le estaba acariciando las tetas, que para sí hubiese querido Venus en el momento de salir de la concha. Ella le rechazaba. Luego echó mano a las piernas y a la entrepierna y las encontró acorazadas. Se sorprendió primero, luego se indignó y por fin se

cabreó. ¿Qué hacer? Siguió el dictado de su enojo.

1.7.974 «¿Qué socorro esperabas de este tipo de armadura?» le dijo.

1.7.975 Y en un instante la desgarró. Tampoco le costó mucho esfuerzo, pues Justina había saboteado la ingenua treta de su ama. Margarita protestó y se enfadó. Manuel la montó. Ella le increpaba:

1.7.976 «¿Por qué me maltratas? Antes me quitarás la vida que la dignidad».

1.7.977 Y golpeaba con los puños al ansioso. No por ello remitía la furia del amante en la consecución de sus propósitos. Y tras la lucha hubiese dejado expedito el sendero hacia el bien sumo, pues estaba próximo a conseguir la victoria. 1.7.978 Pero, cuando ella sintió que le fallaban las fuerzas, sin pensarlo, clavó las uñas en la cara del caballero, hiriéndole. Las cosas se pusieron entonces enconadas

y violentas. El adolescente se bajó indignado del jaco de la zagala; la doncella saltó de la cama. Se enfrentaban hostiles el uno al otro.

1.7.979 La madre oyó el jaleo y corrió junto a los que estaban dominados por la ira. Vio a su hija jadeante en una esquina bajo las cortinas, mientras que su yerno se miraba el rostro herido en un espejo situado junto a la cama y se lo lavaba con agua fría.

1.7.980 «¡Venus santísima!» exclamó. ¿Qué clase de bodas son estas? ¿A qué viene este mal genio? ¿Es así como celebráis las bodas, hijo mío, hija mía, y así como os amáis el uno al otro? ¿Qué es lo que veo?»

1.7.981 «No fue una esposa lo que me diste, dulce madre,» repuso Manuel «sino una tigresa. ¡Oh Himeneo! ¿Por qué capricho de los hados la que hasta hace poco

era la flor más apacible de todas las muchachas se ha transformado de repente en una cruel tigresa? Desde luego por nada que yo haya hecho. Mira, madre, los recuerdos que me ha dejado en la cara».

1.7.982 La dama se enfureció y la dijo:

1.7.983 «Ya está bien, víbora. ¿Dónde has escondido a mi hija, que era dulce, obediente y buena? Tú desde luego no eres ella. Pero esto no quedará así; sufrirás un castigo».

1.7.984 «Perdona a tu hija, madre» intervino Manuel. «Yo como marido perdono a la esposa. Preferiría mi muerte a que le aplicases a ella cualquier castigo, a quien es mi alma y a la que amo desesperadamente, aunque sea ingrata».

1.7.985 «¿Qué tienes tú que decir, loca malvada?» la increpó su madre. «¿Qué respondes?»

1.7.986 «Reconozco que he cometido una falta, madre» dijo Margarita «y me arrepiento profundamente. Pido perdón humildemente. Perdonadme este arrebato, que no fue mío sino de los hados».

1.7.987 «Yo te perdono» contestó Manuel. «Pero ¿quién soy yo para perdonar a mi reina? Si yo te he ofendido en algo, tenlo por no dicho o por no hecho».

1.7.988 La generosidad de estas palabras desmoronó la obstinada obcecación de Margarita.

1.7.989 «Madre,» dijo «permite que me reconcilie con mi marido por mí misma, no por tu intervención. Espero desagraviarlo y recuperar su benevolencia. Vete, por favor, madre querida. ¿Quieres que me presente desnuda ante tus ojos? Obedeceré tus órdenes, me plegaré a los deseos o a los amores de mi marido».

1.7.990 «Me voy entonces, hija» repuso la madre. «Procura cumplir con tu obligación como debe hacer una esposa y como corresponde a una mujer honesta».

1.7.991 Al punto corrió hacia los brazos del marido la muchacha de natural generoso, desnuda como estaba. Le dio besos, le pidio perdón y le dijo:

1.7.992 «Venga, dulcísimo Manuel, obtén de la culpable la venganza que desees. No me quejaré de nada».

1.7.993 Suspiró y él la apretó contra su pecho, diciendo:

1.7.994 «¿Qué otra cosa podría querer obtener, si fuese mejor de lo que has sido tú, sino tus besos y la flor de tu juventud?»

1.7.995 Luego colocó de pie junto al lecho a su enloquecida amante. Sus ojos degustaron todos los encantos de cada uno de sus miembros. La elogió, se maravilló, se quedó pasmado. Zeuxis hubiese encontrado en

esta sola mujer lo que buscó en muchas, la belleza suprema y digna de Venus. [1.7.996]La manoseó las tetas, el pecho, los muslos. Con mano trémula le palpó las nalgas y la buena parte. Margarita lo consentía; ni se lo negaba ni tampoco se lo ofrecía. La mera contemplación ya calentaba al mozo, que se puso al rojo con los toqueteos. [1.7.997]Le satisfacían y le llenaban de gozo todas esas cosas que nunca podría colegir por el mero raciocionio quien no ame o no haya amado.

[1.7.998]Entre tanto la picha se erguía para participar en los goces. Impaciente por el retraso, se balanceaba rítmicamente, subía y bajaba. Manuel llevó hacia ella la mano izquierda de la moza, quien palideció y profirió un gemido.

[1.7.999]«Esta que ves que se levanta ante ti, suavísima Margarita,» dijo Manuel «y que arde, pronto, muy pronto, te demostrará en lo más íntimo de tus entrañas

el amor que te tengo, que es tan grande que nada podría hacerlo mayor. 1.7.1000 Te inundará con toda suerte de placeres. No tardarás mucho en amarnos tanto a Venus como a mí, no lo dudes. Cierto es que esta noche no verás al sueño. Pero verás a Júpiter. Danzaremos muchas danzas hasta el amanecer en alegre algarabía con Venus y con Himeneo bajo la dirección de Príapo. Pero las festividades se realizarán aquí dentro, en la caverna de la inocente vulva» dijo 1.7.1001 metiéndole el dedo medio. 1.7.1002 «Pero échate ya en la cama, querida Margarita, corazón mío, luz mía, y prepárate para el duelo. Ayuda a Venus para que ella te ayude a ti».

1.7.1003 La virgen enrojeció y suspiró. Al instante se tendió él sobre ella, que se había tumbado boca arriba, blandiendo la lanza como Hércules sobre Onfale y, tensando su cuerpo todo lo que pudo, la arrojó contra la

delicada mozuela. 1.7.1004 El parapeto no resistió el golpe y resultó demolido por la fuerza del ariete. La jabalina penetró profundamente y se detuvo. La virgen dió un grito. Su madre se había quedado a la puerta de la habitación y, al oirlo, se alegró mucho.

1.7.1005 «¡Dale, yerno mío, dale!» clamó en voz alta. «Véngate de las injurias. No tengas compasión alguna; siéntete marido y que ella se sienta mujer».

1.7.1006 Ante este nuevo toque de diana, tornó Manuel a la batalla con más ánimos. También la doncella tornó a emitir un grito. Por fin enterró la jabalina en las vísceras de la miserable con un golpe tremendamente fuerte.

1.7.1007 «¡Ay, madre!» gritaba Margarita. «¡Ay, madre, ayúdame! Me matan, madre».

1.7.1008 En vano complementaba los gritos con su llanto. El tajo amoroso enardecía

al adolescente. También su ágil grupa subía y bajaba con rápidos movimientos rítmicos. 1.7.1009 La chica profería alaridos. De sus ojos manaban ríos de lágrimas. Fue espachurrada y majada estupendamente. Luego sintió que de las móviles caderas del caballero se lanzaban con fuerza hacia el sediento lago de sus entrañas tórridos ríos de concupiscencia. 1.7.1010 Atacó él con gran fuerza y metió la lanza todavía más a fondo. Se estremeció la niña con la punzada y profirió un gran gemido, pero no sintió ni pizca de placer. El joven se vino abajo.

1.7.1011 Entró la madre con Justina, la sirvienta, pues había notado que se habían apaciguado los furores, que Margarita estaba callada y que la cama ya no chirriaba; reinaba el silencio.

1.7.1012 «Ahora reconozco, Margarita,» dijo «a mi descendencia. Me has devuelto

a mi hija como mujer de su marido; estoy contenta».

1.7.1013 «¡Ay, madre,» objetó Margarita «no me diste un marido. ¿Considerabas humano, madre, a quien sabías que tenía la cosa de un burro?»

1.7.1014 La madre rió y rió también Manuel.

1.7.1015 «Pues esa cosa de burro» repuso Catalina «es muy adecuada, hija, para la cosa de una muchacha. Ten confianza. Tenías que pagar un gran precio por el placer sumo; así lo han querido los Amores».

1.7.1016 Entonces dio a la virgen dos nueces confitadas y cuatro a Manuel.

1.7.1017 «Ya que tú, yerno mío,» le dijo «tienes que recuperar fuerzas, pues te queda faena por delante».

1.7.1018 Justina arreglaba entre tanto las sábanas caídas y revueltas. Dio un respingo.

1.7.1019 «¿Qué te pasa?» preguntó Catalina.

1.7.1020 «¡Qué desastre! Mira, señora,» respondió Justina «cuán cruel ha sido la inmolación de tu virgen».

1.7.1021 Ella vio grandes manchas de sagre en las sábanas y dijo:

1.7.1022 «En las manchas virginales veo a mi virgen casta y pura. Y reconozco mejor a mi hija en los restos de la inmolada virginidad».

1.7.1023 «¡Ay, madre!» se quejó Margarita. «Te prometías unas bodas y me las prometías a mí. Esperabas unas nupcias y ha sido una carnicería».

1.7.1024 Su madre le dio un beso y le replicó:

1.7.1025 «¡Levanta ese ánimo! Y lo harás porque tendrás en cuenta tu deber. Y

tú, yerno mío, dale con más fuerza. Y darás más enérgicamente porque la amas y rebosas de vigor juvenil».

1.7.1026 Luego se marchó. Manuel estrechaba a la chica entre sus brazos diciéndole:

1.7.1027 «Perdóname, señora, que tuviese que luchar así, para ser tu héroe, contra ti, que eres mi heroína, y desarrollándose la lucha en tu campamento».

1.7.1028 «Te perdono» contestó ella. «El dolor que provocaste fue por amor. Si me amases menos, no hubieses luchado tan a fondo. Pero yo también tengo con qué consolarme, pues 1.7.1029 *retornamos ambos con heridas de la nocturna batalla*».

1.7.1030 «Nuestros espíritus» replicó Manuel «se unieron antes que nuestros cuerpos. Pero, esposa mía dulcísima, si me quieres …»

1.7.1031 «¿Dudas de que te quiera, marido tiernísimo?» le interrumpió Margarita. «Si lo dudas, me matas».

1.7.1032 «Pues bien, si me amas,» replicó él «cualquiera que sea mi deseo, adapta tus propios deseos a mis caprichos. Ofréceme también este cuerpo divino, hermoso y lleno de vida».

1.7.1033 «Lo haré» contestó ella «y satisfaré tu concupiscencia».

1.7.1034 Así se establecieron las paces.

Tulia. 1.7.1035 ¡Por Venus tirándose a Adonis! El lecho conyugal en el que duermen el hombre y la mujer es la regia sede de Amor. Amor reina en esa sede con autoridad máxima. Pues cuando agarra con la mano la picha tiesa y la blande como cetro, candente y rojo como el minio, todo se le somete. Incluso los ánimos rebeldes se someten.

Octavia. 1.7.1036 Manuel recogía rocíos de ambrosía al besar los rosados labios

perfumados. Así es como en el monte Himeto las abejas liban la miel y el néctar, dones celestes, revoloteando entre el tomillo y las flores. Chupaba las olorosas fresas de sus tetas. Masajeaba sus marmóreas y relucientes nalgas con ligeros cachetes. 1.7.1037 Metiendo el dedo hostigaba a la subyugada crica y hurgándola la incitaba a la pelea. Le entraban nuevos ardores. También Margarita comenzó a calentarse. La generosa picha se congestionó y empezó a agitarse. La aplicó contra la muchacha, rígida, como si fuese de marfil, y ardorosa, como si fuese un rayo caído del cielo. Margarita se rió, creciéndose ante el ataque, y le dijo:

1.7.1038 «O sea que contigo, marido mío, no hay tregua.

Ya veo que se me avecinan grandes batallas, dice».

1.7.1040 «Ardo de amor» adujo Manuel; «prepárate para la lid, amazona mía

Pentesilea; despeja la entrada del campo venéreo. Que Venus tenga dudas sobre a quién corresponda el trofeo. Que la victoria quede suspendida e incierta entre tú y yo».

1.7.1041 Saltó sobre la moza. A las primeras sacudidas le metió la polla en la vena de Himeneo diciendo:

1.7.1042 «Este es el alimento de las diosas. Magnífico; te lo has tragado entero. Cenará opíparamente la que estaba en ayunas y aplacará su hambre con el manjar de las diosas».

1.7.1043 Y la sacudía, pero a Margarita ya no le hacía daño. Pronto sintió que también ella era arrastrada por el deseo. Recibió con un suspiro al gusto que se aproximaba y dio un beso al laborioso Manuel. Golpeaba él presuroso y con vigor. 1.7.1044 Pronto la niña se deshizo en un prolongado efluvio, respondiendo con sus entrecortados jadeos a los vaivenes

del esforzado jinete, que se apresuraba por alcanzar la meta. También Manuel se corrió poco después, anegándola con el salutífero bálsamo venéreo.

1.7.1045 De repente Margarita se transformó en otra. Meneaba las caderas, le daba besos, le abrazaba; volvió a deshacerse de gusto. Se sorprendió de que su abandono de la castidad fuese tan rápido y de tal magnitud. 1.7.1046 Creyó ser víctima de un engaño y que, sin darse ella cuenta, se hubiese cambiado su coño por el de Venus; no podía creer que fuese el suyo el que se había utilizado en estos lances. 1.7.1047 No se sabía tan calentorra. Pues durante nueve horas se libró una competición en la que ella corrió infatigable diez postas.

1.7.1048 A partir de aquella noche enloqueció de deseo. Cuando Luis le preguntó cómo le iba con un marido tan maravillosamente dotado, ella le contestó que ni siquiera tal marido le bastaba. Y ya no pasó noche ni día

soltera. Con sus revolcones dejaba agotados por la noche a Manuel y por el día a Luis.

1.7.1049 No hace más que un par de días que empezó a cansarse de tanta actividad sexual. Rogó a su madre que le permitiese dormir sin su marido durante algunas noches. Dijo que no estaba a la altura de tan vigoroso atleta. Su madre lo consintió. 1.7.1050 Reniega del matrimonio (según cuenta su madre) y alaba la inocencia y la tranquilidad de las vírgenes. Ríete, Tulia: retornó a la castidad por medio de innúmeras jodiendas.

TULIA. 1.7.1051 ¡Qué camino tan cómodo, ja, ja! …

(*Aquí falta mucho texto*.)

TULIA. 1.7.1053

1.7.1054 … «y tal equivocación» decía «me llevó a enamorarme. Creí buena a la que es una fiera; casta a quien es una zorra».

1.7.1055 Una vez que cambiaron sus ideas cambiaron también sus afectos. Abandona a la procaz, libidinosa e impúdica Juana a sus excesos. Su espíritu y su amor los orienta hacia Clemencia, que es buena, honesta e ingeniosa. 1.7.1056 El notable mozo agradó a la excelente señora. Pero lo que Clemencia quería era amor, no jodienda. Quería ser amada, no ser zarandeada.

1.7.1057 Se consumía Padilla de melancolía y a Clemencia le molestaba que su amante pereciese. Le consolaba, en la medida de lo posible, con charlas y pequeñas libertades. Le decía:

> 1.7.1058 «Si me amas, no me ensuciarás con el oprobio. Te enamoraste de mí por ser buena y casta; no me amarías, si eres bueno, si supieses que yo era mala e impura por el cambio de mis costumbres. 1.7.1059 Es cierto que antepongo la honestidad a esta vida perecedera. No viviré, si

no vivo honesta; es preferible morir. Ama tú, frente a lo que hacen otros hombres, embrutecidos por la vulgaridad y corrompidos por la inmundicia, ama mi ingenio, ama mis costumbres».

1.7.1060 Y mezclaba sus besos a estas palabras, pero eran besos secos, fríos, como los de Filistea a su hermano Sócrates.

1.7.1061 «¿Quieres acaso que muera» replicaba Padilla «víctima de tu cruel decencia? Moriré contento. Pero ¿por qué pones la honestidad como pretexto de la cruel maldad? La verdad es que piensas que no hay desdoro en dar muerte al amante».

1.7.1062 Ni sus ruegos ni sus quejas consiguieron nada, por lo que enfermó. Los pronósticos de los médicos calificaban la enfermedad de fatal e, ignorando la causa y dudando de cuáles pudiesen ser los remedios eficaces, se daban a todos los diablos por la

vanidad de su arte. 1.7.1063 Lloraba su primo Raimundo la extinción de mancebo tan descollante en la flor de la edad. Lloraba Clemencia, que se sabía causante de la muerte del joven.

1.7.1064 Raimundo la pidió que visitase al enfermo, ya que en las pesadillas de la enfermedad le había oído murmurar no sé qué de Clemencia, como si tuviese algo que quisiese comunicarle. 1.7.1065 Cuando el agonizante la vio de pie frente a él y con el rostro bañado en lágrimas, sonrió. Mandó salir de su cuarto a los allí reunidos y le dijo:

> 1.7.1066 «Ya casi estoy muerto, divina Clemencia. ¿Por qué lloras? Cumplo tus deseos. Me ordenaste morir y he aquí que estoy muriendo».
>
> 1.7.1067 «No te lo ordené» repuso ella. «Es más, si algún ascendiente tuviese sobre ti, te ordeno que vivas. Si no vivieses,

la vida me resultaría insoportable, mísera de mí; correría hacia la muerte. Si tú abandonas la vida, yo seguiré al fugitivo. Vive, Padilla mío, si no quieres darme a mí la muerte, que soy, según decías, tu vida, amor mío. Seré más complaciente. Te daré razones para que estés contento de mí y de la vida».

1.7.1068 Le dio un beso y le rescató del hado. El enfermo recuperó las fuerzas repentinamente y venció a la enfermedad. Volvió a tener su salud anterior y pocos días después pudo levantarse. Clemencia se alegraba y se congratulaba de ello.

1.7.1069 «Pero» decía Padilla «me hiciste retroceder de la Estigia prometiéndome la vida, mas hasta ahora no la he visto. Ya sabes a qué precio me redimiste de la desesperación. No veo luz a la luz del amor. Me ofreciste una mejor esperanza».

1.7.1070 La rogaba que se apiadase de él o que le devolviese a la muerte. Ella le toreaba como podía y apaciguaba sus ansias con vanas esperanzas.

1.7.1071 Hacía ocho días que Raimundo se encontraba fuera y sucedió que el emperador Carlos llamó a Padilla. El emperador óptimo y máximo puso al frente de una legión que enviaba a Italia al joven de cuna y sentimientos nobles. 1.7.1072 Antes de partir fue a visitar a Clemencia. La encontró sola en su habitación y, entre de grado y por fuerza, la pasó por la piedra. Los enfrentamientos fueron intensos y se repitieron cuatro veces; fue la noche la que puso fin a la contienda.

1.7.1073 Observa, Octavia, hasta qué punto llegaron la virtud de una mujer honesta y su amor por la reputación.

1.7.1074 Una vez que Padilla la dejó, se arrepintió de lo que había hecho. Le pareció un

delito con el que había envilecido su cuerpo y su alma y se horrorizó.

1.7.1075 «¿Qué es lo que he hecho, réproba? ¿A qué me he sometido, infeliz de mí?» se decía a sí misma. «¡Ay de mí! Yo misma me he despeñado del excelso sitial en que destacaba por mi honorabilidad al someterme a los caprichos ajenos. ¡Ay de la perdida! ¿Me atreveré a mirar al cielo? ¿Me atreveré a mirar la luz, que sabe de mi falta, y querré ser vista? 1.7.1076 ¿A dónde huir? No, no huiré, mísera de mí. Doquiera que fuese llevaría conmigo mi falta y mi tormento. ¡Ay de mi ángel, la honestidad! ¿Qué será de mí, que no podré aguantar el oprobio? Mejor sería morir. He de morir».

1.7.1077 Se condena a muerte a sí misma. Durante el resto del día no probó bocado

y pasó la noche insomne, llorosa, gimiendo y gritando. Al día siguiente volvió Padilla. Clemencia estaba sentada en una esquina, llorando, golpeándose el pecho con el puño.

1.7.1078 «¡Enviad, dioses, los rayos de tres puntas contra esta cabeza horrible!» se lamentaba. «¡Liberad a cielos y tierras de la contemplación de este pálido monstruo!»

1.7.1079 Cuando Padilla se aproximó, ella calló y contuvo la turbación de su ánimo.

1.7.1080 «¿Qué es lo que veo, desdichado de mí?» preguntó él. «Me devolviste la vida para volver a quitármela, vida mía, Clemencia? ¿Qué es este malsano impulso que ha alterado tu mente?»

1.7.1081 Quiso acompañar con besos las palabras, pero Clemencia le miró con odio y le rechazó con indignación.

1.7.1082 «Me deshonraste con tus vilezas, embaucador, y ¿quieres que siga viviendo? Es preferible morir» le dijo.

1.7.1083 «Si murieses,» le replicó Padilla «tendrás un compañero, no lo dudes. ¿Así te burlabas de mi ingenuidad? ¿Me salvabas de la muerte tan solo para hacerme perecer con una muerte peor? Pues mira, esperanza mía, si no recuperas la cordura y no cesas de atormentarte con esa idea nefasta, aquí mismo, ante tus ojos, me atravesaré con este puñal».

1.7.1084 Sacó el puñal de su vaina. Clemencia, trastornada por el miedo, le dijo:

1.7.1085 «No, no, Padilla mío, aparta de ti tales ideas. Viviré y te lo prometo de buena fe, pero tampoco tú me negarás lo que te pido; no me lo niegues».

1.7.1086 «No te lo negaré» contestó Padilla.

1.7.1087 «Promételo solemnemente» insistió Clemencia «y jura que no te negarás».

1.7.1088 «Lo prometo» repuso «y lo juro por todos los dioses y diosas. Si faltase a mi palabra, enfádate conmigo, diosa mía, pues antes preferiría tener en mi contra a todos los dioses y diosas».

1.7.1089 «Quiero» manifestó Clemencia «que a partir de ahora nos amemos el uno al otro con afecto fraterno, con amor honesto».

1.7.1090 Padilla se quedó de piedra y se entristeció.

1.7.1091 «Pero, si tú no lo quisieres así,» continuó Clemencia «me darías una muerte cruel. Si te negases, serías un villano que no me ama a mí en absoluto, sino a su propio placer. No trates de negarlo».

1.7.1092 «No quiero más que tu bienestar,» replicó Padilla «oh señora, digna de toda alabanza. Obedeceré a todo lo que mandes, reina mía; acepto tus órdenes».

1.7.1093 Del mismo modo que la faz del sol resulta más agradable en el cielo sereno tras despejarse las nubes, así el encanto brilló más en el rostro de Clemencia al desaparecer su pesar. Charló con libertad y alegría, como si fuese un hermano, con quien había sido su amante.

1.7.1094 Pero numerosos remordimientos acosaron a la doncella tras la marcha de Padilla a Italia. Gemía y lloraba; se avergonzaba de su delito y se avergonzaba de seguir viviendo pero, recordando la promesa que le había hecho al mozo, no intentaba nada contra sí.

1.7.1095 A los cuatro meses vino un mensajero con la noticia de que había perecido en la

batalla de Pavía, en la que fue hecho prisionero el rey Francisco. Entonces la muchacha se entregó por completo a su desesperación. Se fue consumiendo en pocos meses en medio de un cruel dolor y se extinguió miserablemente de inanición.

1.7.1096 Raimundo le preguntaba por qué renunciaba a la vida voluntariamente, por qué abandonaba a un marido por quien no ignoraba que era amada tan intensamente, a lo que ella le respondió momentos antes de exhalar su alma:

> 1.7.1097 «No soy digna de tan buen marido. Tú eres digno de una mujer más honesta. He pecado, infeliz de mí, contra ti y contra mí. He reparado vengadora tus injurias y las mías. Lo que se me ha de alabar es que, cuando comprendí que no merecía el amor que me tienes, me sentencié a muerte por indigna. Apiádate de mí y perdóname».

[1.7.1098] Diciendo esto murió en los brazos de su marido.

[1.7.1099] Ahí tienes, Octavia, a una mujer en la culpa y a una heroína en la expiación.

Octavia. [1.7.1100] Estás de broma, Tulia; no puedes estar hablando en serio. [1.7.1101] ¿Quién llamaría heroína a una loca a la que el ciego torbellino de su desesperación la pusiese fuera de sí? [1.7.1102] *Cada uno aguanta a sus propios demonios*. [1.7.1103] Las Parcas no se llevaron a quien estaba de acuerdo, sino que arrastraron a la fuerza a quien no quería.

Tulia. [1.7.1104] Pero incluso la desesperación puede ser encomiable. Cuando Catón comenzó a desesperar de sí mismo y de la república, se suicidó. Y los estoicos veneran a Catón como a un espíritu sagrado por su heroica fortaleza. Cuando Clemencia perdió la esperanza de que pudiese conservar por más tiempo la cúspide del honor en que moraba,

se consumió. [1.7.1105]En mi opinión es digna de que la veneren las concubinas honestas, como lo somos nosotras, de que se la venere como patrona de la virtud prostituida.

Octavia. [1.7.1106]También tenía miedo de que su marido se enterase y ese miedo le dio ánimos. Yo me lanzaría a la muerte, le abriría el paso al alma con la daga, si estuviese huyendo de la infamia.

Tulia. [1.7.1107]Yo preferiría perecer por mis propias manos que por las de mi marido. ¡Qué falta de humanidad la de los hombres! Se lo permiten todo a sí mismos mientras que a nosotras nos lo niegan todo. Consideran que constituye para ellos una ignominia (¡qué locura!) el hacer la vista gorda ante nuestros caprichos, el no castigar a la esposa, a la que perdonarían hasta los leones.

[1.7.1108]Cuando el rey Francisco fue capturado por el Borbón y por Lannoy tras ser derrotadas sus tropas en Pavía, Francisca de

Foix, con mucho la más hermosa de todas las jóvenes, llenó su pecho de lágrimas y los cielos de recriminaciones. [1.7.1109] Voy a contarte, Octavia mía, una historia lamentable pero digna de ser conocida.

[1.7.1110] Marte estaba al servicio del príncipe y el príncipe lo estaba al de Venus. Era excelente general de Marte pero todavía era mejor soldado de Venus. Le gustaba ceñir su cabeza tanto con el laurel como con el arrayán.

[1.7.1111] Entre sus allegados se encontraba Jean de Chateaubriand, un varón noble nacido en Armórica, que tenía una mujer hermosísima. Nuestro hombre conocía bien los hábitos del rey y el ingenio femenino.

[1.7.1112] Sus amigos se quejaban de que impidiese que ellos y toda la corte contemplasen a su esposa, que era como negarles la contemplación del sol. [1.7.1113] La muchacha tenía veinte años y había sido madre una sola

vez; hacía honor a su edad. Si la hubieses visto, creerías que fuese virgen. 1.7.1114 Ponía él como pretexto que su mujer no quería alejarse lo más mínimo de Armórica. La escribía para que viniese y el rey ponía mucho empeño en ello, pero de nada servía. El urdidor del engaño simulaba incluso enfadarse con su mujer.

1.7.1115 Un buen día, cuando iba a acostarse, se le cayó sin que se diese cuenta la mitad de un anillo de oro. El mayordomo lo vio y, recogiéndolo, se lo devolvió a su dueño.

1.7.1116 «Hubiese preferido que se me cayeran cien talentos» dijo el señor.

1.7.1117 El agudo ingenio del rey se olió de qué se trataba. Previa corrupción del mayordomo con promesas y dinero, se elaboró un duplicado con tanta habilidad y cuidado que no había forma de distinguirlos e incluso el marido hubiese tomado al uno por el otro. 1.7.1118 Tal duplicado se le envió a la mujer,

quien pocos días después se presentó toda contenta en París y se dispuso a abrazar a su marido. Este se quedó estupefacto y poco faltó para que explotase de ira por el hecho de que se hubiese presentado sin ser llamada por él, contra lo que se le había ordenado. 1.7.1119 También ella se sorprendió y sacó la mitad del anillo.

1.7.1120 «¿Qué otra autorización me pides?» le replicó. «Me dijiste que viniese a tu lado cuando me lo enviases. No vine por las buenas. Lo recibí y encajaba perfectamente con la parte del anillo que yo conservaba».

1.7.1121 Entonces él se dio cuenta de que le habían jugado una mala pasada y reprimió su amargura para no ser objeto de burlas.

1.7.1122 Al día siguiente Luisa, la madre del rey, convocó a la muchacha a su presencia, pues favorecía por completo los deseos de su hijo. Le dijo:

1.7.1123 «Puesto que sobresales en hermosura y en ingenio ¿por qué estabas escondida en un rincón del reino, mujer admirable? A la corte le faltaba este astro».

1.7.1124 Resumiendo, que al rey le agradó extraordinariamente la moza y a la moza el rey. Las cosas se desarrollaron favorablemente para los amantes. 1.7.1125 Todo cede ante Amor, aunque no sea rey ni se siente en un trono; si además reina, se le somete hasta la tétrica virginidad de Minerva. 1.7.1126 Podía verse lo mal que lo llevaba el marido, que la increpaba y la amenazaba, de modo que la esposa no vivía, poseída del miedo. El amante rey se dio cuenta de su preocupación secreta y la llevó a un lugar seguro. Así pasaron días alegres el uno en el regazo del otro.

1.7.1127 Pero Marte, ávido de sangre, tuvo envidia de este triunfo de la plácida Venus.

Pocos meses después el rey declaró la guerra a los milaneses, con más arrojo que prudencia. [1.7.1128]Hecho prisionero en Pavía y llevado a España, la miserable chica cayó en picado desde la suma felicidad. ¿A quién pedirle consejo, reducida como se encontraba al más absoluto desamparo? Se lo pidió a la desesperación.

[1.7.1129]Las Euménides la condujeron hacia el marido para su perdición. Aunque los parientes habían tratado de aplacarle, no fue un galo sino un escita quien recibió en su casa, que no en su favor, a la que estaba pálida y demacrada. Y lo hizo como si recibiera no a una esposa sino a una envenenadora y a una bruja. [1.7.1130]La encerró en una habitación con su hija y una criada. Esta era toda la relación y el trato que tenía la infeliz con el resto de los mortales.

1.7.1131 La hija empero falleció pronto y al morir se llevó consigo lo poco de humanidad que quedaba en el pecho del matón. No habían pasado diez días cuando entró en la habitación lleno de ira.

1.7.1132 «Ya sabes, adúltera,» profirió a gritos «las ofensas públicas que me infligiste inmerecidamente. Al delinquir de esa forma te condenaste a muerte a ti misma. A ti misma, por Hércules, ha de resultarte insoportable la vida, pues hace mucho tiempo que dejaste de vivir al perder el honor. Pues la verdadera vida reside en el honor para los buenos. 1.7.1133 Has de morir. Todo está preparado para la ejecución; ¿lo estás tú? Atrévete a redimir con una muerte digna una vida que envileciste con tus infamias. Y no creas que podrás disuadirme con súplicas; antes conmoverías al Aqueronte».

1.7.1134 Dos ayudantes y un cirujano matarife acompañaban al impío. Sacaron de la cama a la joven, que vociferaba. Y, aunque implorase el socorro y el perdón de dioses y hombres, se la dio muerte cruel, abriéndole las venas de brazos y piernas. Sucumbió así la que mereció tener o mejor suerte o mejor marido.

1.7.1135 Y estos depravados carniceros consideran motivo de alabanza estos hechos que, si sucediesen entre los osos y los leopardos, lo serían de oprobio para la naturaleza, madre común de hombres y fieras. A mi juicio ya hubiese sido suficiente castigo para la generosa muchacha el saber que merecía el suplicio y que se le podía infligir.

1.7.1136 Pero charlando y discurseando, querida Octavia, se nos ha ido el día. Mañana continuaremos, si te va bien. Adiós, corazoncito, y ámame, si quieres que sea feliz.

Octavia. [1.7.1137]El complaciente Amor nunca me proporcionó tanto placer por la noche como lo has hecho tú por el día, prima, con estos relatos tuyos. Por el reseco coño de Minerva, preferiría estar hablando así contigo todo el día que moviendo el trasero toda la noche con el mismísimo Amor. Que te vaya bien, prima.

Tulia. [1.7.1138]¡Qué cabecita tan encantadora! Que te vaya bien, prima. Si tú no te encontrases bien, yo perecería. Adiós.

Octavia. [1.7.1139]Cuídate tú también, Cotito mía. Que si tú no fueses tan ingeniosa, yo sería un zoquete. Recibí la vida de mis padres, de ti el ingenio. La chica que carece de ingenio no es más que una pella de barro.

Tulia. [1.7.1140]Como no se eleve a sí misma por encima de su insignificancia mediante un gran esfuerzo espiritual, dime, Octavia, ¿que habrá más abyecto, más mísero ni más

sucio que una mujer? [1.7.1141] Es un orinal viviente en el que mea su compañero de cama. [1.7.1142] ¿Qué más puede añadirse? ¡Qué bajeza! ¡Qué ignominia! Pero, bueno, adiós y dame un beso.

INDICE

Aviso al lector 5

I - La escaramuza 13
II - Gestas femeninas 31
III - Anatomía 51
IV - El duelo 79
V - Pasiones 137
Me sorprende que ... 196
VI - Advocaciones 333
VII - Cuentos fesceninos 469

La presente obra
se acabó de componer el día
del solsticio de verano del año 2020
en Madrid y en los ordenadores
de Francisco Gracia.
Se utilizó el sistema tipográfico
informático CONTEXT, gestionado por
el sistema operativo *Windows 7*.
El principal tipo de letra
utilizado fue la
familia *Times*,
tamaño 11
punto, pero
también se
han usado
la *Gentium*
para los
caracteres
griegos y,
con fines muy
especiales,
algunas
otras
•